Javier Arias Artacho

NADIE SABRÁ *de* MÍ

Tres mujeres. Tres épocas diferentes. Una trama perfecta para un amor imperfecto. Una novela con secretos inesperados y un desenlace que se lee con ojos urgentes.

Berenice

Javier Arias Artacho

Nadie sabrá de mí

Copyright © Javier Arias Artacho, 2021
© Almuzara, s.l., 2021
www.editorialberenice.com

Colección Novela

Director editorial: Javier Ortega
Editora: Ángeles López
Diseño y maquetación: Joaquín Treviño
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

ISBN:

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Hecho en España / *Made in Spain*

En memoria de mis padres,
siempre presentes.

NOTA DE LA EDITORA:

Esta novela contiene diferentes argentinismos admitidos por la Real Academia Española (RAE). Quizás, los vocablos que más puedan llamar la atención del lector sean los relacionados con el *voseo* en la segunda persona del singular. Debido a este uso corriente en Argentina, las formas verbales arrastran ciertos cambios en el acento ortográfico (venís, tenés, limpialo) que reflejan el habla popular de aquel país.

Y sentí intensamente el paso del tiempo. No el tiempo de las nubes y del sol y de la lluvia ni del paso de las estrellas adorno de la noche, no el tiempo de las primaveras dentro del tiempo de las primaveras, no el tiempo de los otoños dentro del tiempo de los otoños, no el que pone las hojas a las ramas o el que las arranca, no el que riza y desriza y colora a las flores, sino el tiempo dentro de mí, el tiempo que no se ve y nos va amasando. El que rueda y rueda dentro del corazón y le hace rodar con él y nos va cambiando por dentro y por fuera y poco a poco nos va haciendo tal como seremos el último día.

MERCÈ RODOREDA, *La plaza del Diamante*

El error en el que siempre incurrimos es el de creer que la vida es inmutable, que una vez metidos en unos de sus raíles, hemos de recorrerlos hasta el final. En cambio, el destino tiene mucha más fantasía que nosotros.

SUSANNA TAMARO, *Donde el corazón te lleve*

1

Barcelona, 1944

Hay recuerdos que no se olvidan. Hay recuerdos que se parecen a cuando nos miramos al espejo, pero sin envejecer. En nuestra memoria no envejecemos y hoy todavía veo a Nuria arrastrándome hasta la Plaça Nova, riendo como si zarandeara cascabeles. Aquella noche de agosto, Barcelona no era de ceniza. La plaza parecía desdentada por los bombardeos de años atrás, pero los farolillos de colores y la música brillaban mucho más que aquellas oquedades oscuras. Nuria me señaló la verbena como cuando los niños apuntaban a la *cucanya* y corrían para rodearla y ser los primeros en golpear entre el jaleo de la gente. Entonces la Plaça Nova era un hormiguero de gente, con las banderas rojas y gualdas agitando el «arriba España», vociferando igual que el día del desfile de la victoria cuando yo todavía era una niña, y me parecía que había pasado mucho desde el fin de la guerra. Aquello era de otro tiempo y los niños que intentaban atravesar el palo a dos metros del suelo ya no recordaban las bombas, como si nunca hubiese sucedido. La fiesta de Sant Roc lo redimía todo, y el todo era aquel remolino de *gegants*, *correfocs*, juegos y chocolatadas. La madre de Nuria le había dicho que las fiestas ya no eran como las de antes de la guerra. Para ella, más bien nada era como antes de la guerra, porque Barcelona se había vuelto marchita y miserable. Sin embargo, para Nuria y para mí aquella noche solo palpitaba la música, y el pasodoble que sonaba cuando llegamos a la verbena era todo lo que queríamos escuchar en los próximos años.

Yo solo tenía quince años.

Nuria tenía cuatro más que yo y su hermano Carlos tres más que ella. La plaza olía a sudor y a agua de colonia y él le preguntó que dónde se había metido, que no le gustaba que fuese por ahí sola. Ella le dijo que había ido a comprar cacahuetes por diez céntimos y me miró a mí y se rio como si hubiese hecho una travesura. Yo llevaba un vestido amarillo con rayas negras y parecía un farolillo titilando. Lo supe cuando Carlos me preguntó quién me lo había hecho y yo le contesté que había sido yo, pero que me había ayudado mi tía con una máquina Singer en casa. «Te queda muy bien», afirmó, y sus dos amigos bromearon diciéndole que no asustara a la niña, que era mejor que se arrimara a la Gertru, a la Montse y a otra que no recuerdo su nombre, que las otras muchachas esperaban que las sacasen a bailar, y entonces se lo llevaron de allí, mientras nosotras nos sentábamos en

un par de banquetas de esparto, simplemente a esperar, solo eso, sin saber muy bien qué. Al cabo de los años, he aprendido que la vida es a veces eso, sobre todo cuando te haces mayor. La vida no es más que esperar como lo hicimos nosotras aquella noche saboreando las semillas de las pipas que escupíamos al suelo. Para Nuria estar en la fiesta ya era una fiesta, porque lo demás no dependía de ella. Solo debía suceder. La Nuria era alta, desgarbada, plana como una tabla y tenía el rostro de rana. No era guapa y ella lo sabía, pero tenía una simpatía que para mí la iluminaba entera y yo pensaba que solo sería cuestión de esperar. Así debía creerlo Nuria, me imagino, y yo quería creerlo por ella también.

Los recuerdos son espectros y, al final, acaban por formar parte de tu vida. A mí ya me cuesta acordarme cuánto tiempo estuvimos así, solo sé que todavía puedo escuchar aquel bolero que tantas veces después tarareé en mi cabeza, *Carita de ángel*, y al señor Albert alargando su brazo sin dejar de bambolear su cintura, chispeando alegría. No supe de dónde apareció, pero no pude elegir. El hijo del doctor Girbés tiró de mí y Nuria me miró con sus ojillos resignados cuando intenté pedir su aprobación, mientras Bonet de San Pedro —lo supe después— arrollaba la noche con «Carita de ángel, es la que tú tienes, / mis labios pronuncian temblando de amor». Nuria solo me devolvió una mueca, como si hubiese estado chupando limones igual que los niños y, serpenteando entre la gente, el señor Albert me arrastró hacia el medio de la Plaça Nova del mismo modo que me hubiese absorbido un torbellino. Todo fue rápido en aquel momento, pero muy lento en mi memoria después, porque en mi cabeza se parece a un disco rayado en una gramola que vuelve a empezar una y otra vez.

—Estás hecha una señorita, María —me dijo, sujetándome por donde se entallaba mi vestido, pero sin arrimarse del todo.

Yo no supe qué contestar. Mi lengua parecía de madera, las piernas me pesaban y solo sabía que aquello era real porque podía oler aquel almizcle de anís, colonia y sudor. Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre. La primera vez desde que me había despedido de mi padre cuando era una niña, después de que dejara los ferrocarriles para ir a la guerra y mi vida cambiara. Muchas veces me había preguntado si se hubiese ido de haber imaginado que mi madre podía morir, igual que él, y que yo iba a quedar expuesta como esas banderas que se deshilachaban al viento. Pero nada de aquello pensé entonces. Más bien creo que no pensaba, igual que cuando fijas la mirada perdida para observar en tu interior. Solo me dejaba adormecer por aquella voz que inundaba la plaza: «Carita de ángel, caída del cielo / los ojos te brillan repletos de ardor. // Carita de ángel de húmedos ojos, /que mojas mi cara si estás junto a mí».

Todavía puedo ver al señor Albert moviéndose con soltura y conduciéndome por el baile flotando entre aquella multitud. Él me miraba, sonreía y yo apenas me atrevía a levantar la cabeza. «Así, María, así», me repitió un par de veces, «mira mis pies. Así, no tropieces». Y yo observaba sus zapatos, aquellos Oxford con cordones de color marrón que huían de mis sandalias desgastadas, mientras yo me dejaba llevar y me preguntaba qué diría doña Esther viendo que su hijo bailaba conmigo. Aquel día fue la primera vez que lo pensé. Exactamente en aquel momento. El hechizo de aquella noche parecía hacerlo todo posible. Los sueños podían convertirse en realidad como en los cuentos que mi madre me contaba de pequeña antes de apagar la luz. El señor Albert tenía veintidós años y vivía con sus padres en el piso de Carrer de València y yo solo trabajaba allí desde hacía tres meses, porque la tía Carmen había conseguido meterme. «Te abrazo y te beso, / tus labios tan rojos, carita de ángel, consérvate así. // Carita de ángel, caída del cielo». Y yo venga soñar y soñar con el hijo del doctor Girbés, hasta que el bolero cesó y él me estrechó contra él, como si entre aquel montón nadie pudiese ver aquel descaro.

—Estás muy guapa, María.

Tardé en contestar, pero al final lo conseguí.

—Gracias.

La música había cesado y el barullo de la fiesta era un vaho sordo y uniforme. Unos cohetes retumbaron por la Plaça Nova y yo sentí que me moría de vergüenza cuando el mundo se detuvo a nuestro alrededor. No recuerdo cuánto tiempo estuve así, solo que observé al señor Albert con una devoción que fue mi primera experiencia del amor. Aquel amor cándido, frágil y maravilloso que parecía hacerme tocar el cielo con las manos. En el mar de sus ojos relumbraba la vida y una vez más volvió a tirar de mí para apartarme del bullicio. Semanas atrás, al hijo del doctor Girbés lo había visto pasear con una muchacha que llevaba un bolso de charol y una pulsera que brillaba como el oro, pero aquella noche parecía cambiarlo todo y yo apenas podía imaginar la sorpresa de doña Esther. No podía ni digerir mis pensamientos, solo sentir, con mi sangre a borbotones por mi rostro encendido y, una vez más, lo seguí hacia la penumbra del Carrer dels Comtes. Todavía ahora puedo sentirme levitar hacia aquella oscuridad, deseosa de que su mano rozara la mía y así percibir aquella electricidad desconocida. En el suelo había un revoltijo de papeles y desperdicios, pero mis ojos miraban la fiesta que desde allí parecía latir de otra manera. El señor Albert me dijo que se había fijado en mí varias veces, que sin mi uniforme era mucho más guapa y que se extrañaba de que yo todavía no tuviera novio. Bajé la cabeza y no pude contestarle. Aquella noche de Sant Roc no parecía real, sino un sueño. Mi sueño. Y allí, en un instante fugaz, él se arrimó lentamente

hasta mí y yo —ahora lo sé —debería haberme apartado, pero solo cerré los ojos para aferrarme a ese mundo y no desvanecerme de él.

—Creo que tú sí tienes carita de ángel —me dijo muy quedo.

Aquella voz me pareció un hechizo, mientras sus labios rozaban mi mejilla… Y todavía hoy dudo de que aquello fuese un beso.

Fue un instante tan efímero como eterno. Aún ahora puedo notar mi piel erizándose al mirar hacia atrás. Hay recuerdos que no se olvidan. Hay recuerdos que cambian la vida, porque siempre me fue difícil volver a sentir tanta felicidad. Los momentos importantes a veces pasan tan inadvertidos como rápidos y aquella noche sucedió hasta que la voz de Nuria pinchó mi burbuja.

—María, te estamos esperando —me dijo, dándole la espalda a la verbena y junto a su hermano Carlos—. ¿Dónde te habías metido? Me has dado un susto.

Su voz era de acero y, de pronto, lo comprendí todo. La lengua me volvió a pesar, muerta de vergüenza, mientras el señor Albert decía que nada, que no pasaba nada, que solo habíamos estado hablando y, tal como había aparecido, se esfumó nuevamente entre el gentío. Y parecía no haber sucedido todo aquello, como si no fuese verdad que Barcelona estaba temblando bajo mis pies en aquel momento.

2

Buenos Aires, febrero de 1977

Le desataron la soga de las manos, la pusieron en pie y ella miró el galpón por última vez. Estaban todos callados, sentados en los colchones sobre las baldosas rojas y bajo el calor de las chapas. Ella había contado ochenta. Todos silenciosos y con vacío en los ojos. Allí siempre había penumbra. Las ventanas estaban tapadas con mantas verdes y a veces ella no sabía si era de día o de noche. No conocía a nadie, pero los oía llorar. Solo en ocasiones le susurraban nombres, le decían cosas, pero si los vigilantes lo descubrían, los golpeaban hasta perder el sentido. Ya le habían dicho que la iban a matar, pero también se lo habían dicho muchas otras veces. Se lo decían a casi todos y quizás era verdad, porque algunos ya no volvían.

En aquel galpón vivían muriendo y el calor los aplastaba.

La encapucharon y la sacaron de lo que había sido una caballeriza. Sintió la brisa acariciando su piel, el susurro de los árboles y el olor a eucaliptos. Después la hicieron caminar sobre la tierra reseca y entró en el galpón que nunca había llegado a ver por fuera. Dudó si podría resistir algo más y las lágrimas le cayeron por la piel como gotas de cera. Su cuerpo vibraba de dolor y los cardenales manchaban su piel blanca. Entonces se tropezó con el cubo y se acordó de la última vez. Las descargas la habían dejado inconsciente, pero cuando la despertaron se dio cuenta de que lo había ensuciado todo. «Limpialo», le habían dicho, «toda esa porquería es tuya».

A ellos les gustaba verla tendida sobre la camilla y desnuda, incluso cuando su cuerpo se arqueaba con la electricidad. Pero cuando tenía que limpiarse con el trapo se daban la vuelta, y a veces se reían.

—Hoy ya no vas a sufrir más, flaquita.

Sintió el cañón del revolver sobre su cabeza, presionándola fuerte. Percibió el regusto a pólvora en su boca y el detonador accionándose hasta hacer un clic. Su cuerpo se endureció y cerró los ojos bajo la capucha. Algo iba a suceder. Y aquella vez tuvo el presentimiento de que iba a morir.

—¿Dónde está? Solo tenés que decirnos dónde está, y vivís.

La angustia emergió hasta su cabeza y sintió la sangre palpitando por dentro, pero pronto comprendió que le costaba respirar aquel aire

tibio y la agitación lo empeoraría todo. No podía cambiar su destino y pensó que había sido mejor que él no le hubiese dicho nada. No estaba segura de no haberlo delatado. Pero ella no sabía, y como no sabía no podría decirles y, como no podía decirles, ellos tendrían que matarla.

Y todo sería alivio al fin.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete… Aguantó la respiración y esperó el disparo. ¿Cómo podía prepararse para morir? Simplemente así. Sin pensar. Para pensar había tenido demasiado tiempo. Dos semanas. Dos semanas de muchas cosas… Y de silencio.

Luego escuchó la detonación del metal vibrando en su cabeza. Su cuerpo tembló y pudo sentir el latido de su corazón en su boca seca. «Con el próximo disparo no vamos a fallar, flaquita», le dijeron. Después le alejaron el revólver de la cabeza para cargarlo y ella escuchó el chasquido sordo de las balas entre sus manos.

—Esta no da para más. No va a hablar.

—¿Y qué querés?

—Que lo hagas.

—Acá no hay que matarla. Acá no. Ya lo sabés.

—La semana que viene hay un viaje para unos cuantos, ¿qué más da?

—¿Por qué no te callás la boca, boludo?

—Esta flaquita está muerta. Esta flaquita ya no va a poder contar nada. No te preocupes.

Ya no se burlaban como otras veces. Aquella vez no. No estaban jugando. Ella lo sabía. Nuevamente sintió el cañón, pero esta vez en la sien. Estaba frío, muy frío, como ella, que empezó a temblar.

Años después llegaron a decir que se plantearon explicar dónde estaban los cuerpos. Pero ¿cómo explicarlo? ¿En qué parte del mar? ¿En qué parte del Río de la Plata? ¡Si hasta había en el Riachuelo! Dirían que en su momento pensaron en dar a conocer las listas, pero que pronto comprendieron que si aceptaban los muertos detrás vendrían las preguntas que no iban a poder contestar.

—Te lo pregunto por última vez. Decime dónde está o te pego un tiro

ahora mismo.

Aquella vez no había gritos. Siempre estaban torturando en las salas de al lado, pero entonces no. Las voces se desgarraban y la radio se oía fuerte, muy fuerte. Ellos no pensaban. Solo cumplían su deber.

El jefe del Estado Mayor del Ejército dijo que se trataba de cumplir un objetivo superior, de procurar el bien común, claro estaba. No era hacer por hacer. No. Había un motivo, y ese no era otro que salvar a la patria, y por ello debían ser responsables ante las decisiones que iban a afrontar, difíciles, sin ninguna duda, pero urgentes. No se trataba de una sumisión. El comandante dijo que no había que enfocarlo de aquella manera, porque debía ser un compromiso compartido, una obligación histórica. Se trataba de subordinación, y la subordinación era obediencia, necesariamente, porque desde que existió el mundo unos habían nacido para mandar y orientar, y otros para obedecer. Estaban ante una obligación debida.

—Te voy a reventar, flaquita.

Y notó el revólver de nuevo sobre su piel e imaginó el proyectil a punto de atravesar su cabeza.

Diez, once, doce, trece, catorce…

Una voz inundó la sala y fue como una detonación.

—Quieto, negro. Paren la mano. Esperá.

Y ella sintió que el revólver ya no le dolía. Solo la rozaba.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Coronel!

—¡No seas pelotudo! ¿Qué coronel ni ocho cuartos? ¿Te volviste loco? Cerrá la boca. Acá no hay nombres.

—No me di cuenta.

—Hay que tener cuidado.

—¡Y lo tenemos!

—Acá no quiero errores. ¿Está claro?

Ella no le reconoció la voz. A quien veía más era a los vigilantes y a los que la torturaban, pero a él apenas nunca.

—¿Quién es?

—Isabel Domènec.

El coronel se lo quedó mirando a él y después la miró a ella.

—¿Isabel Domènec?

—Sí. ¿Le suena?

Sus cejas se comprimieron bajo su frente, como si hubiese percibido una contrariedad.

—No —contestó después de un titubeo.

—Es muy dura. Lo aguantó todo.

—¿Llegó a hablar?

—Nada.

—¿La apretaron bastante?

—Como a todos. Pero se resiste.

El coronel le arrancó la capucha y ella intentó acostumbrarse a la luz de la lámpara.

—¿Vos querés que te maten?

Ella lo miró a la cara por primera vez. Tenía el rostro limpio, recién lavado y afeitado, y el pelo peinado con gomina. Una pequeña cicatriz se clavaba en su ceja izquierda de forma perpendicular y su expresión era severa. Ella le devolvió la mirada, con los ojos nebulosos del ternero antes de ser sacrificado. Pero no le tuvo miedo. Apenas lo había visto por ahí.

—Yo no sé nada. Mi marido está en el sindicato de la Mercedes Benz. Pero él no pone bombas. Él no hace nada.

—¿Dónde está?

—Me dijo que se iba, que sabía que lo estaban buscando. Pero no me dijo dónde… Se lo juro.

—Mejor no jures. —Y ella dejó caer la cabeza—. ¿Y vos? ¿Vos sos una mosquita muerta?

—Yo soy maestra. Solo una maestra. ¿Nadie puede entender eso?

Él hinchó los pulmones y después exhaló con fuerza. Y a Isabel le pareció resignado.

El objetivo era atrapar a cualquier precio y por cualquier método a los jefes de las guerrillas. El objetivo era ese, la emergencia nacional, la patria. Había que verlo así y no de otra manera.

—Ya me tiene harto, Jorge. Estamos perdiendo el tiempo.

Había bajado el revólver del 38. Ya no le apuntaba a la cabeza, pero ella sabía que estaba muerta.

—Dejala.

—¿Qué?

—Que la dejes.

—¿Y qué hacemos?

—Inyectale pentonaval.

—Pero ¿para qué? Para el viaje no vienen a buscarlos hasta el lunes.

—Da igual. Vos dormila. Me interesa.

—Como quieras.

Y salió de la sala sin volver a mirarla. Desde que estaba en esto sabía que el prisionero era un muerto. Desde que entraba estaba muerto. Y era mejor no sentir nada.

3

Barcelona, mayo de 2010

Le dijo que iría a Blanes a echar un vistazo al apartamento. Los racimos de las robinias goteaban sus pétalos blancos sobre el jardín, pero Marisa sabía que solo sería cuestión de dos semanas. Después solo caerían las hojas, todos los días, y ella tendría que estar pendiente de que no se fueran al fondo de la piscina. Aquello no era cuestión del jardinero. No podía estar todos los días allí, era evidente. Aquello era cuestión de ella. A veces Estela le echaba una mano cuando venía el fin de semana a verlos, pero lo hacía sin empeño. Marisa había criado a sus hijos de una manera regalada y su colaboración siempre había sido resignada y testimonial. A veces pensaba que ella así lo había querido, pero otras, que no lo había sabido evitar. Sin embargo, aquello ya no importaba. Para ella solo era relevante que ya había comenzado a cansarse después de años. Las hojas eran cuestión suya desde mucho antes de que sus hijos vivieran fuera y por eso, cuando llegaba la primavera, Marisa preparaba el apartamento de la playa y, en cuanto podía, tapaba la piscina con la cubierta azul. Aquel era el motivo por el cual le dijo a su marido que iría a Blanes, porque sabía que le creería y porque no podría ir con ella. Antoni durante la semana trabajaba. Más bien, trabajaba siempre. A su marido le gustaba lo que hacía, como cuando comenzó con la edición de las enciclopedias, y los martes, los jueves y los viernes quedaba por la tarde para jugar al tenis con tres amigos. Y aquello también le gustaba.

Antoni jamás había imaginado nada de aquello y, desde luego, entonces tampoco iba a hacerlo. Que fuese a volver a encontrarse con Yuri no significaba nada, pero Marisa llevaba las últimas horas nerviosa y hasta había vuelto a ver *Los puentes de Madison* como otras veces. Incluso se había pasado toda una tarde de compras en Barcelona y, cuando se miraba en los espejos de probadores perfumados, le gustaba recrearse en el canalillo, donde su piel todavía se mostraba tersa y blanca como cuando era una muchacha. Marisa todavía podía llevar un vestido ajustado, porque sus caderas no eran anchas, su vientre todavía se plegaba con discreción y, a veces, llegaba a sentir las miradas lascivas y se volvía con sus enormes gafas de sol, sintiéndose como Sofía Loren, a la que había conocido en el ascensor del Palazzo Montemartini, en Roma.

Marisa había recreado muchas veces aquel reencuentro con Yuri y

había luchado contra la condena de su culpa. Aquella culpa que había acabado alejándola de él. Pero con más de sesenta años había aprendido a relativizarlo todo y, en algún momento, había dejado de hacerle daño.

—¿Dónde estás?

—En el Hotel Condal —le había dicho por teléfono el día anterior —. ¿Acaso no te trae recuerdos?

Pero a ella ya no le gustaba hablar de aquello. Y no le llegó a contestar.

—¿A la una te parece bien? —le había preguntado él.

—A la una estará bien. En la Rambla de Santa Mónica, enfrente del *parking*.

—Allí estaré.

Y el silencio volvió a silbar por el auricular.

—Te traje algo. Por eso vine.

—Pero ¿por qué? —y había vacilado—. ¿Qué es?

—No. Por teléfono, no. Tenemos que hablar.

Fue por eso que aquella mañana condujo hacia Barcelona con una sensación extraña. El filo de la transgresión tenía ese regusto dulcemente doloroso y, cuando su Volkswagen Golf descendió por la boca oscura del aparcamiento, sintió aquella ansia por lo inevitable. El vapor del miedo empapaba sus pulmones y se asomó a la Rambla aguantando la respiración, como si sus miradas fuesen a cruzarse nada más salir. Pero Yuri todavía no estaba.

Marisa miró las agujas del Swarovski que le había regalado Antoni y marcaban y cinco. Por un momento dudó en sentarse en una de aquellas mesas bajo las sombrillas blancas, pero cuando los minutos comenzaron a pesar como caen las fichas de un dominó una tras otra, llamó al camarero y le pidió una tónica. La Rambla era una fiesta de sol. Los frondosos plátanos parecían nubes verdes acribilladas por la luz y ella sintió que la primavera también maduraba en su corazón una vez más.

Sin embargo, una hora después Yuri no había llegado y una mezcla de impaciencia e irritación la puso en pie. Decidió desandar las Ramblas hacia el Hotel Condal, como años atrás, y pensó que él se había equivocado de hora, porque si no la habría llamado a su teléfono móvil, el que ella le había dado cuando hablaron. Y aquello no le gustó.

Fue en aquel momento cuando tuvo la certeza de que estaba nerviosa, como cuando recorría aquellas calles deslizándose entre mentiras para estar con él, y tuvo la impresión de que todo había acabado de suceder, a pesar de los años. La vida de los dos continuaba enredándose extrañamente, incluso hasta hacerle daño, y recordó por qué había decidido abandonarlo.

Adentrarse en el estrecho Carrer de la Boqueria fue como desandar el tiempo y, cuando las puertas acristaladas del hotel se abrieron, su vida vibró como la primera vez que había estado allí. Marisa había aprendido a olvidar algunos recuerdos y también a sentir devoción por otros. Sin embargo, existían algunos que nunca se habían materializado, recuerdos que emergían traspasando su piel, y aquel día volvió a sentirlos como la primera vez que acudió con Yuri.

—Es como si pudiese recordarlo —le dijo a Yuri el último día que estuvo allí—. Aquí hay algo que siempre me ha resultado demasiado familiar. No sé cómo explicártelo.

Se lo había repetido muchas veces, pero siempre avergonzada. Era lo que más recordaba de aquel amor: la culpa.

—Es por mí —replicó él—. Es porque siempre te hago venir aquí.

—No. No es eso. No sabría decir por qué —le había asegurado—. Es como si pudiese ver lo que no se puede ver.

Pero Marisa no había podido transmitirle a Yuri nada de aquello. Él nunca podría haberlo comprendido. Su mente era estricta, sin fisuras para las elucubraciones. Pero para ella no. En Marisa existían certezas que aleteaban intangibles, hasta que podía vislumbrarlas con dificultad y se quedaba convencida de haberlas visto.

No obstante, sobre aquel hotel no había descubierto nada. Solo sentía.

El pequeño *hall* estaba forrado de madera de cerezo y Marisa apenas pudo recordar qué había cambiado desde la última vez que ambos habían estado allí. Un recepcionista uniformado con camisa celeste y corbata azul a rayas blancas hablaba por teléfono y consultaba el ordenador con gesto ofuscado. Ella esperó observando las pinturas enmarcadas en la pared y dos mujeres faenando en una orilla le evocaron años de canastos llenos de sacrificios. Lo contempló como si se asomara a una ventana, intentando adentrarse en ella para descubrir un horizonte que solo podía divisar desde lejos.

Estuvo así, ensimismada durante unos minutos, hasta que volvió en sí. Aquel muchacho continuaba con la mirada perdida en la pantalla y, casi sin meditarlo, dejó la recepción atrás, se adentró hacia la cafetería y, antes de entrar en ella, subió por las escaleras de la derecha. Marisa lo recordaba muy bien, pero Yuri se lo había dicho cuando la llamó: en el mismo hotel, en la misma habitación, como la última vez.

Luego se quedó de pie frente a la puerta y observó el número cuatro en ella, como en su familia. Ellos también eran cuatro: Antoni, Xavier, Estela y ella. Bien era verdad que Xavier trabajaba en Nueva York y Estela se acababa de mudar a Barcelona. Pero seguían siendo cuatro. Los vínculos eran tentáculos ocultos que aferraban para siempre: eso era una familia. Ella lo había dejado todo atrás por ellos cuatro y, de pronto, en aquel momento, sintió que la culpa la doblaba

más que nunca, como si ella fuese una de aquellas mujeres del pasado, pero con canastos llenos de culpa.

Pero no iba a regresar a su casa. No podía dejar de verlo y llamó a la puerta. Lo hizo una vez, luego otra y otra más, y cuando se disponía a alejarse, reparó en el cartel de no molestar todavía allí, y su corazón lo comprendió antes que ella.

Entonces su mano sujetó el picaporte y la puerta se abrió lentamente. Marisa repitió su nombre varias veces, empujando su destino, y al fin lo vio: estaba tendido junto a la cama, como un muñeco doblado y sin los hilos de su titiritero.

Estaba muerto.

4

Barcelona, 1944

Recuerdo que aquella noche de agosto de 1944 apenas pude dormir recordando la verbena en la Plaça Nova. Pensé en el señor Albert como se descifra un acertijo. Era inútil ponerle nombre a lo que había sucedido, pero yo lo intenté y deseé volver a verlo con la candidez de una niña que se desvela durante la Noche de Reyes. Ahora me cuesta escribir lo de «señor Albert», pero durante aquel verano, Albert, para mí, era el señor Albert, con aquella mezcla de respeto y fervor que hoy todavía me enternece. Nada me hubiese gustado más que encontrarme de nuevo con él, pero no volví al piso del doctor Girbés hasta septiembre. La familia solía pasar el verano en una casa de Blanes y solo se llevaban a una sirvienta, a mi tía Carmen, mientras yo sobrevivía al calor en una casucha del barrio de Poblenou, entre fábricas y barracas. A veces caminaba hacia el mar con Nuria, porque la papelería en la que ella trabajaba cerraba durante las tardes de agosto. Nos sentábamos en la playa de la Barceloneta y nos mojábamos los pies subiéndonos el vestido por encima de la rodilla. Nosotras no teníamos trajes de baño y mi tía Carmen se había negado a coserme uno como los que aparecían en la revista *Labores*. Ni ella ni yo estábamos para esas cosas, que con sobrevivir ya teníamos bastante, decía ella. El marido de mi tía Carmen también había desaparecido en la guerra. Se había ido con los milicianos y había vuelto un par de veces, hasta que un día le dijeron que había muerto en Málaga y le llevaron su reloj con el cristal astillado. Doña Esther, la esposa del doctor Girbés, la había mantenido en el piso del Carrer de València durante mucho tiempo, hasta que al final la había tenido que despedir porque ni siquiera ella tenía para llenar la despensa y a su marido también se lo habían llevado al frente. Pasaron años muy difíciles, muchísimo más que cuando yo tenía quince años y, aunque yo era muy niña entonces, hay imágenes que se me han quedado fotografiadas, a veces inconexas y en un limbo de recuerdos, pero nítidas e imborrables. Solo comíamos gachas de harina, pan negro y garbanzos. Mi madre pasaba hambre, aunque no me lo dijera y, cuando no tenía nada para darme, me enviaba a casa de la tía Carmen a merendar o simplemente a pasar la tarde con ella. Mi madre era sufrida y se llamaba María, María Rubio, como yo. Ni siquiera supe que estaba enferma hasta que un día las vecinas vinieron a casa con su cabeza ladeándose de un lado a otro. «No es nada», me dijo ella con

sus ojos vencidos y su voz vacía. La tumbaron en la cama y trajeron a un médico que me hizo salir de la habitación. «Me pondré bien», me volvió a decir después. Dos o tres días más tarde, no recuerdo cuántos, pero sí que fue el 14 de julio de 1938, mi tía consiguió limones y le preparó un refresco que se lo bebió en una mecedora. Aquella noche murió. Yo estaba con ella y corrí a casa de mi tía como uno de aquellos ratones que se veían por todas las aceras. Había sido una meningitis, me dijeron después. Todavía hoy recuerdo a mi madre con un vestido negro y tendida sobre su cama. Es como si pudiese extender la mano y atravesar el fino velo que me separa de aquel día. Casi puedo sentir su cuerpo marmolado y aquel hedor a muerte en un día caluroso. Todo el vecindario ayudó a mi tía Carmen para enterrar a mi madre y luego ella me ayudó a mí, porque tenía apenas nueve años.

El fin de la guerra trajo muchas cosas y entre ellas a Albert Girbés. Pero Albert Girbés padre, el médico que había conseguido escapar del frente por negarse a rematar con un tiro a los heridos. Tal como quedaron las cosas, con aquel currículum de valor, al acabar la contienda el doctor no tuvo problemas para reencauzar su vida trabajando en el hospital de la Santa Cruz y San Pablo y, por su cuenta, en el piso del Carrer de València. Fue entonces cuando mi tía Carmen regresó a su antiguo empleo y, apenas seis meses antes del verano de 1944, una de las criadas acabó su ajuar y dejó el trabajo para casarse, y mi tía consiguió colocarme a mí también. Cosíamos, limpiábamos, planchábamos, cocinábamos y solo librábamos los domingos por la tarde. La tía Carmen decía que a doña Esther le gustaba que las cosas se hiciesen bien hechas, que no era pejiguera por nada y que yo debía prestar atención en todo lo que hacía, que demasiado buena había sido con nosotras. Y yo asentía. Asentía y trabajaba, casi sin levantar la cabeza, porque doña Esther medía las palabras con nosotras, el señor Girbés andaba poco por casa y la señorita Sara parecía ausente entre sus libros.

¿Y Albert? ¿Y el señor Albert? Yo también fui una sombra para él. Al menos hasta la noche de Sant Roc. Él estudiaba derecho en la Universidad de Barcelona y tan solo reparaba en mí con una sonrisa amable, pero la señorita Sara ni eso, porque vivía pendiente de su último curso de bachillerato y solo me hablaba para mandarme faena. Al principio me encendía la sangre verla leyendo frente a aquel ventilador negro y de aspas enormes, mientras mi tía y yo dábamos vuelta la casa sudando los calores de julio. La tía Carmen no se cansaba de repetirme que éramos muy afortunadas y que la familia Girbés era muy suya, pero que como todas, como todas las que habían ganado la guerra y se podían permitir el lujo de pagarles cuatro perras.

A Albert lo volví a ver en septiembre, cuando regresó toda la familia de Blanes. Mi corazón me trastabillaba dentro, como si corriese con la lengua fuera, de la misma forma que un animal espera la caricia de su amo con impaciencia. Pero todo volvió a ser como antes y yo volví a ser una sombra… O al menos así lo creí. Aquella decepción fue comparable a cuando supe que tenía que crecer de golpe, que mis padres ya no estaban y la vida era eso. No sé bien lo que esperaba de aquel regreso, porque en aquel entonces tampoco lo sabía, pero una de aquellas tardes mientras repasaba los cristales de la galería que daba a la fachada posterior, me eché a llorar en silencio. Los jilgueros armaban alboroto y nadie pudo distinguir que mi llanto goteaba como si algún depósito se hubiese desfondado en mi interior. No podía parar y tuve que sentarme en el taburete frente al armario de la ropa blanca para ocultar mi rostro y respirar hondo. La vida me temblaba porque sentía que no tenía nada y porque ni siquiera tenía tiempo para llorar en paz.

Con los años he aprendido que para esperar no hay nada como no esperar. Durante aquellos meses de 1944 comencé a comprenderlo. Lo único que realmente podía esperar era un novio que me conviniese, como me decía la tía Carmen, alguien que pudiera asegurarme un porvenir. Una muchacha como yo no debía tener dificultades para que me saliese un buen partido. Solo saber esperar. La vida era esperar, eso también me lo repetía a menudo, aunque viniesen mal dadas, pero siempre esperar, que no se podía vivir de otra manera. Recuerdo que un soleado sábado de octubre la tía volvió a recordármelo mientras andábamos hacia el barrio del Ensanche. Yo ya sabía que iba enferma, apagada, arrastrando sus pies como una bestia tira de su pesado carro. El carro de mi tía era la vida, porque ya tenía los sesenta y yo notaba que le iban escaseando las fuerzas, pero aquel día volvió a decírmelo.

—He pasado mucha hambre, María, y por eso doy gracias de lo que tengo, porque creo que no puedo esperar algo mucho mejor, y quizás tú tampoco. Para esperar hay que dar, María, y la señora espera que cumpla.

Pero aquel día doña Esther se dio cuenta de que mi tía no se sostenía en pie y la despachó a casa.

—¿Cómo se te ocurre, mujer? Si es que no tendrías ni que haber venido, ni que te fuera a descontar el día por caer enferma.

Yo me asomé a uno de los tres balcones de la fachada que daba al Carrer de València y la vi girar por el arbolado de la Rambla Catalunya y suspiré un avemaría para que tuviera fuerzas para regresar a Poblenou. Aquel día me encargué yo de la comida y recuerdo que temblaba para que las habas no se pasasen, porque yo no tenía la mano de mi tía. No me preocupaba tanto asar bien las butifarras y preparar una buena escalivada, pero las habas no se me

daban bien. A doña Esther no le gustaba que se tirase la comida, porque por aquel tiempo la mayoría sabíamos lo que era la necesidad y muchos todavía sobrevivían con guisos de castaña, potajes de trigo, gachas o cualquier carne que se pudiera cazar en un callejón. Pero aquel día no hubo que tirar nada y yo pasé la tarde en el cuarto de costura y planchado, hasta que dieron las seis y el doctor Girbés me dijo que bajaban un rato a la calle. Yo sabía que a la señora le gustaba andar por el Passeig de Gràcia, con los barceloneses deambulando sobre una alfombra de hojas secas, mientras en los locales se sentaban a comer pastas y a sorber el té. Y de tanto esperar y no esperar a la vez, aquel día sucedió y Albert entró en el cuarto y me dijo que dejara la plancha.

—¡Ya está bien de trabajar, María! —me dijo—. Ven.

Me llevó al comedor y me preguntó si me gustaban los tangos. Yo miraba la gramola y no sabía ni qué contestarle. Me daba no sé qué que la señora volviese y me encontrara allí escuchando discos, pero asentí. Entonces él desenfundó un disco de Gardel y la púa comenzó a crujir hasta que arrancó los primeros compases de *Madreselva*. «Vieja pared del arrabal, / tu sombra fue, mi compañera». Yo estaba frente al mueble mirando como un pasmarote, pero Albert sonrió seguro de sí mismo y me sujetó por la cintura como aquella noche y me zarandeó con delicadeza mientras mis pies tropezaban con los suyos hasta casi caer sobre él. A mí me arrancó mi primera risa y él insistió divertido para que me dejara llevar, mientras tarareaba de memoria: «Si todos los años tus flores renacen, / hacé que no muera mi primeeeeer… amor». Y recuerdo que aquel «mi primer amor» me lo cantó muy cerca de mi oreja y yo mareándome, cayendo nuevamente en aquel abismo de dudas, mientras él me abrazaba bien fuerte, tanto que mi tía Carmen me hubiese dado un cachetón.

Cuando la canción cesó, yo le dije que no se me daba bien lo de bailar, que él bien lo sabía, que ya lo había visto la otra noche. Era la primera vez que le recordaba todo aquello y él se me quedó mirando callado, con la púa de la gramola entre sus dedos, como si no supiera qué decir.

—Eso es lo de menos —soltó al fin—. No necesitas saber bailar para que a un hombre le guste bailar contigo.

La sangre ardió en mi rostro y él me traspasó con la mirada. Después se volvió y puso otro tango. A ver si te gusta, me dijo, y sonó *Palomita blanca* y yo una vez más a dejarme llevar, a olvidarme de planchar, zurcir y remendar, solo aquel instante, solo nosotros y cuando acercó su boca a la mía dejé que un hombre me besase por primera vez.

5

Buenos Aires, febrero de 1977

El coronel extrajo un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. El aire era húmedo y espeso. Tenía la camisa blanca empapada. El chófer había estacionado el Ford Falcon verde delante del edificio de mampostería y el maletero abierto parecía la boca de un cocodrilo. Dos vigilantes balancearon el cuerpo de la muchacha y lo echaron para dentro como un fardo. Cuando cargaban a los demás hacían lo mismo y él se lo quedó mirando, pero entrecerrando los ojos, con resignación.

—Tachala —le dijo al comandante—. Metela en la misma lista que a los otros, ¿me escuchaste?

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—No quiero que vaya al río… La conozco. Tengo donde enterrarla.

—¿Estás seguro?

—No preguntés, y hacé lo que te digo.

Él miró alrededor. Los edificios de chapa a uno y otro lado del camino, la arboleda con algunos pájaros gorjeando y, esparcidos por el terreno, un techado con mesas, parrilla y fuera una piscina.

—Yo me hago cargo de todo, Alfredo. ¿Está claro?

—Está claro.

El coronel se metió las manos en los bolsillos, hizo un leve movimiento de cabeza y con un gesto en la mirada advirtió al chófer que se iban. Se sentó en el asiento trasero y esperó a que pusiera en marcha el vehículo. No veía la hora de alejarse de Campo de Mayo y dejar que el Ford acelerara a fondo a través de aquella avenida de tierra que para muchos acababa siendo el fin del mundo.

—¿Hacia dónde, coronel? —le preguntó, accionando el cambio de marchas desde una palanca a la derecha del volante.

—A San Antonio de Areco.

El cuero de los asientos estaba cálido y él rodó la manija para bajar la ventanilla y que el viento refrescara el interior. Los campos salpicados de algarrobos y eucaliptos comenzaron a quedar atrás y el coche buscó la Ruta 9.

—Vamos a volver muy de noche, coronel.

Pero él no le contestó. Ya lo sabía.

Aquello era una estupidez y las estupideces son difíciles de explicar. No había nada más necio que empeñarse en un desatino en pleno uso de sus facultades militares. En el Colegio Militar, los cadetes lo miraban con respeto, suponiendo su entereza cuando hablaba enérgico de los subversivos. Eran un cáncer para la Argentina, un cáncer que tenían que extirpar con un delicado bisturí. Y ellos lo escuchaban y asentían. Todos lo hacían, casi con admiración.

Buenos Aires era una inmensa mancha de asfalto que quedaba atrás, muy atrás, como si solo eso sirviera para olvidar. El viento de la ruta le golpeaba en la cara. La Pampa se asomaba vasta, entre pastos largos y postes de luz que parecían las notas monótonas de un pentagrama junto al arcén. En la lejanía, las vacadas se agrupaban por la llanura, a veces entre las copiosas arboledas, pero otras bajo la fragua del sol. El coronel Jorge Azcona miró las agujas de su reloj de muñeca. Las seis y media de la tarde. Pero esta vez la puntualidad no le importaba. Susana no lo esperaba. Casi nunca lo esperaba ya. En los últimos meses rara vez sabía cuándo iba a llegar. Pero no era culpa suya. Él siempre había sido puntual. Él siempre había sido metódico, muy ajeno a aquellas improvisaciones.

De jovencito, en el colegio San José, en el barrio de Once, los compañeros saltaban los paredones para ir a jugar al fútbol o a las confiterías de la calle Corrientes. Pero él no. Él ni siquiera jugaba con la pelota de goma sobre el embaldosado. Él siempre solo. Siempre puntual, correcto, intachable con todo, incluso con el horario, aunque se levantaran a las seis de la mañana. A Jorge nunca le habían encontrado una falta y jamás había sido humillado con una penitencia entre las columnas del patio. Algunos de sus compañeros no podían decir lo mismo. Él tenía un buen recuerdo de aquellos curas franceses de mente abierta que le habían enseñado disciplina y a pensar en lo que decían los santos, pero también en lo que había predicado Lutero. A él le gustaba todo aquello. Le gustaba estudiar e intentar ser bueno. Fue por eso que creyeron que tendría poco temperamento militar y mucho menos liderazgo. Sin embargo, a él le dio igual e ingresó en el Colegio Militar, en el barrio de Palomar, como había hecho su padre. Jorge había nacido para eso, tal como le había insistido su progenitor, y él le contestaba que sí, que había nacido para eso, aunque todavía no comprendiese muy bien el valor exacto que se le daba al pronombre demostrativo «eso».

Respetuoso, serio, correcto: aquello era lo indispensable. Y él lo tenía. Por eso entonces podía llevar a aquella muchacha medio dormida, quizás asfixiándose en el maletero.

—Metele, Carlos.

—Diga, coronel.

El ruido del viento entrando por las ventanillas los ensordecía.

—Que aceleres.

—Sí, coronel. No se preocupe.

Su madre estuvo orgullosa de él cuando ingresó en el Colegio Militar. Le gustaba verlo vestido de cadete, con su uniforme azul de detalles en rojo, guantes blancos y un sable arqueado colgándole de la cintura, como si fuera San Martín. Su madre decía que a los militares se los rifaban las muchachas, y a ella le encantaba verlos desfilar por Buenos Aires y que la gente les echara flores. Y él no la defraudó. Jorge Azcona iba a ser el mejor de los cadetes y, cuando acabara, el mejor de los subtenientes. Su atuendo era impecable, como su actitud, atenta y amable. Y no solo con los superiores, sino también con sus subalternos. Aquello lo había ayudado a ascender, lo sabía. Había compañeros más brillantes que él, pero no eran como él. Algunos recibían castigos irrisorios, pero que sumaban en su haber de indisciplinas. Era muy difícil pasar por el Colegio Militar sin sanciones diarias. A veces podían darse por no mantener el aseo personal, por no llevar el uniforme como marcaba el reglamento, por no llevar los zapatos como si fuesen de charol o bien por no doblar la ropa y hacer la cama con arrugas. Mantener una linterna encendida durante la noche, que leyese un libro o escribiera una carta, era algo que más de una vez se había tentado de hacer. Pero no lo hizo, porque Jorge Azcona era meticuloso y sumiso, como debía ser. Y todos lo veían extraño, como un bicho raro. Y él lo sabía.

Le pasaba como al jefe del Ejército argentino, Jorge Rafael Videla, era como si hubiera nacido para eso, predestinado para una misión histórica. Lo de la tortura era un horror, claro, que se lo dijeran a él. Sin embargo, hasta Israel la había instaurado por razones de Estado. Se lo había escuchado muchas veces. No había otro camino si se quería llevar una investigación en serio. Pero después había que matarlos, borrarlos, como si no hubiesen existido jamás. Pero eso lo fue entendiendo sobre la marcha.

Su cabeza era un torbellino que se revolvía con el viento dentro del coche. Pronto llegarían al campo y él no sabría qué hacer con ella.

Al graduarse, la calificación de capacidades de su expediente dejaba bien claro qué tipo de subteniente era: habilidades militares, sobresaliente. Aptitudes morales, sobresaliente. Don de mando, excelente, y de gobierno, otro excelente. ¿Y su conducta? Impecable, como en lo académico, en la instrucción y en lo físico: excelente y sobresaliente a la vez, porque Jorge era la perfección ¿Y en lo demás? En divertirse y tener amigos, muy mal, y en bailar el *foxtrot* en las fiestas de su promoción, rígido como un palo.

¿Y cómo conoció a Susana? ¿Cómo se casó a los veinticinco años con ella? Cosas del azar, suponía, aunque fuese hija de un almirante de la Armada, íntimo de su padre. Estaban hechos el uno para el otro, predestinados también. Pero eso se lo decía su madre, que le insistió en que aquella jovencita lo venía adorando desde que era un simple cadete. Y Jorge, con un sobresaliente en conducta y aptitudes morales, tampoco decepcionó. Excepto a Susana.

Después de una hora, el Falcon esquivó el pueblo y enfiló por un camino de tierra negra y dura. Los campos estaban terrosos, amarillentos, a punto de ser preparados para la siembra del trigo. A él le gustaba escaparse a la estancia y respirar aquella tranquilidad. Pero Susana lo odiaba. A Jorge no, al campo.

El coche se detuvo delante de la reja de la entrada, guarecida por la sombra de unos robles. El chófer se bajó, abrió el candado y el vehículo avanzó entre dos hileras de cipreses que conducían hasta la casa. Los pensamientos eran langostas en su cabeza. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. ¿Por qué se había ido hasta allá? ¿Por qué estaba haciendo aquello? Y la pregunta era estúpida porque la respuesta era obvia. No podría haber ido a ningún otro lugar en aquellas circunstancias.

Y es que el tema ya se había planteado. No podían pegarles un tiro a todos, uno tras otro, fueran los que fueran. No todos los argentinos iban a entenderlo y los de derechos humanos se les hubiesen tirado

encima para condenar los fusilamientos. Nada de aquello hubiese funcionado, y mucho menos aceptar lo que estaban haciendo entonces. El coronel no podía calibrar en qué acabaría todo aquello. Solo sabía que lo habían metido y que ya estaba dentro, en el centro mismo de la solución. Y de pronto, sin quererlo, se sonrió. «¡La solución!», se dijo. La solución del problema era exactamente un problema que ya no tendría solución.

¿Y si se equivocaban?

—No te metieron —susurró en voz alta—. Saltaste solito ahí dentro.

—¿Dice algo, coronel?

—Nada. Boludeces. Cosas mías, Carlos. No me hagas caso.

Respetuoso, serio, correcto. ¡Por eso había llegado a donde había llegado! Había empezado en el Regimiento 14 de Río Cuarto, pero en bien poco dio el salto al Ministerio de Guerra y después otra vez al Colegio Militar para licenciarse como oficial del Estado Mayor. Todo había sido vertiginoso. Sus padres y Susana estuvieron orgullosos, al fin y al cabo, no esperaban menos. ¿Y a él? ¿A él qué le gustaba? A él le gustaba ser instructor, enseñar, estudiar, pensar que toda aquella estructura bélica era una tradición, un estilo de vida, algo que se heredaba de padres a hijos. Hasta que lo propusieron de responsable de El Campito, en Campo de Mayo. Buscaban oficiales de confianza que odiaran a los comunistas y a los peronistas descontrolados. Y él era uno de esos. Más bien cualquiera podría haber sido uno de esos. Aquellos salvajes venían reventando el país desde hacía años, secuestrando, matando y robando. ¿Para qué estaban ellos si no? ¿Para qué había dedicado su vida a la disciplina? Eran tiempos de valentía y responsabilidad, y su padre le insinuó que no podía dejar de dar un paso al frente. Y lo dio. Pero sus botas ya no estaban lustradas. Sus botas estaban llenas de mierda y Jorge Azcona odiaba la mierda.

—Ayudame a sacarla —le dijo cuando se detuvieron.

Y el chófer abrió el baúl del coche. Ella estaba ahí y todavía respiraba.

6

Barcelona, mayo de 2010

La directora del hotel había llamado a la policía. Marisa descendió las escaleras bajo la hipnosis de lo inesperado. Todo había sucedido entre el espeso vaho de la perplejidad.

—Señora Boix —la voz del empleado llegaba amortiguada por la confusión—. Señora Boix, ¿se encuentra bien?

Ella tenía la mirada fija en el cuerpo de Yuri hasta que se dio cuenta de que apoyaban una mano sobre su hombro.

—Sí —contestó desconcertada—. Es que…

Las palabras le pesaban como piedras y se detuvo sin saber qué decir.

—No se preocupe —le dijo él—. Acompáñeme y le prepararemos una infusión.

—Estoy bien.

—Venga, por favor, señora Boix —insistió.

Fue entonces cuando volvió a aparecer la directora del hotel en la puerta y el empleado se dirigió a ella en voz baja. Marisa no podía dejar de repasar la habitación y comprender lo que había sucedido. La expresión de Yuri no era dolorosa. Parecía dormido. Solo la leve mueca que fruncía sus labios evocaba una partida con desconcierto. Había quedado sentado contra la pared, con el cuerpo algo caído hacia adelante y con las piernas abiertas como si fuesen una i griega. Estaba envejecido y la tristeza y la nostalgia se le anudaron en su interior de golpe.

No había esperado su llamada después de tanto tiempo y mucho menos todo aquello. Tuvo ganas de llorar, pero instintivamente se contuvo e intentó mantener la calma.

Quizás debería haber salido corriendo desde el principio. Por un momento barajó aquella posibilidad, pero no podía dejarlo allí sin más, ni correr el riesgo de que las cámaras del hotel la identificaran como si fuese una delincuente. Solo había atinado a dejarse llevar y bajó a la recepción blanca como un papel. «El hombre de la cuatro está muerto», le dijo ensimismada al muchacho. «¿Perdone?». «Tiene que subir a verlo, a la cuatro —insistió—. Está muerto». Y hasta que lo vio él también no pudo creérselo. A los del hotel ni siquiera les había dado tiempo para preguntarle por qué estaba allí. Pero la policía sí lo haría y ella les diría que había ido a buscar a Yuri, después de quince años, casi como dos desconocidos, por casualidad. Pero ahí estaba

ella, involucrada como si todo aquello hubiese sido premeditado.

Marisa sintió una preocupación insondable. Intentó respirar hondo y emerger de aquella oscuridad para pensar con frialdad. Creyó que lo mejor sería volver a salir de la habitación cuanto antes, pero cuando iba a hacerlo, sus ojos se toparon con una fotografía de ellos dos. Marisa la sujetó entre sus dedos y se la quedó mirando. Un débil mohín en los labios detonó las primeras lágrimas y recordó aquellos días en Andorra. Yuri parecía feliz. Tenía el flequillo todavía negro, sus gafas Ray Ban y una sonrisa reservada. La sujetaba de la mano con timidez en un pequeño hotel parador entre las montañas de Sant Julià de Lòria. Sin embargo, era la primera vez que ella lo comprendía.

Marisa miró alrededor y observó que los empleados habían salido afuera. Abrió el bolso, guardó la fotografía dentro y, solo un instante después, le prestó atención al libro que estaba debajo. Lo sujetó por casualidad, como si fuese inevitable que alguna vez tropezase con su destino, o bien que alguien lo hubiese trazado para ella alguna vez. Marisa no sabría explicar muy bien por qué acabó sosteniéndolo entre sus manos y, pasando la primera hoja emborronada de trazos, pudo descubrir que Yuri se lo había dedicado ella.

Una lágrima se estrelló sobre el papel y, confusa, también lo dejó caer dentro de su bolso.

Luego salió de allí.

—Acompáñeme, señora Boix —volvió a insistirle el empleado—. Le prepararemos una tila. Le vendrá bien.

—¿Cómo sabe que mi marido es el señor Boix?

—Usted me lo dijo.

—¡Ah! Es verdad. No lo recordaba.

—Es absolutamente normal. Tiene que haber sido una impresión muy grande para usted. Quédese tranquila.

Ella lo seguía escaleras abajo, pero no le contestaba.

—Lo sentimos mucho, de verdad.

Solo cuando se sentó pensó que debía llamar a Antoni para explicarle todo, parte del todo o una convincente mentira de aquel todo que retardaría, mucho o poco, que aquel cadáver de su pasado emergiese hasta la superficie. Pero para Antoni sería una decepción de tal magnitud que no podía asegurar su reacción.

Y le faltó valor incluso para pensarlo.

Fue en aquel momento cuando sopesó la posibilidad de avisar a Estela. Ella era su hija, pero también era abogada. Había comenzado a trabajar el año anterior en un despacho barcelonés que se encargaba de casos relacionados con las compañías de seguros. Aquello no tenía nada que ver, pero podría ayudarla. Y comprenderla también. Su padre no tenía por qué saberlo. No era necesario hacerle daño. Lo de Yuri hacía muchos años que había terminado. Marisa siempre había

querido a su marido. A Yuri también, pero aquello había sido diferente. No sería sencillo explicárselo a Estela, pero mucho menos a Antoni. Por nada del mundo quería encender aquella mecha que acabaría dañando su matrimonio a aquellas alturas, porque ella lo quería y se lo repetía a sí misma como si fuese un mantra. Lo quería, sí, y había aprendido a quererlo aún más que cuando lo conoció.

Aquello había sido a finales de los setenta, cuando Antoni era un torbellino de simpatía. Marisa trabajaba de secretaria en una inmobiliaria de la vía Augusta y él buscaba un local para una imprenta. Ahí había empezado todo. Con la empresa y con ellos dos. Más tarde, cuando empezaron a salir, se enteró de que había ido a la inmobiliaria Pimar por ella, solo por ella, porque una noche la conoció en un concierto del Gato Pérez en la sala Zeleste y se apostó con sus amigos que se la iba a ligar. A ella nunca le quedó bien claro si necesitaba aquel local en San Andreu o no, solo sabía que Antoni era un muchacho que derrochaba encanto y que insistió con paciencia y decisión, hasta que un día se la llevó a la noria del Tibidabo y en aquella cima, entre el mar y Barcelona, Antoni le dijo que se tiraba de arriba abajo si no le daba un beso.

A Marisa siempre le campanilleaba aquel recuerdo. Antoni era fácil de querer. Se metía a la gente en el bolsillo con un arte innato y así había ido ascendiendo, a golpe de talento y don de gentes, porque no tenía más que el bachillerato, como él decía. Luego, la empresa Boix había ido mutando de imprenta a editorial, y de editorial a grupo multimedia. Antoni le había dado una vida acomodada, una familia y la había amado generosa y honestamente. No se merecía nada de todo aquello y Marisa no estaba dispuesta a que su marido comenzase a atar cabos después de tantos años. Incluso le sería difícil explicar a su hija Estela por qué había aparecido Yuri y cómo había sido capaz de arriesgarlo todo por aquel amor incomprensible. Sin embargo, en aquel momento no encontró muchas alternativas. A la policía no iba a contarle todos los detalles. No tenía por qué y no lo haría. Pero Estela sí preguntaría, y una cosa la llevaría a otra y al final tendría que desnudar su pasado en la cafetería de un hotel.

Y de pronto, lo comprendió. Marisa debía engullirse su miedo y aguantar aquel chaparrón sola. Que cayese la que tuviese que caer, pero debía serenarse, y si acababa calada hasta los huesos, entonces, solo entonces, ya se enfrentaría a ello.

—Ya verá cómo le sienta bien —le dijo el empleado. Y le puso una tila sobre la mesa—. Dígame si necesita algo más.

—No, de verdad. Está siendo muy amable.

No soltaba el bolso, como si fuese un botín. Se moría de ganas de volver a echar un vistazo a aquella fotografía acomodada dentro de un libro cualquiera. Aquella era la herencia de Yuri.

7

Barcelona, 1944

Nuria comenzó a hacerse rubia con agua de manzanilla porque quería parecerse a Bette Davis, pero ni aun así le salía un novio. Por eso me dio no sé qué contarle lo del señor Albert. Pero tuve que hacerlo. ¿A quién podía decírselo sino a ella? Sentía que mi pecho se me hinchaba cada día un poco más, como si tuviese un globo de helio y aquel helio fuese su amor. Nuria abrió los ojos como platos y me dijo que estaba loca, que tuviera cuidado, porque me estaba metiendo en un buen lío. En la comisura de sus labios todavía puedo recordar los vestigios de su envidia, pero yo necesitaba decírselo a alguien y drenar una pasión que durante aquellos días me había enloquecido. Ella insistió en que no podía salir nada bueno de aquello, que si un hombre quería a una mujer no la escondía y la besuqueaba por los rincones. Pero yo le dije que Albert no era así, que cuando me miraba lo decía todo y, si no decía más, era porque estaba buscando el momento, que yo lo sabía mejor que ella. Con dieciséis años recién cumplidos aquel 1 de octubre, el amor ofuscaba, como si realmente fuese helio lo que aturdía mi cabeza. Me decepcionó que a Nuria la consumiera la rabia y no fuera capaz de abrazarme para elevarse un poco conmigo. Pero las cosas eran así y el domingo que se lo dije me volví antes hacia Poblenou, y yo sola. Fue la única vez que me enfadé con ella. Con Nuria solíamos pasear por la Rambla y comprarnos castañas por la Plaça Catalunya. Volver hacia nuestro barrio obrero era triste. Barcelona se apagaba lentamente, mal alumbrada, con fango en las calles y casas chatas, apretadas por callejones miserables y deslucidos. En nada se parecía al Carrer de València ni al barrio del Ensanche, con fachadas adornadas con luces y ornamentos, pisos de cientos de metros cuadrados con vistosos balcones y un jardín en medio del edificio.

Nuria era mayor que yo y veía las cosas de la misma forma que si estuvieran en una vitrina, cada una en su sitio y con claridad. Al fin y al cabo, nosotras éramos pobres, apenas habíamos llegado a ir cinco años a la escuela, y vivíamos donde vivíamos y éramos lo que éramos. Pero Nuria no podía entender que a Albert no le importara. No asimilaba muy bien por qué se había fijado en mí, aunque las dos bien sabíamos que yo no pasaba desapercibida. A ella no se le escapaba que los hombres volvían la mirada cuando me veían pasar, sobre todo en verano, cuando no llevaba mi viejo abrigo azul marino desgastado.

Por eso Nuria insistía en que al señorito ese, como ella lo llamaba, le interesaba lo que le interesaba, aunque para mí la verdad fuese muy otra. Nuria no lo conocía y yo no sabía cómo explicárselo.

Mi vida durante aquellos días cambió. Lo veía poco. Había comenzado a trabajar en una notaría del Carrer d'Aragó, aunque yo para aquel entonces estaba convencida de que se andaba fijando en mí. Y con aquello me bastaba. Una mirada furtiva, un encuentro casual en la galería, un roce de dedos en el alargado pasillo… Albert no me decía nada, pero yo esperaba que sucediese algo, a pesar de que doña Esther me mirara de arriba abajo con recelo, como si yo no fuese de su especie ni de aquellas que veneraban la foto del Generalísimo y se jactaban de nuestra bien ansiada libertad. Pero algún día habría de saberlo. Algún día Albert se lo diría y mientras llenaba la bañera de hierro para meter la ropa blanca, yo pensaba en todo eso… Y en mi madre. Yo no solo rezaba delante de la imagen del Sagrado Corazón de escayola que me había regalado la tía Carmen para mi cuarto, sino también delante de mi madre. A ella le pedía fuerzas, a ella le hablaba, a ella le suplicaba como si se me sentase a su lado y, aquella tarde, mientras me doblaba en la bañera, por fin sucedió y él entró y me puso una mano sobre el hombro.

—Este domingo te espero en el Savoy. —Y buscó el bolsillo de mi chaqueta para meterme cuatro pesetas—. A las cinco echan una de Amparo Rivelles y Alfredo Mayo. ¿Vendrás?

Mi corazón era un péndulo que se detenía sin fuerzas. Me puse de pie, tragué saliva nerviosa y asentí como una niña ante su tutor.

—No se lo digas a tu tía, ¿me entiendes? —Y volví a afirmar con la cabeza—. De momento, es mejor así.

Luego la semana avanzó a trompicones y la llegada de la tarde del domingo fue igual que esperar en un altar vestida de blanco. Nadie podía imaginar lo que sucedía muy dentro de mí, solo Nuria, pero le había hecho jurar que no diría nada. Mi tía Carmen me preguntó varias veces qué me pasaba, porque andaba topando con todo y distrayéndome con una mirada que debía parecerse a la de una lela. «¡Qué rara estás, niña!», exclamaba ella. Pero yo no podía decirle que iba a ir al cine por tercera vez en mi vida, y con él, con el señor Albert. Yo solo había ido dos veces, con Nuria y unas amigas, pero al viejo local que habían habilitado en Poblenou, nunca al Savoy, ni al Publi, ni al Fantasio. El Savoy estaba en el Passeig de Gràcia, a algo más de tres calles del piso del señor Girbés y, desde que él me lo dijo, pasaba por la puerta cuando iba o volvía y me quedaba unos segundos observando el cartel que ponía: *Deliciosamente tontos*. La gente decía que Alfredo Mayo vivía un idilio con Amparo Rivelles, pero un idilio de verdad, no como el de las películas, sino fuera de la pantalla. Y yo quería un idilio así para mí, uno como el de las películas, uno como el

de ellos. El domingo llegó y yo le mentí por primera vez a mi tía Carmen. Le dije que pasaría la tarde con Nuria y con otras amigas de ella y, con casi toda la sangre de mi cuerpo concentrada en mi corazón, corrí por las calles de Barcelona. Llevaba mi vestido de domingo, uno color canela y cuello alto y, nada más llegar al Passeig de Gràcia, me quité mi viejo abrigo para que Albert no se decepcionara de mí. En la puerta del Savoy había un vagabundo tirado, como en casi cada calle de la ciudad y, con una mueca que me enseñó su boca desdentada, me guiñó un ojo de una forma que entonces no entendí. Entré al vestíbulo y él no había llegado. No tenía reloj, pero en una pared había varios marcando los diferentes horarios del mundo. En Argentina todavía no habían empezado a comer, en Japón dormían desde hacía unas horas, pero en Barcelona faltaban quince minutos para las cinco y, de pronto, la sospecha de que él no pudiera venir comenzó a medrar en mi interior. El vestíbulo empezó a llenarse de gente muy diferente a mí, de los que podían tomarse un café, un té o simplemente un refresco en la cafetería adornada con pinturas extrañas y sin sentido. Uno de los acomodadores iba haciendo pasar al público y me miraba con curiosidad.

Yo junté mis piernas, sostuve el abrigo entre mis manos y clavé los ojos en el suelo, intentando no pensar en nada, con el miedo temblando bajo mi piel, avergonzada de saber que había mentido a mi tía y… Y en aquel instante apareció al fin. Estaba guapísimo: traje color café, camisa blanca, corbata de rayón y el sombrero en la mano. Al verlo, exhalé alivio como una olla echando vapor y él, con una sonrisa serena y educada, me preguntó si ya había comprado mi entrada. Yo le dije que no y él me dijo que me acercara a la taquilla y que escogiese la última fila, pegada a la pared, que desde allí se veía mejor. Albert me siguió y, mientras esperábamos que despacharan a un par de parejas, no me dijo nada y se mantuvo detrás de mí tan silencioso que yo pensé que estaba malhumorado conmigo. Luego, cuando llegó mi turno, pagué con las cuatro pesetas que él me había dado y me dijo que lo aguardara dentro, mientras se compraba la suya. El tictac de mi interior se había vuelto lento, desacompasado y, una vez en la sala, caminé hacia las butacas del final, como él me había dicho. Aquella sala alargada y moderna se iba llenando, pero la gente no se situaba al final. Solo un par de parejas y yo, esperando y mirándome mis zapatos negros de tacón, con las puntas deslucidas, como si ellos hubiesen encanecido, no como mi madre. Los zapatos eran de ella y la tía Carmen me dijo que también podíamos utilizar los vestidos, que no pasaba nada, que ella hubiera hecho igual. El tiempo se detuvo y mi cabeza revoloteó por las paredes lisas, hasta que las luces se fueron apagando y la oscuridad me engulló, por dentro y por fuera. Las letras del *Nodo* se proyectaron en blanco y negro en la

pantalla y, cuando la voz del noticiario comenzó a sonar, de pronto apareció él y se sentó a mi lado.

—Pensabas que no venía, ¿eh? ¿A que sí?

—No —le mentí—. ¡Qué va!

—Es que quería traerte esto.

En la mano traía una copita con un líquido blanquecino.

—Es una palomita, como tú. Anís y agua. ¿Lo has probado alguna vez?

Yo negué con la cabeza.

—Pues hoy lo harás. Bébetelo de un trago. Venga.

Me pasó la copita de cristal y, como no quería defraudarlo, lo apuré por mi garganta de un trago. Era dulzón y sentí la tibieza del calor circulando por mi cuerpo. Cuando acabé, Albert sujetó la copa y se agachó para dejarla sobre el suelo de madera. Luego se acercó a mí y me susurró que se alegraba de que hubiese venido. Quería que estuviéramos solos, sin nadie más. Y me sujetó la mano y llenó mi mejilla de un picoteo de besos. Yo sonreí y sentí que en mi pecho volvía a hincharse el helio y él continuó murmurándome cosas, porque nada le importaba el *Nodo* y mucho más el acomodador, a quien vigilaba con la mirada al pasearse por el oscuro pasillo, parecido a los guardas de uniforme marrón que se movían por Barcelona. Luego me sujetó la mano y estuvo jugueteando con mis dedos hasta que comenzó la película y volvió a susurrarme que pensaba mucho en mí, al mismo tiempo que su mano reptaba lentamente igual que una araña y acababa deambulando por mi pecho. Recuerdo que tragué saliva y sentí que mi respiración se me aceleraba. Moví tímidamente mi mano para detenerlo e intenté concentrarme en la pantalla, pero él buscó mi boca y me enseñó a besar como nunca antes hubiese imaginado. Sentí su lengua húmeda e inquieta y su mano comenzó a serpentear bajo mi vestido. Yo apreté mis piernas, pero él insistió y yo creí que todo se derrumbaba. Pensé en mi madre y sospeché que ella me estaría viendo desde algún lugar y, como si me faltara el aire, volví a apartar su mano y giré mi rostro para mirar la pantalla. Albert se detuvo y se acomodó en su butaca durante un tiempo y, cuando yo ya sentía que algo se había desafinado en mi vida, él volvió a intentarlo, convencido de que aquel receso me había ablandado. Pero yo esta vez me quedé quieta, muy quieta y rígida, como los cubos de la fábrica de hielo de La Siberiana, en Poblenou, y Albert se apartó definitivamente y vimos la película hasta casi terminar, hasta que casi encendieron las luces y él salió corriendo diciéndome bajito, muy bajito, «hasta mañana».

8

Buenos Aires, febrero de 1977

Algunos momentos parecían escritos. Algunos momentos existían sin existir, sin saber que fueron guardados en una vida que no pudo conocer. Isabel a veces cerraba los ojos y sentía sin entender. Era como si también ella hubiese podido conmoverse con un beso que jamás había imaginado. Sin embargo, intuía que había cosas que se olvidaban sin haber sido nunca recordadas.

Abrió los ojos pesadamente y se fue acostumbrando a la penumbra. A su derecha tenía una ventana con la persiana levantada hasta arriba y con unas rejas negras. El vaho del desconcierto se fue evaporando y la realidad comenzó a vibrar en sus venas. Estaba viva. Poco a poco comenzó a recordar, pero sin comprender. Echó un vistazo a la habitación y solo pudo distinguir con claridad la puerta entreabierta y la luz celeste de una televisión encendida iluminando a flashes. Se mantuvo quieta un largo rato, evaluando la situación, hasta que lentamente se incorporó y vislumbró el crucifijo de la pared. Por un momento había llegado a creer que todo había sido un sueño y que todavía estaba en el barrio de Hurlingham. Pero no era así. Eso ya lo sabía también. Y temió saber más.

Le habían reventado la puerta de la casa. Entraron en tromba, de madrugada y lo revolvieron todo buscándolo a él, a Norberto. Pero él se había ido. Le había pedido que lo acompañara e Isabel le dijo que no, que estaba exagerando, que no podían ir a buscarlo. Él solo estaba en el sindicato de la Mercedes Benz, él solo era un supervisor y no se dedicaba a poner bombas. Las bombas las ponían otros. Ellos no. Y Norberto que sí, que claro, y a despotricar de la Junta Militar y de la dictadura. Venían luchando por el país desde el setenta y uno, cuando el gobierno de Lanusse había prohibido a los peronistas, a ellos, los herederos de esa revolución socialista de la que hasta el mismísimo Juan Domingo Perón había renegado. Habían sido años de lucha, años de espera, porque el general les había dado todo cuando Isabel era tan solo una niña, pero también había acabado traicionándolos veintiocho años después; después de su exilio. Ellos habían luchado por él, por un

país más justo, por un país revolucionario y obrero, pero ellos no ponían bombas. «Nosotros no las ponemos, Norberto». Y él callaba y le decía que tenían que irse, que tenían que esconderse, porque ni Perón había dado la cara por ellos, los que se habían sacrificado para que el general volviera y renegase de los suyos acusándolos de imberbes y violentos. Y aquello había sucedido porque ya no les servía, porque ya habían cumplido y lo habían rescatado de su destierro para volverlo a encumbrar a la presidencia en 1973. Después todo había ido a peor. Perón murió, su esposa desmoronó al país y el Ejército había vuelto a tomar las riendas. Por eso tenían que irse. Pero Isabel le dijo que no se iba, que ella solo tenía las manos manchadas de la tierra del jardín, y Norberto lo mismo. «¿Verdad, Norberto?». Y él que sí, que claro, pero que se tenían que ir. Y al final habían acabado discutiendo, como muchas otras veces, pero aquella fue la más importante, porque Isabel se quedó. Ella quería acabar con los hormigueros del jardín y por eso la encontraron y se la llevaron.

Hurligham era un barrio nuevo al oeste de Buenos Aires, de chalés con cubierta a dos aguas y grandes parcelas. Su casa tenía una sola planta, tejado, entrada de garaje y, junto a esta, un pequeño jardín, mucho más pequeño que el que tenían al fondo. Estaba revestido de una piedra gris y Norberto le dijo que esa Piedra Mar del Plata le daba un toque elegante y, que cuando llenara el jardincito de plantas y flores, la gente se iba a parar a verlo. Antes, cuando ella era una niña, aquello era campo, terrenos baldíos con casas esparcidas y distantes. Pero después todo fue cambiando y ya no traían el querosene en garrafas, sino que cavaron las calles y canalizaron el gas natural y el agua. Entonces asfaltaron y aquello dejó de ser un barrizal durante los días de lluvia. Por eso les gustó Hurlingham, porque estaba creciendo y porque no era caro. Pero entonces nunca imaginaron lo de los inmensos hormigueros. Eran tan grandes que habían tenido que levantar los suelos del jardín y después cambiarlos. Y eso era lo que había pasado aquel viernes, que había tenido que volverse a poner con el veneno, porque habían vuelto a aparecer cerca de la galería y se había tenido que encargar ella sola. Al principio, y recién casados, Norberto se ocupaba del chalé como si no hubiese tenido nada más en su vida. Los fines de semana se ponía un pantalón corto de cuando jugaba al tenis y se ocupaba del jardín: podaba los árboles, cortaba el césped empujando una máquina que iba moviendo sus cuchillas y barría las hojas para meterlas en bolsas de arpillera. Pero después, poco a poco, se había ido complicando con lo del sindicato y ya no le importaba la casa como al principio y ella se tenía que hacer cargo del jardín, y de los hormigueros. Y aquella noche y las sucesivas, también

tuvo que ocuparse de los militares.

—No te preocupes —le dijeron—. Te llevamos a comisaría para unas preguntas.

Y se la llevaron a San Justo. Allí Isabel les dijo que pasaba su vida entre la escuela y los hormigueros y que de su marido no sabía nada.

—Dejate de pelotudeces. ¿Creés que somos tarados? ¿Para qué dabas vuelta el jardín entonces?

—¡Por los hormigueros!

Pero ellos le revolvieron todo, como si esperasen encontrar algo más, y dos días después se la llevaron a Campo de Mayo.

Volvió a mirar la habitación, pero esta vez decidió ponerse de pie y, con el sigilo de un gato, se asomó al *living* espiando con un ojo, como si midiese para apuntar con un rifle. Un hombre estaba sentado en un sillón cara a la televisión y lo reconoció de la cárcel. Dio un paso hacia atrás, se atusó el pelo nerviosa, e intentó evaluar sus posibilidades de salir de allí. Su único horizonte parecía estar tras aquella puerta y se quedó petrificada, de pie, como si todavía continuase con una soga en las muñecas.

Media hora después, el coronel empujó la puerta del todo y la encontró de pie, en medio de la habitación, pero en la oscuridad. Un escalofrío recorrió su cuerpo y buscó rápidamente el interruptor de la pared.

—¿Qué hacés ahí como un fantasma?

Ella se lo quedó mirando, pero entrecerrando los ojos para acostumbrarse a la luz. Tenía miedo de hablar, pero le contestó.

—Estaba esperando. —Y no mentía.

—Vení. Seguime.

Jorge Azcona le dio la espalda, atravesó un pasillo y volvió al salón. Con un vistazo rápido, ella repasó los muebles que todavía eran brillantes y oscuros, aunque con aquel diseño hinchado y barroco de un pasado olvidado; los cortinajes parecían deslucidos y sucios, como la lámpara con una gran pantalla amarillenta, y el sillón de un marrón desgastado tenía el mismo aspecto envejecido que una alfombra con dibujos clásicos.

La televisión continuaba parpadeando su brillo sobre las paredes.

—¿Dónde estoy?

—Eso no importa.

Volvió a observarlo todo e inspiró lentamente hasta henchirse.

—¿Qué es lo que está pasando? —insistió.

—No te acordás de nada, ¿verdad?

Isabel lo miró sin comprender y después agachó la cabeza.

Se quedó de pie, con las manos recogidas en su regazo, como cuando era una niña y se mantenía rígida frente a su madre y aguantaba un aguacero de reproches. Llevaba un *jean* manchado a lamparones y el pelo estaba reseco de inmundicia.

—Lo primero que vas a hacer es bañarte. Andá ahí, al final del pasillo.

Isabel se irguió y lo miró con detenimiento. Lo había visto alguna vez en el galpón, pero nunca así de frente, nunca tan de cerca, ni siquiera unas horas antes, cuando le quitó la capucha en el centro de detenciones. Un lío de sentimientos se le anudaron en la garganta y se esforzó en descifrar aquella situación incomprensible.

—¿Te acordás de mí? —volvió a preguntarle.

—De hoy —dijo ella—. Me salvó la vida.

El coronel respiró hondamente, entrecerró los ojos, resignado, y acabó exhalando con fuerza.

—No, de ahí no. Hablo de antes.

Los ojos de Isabel prolongaron su mirada intentando divisar la lontananza de su pasado, pero negó con la cabeza.

—No, no me acuerdo.

—Fue hace tiempo.

—¿Cuándo? —Y dudó al preguntar.

El coronel se metió las manos en los bolsillos y se dejó caer en el sillón.

—Primero bañate. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez?

—Tres semanas.

—Tenés ganas, ¿no? —Y ella asintió como un autómata ante aquella obviedad—. Bueno, dale entonces. Andá al baño.

Isabel tragó saliva nerviosa e hizo un ademán para volverse y buscar el pasillo, pero se detuvo.

—¿Dónde estamos? —insistió.

—¡No podés saber! Ya te dije.

—Está bien.

—Está todo cerrado y hay rejas en las ventanas. Ni se te ocurra una tontería. —Isabel calló—. Si te escapás, te voy a tener que matar, ¿me entendés? —Y se lo dijo avanzando hacia ella, clavándole sus ojos pardos en los suyos—. Te lo digo de verdad.

—Lo sé.

—Bueno, entonces no pierdas más tiempo. Bañate. Yo te espero acá.

9

Barcelona, mayo de 2010

Llegó a casa agotada y su marido todavía no estaba. Volvería del tenis tarde, no antes de las ocho, y Marisa tendría un par de horas para darse una ducha de agua tibia y dejar que su vida volviese a habitarla.

La conmoción había mutado en desánimo y el desánimo en un profundo cansancio.

De pronto se dio cuenta de que no había comido. Era como si su existencia se hubiese detenido cuando llegó al hotel. Durante las últimas horas había ido percibiendo cómo su corazón se volvía enjuto y pequeño, y sintió un irrefrenable deseo de volver a llorar. Aquella imagen de Yuri no podía desvanecerse de su cabeza y no quería recordarlo así. La culpa era un pequeño roedor que la iba devorando viva y tuvo la tentación de llamar ella misma a su familia, a la de Yuri, para decirles que había muerto. ¿Pero qué sentido hubiese tenido que ella hiciese algo semejante? ¿Qué podría decirle a su esposa? ¿Cómo explicarle su presencia en la habitación del hotel? No. No podía. Ni podía, ni se atrevía, y aquella situación tampoco la dejaba en paz. Solo la tranquilizaba repetirse que ya nada podía hacer por él y que sería mejor que la policía hiciese aquella llamada. Habían revisado sus cosas y en su teléfono móvil encontraron varios números. Con eso sería suficiente. Ellos lo gestionarían bien y no podían pedirle más. Los había ayudado en todo. Marisa había relatado las cosas tal cual habían sucedido, aunque obviase que habían sido amantes. Aquello no fue necesario. Sin embargo, al referirse a su supuesta amistad, uno de los agentes había apuntado en su libretita sin mirarla a los ojos, emitiendo un escueto y elocuente «entiendo», y ella sintió el rubor de la sangre ardiendo en sus mejillas.

Marisa no había vuelto a subir, pero supo que un perito había escarbado la habitación en busca de huellas y fotografiándolo todo. El único alivio en todo aquello fue escuchar que no hubo signos de violencia y que todo apuntaba a una muerte natural. Solo entonces decidió abandonar el hotel, ya cuando el cuerpo de Yuri fue conducido a la morgue.

La mujer se descalzó sobre el mármol del suelo del baño. El tacto plácido y frío en la planta de los pies recorrió todo su cuerpo. Luego abrió el grifo, se quitó la ropa, cerró la mampara lisa y cristalina y dejó que el agua cayese sobre ella. Aquel hecho pequeño e insignificante era uno de los placeres más grandes que podía sentir. Su

vida se ponía en *stand by* y sus pensamientos fluían solos. Su cuerpo se relajaba tanto que sentía levitar su alma, e intentó prolongar aquella sensación durante un largo rato, hasta que notó que la piel le picaba y comprendió que debía descender al mundo nuevamente.

Aquella tarde se abandonó y se dejó caer sobre las nubes del recuerdo. Le parecía que 1990 había sido ayer. El ágil rodillo del tiempo avanzaba inadvertido y la vida parecía deslizarse como fina arena entre los dedos, sin poder detenerla. Solo sentía que había envejecido sin darse cuenta y que, en cuanto se descuidase, podía llegar a ser abuela. Por aquel tiempo vivían en Barcelona, en el Carrer de Tamarit. Xavier tenía ocho años y Estela apenas seis. Entonces, con Antoni ya habían decidido que ella ya no trabajaría en la inmobiliaria y Marisa iba y venía del colegio, llevaba a Xavier a jugar al tenis, a Estela a gimnasia rítmica y quedaba con algunas amigas del club, donde solían pasar muchas horas del fin de semana, a veces en torneos, pero otras simplemente jugando a las cartas y compartiendo mesa con familias de empresarios como su marido. Aquella vida transcurría por su recuerdo rápidamente feliz. Hasta que un día Yuri irrumpió en ella, en el parque donde jugaban los niños, a apenas unos metros de su edificio, y Marisa supo que su vida iba a cambiar.

¿Quién era Yuri en aquel tiempo para ella? A Marisa le costó comprenderlo, sobre todo porque nunca había llegado a hablarlo con nadie. Para ella Yuri había sido muchas cosas, y no siempre buenas, pero Marisa había aprendido a quererlo con el tiempo, cuando llegó a encajarlo todo. La de ellos había sido una relación a deshora, lo que nunca podría ser y, a la vez, lo que podría llegar a haber sido. Y cuando repasaba sus cartas como si todavía fuese una muchacha, a veces le daba por llorar, como si la vida no la hubiese recompensado con creces.

Ella lo había querido, y aquello no había podido evitarlo.

Bajo la tibieza del agua, todavía podía sentir su corazón como un tambor al verlo frente a ella después de tantos años. Fue en la primavera de 1990 y Yuri se presentó en Barcelona para pedirle que lo perdonara. Cerró los ojos y le pareció que todavía estaba allí, frente a ella, como si fuese un espectro de otro tiempo, y había tenido que mirarlo fijamente para saber que era él. Xavier y Estela eran solo niños y, mientras se columpiaban a pocos metros, Yuri se sentó a su lado en un banco de piedra, como si todo acabara de suceder. Marisa todavía podía sentir aquella emoción. La había intentado reprimir antes, entonces y después de aquel día. Pero nunca lo consiguió.

—Estoy en el Hotel Condal —le había dicho él—. No pienso rendirme. No me voy a ir hasta que vengas.

Fue inútil que Marisa le dijese que aquello era una locura, que no podía, que no debía. A él le dio igual y no se desalentó. Y cuando se

acercó la pequeña Estela, le rascó la coronilla con los dedos y le dijo que era un amigo de mamá, pero que ya se iba. Luego Marisa lo vio alejarse por el Carrer de Calàbria como se desvanece una aparición y sintió que había recuerdos de los que no podía desasirse, porque parecían anudados a ella desde antes de haberlos vivido. En aquel mismo momento ya supo que, tarde o temprano, acabaría en aquel hotel y aquel mismo fin de semana fue a buscarlo por primera vez, mientras hacía malabares con sus mentiras y se las ingeniaba para que Antoni no sospechase nada.

Emergió de aquella evocación cuando cerró el agua y se envolvió en una toalla. Bajó los párpados intentando retener el pasado y fue secando su piel e imaginando que todavía estaba en los brazos de Yuri. ¡Qué feliz había sido entonces! Había arriesgado todo lo que había construido con Antoni, pero la primera vez que fue a verlo a la habitación número cuatro sintió que su vida se perturbaba de amor, arrebatada por un enjambre de emociones en su interior. En su sangre había rebeldía y pasión, aunque amara a su familia y todo lo que significaba. Todo había sido deseo, tentación y una inconsciencia irracional que la arrastró ciega.

—¡Yuri! —pronunció en voz alta, como si fuese un ensalmo que lo pudiese devolver.

Luego salió del baño y entró en su cuarto. Sobre la colcha azul estaba su bolso de Chanel color crudo, con las letras de su logo brillando en dorado. Y fue en aquel momento cuando recordó el libro que se había llevado del hotel y metió la mano dentro, hasta extraerlo junto a la fotografía.

Se sentó sobre la cama y se lo quedó mirando: en la portada un gran navío atracaba entre una multitud que vociferaba en blanco y negro con los brazos levantados. *Nadie sabrá de mí*, Javier Arias, leyó Marisa, y volvió a abrirlo por la primera página, rayada con nombres y números. Después pasó a la siguiente y ahí estaba la dedicatoria para ella, con la caligrafía de Yuri. Era su legado.

Y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

10

Barcelona, 1944

Volvía de Sant Gervasi una mañana de sol. Doña Esther me había enviado a lo de una prima con una carta y un paquete envuelto en papel marrón mate. Vivía en una casa con jardín y un enrejado revestido de hiedras y bojes. Más allá, flanqueando la entrada, pude ver un vergel de jazmines y enredaderas. Aquella Barcelona me parecía otra y quizás por eso regresaba con la cabeza llena de pájaros cuando la vi por primera vez. Recuerdo al tranvía avanzando por el Passeig de Gràcia como un viejo vapor abriéndose paso sobre un mar de hojas secas. Aquel vagón sin puertas y de un amarillo desconchado se detuvo y un manojo de niños se descolgó del parachoques. Albert bajó del tranvía y luego estiró el brazo para que descendiese ella, envuelta en un abrigo oscuro y con un sobrio sombrero redondito del mismo color. Su pelo era claro, veteado de tirabuzones castaños, casi rubios, y se le desparramaba limpio y ondulado por los hombros. Mis pies se frenaron antes de que yo advirtiese que se habían clavado sobre el enlosado como una rapaz se aferra a una rama porque cree que puede caer. Luego la campanilla sonó, el tranvía echó a andar y yo los vi alejarse enlazados de la mano hacia la Plaça de Catalunya y todo se detuvo por un instante. Me acuerdo de aquella sensación de soledad, como si el mundo se hubiese desvanecido de golpe y luego comenzase a succionarme, flotando aturdida antes de caer por un desagüe que tironeaba mis pies para imbuirme en la nada. Perdí la noción del tiempo y el gruñido de un barrendero me estampó de nuevo en la calle.

—Vamos a ver, niña. ¿Es que acaso quieres echar raíces?

La escoba de ramitas de brezo amenazó con chocar contra mis zapatos, pero yo me aparté como saltaba las olitas en la Barceloneta. Regresé al Carrer de València vencida, con una angustia que sentía me iba a hacer vomitar. Solo entonces comprendí que lo sabía. Y no solo porque Nuria me lo hubiese dicho, sino porque hay veces que sabemos las cosas antes de aceptarlas, negándonos a darnos cuenta de una verdad que rebota silenciosamente en nuestra cabeza. Albert hacía semanas que estrangulaba mi ilusión con sonrisas esquivas y palabras vacías. Parecía que ni había existido la Plaça Nova, ni el recuerdo del cine Savoy. Bien era cierto que comenzamos a vernos menos porque su padre lo había colocado en la gestoría del Carrer d'Aragó, pero aquello no explicaba que se hubiesen ido soltando las débiles amarras

con las que él había querido aferrarse a mí. Resultó inútil que fuese yo quien intentara encajar aquel rompecabezas. Cuesta desembarazarse del primer amor, por más ridículo que hubiese sido.

Yo siempre pensé que doña Esther había estado de por medio. Más de una vez había notado su mirada recriminatoria sobre mí y un día tuve la mala suerte de escucharla advirtiendo a Albert, porque ella no era tonta y conocía a los hombres, según decía. Era evidente que doña Esther bien se había dado cuenta de cómo me miraba cuando me tenía cerca y no estuvo dispuesta a aquellos jueguecitos. Desde luego que no, porque Albert no podía ir acomodándose a esa gente, gente como yo, gente que nunca se sabía lo que pensaban, decía ella, y por eso, yo, tan mona como peligrosa, pertenecía a esa clase de gente de la que ellos no podían fiarse y, si no, que se lo dijeran a los Coll, que habían perdido la vida cuando el novio miliciano de una de las sirvientas los había fusilado en su propia casa y delante de la muchacha. De nosotras nunca podría estar segura del todo, insistía doña Esther, y se lo dijo tan claro que yo más que rabia sentí vergüenza.

Fuese por lo que fuese, Albert se extinguió de mi vida con la rapidez con la que se consume una cerilla. Con las semanas me fui enterando de que su novia se llamaba Inmaculada, que había estudiado Filosofía y Letras —una de las pocas opciones de formación que tenían las mujeres durante aquellos años— y que, por supuesto, pertenecía a una buena familia, de las que enviaban a sus hijos al Colegio Alemán y se habían acostumbrado a rezar «Deutschland, Deutschland über alles… Heil, Hitler», hasta poco antes de que llegaran las noticias del final de la guerra y del ocaso sueño del Führer. A Inmaculada la vi por segunda vez en la feria de Santa Lucía, delante de la catedral, en vísperas de la Navidad. Albert y ella compraban figuritas para el pesebre y yo me topé con ellos como si la marea de la multitud los hubiese arrastrado hasta mí. Nuria me golpeó el brazo con el codo y Albert pasó de largo con una mueca que no llegó ni a saludo. Luego, con los meses, la vi muchas veces en el piso del Carrer de València. Tenía un rostro agradable, sereno y afable, pero de los que no llamaban la atención. «Tú eres más guapa», me dijo Nuria cuando la vio. Pero yo ni la escuché cuando me advirtió de él, ni tampoco lo hice entonces. Me propuse olvidarlo y, como si se tratase de una anestesia, intenté borrarlo de mis pensamientos, arrancándome aquel amor como si fuese una espina enquistada. Y fue entonces cuando apareció Carlos, porque sentí que era mi mejor alternativa; al fin y al cabo, un clavo saca otro clavo, repetía Nuria, aunque a ella no le hubiesen clavado ninguno.

Carlos era el hermano de Nuria. Me conocía desde que yo era una niña, cuando mi padre todavía no se había ido a la guerra, y yo sabía que se había empezado a fijar en mí desde hacía un año atrás. Antes

de que dejara de trabajar en el café del Centre, a veces le pedía a Nuria que se pasara por allí los domingos, pero ninguna de las dos nos sentábamos en una de aquellas mesas de mármol y hierro forjado para tomarnos un vermú o una limonada, porque la invitación era para rellenar una fiambrera. Carlos, que por aquel tiempo era friegaplatos, recogía algunas sobras para llevar a casa y a veces me daba a mí también. Estuvo en aquel café del Carrer de Girona un par de años, hasta que por fin consiguió el carné de la Falange, como si hubiesen pasado demasiados años para que recordasen que su padre fallecido había trabajado para Correos en tiempos de la República. Sin embargo, en vez de aprovechar la ocasión para medrar, Carlos comenzó a dedicarse de lleno a lo que venía trapicheando desde un año atrás, vendiendo bajo mano todo lo que podía conseguir. El kilo de azúcar estaba a dos pesetas y el aceite el doble, pero durante aquella posguerra escaseaba todo y Carlos aprendió que él podía conseguirlo y ofrecerlo a ocho veces más de su valor. Al principio, utilizaba su casa para acumular las latas, pero durante aquel invierno entre 1944 y 1945 se hizo con un pequeño local en Poblenou y trapicheaba con lo que lograba apropiarse, desde arroz, chorizos y latas de sardina, hasta sacas de pan blanco. El Gobierno intentó frenar por todos los medios el estraperlo, pero él siempre acababa burlando los rastreos en chalecos con depósitos de lata, embutidos colgando bajo las faldas o garrafas escondidas bajo los asientos. Y fue por aquel tiempo, cuando las cosas le empezaron a ir bien, que un domingo me invitó a Casa Almirall, por la Ciutat Vella. Al principio me negué a ir porque Carlos no me gustaba. Tenía veintidós años y parecían caerle encima diez más. Siempre serio, siempre hosco, como si le hubiese pesado tener que sacar adelante a su hermana y a su madre él solo. Pero Nuria me insistió. Su hermano no era lo que parecía, según ella. Era buena gente y si podía ayudar, lo hacía, y si podía invitar, invitaba, que para eso las cosas le iban mejor entonces. Carlos me llevó a comer un bocadillo de calamares y una gaseosa. No recuerdo si los había probado antes, pero me parecieron tal manjar que acabé chupándome los dedos.

—¿Quieres que nos pidamos otro? —me preguntó.

—No —le mentí—. Estoy llena, de verdad.

No insistió. Levantó la mano, llamó al camarero e hizo tintinear las perras gordas sobre la mesa, entre fanfarrón y orgulloso, como si en aquel repique quisiera hacerse notar. Después caminamos hacia el Barrio Gótico lentamente. Carlos no dejaba de hablar y de gesticular con las manos, porque creo que callado se sentía más débil. Él no era como el señorito Albert, que no necesitaba hacer nada para que me ronroneara el estómago. Yo sabía que Carlos aquella tarde se había preparado para que le gustara y se había enfundado en un traje gris

marengo con bolsillos con alas, dobleces en las mangas y pliegues en los pantalones. Se notaba que no era suyo y, tiempo después, me enteré de que había sido de su padre y le pedí a mi tía Carmen que me ayudara a ajustárselo para que le sentara bien. No cesaba de hablarme de su trabajo, de que cuando veía que alguien no podía pagar le fiaba, que lo supiera, pero aquel negocio era así, y que a él también le costaba conseguir todo aquello, y que se la jugaba, porque era necesario para ahorrar un poco y montarse algo, que las cosas no eran fáciles y yo lo sabía igual que él.

Entonces, sin saber muy bien dónde estaba, nuestros pasos se detuvieron en Sant Jaume, en la plaza de la Constitución, como le decían entonces. Carlos miró hacia el edificio del ayuntamiento con la bandera de España ondeando apagada. Empezaba a oscurecer y me dijo que él notaba que las cosas iban mejor, que si no mejoraban más era porque Franco no se dejaba gobernar desde fuera, y bien que hacía. Había hambre, sí, pero sin él todo hubiese sido peor. A fin de cuentas, ya era hora de que en España mandase alguien y, como si fuese una premonición, un hombre de pantalón caqui, camisa azul y boina roja enrollada en la hombrera izquierda se acercó para estrecharle la mano. Ya desde ese instante comprendí que a Carlos poco le importaban las ideas que había tenido su padre y que el carné de la Falange le estaba ayudando más de lo que lo ayudaría su recuerdo. La plaza estaba colmada y, en el medio, una mujer vendía castañas, boniatos y cacahuetes.

—¿Quieres algo? —volvió a preguntarme.

—No.

Pero mis ojos se obstinaron en las castañas humeando y Carlos metió su mano en el bolsillo y nuevamente hizo tintinear los céntimos.

—Venga —insistió—. Pídete unas castañitas y las compartimos.

Y sin darme tiempo a más, puso un par de céntimos sobre la mano de la mujer y ella le entregó un paquetito de papel de periódico.

—Toma.

Y yo estiré la mano. Después reanudamos el paseo y él volvió a lo mismo, una arenga aprendida que ahora me sabe a supervivencia. Carlos repetía que las cosas iban a ir mejor, pero no de la forma que querían imponernos desde Ginebra, con un capitalismo burgués que solo podía llevarnos a lo mismo. ¿Qué importaba que no estuviésemos en la Sociedad de las Naciones? Nada. Los españoles estaban luchando por salir adelante, como él, con entusiasmo, con fuerza, y más valía vivir con honra que vivir vilipendiado. Y estuvo proclamando así hasta que se dio cuenta de que a mí no me importaba nada de todo aquello, porque yo sabía del hambre, de los trajes vueltos al revés y de las epidemias de chinches y piojos. Esa era la España que yo conocía e intuía que levantar aquello iba a costar muchísimo más, que hasta el

señor Girbés se hacía cruces cuando hablaba de Barcelona, desvencijada como aquellos coches a los que les habían agregado un fogón detrás para que quemaran el carbón o la madera que los hacía avanzar a trancas y a barrancas.

—Soy un pesado, ¿verdad? —me dijo mientras nos acercábamos a Poblenou paseando la avenida del Generalísimo, la que habíamos conocido como la del Catorze d'Abril y con la democracia se acabó llamando Diagonal—. Si es que apenas te he dejado que me hablaras de ti.

La energía de su voz había cambiado, se había vuelto tímida y opaca. No podía ver su rostro bajo el sombrero gris porque caminaba junto a él, pero lo imaginaba el de siempre, algo huraño y distante, aunque Nuria me dijera que su hermano no lo era.

—Poco hay que saber de mí.

—Lo que hay que saber de ti salta a la vista, María, que eres la muchacha más guapa de toda Barcelona.

Su voz vibró indecisa, empujada hasta sus labios con temor. No era como cuando Albert me decía palomita, carita de ángel y todas aquellas cosas que entonces debía susurrarle a ella, a Inmaculada, su novia de verdad, la que entraría en el piso del Carrer de València como su prometida y no como lo que yo era, una criada pobre que apenas tenía qué ponerse.

Al escuchar a Carlos no pude evitar sonrojarme, aunque él no pudiese darse cuenta. No supe qué decirle y creo que aquello lo hizo tambalearse aún más, mucho más, como si se encontrase al borde de un abismo para el que se venía preparando durante toda la tarde. Yo no supe de qué hablar y él no se atrevió a lanzarse. Ya entonces era consciente de que Carlos no me gustaba, porque, en el fondo, nadie podía gustarme como él, como mi primer amor, el de la Plaça Nova, aunque la tía Carmen siempre me dijera que el amor hay que trabajarlo, que no venía solo, que los príncipes no existían y las que los esperaban pasarían mucha hambre. Y mientras yo le daba vueltas en mi cabeza, en el Carrer de Pujades, en la puerta de aquella pequeña colmena de dos plantas y bajo la luz mortecina de una farola lejana que hoy llamaríamos oscuridad, Carlos por fin se arrancó a decírmelo.

—Si quieres, el domingo que viene volvemos a quedar y te llevo al cine. He visto que ponen una de Jorge Negrete.

—Se te van a ir tus ahorros en mí.

—¡No digas tonterías! —exclamó, nuevamente ufano—. ¿No te he dicho que las cosas me van bien? —Y yo asentí—. Dime que vendrás —insistió él.

Y yo volví a afirmar con mi cabeza, sin apenas atreverme a darle un sí. Y él sonrió con una luz que inundaba la oscuridad.

11

Buenos Aires, febrero de 1977

Hay luces que no iluminan. Hay luces que solo sirven para encandilar y después dejarnos ciegos, y más de treinta años atrás, María todavía no había comprendido aquello en Barcelona, pero Isabel en 1977 tampoco. A ella le costaba reconocer a Norberto, quien se había ido empecinando en cambiar un país con una ceguera tan radical que soñaba con que todo hubiese sido como cuando Perón gobernó por primera vez. ¡Y había pasado tanto tiempo de aquello! Su madre le había hablado muchas veces de aquella Argentina exultante de finales de los cuarenta y ellos luchaban por aquel país. Pero cuando le dijeron a Norberto que lo andaban buscando, él se esfumó del barrio con la casa llena de hormigueros y con el nombre de Isabel en una lista llena de cadáveres.

Se miró en el espejo del baño después de tres semanas. Las ojeras eran manchas violáceas bajo sus ojos canela. Otros ya habían muerto, pero ella todavía no. Isabel sabía que a veces jugaban con ellas, y lo sabía muy bien. Aquel hombre la había llevado para entretenerse cuando otros lo hacían en una sala del centro de detenciones. Ellas entonces no gritaban porque no servía para nada. Sin embargo, él tenía que ser alguien importante. Eso, o más bien que no le gustaban tantas distracciones o aquella desafortunada falta de intimidad.

Ellas eran perras. Se lo había escuchado muchas veces a los vigilantes. Ellas eran conejas que lo hacían para salvarse, porque pensaban que si se quedaban preñadas no las iban a tocar. Eran conejas guerrilleras.

Isabel tiró del espejito y abrió la puertecita del mueble del baño. Había espuma de afeitar, *aftershave*, una afeitadora Phillips, un vasito con cuatro cepillos de dientes y un peine alargado. Volvió a cerrarlo y comenzó a desenredarse el pelo. Él decía que la conocía, pero no era verdad. Solo quería ganarse su confianza y después acostarse con ella cuando estuviese limpia. Él no tenía necesidad de pagar por aquello. Para ellos era fácil, bien fácil. Pero para Isabel se trataba de vivir o

morir. A esas alturas su vida era eso. Y quizás fuese su única oportunidad.

Ni siquiera se atrevió a asomarse por el ventanuco del baño. Fuera todo era oscuridad y no iba a poder escapar. Él ya lo había previsto. Tenía que esperar, ubicarse e intentar sobrevivir. Después ya vería. No era momento de precipitarse. Tenía que colaborar y abrió la puerta para salir.

Caminó hacia el salón y esta vez la televisión estaba apagada. La música de un tocadiscos estereofónico llegaba desde un anexo y vio una puerta corredera plegada. Avanzó hasta allí con la timidez del miedo y se detuvo ante el umbral de un estudio. Él estaba sentado detrás de un escritorio, con un cuadro del general San Martín a sus espaldas. Isabel dio un vistazo a la cordillera de los Andes y, por un momento, imaginó a aquel hombre también montado sobre un caballo blanco, con un heroísmo que jamás podría comprender. A la izquierda, un ventanal abierto, pero enrejado también y, en la pared opuesta, un mueble con cuatro estantes de libros y una pintura con un hombre uniformado. A Isabel le llamaron la atención sus ojos siniestros y sus labios masticando la rabia con una sonrisa, e imaginó que sería su padre.

—¿Sabés qué suena? —Ella miró el mueble del tocadiscos bajo la ventana y negó con la cabeza—. Es el concierto para violín de Beethoven.

La púa rascaba el disco y la música sonaba lejana y añosa.

—Es la Orquesta de la Ópera de Berlín, pero de 1926. Era de mi abuelo.

Ella se mantuvo rígida. Ni se movió, y volvió a mirarlo todavía desconcertada. Vestía un pantalón entallado azul y una camisa blanca. El pelo brillaba engominado, tenía la frente amplia y los ojos esquivos.

—Te gustaba la música. —Isabel pestañó nerviosa y la confusión aumentó—. No te acordás, ¿no?

—No, no me acuerdo.

—Ustedes tienen memoria para lo que quieren. —Y se sonrió con un dejo amargo. —Ella calló—. A vos te gustan los boleros. ¿A que sí? —insistió él.

Isabel arrugó su entrecejo y, después de meditar un momento, asintió boquiabierta.

—¿De dónde me conoce? —le preguntó al fin.

—Quiero que te acuerdes vos. Si yo me acordé, vos también te podés acordar.

Se había puesto un vestido azul con lunares amarillos. Sus brazos blancos, largos y delgados estaban desnudos desde los hombros.

Susana ya no lo usaba y ni se iba enterar. Ni ella, ni nadie.

—¿De dónde?

—Es de hace tiempo. Creí que te acordarías —le dijo con un hilo de voz.

Y ella percibió su decepción. Luego apretó los puños y, sin pensarlo, avanzó hacia él.

Los violines gemían con suavidad y volvió a mirarlo con detenimiento.

—En aquel tiempo no llevaba este bigote. En aquel tiempo era otro. Solo un muchacho.

—¿En dónde?

—En Mar del Plata.

Los ojos de la muchacha vibraron y un escalofrío recorrió su piel. Las palabras se le atascaron en la boca y los primeros recuerdos limpios emergieron a borbotones en aquella cloaca.

—¿Sos Jorge?

Él sonrió. Luego se puso de pie y rodeó el escritorio.

Isabel negó con la cabeza, intentando sacudir su perplejidad y sin atreverse a aceptar todavía.

—Hace mucho, ya lo sé. Eras una pendeja.

—¿Jorge? —insistió ella—. ¿Vos sos Jorge?

—¿Tanto cambié?

Pero ella no le contestó. Solo atinó a clavar los ojos en el piso y se apoyó en el escritorio, como si dudara de poder mantenerse en pie.

—Tenía quince, casi dieciséis —le dijo ella al fin.

—Sí, me acuerdo perfectamente.

Estaba ofuscada y no sabía cómo reaccionar ante aquella situación tan inesperada.

—Me acordé mucho de vos. —Su voz se volvió blanda—. Siempre me acordé. —Y ella volvió a callar—. Te fui a buscar, ¿sabés? Pero ya no estabas.

Elevó su mirada y, por primera vez, lo observó de otra manera.

—Me llevaron —casi suspiró—. No me fui.

—Me imaginé.

—Pero de aquello hace demasiado.

—¡Yo me acuerdo de todo! —Y esta vez él buscó su rostro como si fuese entonces—. Solo me quedó tu nombre y que vivías por Ramos Mejía.

Él sonrió y ella, por primera vez, suavizó su expresión temerosa.

—Y ahora… —titubeó un instante—. ¿Ahora qué vas a hacer conmigo?

Callaron los dos. Solo se oían los violines. Eran como una anestesia.

—Estabas metida, Isabel —le dijo él al fin—. Vos y tu marido están hasta arriba con todo esto. ¿Me entendés?

—No —le contestó decidida—. Yo no, yo nada.

El coronel forzó una mueca displicente y entrecerró los ojos.

—Eso dicen todos. Casi siempre es igual. Lamentablemente yo ya estoy acostumbrado.

—Pero yo no miento.

—Y yo tampoco —zanjó enérgico.

Jorge inspiró profundamente y luego se situó frente a Isabel. Hizo un ademán para poner una mano sobre su hombro, pero se detuvo y se la guardó en el bolsillo.

—Ahora ya no importa. Ahora ya no se puede hacer nada.

Ella tragó saliva y volvió a mirarlo. En su mirada tenía la resignación de la determinación.

—Me vas a matar, ¿verdad?

Y él se volvió y le dio la espalda.

12

Barcelona, mayo de 2010

—*Nadie sabrá de mí* —susurró en voz alta.

—¿Qué has dicho?

Marisa se volvió y sonrió sin energía. Antoni y ella estaban sentados en la cama. Su marido zapeaba canales esperando que lo sorprendiese el sueño y Marisa sostenía el libro de Yuri entre las manos.

—Es el título de esta novela. —Y apenas la elevó de su regazo para que él la viera.

—¿Qué tal hoy en Blanes? —le preguntó sin darle demasiada importancia.

—Bien. Pero volveré la semana que viene. Quiero empezar a llevar algunas cosas.

—¿Iremos a partir de junio?

—Sí. Estela vendrá también. Me lo dijo hace unos días.

Antoni palmeó su brazo como si asintiera a lo que ella decía, pero después volvió su mirada a la pantalla con gesto cansado.

Marisa continuó ensimismada en su recuerdo. No tenía demasiados con Yuri, pero aquellos pocos habían sido intensos: el Hotel Condal, el paseo marítimo de Castelldefels, las tardes en Montjuïc… Y años después, cuando sus hijos crecieron, solo entonces viajaron a Andorra. Marisa le había dicho a su marido que iría a visitar a una amiga y Antoni nunca sospechó nada. Él había sido muy ingenuo o quizás ella demasiado precavida. Sin embargo, no se sentía orgullosa de ello. Su marido nunca podría haber imaginado que durante aquel viaje se habían visto por última vez y que aquella burbuja que habían hinchado juntos acabó por pincharse, aunque más bien lo había hecho ella. El precio hubiese sido incalculable y, al poner a su familia en la balanza de la pasión, comprendió que no quería perderlos. Ni podía, ni quería. La vida era elegir caminos, tomar decisiones y a partir de aquel fin de semana en los Pirineos todo cambió, y ya no volvieron a verse.

Y nunca había estado convencida de haber hecho lo correcto.

Una lágrima rodó por su mejilla e intentó hacerla desaparecer con rapidez. A veces la vida se encargaba de zanjar lo que la voluntad no había podido. ¿Quién sabía lo que podría haber sucedido de no haber muerto? Quizás, tarde o temprano, Antoni hubiese acabado sabiendo la verdad.

Ella siempre lo había querido, aunque no se hubiesen vuelto a ver.

Pero eso nunca nadie lo había sabido. Solo Yuri. Marisa y Yuri. ¡Pobre Antoni! ¡Pobre Yuri!, pensó.

Luego sus ojos volvieron a repasar el libro y releyó lentamente el título, como si lo saboreara: *Nadie sabrá de mí*. La nostalgia de lo irrecuperable irritó sus fosas nasales y, una vez más, intentó reprimir el llanto.

Abrió la novela y examinó la rígida caligrafía de Yuri. Aquel garabato de nombres y números de teléfono debía de tener algún significado. Y leyó: Albert Girbés, Nuria Villader, María Rubio, Manuela. Junto a ellos, Yuri había borroneado varios números, como si se hubiese servido de aquella página para mancharla de notas. Algunos aparecían tachados, otros subrayados y uno que ponía «Manuela», redondeado con esmero.

¿Acaso había venido para darle aquello? ¿Se trataba de eso? ¿Qué tenía que ver aquel libro con lo que tenía que decirle? Ninguno de esos nombres le decía nada, pero, en el fondo, estuvo convencida de que si se lo había dedicado a ella había sido por algún motivo. Nada de aquello parecía tener que ver con su vida. Pese a ello, era lo único que le quedaba de él y aquel fue el detonante que lo precipitó todo.

Y no quería olvidarlo.

—¿Te está gustando? —le preguntó Antoni después de apagar la televisión.

—¿El qué?

—Tu libro.

—Sí —casi susurró ella.

—Tienes los ojos llorosos. Se nota que es de los que te gustan.

—Puede ser, pero he leído muy poco. —Por no decirle que nada, que solo pensaba en Yuri.

Su marido se le acercó y rozó sus labios con un beso. Marisa le acarició la mejilla y sintió entre sus dedos el tacto de las arrugas. Luego dejó el libro sobre la mesita de noche y se sumergió bajo las sábanas.

—Mañana más —le dijo él.

—Mañana más —le contestó ella.

13

Barcelona, 1946

Mi tía Carmen enfermó cuando yo llevaba un año ennoviada con Carlos, el hermano de Nuria. Recuerdo que mi tía había estado varios meses tensando su suplicio. El cuerpo se le había ido endureciendo desde la espalda, pero ella me dijo que ya se le pasaría, que ya había sufrido muchas penurias y que aquella también pasaría. Era la obstinación de lo inevitable y un día caminó hacia el Carrer de València como si lo hiciera sobre clavos. Aquel día subió las escaleras por última vez. Tenía las rodillas hinchadas y una mueca de dolor ahogaba unos alaridos que ella selló en su boca. Cuando doña Esther la vio, abrió los ojos como platos. Mi tía estaba lívida y la señora me pidió que la tendiera sobre su cama, porque había sucedido aseando la habitación y había caído arrodillada sobre el parqué. Nunca la olvidaré tumbada en aquella cómoda cama de hierro forjado, bajo una lámpara que parecía una araña de diamantes de cristal. Estuvo allí hasta que el doctor Girbés llegó por la tarde. Mi tía había pasado el día disculpándose y observando aquel armario isabelino, la ventana, el tocador de mármol y el espejo de un metal dorado que a mí me parecía oro. Apenas tomó un caldo, avergonzada por aquella molestia y, cuando el doctor Girbés le diagnosticó artrosis, mi tía le dijo que ella pronto se pondría bien, como siempre. Pero él negó con la cabeza y le dijo que aquello era serio y que así ya no podría trabajar. Ni siquiera entonces mi tía Carmen se echó a llorar. Los señores me enviaron a buscar un taxi y aquel día la acompañé hasta Poblenou en un Citroën de dos caballos. Era la primera vez que subía en coche.

Una semana después, Carlos le llevó una macetita de gardenias y un cupón de los ciegos. Le dijo que no se preocupara, que él se casaría conmigo y no le faltaría de nada, si a ella le parecía bien. Fue así como me enteré de que Carlos quería casarse conmigo, a través de mi tía, que con algo de reposo se movía por su casita de Poblenou como quebrada. En aquel tiempo, cuando una se ennoviaba era para casarse, ya se sabía. Pero a mí Carlos nunca me lo pidió. Se lo pidió a mi tía y ella me dijo lo que me convenía, más bien lo que nos convenía a las dos que, con mi sueldo, no nos llegaba ni para comer, y que si no fuera por Carlos, que nos pasaba pan, aceite y todo lo que le llegaba, hubiésemos estado bien aviadas, que así eran las cosas. Y él nunca mencionó nada, pero mi tía Carmen le dijo que iba a comenzar a coser mi ajuar y, así, como si tal cosa, quedamos que nos casaríamos la

siguiente primavera, la de 1947 cuando yo ya habría cumplido los dieciocho años y quizás ya me hubiese comenzado a enamorar de él.

Pero eso nunca sucedió. Cuando pasa el tiempo todo se desfigura. Cuando pasa la vida a veces los detalles se difuminan, del mismo modo que observamos a través de un cristal vaporoso y no todo se comprende como realmente fue. Sin embargo, aun todavía hoy volvería a casarme con él, porque todos somos lo que somos y no lo que podríamos llegar a ser. A veces es fácil juzgar echando la mirada atrás, pero eso no sirve de nada más que para lamentarse. La vida hay que verla ahí delante, como si la observaras a través de una gran pantalla, en el cine, todavía sucediendo, todavía viviendo del mismo modo. Carlos era muy trabajador y en aquella época me adoraba a su manera. A él le costaba hablar de sentimientos. A él solo se le daba bien hablar de su trabajo. Después, él se convirtió en otra persona. Una persona que yo todavía no conocía.

Mi tía me ayudó a confeccionar el ajuar. Gran parte de mi sueldo se iba en telas, edredones y puntillas, pero a nosotros no nos faltó de nada. Ni a nosotras, ni a su madre, ni a su hermana. Carlos se ocupaba de todas y mi tía Carmen suspiraba aliviada. A ella no le importaba que se hubiese enriquecido a fuerza de sangrar a los que no podían encontrar lo que necesitaban con las cartillas de abastecimiento. Ella sabía que para Carlos no había sido fácil. Él había empezado con aquel negocio siendo muy jovencito, mientras lo alternaba con el Café del Centre. Incluso lo llegaron a perseguir los urbanos y alguna vez hasta le robaron el género. Pero cuando comenzó a hacerles regalos, todo fue más fácil. Entonces lo apostó todo por su negocio y recorrió los pueblos para conseguir la mercancía, y después viajó a Valencia y a Andalucía. Se montaba en el tren, hacía kilómetros y multiplicaba por veinte. Era muy fácil señalar a Carlos porque se dedicaba al estraperlo, pero bien sabía yo que se la jugaba. A más de uno se lo habían requisado todo, detenido y, a veces, hasta con una buena paliza. Pero las cosas ya no eran como al principio y la policía ya sabía hacer la vista gorda cuando subían los paquetes a los trenes. Carlos no contrabandeaba solo, sino que compartía el negocio con Andreu, el Cojo, que tenía un pie más largo que otro. Los dos se conocían todos los recovecos y, a veces, cuando subía la Guardia Civil, corrían por los techos con la misma rapidez que lo hacían por el suelo. Pero Carlos ya me iba diciendo que aquello se tenía que acabar, que no quería dedicarse toda la vida a ir escondiéndolo todo y que conocía a un encargado de la fábrica Can Ricart que le estaba buscando un empleo. A mí me lo confirmó unos meses antes de la boda. Toda la efervescencia por el estraperlo se deshinchó como la espuma de una cerveza en un vaso de cristal.

—En cuanto pueda, me lo dejo, María. Bueno, dejármelo,

dejármelo, tampoco. Ya verás cómo me las apaño con cosas menudas. Pero lo de viajar se acabó.

—Tú verás —le dije yo.

—Lo de Can Ricart está casi hecho y entre todo y con mis ahorrillos estoy seguro de que se me ocurrirá otra cosa.

A mí, al principio, me sorprendió, pero tiempo después, Andreu, el Cojo, me lo contó. En el último viaje, Carlos había tenido que subirse al techo del tren para lanzar los bultos. La locomotora se acercaba a Barcelona despacio, mientras Andreu lo esperaba alejado de la estación para irlos recogiendo en la cuneta. Todos los que se dedicaban al estraperlo hacían lo mismo, pero aquel día uno de aquellos muchachos se entretuvo con los fardos y a Carlos no le dio tiempo ni de gritarle. Para cuando se dio cuenta, él estaba boca abajo sobre el techo y el otro tumbado por un puente, pero con tanta fuerza, que le cortó la cabeza. Tardé en saberlo, porque yo todavía no entendía muy bien por qué quería dejarlo, ni por qué acabó acomodándose en la Fundición Dalia poco después de casarnos.

En aquel tiempo, Carlos se esforzaba para encandilarme y, cuando podía, me llevaba a ver las películas de Rita Hayworth e, incluso, una vez, hasta el Liceo. Recuerdo aquel día entre otros muchos. Yo me había puesto mi vestido de encaje color ceniza. Entramos por las Ramblas y procuramos meternos rápidamente en el ascensor. Aquel templo burgués rebosaba de trajes de gala, pieles y joyas pululando entre el Salón de los Espejos y las plateas, pero yo me aferré al brazo de Carlos y subimos a la cuarta planta donde apenas se veía el escenario. Para nosotros era otro Liceo y sacamos los bocadillos y merendamos en el antepalco. No me cansaba de admirar las maderas oscuras, el oropel y la purpurina rodeándolo por todas partes. Las lámparas doradas iluminaban el terciopelo grana y, al mismo tiempo, los pesados cortinajes lo oscurecían todo. Yo lo contemplaba con los ojos asombrados de una niña y casi nada recuerdo de aquel ballet que consiguió convertir a Barcelona en un sueño sombrío. Pero de Albert, sí. Albert sí que permanece en mi memoria. Nos vimos al bajar, cuando ya estábamos en la calle. Iba con Inmaculada, envuelta en un abrigo de piel y elevada por unos zapatos de charol. Mis ojos se detuvieron en su collar engarzado en oro, a juego con sus pendientes, pero de inmediato intenté desviar la mirada. Me saludó incómodo, mientras ella me radiografiaba de arriba abajo, hasta que nos diluimos entre el gentío. Yo dejé que Carlos me arrastrase como la marea, intentando olvidarme de aquel hombre que, aunque me negaba, seguía bailando muy pegadito a mí en la Plaça Nova. Era como si entonces estuviese sucediendo todavía, imposible de olvidar, aunque yo ya hubiese comprendido que aquel donjuán había estado jugando conmigo.

Ya entonces lo sabía, como sabía que me tambaleaba en la pobreza y que apenas había aprendido a leer y a escribir y, a pesar de todo, durante aquellos días volvió a intentarlo. Él ya estaba prometido con Inmaculada y yo con Carlos, pero después de nuestro encuentro en el Liceo tuve la sensación de que todo iba a volver a comenzar. Albert me dijo que aquella tarde en el teatro me había visto hermosa como nunca y, embaucador como un perfume dulzón, intentó besarme en el rellano, cuando yo ya me iba para Poblenou. Yo salté como si hubiese tenido un resorte y le dije que así no se hacían las cosas, que no quería perder mi trabajo, ni mi boda.

—No tiene por qué ser así, palomita —insistió, intentando rodearme con sus brazos.

Pero yo negué con la cabeza y de puro miedo salí corriendo con la noche ya echada. Sabía que con un minuto más allí podría haber hecho una locura como una estúpida, porque yo durante aquel tiempo lo tenía todo, y ese todo era Carlos, el que se la jugaba por los techos de los trenes y se ocupaba de nosotras, mientras yo preparaba mi ajuar y esperaba que llegase el amor, ese del que me hablaba mi tía Carmen, el que debía sentir por Carlos, que se desvivía por mí y me insistía en que dejara el piso de los Girbés, porque no le gustaba verme allí. Hasta que nos casamos y él entró a trabajar en la Fundición Dalia, y a partir de aquel momento ya no me dijo nada.

14

Buenos Aires, febrero de 1977

Isabel también había sentido aquel mismo amor. Había sido con la misma edad de María, pero ella después lo había olvidado todo. Él no se fue de golpe. Fue muriendo poco a poco, del mismo modo que nos acostumbramos a la ausencia o se acepta la distancia, igual que le había sucedido con su padre. Primero se evaporó su olor y la casa pareció más vacía; después se apagó su voz y se difuminaron los detalles de su rostro. Entonces solo sobrevivieron los objetos, como si flotaran tras un naufragio, y el recuerdo ya no le dolía, solo quedó incrustado en su interior. Fue una espina silenciosa que volvía a lastimar si hurgaba demasiado. Para Isabel, la muerte de su padre lo había cambiado todo, por eso sabía de lo que hablaba. Y con Jorge, al principio, no había sido diferente. Pero a él lo olvidó más rápido, mucho más rápido, porque flotaban pocas cosas en su mente y no había sido más que un verano, apenas unos días de nada. Algo fácil de olvidar.

Lo había conocido en Mar del Plata, a cuatrocientos kilómetros de Buenos Aires. Sus padres habían alquilado una vieja casona cerca de la plaza Mitre. Era la primera vez que la llevaban a conocer el mar y la primera vez que viajaban hacia alguna parte. Los argentinos veraneaban en la costa atlántica, en la sierra de Córdoba o atravesaban el país hacia las cataratas del Iguazú, las estaciones termales de Mendoza y Salta o hacia el lago Nahuel Huapi, en Bariloche. Pero ellos nunca lo hacían. Ellos trabajaban y ahorraban, siempre sacrificándose, siempre esclavos de una penuria lejana que los había empujado a la Argentina. Su padre se había acomodado en la fábrica Mercedes Benz, donde Norberto acabaría años después, y su madre había conseguido abrir un pequeño almacén de barrio, donde despachaba de todo y abría casi todos los días. Pero aquel verano del año 1963 su padre se empeñó en el veraneo y en que quería volver a ver el mar después de tantos años. El Río de la Plata no era lo mismo. El río era río: un mar de chocolate. Isabel todavía recordaba aquella vieja y amplia casona, con camas y ventanas adornadas con croché, un patio de glicinias, calas, margaritas y un gran árbol de palta al fondo del terreno. Tenían que caminar más de diez calles para llegar a la

playa y al final acabó yendo sola porque sus padres se volvían antes o, a veces, simplemente se quedaban. Pero Isabel prefería el mar y aguantaba leyendo entre las carpas alineadas en la arena. El Atlántico era de un azul negro embravecido. Como su madre.

No recordaba muy bien cuándo había comenzado a distanciarse de ella. La había criado entre dantescos miedos que amenazaban el barrio y su vida: niños que desaparecían en profundas bolsas de arpillera arrastradas por un hombre extraño; amenazas con llamar a esos vigilantes con bandoleras y cartucheras de cuero negro, esos que vestían grandes quepis azules con visera negra y botas brillantes como espejos; incómodas cataplasmas por cualquier rozadura estúpida y, lo más injustificado para su niñez, un veto obsesivo para evitarle las fiestitas de cumpleaños a donde iban todos sus compañeros de la escuela. Excepto ella.

Su madre le aseguraba que lo hacía por su bien y le compraba aquellos tomos con tapas rojas para que se entretuviese. Eran cuentos de los hermanos Grimm y de Andersen, ilustrados en color por un inglés que se llamaba Arthur Rackman. Isabel había crecido con ellos, enfrascada en aquellas historias y alejada del mundo. Su madre le decía que se debía cuidar de él, e Isabel pensó que a ella quizás le parecería demasiado feliz como para poder aceptarlo. En el fondo, siempre se había sentido obligada a quererla, entre otras cosas porque su madre no cesaba de gritarle todo lo que había hecho por ella. Se lo debía todo, hasta el aire que respiraba, y ella era muy pequeña para comprender la verdad. Por eso acabó convirtiéndose en una ingrata, una completa ingrata, porque a veces le mascullaba que quería ser una niña normal y su madre se echaba a llorar y se tumbaba horas en la cama, lamentándose por aquella niña de mal corazón.

Entonces Isabel se sentaba en el suelo con una revista *Billiken* sobre su regazo, junto a la puerta de su habitación, y esperaba que pasara su embriaguez de pesares. Allí, sentadita, desaguaba una culpa que era muy pequeñita, como ella, pero que no sabía cómo contener para que no creciera. Tardó años en saber que su madre era una mujer enferma, depresiva y que, cuando la abrazaba para pedirle que le dijese que la quería después de haberle soltado la mano, era porque no estaba bien, porque estaba enferma, como su padre le decía.

Muchas veces llegó a preguntarse si él no podría haber hecho algo más que sobreproteger a su esposa y pasarse todo el día en una fábrica en la lejana localidad de González Catán. Pero Isabel siempre había tenido la impresión de que su padre había hecho lo que había podido y, a su manera, intentó ayudarla. Él se la llevaba al parque y a la calesita, donde el organillo de un señor con el traje desteñido tocaba

una música melancólica e Isabel intentaba olvidarlo todo, estirando la mano para cazar la sortija, como si así pudiese agarrar una nueva vida. Pero después su padre desaparecía y su madre la encerraba en una prisión de la que tardó años en desembarazarse. Y todavía no lo entendía.

Isabel había comenzado a rebelarse cuando fue cambiando su cuerpo e inexplicablemente se fue olvidando de ella, como si de pronto hubiese descubierto que su pequeña se había convertido en un ser extraño que le replicaba y odiaba que le dijera que no la merecía y que le amargaba la vida. Ella, Isabel, en la que fue anidando un gran desapego en su corazón de niña, mientras se pasaba las tardes ayudándola en el almacén de comestibles después del colegio.

Pero aquel verano de 1963 en la playa de Mar del Plata, a cuatrocientos kilómetros de Buenos Aires, fue como si aquellas cadenas invisibles que la anclaban a su madre comenzasen a desaparecer. Y se sintió sola, pero en medio de una incipiente libertad. En aquel tiempo leía y andaba por la arena pensando que su vida era una promesa. Todo parecía a punto de cambiar. Sus padres a veces iban, a veces volvían. Pero ella no. Ella se iba alejando. Alejando y buscando. Pero todavía no lo sabía.

Una semana después de llegar, caminó hasta el muelle del Club de Pesca. Aquel espigón tenía un enorme cartel de la embotelladora Copelina sobre el restaurante que se levantaba sobre el malecón, y fue ahí donde lo vio por primera vez. Y aquella noche de febrero del año 1977, casi quince años más tarde, lo recordaba como si todavía pudiese verlo allí, con la mirada fija en el mar, una caña suspendida sobre la barandilla y un par de corvinas en un balde de metal. Había intentado no olvidarlo muchas veces, como a su padre, pero luego se le fue esfumando. Hasta que desapareció. Y casi ni rastro de aquella candidez del primer amor.

15

Barcelona, mayo de 2010

Marisa solía desayunar todas las mañanas con su marido. Preparaba el café, se lo servía con tostadas recién hechas y se ponían al día con las primeras noticias de la mañana a través del plasma colgado en la cocina. Entonces ya todo era diferente. Cuando sus hijos eran pequeños, procuraban tener la televisión apagada y la cocina era un alboroto de preparativos. La cuenta atrás para llegar al instituto se activaba en cuanto se sentaban a la mesa y, cinco minutos después de estar todos reunidos, se detonaba la precipitada salida del chalé. Antoni los acercaba en coche y después dejaba atrás Cardedeu, camino a Barcelona, mientras Marisa aprovechaba algunas mañanas para ir al gimnasio y otras para cursar algunos créditos de Historia, de la que había conseguido graduarse hacía cinco años, sin ninguna pretensión de ejercer.

Pero en aquel momento ya todo había cambiado y había pasado mucho tiempo desde aquello. Marisa y Antoni apenas necesitaban hablar para estar juntos y los momentos en familia se reducían a julio o agosto, cuando Xavier regresaba de Nueva York en vacaciones y Estela y su novio se tomaba unas semanas para estar con ellos en Cardedeu o en Blanes.

Echaba de menos todo aquello. Los recuerdos parecían espejismos y a veces los podía rozar igual que una vitrina transparente.

Aquella mañana, Marisa no se levantó como de costumbre. Antoni le susurró un «buenos días» al oído, como si fuese una niña, y después se fue. Solo cuando escuchó cerrarse el portón del garaje, ella supo que el BMW estaba ya fuera y decidió ponerse en marcha. Había descansado poco y necesitaba tiempo para pensar. El tiempo en la vida de Marisa no era ningún problema. El tiempo era rápido y lento a la vez y, al echar una mirada hacia atrás, le parecía que todo había acabado de suceder. En el fondo, le costaba aceptar que había dejado de ser joven y que el inglés, el tenis, los clubes de lectura o el voluntariado en Cáritas intentaban llenar el hueco de sinsentido que existía en su vida.

Echaba de menos a sus hijos y, aquella mañana, también a Yuri. Marisa abrió la nevera americana, sacó un yogur bio y se apoyó sobre la encimera Silestone que sobresalía hasta el centro de la cocina. En aquella superficie de cuarzo colocó el libro y volvió a hojear las primeras páginas, como si algo de aquello pudiera explicarle por qué

Yuri había vuelto diez años después.

Una vez más, sus ojos se enmarañaron en el listado de números y de nombres de la primera página y se preguntó por qué motivo habría utilizado aquella novela como un sucio borrador, sobre todo después de habérselo dedicado. Marisa no estuvo segura de que aquello significara algo en concreto, pero creyó que necesitaba saber más. Quería estar segura de que era simplemente un sinsentido, o más bien se trataba de un mensaje que ella habría de descifrar. Por eso decidió empezar con los números que él había redondeado. Se trataba de un teléfono, el 93 624 4142 y, junto a él, aparecía el nombre de Manuela.

Dejó el yogur sobre la encimera y atravesó la barra americana que conducía al salón. El inalámbrico estaba situado en una mesita junto al gran ventanal que se abría hacia el jardín y la piscina. Sostuvo el terminal entre sus dedos y se lo quedó mirando indecisa. Dudó durante algunos minutos y, de pronto, comenzó a presionar los números sin pensarlo más. Eran las diez de la mañana.

—¿Diga?

Tragó saliva e intentó asirse a alguna idea para poder empezar.

—¿Manuela?

—La misma.

Era una voz ancha, cavernosa y a Marisa no le dio la impresión de que se tratase de alguien joven.

—Yo, yo… —titubeó—. Quiero decir… Bueno, vaya. Mejor, voy a explicarme desde el principio…

—Disculpe —la interrumpió aquella voz en su auricular—. ¿Quién es usted?

Marisa intentó no perder la calma y le explicó que había encontrado aquel número en el teléfono móvil de Yuri y que por eso la estaba llamando, porque Yuri había muerto. En realidad, no se le ocurrió otro modo más razonable de presentarse ante aquella situación que, entre otras cosas, no sabía muy bien qué tipo de situación era.

—Pero ¿quién es usted?

—Su esposa —le mintió Marisa—. Estoy intentando averiguar de quién es este número al que hablo.

Un silencio embarazoso apagó la voz de la mujer.

—Oiga, señora, yo no quiero ningún problema. Siento mucho lo de su marido, pero yo no lo conocía. Créame.

—Su móvil tiene una llamada a su número —volvió a mentirle—. Por eso la llamo.

—Entiendo, sí. Pero yo apenas hablé un momento con él.

—¿Y por qué la llamó? —casi la interrumpió—. Tiene que disculparme, Manuela, pero ya nunca podré preguntárselo. Él mismo tomó la precaución de dejar también su nombre. Necesito saberlo. Se lo ruego.

—Su marido estaba intentando saber de mi padre, ¿entiende? Creo que por eso me llamó. En realidad, quería hablar con él, pero desde hace un par de años está imposibilitado y fui yo quien le tomó el recado.

—¿Y qué quería saber de él?

—Cosas del pasado, señora, que ni yo sé. Me preguntó si me importaba que pudiese hablar con él y yo le dije que no tenía ningún problema. En fin, ya sabe. Mi padre es como la mayoría de los ancianos: le gusta hablar del pasado, de la guerra y todo eso. Está mayor, pero la cabeza le rige muy bien.

—¿Llegó a hablar con él?

—No. Había quedado en pasar ayer por la tarde, pero no lo hizo.

—Entiendo.

—Lo siento mucho, señora. De verdad.

—No se preocupe y le agradezco mucho su amabilidad.

—Pero ¿qué le sucedió a su marido? —le preguntó la mujer—. Perdone la indiscreción.

—No lo sabemos muy bien. Probablemente haya sido un infarto. —Nuevamente silencio—. Manuela…

—Dígame, señora.

—¿Le importaría que pasase yo a hablar con su padre? Le parecerá una tontería, pero tengo la impresión de que puede ayudarme. Quiero intentar descubrir por qué mi marido quería hablar con él.

—Por supuesto que no me importa.

—Se lo agradezco. —Y al decirlo suspiró—. ¿Vive en Barcelona?

—Sí, en Poblenou. En la Rambla. Es la única casa que queda en pie. Lo demás son edificios y negocios. Cosas de mi padre, que nunca quiso vender.

—¿Está segura de que no le molestará?

—No, señora. A mi padre le gusta que lo visiten —le dijo la mujer —. Pero ¿de qué quiere hablar con él?

—Del pasado, Manuela. Del pasado.

Y, nada más decirlo, supo que aquella misma mañana comenzaría a leer aquel libro. Estaba convencida de que las respuestas estaban allí, delante de sus ojos.

16

Barcelona, 1947

Me casé con Carlos un 25 de junio de 1947 en la parroquia de Sant Martí de Provençals, a las afueras de Poblenou. Llevaba el vestido de mi madre, incluido el velo y la corona, y él iba todo de negro, con un clavel blanco en el ojal. A la iglesia vino mucha gente del barrio, pero en casa de Carlos lo festejamos su madre, mi tía Carmen, Nuria, Andreu, el Cojo, y un par de amigos más. Prepararon una paella y Carlos consiguió cerveza y sardinas. La mesa la pusimos en el patio de la casita, muy cerca del gallinero y de la cuadra donde antes de la guerra había muchos conejos y un caballo. Asunción, la madre de Carlos, había decorado la mesa con ramitos de boj y yo me acordaba mucho de mi madre y de mi padre. Y todos, venga, María, alegra esa cara, que parece que no fuera el día de tu boda, hija, y mi tía Carmen recordando a todos que mis padres no estaban y que la niña había pasado momentos difíciles, como todos, pero a partir de ahí las cosas irían mejor. Y en aquel momento Carlos se puso en pie y propuso un brindis por mí, por la novia más guapa de toda Barcelona. Recuerdo que él estaba feliz, como no lo vi nunca otra vez, y la cerveza agitaba sus palabras mientras elevaba los vasos de su madre y todos declamaban por los novios. Yo estaba con mi corazón mareado y Carlos abrazándome y elevándome por la cintura, hasta sentir que el vestido no rozaba el suelo, como mi vida, que parecía avanzar en volandas sin que yo me diese cuenta de que todo iba muy rápido.

Me mudé a aquella casa, en el Passeig del Triomf. Ya entonces aquellas calles eran un amasijo de fábricas, como Can Girona, una fundición donde se hacían raíles, y en otras vidrio, tejidos, curtidurías y botones. El barrio fue creciendo lentamente, con la brisa del mar limpiando sus chimeneas. La casita tenía tres pequeñas habitaciones y Carlos rehabilitó la suya para meter una cama de latón. Nuria, que dormía en la de al lado, me había adornado la mesita de noche con unos jacintos color violeta. Recuerdo que aquella noche, antes de cerrar la puerta, me preguntó si estaba nerviosa y yo le dije que no. Pero le mentí. Carlos había puesto un biombo que apenas dejaba espacio para moverse y yo me quité el vestido ahí detrás, con una vergüenza infinita, esperando que lo que tuviese que suceder fuese rápido y me doliese poco. Nuria decía que al principio dolía, pero que si me relajaba incluso no molestaba. A mí no me gustaba hablar de aquello con Nuria, ni con nadie, y me preguntaba de dónde lo había

sacado la pobre, que ni siquiera le conocía un amigo. Pero la tía Carmen ya me había advertido y me había dicho que yo ya sabría qué hacer, que esas cosas no hacía falta explicarlas. Recuerdo el calor de aquella noche como si lo estuviese sintiendo ahora mismo, y que me metí bajo las sábanas de plumas blancas estampadas. La ventana estaba abierta hacia la calle, pero cubierta con una cortina de algodón con flores negras que parecían grabadas en terciopelo. Carlos me abrazó y sentí su mano repasando mi cuerpo sobre la enagua, mientras yo me imaginaba a su madre o a Nuria entrando en cualquier momento.

—¿Me tienes miedo? —me preguntó.

—Es que me da apuro. —Y miré hacia la cortina.

—¿Quieres que cierre la ventana? —Y yo asentí con la cabeza—. Hará calor.

—No importa —le dije.

Entonces se levantó y yo lo vi por primera vez desnudo, con su cuerpo flácido y cubierto de vello negro. Todavía hoy puedo recordar lo que sentí en aquel instante: era vergüenza, resignación y soledad. Ni una pizca de amor, aunque Carlos no tuviese la culpa. La culpa era mía, que había perdido a mi padre en la guerra y después a mi madre cuando España se levantaba entre escombros y la gente hacía colas con las cartillas de racionamiento. La culpa no era suya. Carlos me adoraba y aquella noche me miraba con la misma ansia con la que la mayoría de españoles se sentaban delante de un pan de pueblo.

Fue por aquel tiempo, poco después de la boda, cuando me dijo que iba a comenzar a trabajar en la fundición y yo comencé a comprender que las cosas no le iban tan bien como me había dicho. Ni siquiera mencionamos que dejara el trabajo en casa del señor Girbés y por eso nos veíamos poco, muy poco, porque yo llegaba tarde y libraba los domingos. Doña Esther me preguntó si yo iba a dejarlo después de la boda, pero le dije que no, que continuaría como antes, que si tuviera que irme se lo diría con tiempo. Las dos sabíamos que aquello iba a suceder más pronto que tarde, cuando me quedase encinta, pero no lo mencionamos ninguna de las dos. Yo no hacía planes. Dejaba que la vida siguiera su curso y yo detrás de ella, siguiéndola.

Poco después de que mi tía dejara el piso del Carrer de València, entró a trabajar Celia. Era de Cáceres y tenía que sacar a su madre adelante ella sola. Su padre había muerto en la cárcel de Salamanca y su madre estaba tuberculosa en un hospital de Plasencia. Era hija y sobrina de rojos, pero doña Esther no lo sabía, ni lo preguntaba tampoco. Tenía veinticinco años y me decía que no tenía tiempo para echarse un novio. No mientras su madre viviera y la tuviese que mantener. Durante aquellos años las penas no eran ligeras y quien más

y quien menos tenía unas cuantas. Yo daba gracias de tener a Carlos y que mi tía Carmen pudiese hacer algunos trabajitos de costura para la señora. Nuestras vidas se deslizaban por una delgada tela de araña y aquella armonía siempre amenazaba con rasgarse en cualquier momento. Quizás, que Celia entrase a trabajar para los Girbés y que viviera en un cuartito de aquel piso debería haber sido suficiente para que el destino no me arrastrara. Al fin y al cabo, Celia bajaba para la misa del domingo en la iglesia del Mar y poco más. Se cubría con su mantilla negra y callejeaba su salida semanal, como si en su vida solo existiese la misión de sostener a su madre en el mundo, hasta que muriese lejos de ella, allá en Plasencia. Pero nada es posible para lo inevitable. Mi vida fluía como un río caudaloso y, aunque intentase desviarlo, el agua conseguía desbordar aquellos diques que yo pensaba seguros. Quizás la presencia de Celia podría haber cambiado mi destino, pero no fue así, y él volvió a aparecer en mi vida, aunque nunca se hubiese ido.

Recuerdo aquella tarde como si estuviera frente a un espejo. No sé cómo puedo acordarme tan bien. La memoria es caprichosa y a veces se atasca sin poder comprenderla. Entonces parece rememorarlo todo, como si todavía sintiese mis desvelos en mi cabeza, agachada sobre los fogones de la cocina, limpiando el hollín de la chimenea de campana y dándole brillo a los azulejos blancos. En aquellos momentos pensaba en Carlos, en cómo regresaba a casa con sus máculas negras, sudado y exhausto. Había noches que se lavaba con el barreño y cuando se acercaba a mí olía a jabón, pero la mayoría de las veces se acostaba transpirado y yo olía aquel almizcle agrio y me apartaba de él. Durante aquellas noches, en mi cabeza tronaba su madre que no paraba de decir que quería ser abuela y que su Carlos valía oro. Sin embargo, yo lo rechazaba cuando se acercaba a mí y a él parecía no molestarle, porque se dormía vencido nada más tocar la almohada. Y como si fuera hoy, todavía siento todo aquello retumbando dentro de mí, hasta que apareció él y noté sus brazos envolviéndome por la cintura, como si estuviese a punto de caer a un abismo.

—No puedo vivir sin ti, palomita —me susurró en la oreja.

Yo intenté deshacerme de él y volverme, pero sin empeño. Recuerdo su olor a colonia, su voz llena y aquella resignación deliciosa ya dentro de mí.

—¿Acaso se ha vuelto loco?

—Tú me vuelves loco, María.

—Déjeme. —Y forcejeé sin intención—. Su madre acabará viéndolo y yo acabaré en la calle.

—Solo pienso en ti, palomita. Ya no puedo más.

—Pues dígaselo a la señorita Inmaculada.

—Se lo diré. Te juro que lo haré, María, pero no me rechaces más.

¡Me tienes desesperado!

—¿Acaso se olvida que me he casado?

—Estoy dispuesto a todo, María.

Y tiró de mí y yo me volví como si me hubiese succionado un torbellino.

—Déjeme, por lo que más quiera. Déjeme —le supliqué sin fuerzas.

Pero él me besó y cuando abrió la boca yo me olvidé de todo y solo pensé en él.

17

Buenos Aires, febrero de 1977

Aquel verano Jorge Azcona había cumplido veinte años y ya llevaba dos en el regimiento de Río Cuarto. Miraba hacia atrás y se veía un muchachito, como si fuera otra persona. Entonces todavía no había aprendido nada de la tortura. Ni siquiera se la imaginaba. Después llegaron a decir que Azcona nunca se atrevería. Pero se equivocaban. Con él se habían equivocado desde muy chico. Jorge siempre había sabido cumplir. Y estaba cumpliendo.

—¿Querés probar?

A Jorge no se le daban bien esas cosas. Todos fueron aceptando que Azcona era bueno para la instrucción, pero muy torpe para los amigos. ¿Y para las mujeres? Nadie se reía delante de él, pero él lo sabía. Su madre llegó a pensar que les tenía miedo y quién sabía qué cosas más. Pero él le dijo que no, que no las temía, y se ennovió con Susana. Después siguió teniéndoles el mismo miedo. Pero a Susana, no.

—¿Me decís a mí?

Isabel levantó la cabeza y lo miró desconcertada. El muelle del Club de Pesca estaba lleno, pero no se había dado cuenta y se le había puesto al lado. Las corvinas saltaban en el fondo del balde agonizando y ella se había agachado para verlas.

—Solo estaba mirando —le contestó—. Perdoname.

—¿Querés probar? —insistió.

Ella se irguió y lo miró confusa.

—No. Mejor me voy.

—Pero si no me estás molestando. Probá.

Con pantalón corto y camiseta blanca, Isabel no podría haberlo imaginado con su uniforme azul militar.

—No. No te preocupes. Ni sé.

Sus piernas intentaron moverse y alejarse de él, como si pudiera escuchar a su madre diciéndole que no, simplemente que no. Pero él volvió a sonreírle con beatitud, con esa candidez disciplinada que

había tenido desde el colegio San José y después le tendió la caña.

—Solo tenés que sostenerla.

—Es una tontería —le dijo dubitativa—. Seguí tranquilo.

—Solo tenés que sostener —insistió obstinadamente—. Cuando sientas el tirón, yo me pongo a enrollar. Es fácil.

Y sin que se diera cuenta, Isabel se encontró con la caña entre las manos y a él explicándole la forma de lanzar, ajustar el arrastre y enganchar el anzuelo.

—Todo es practicar, ¿entendés?

Ella no estaba acostumbrada a los amigos. Ni Jorge tampoco.

—¿Te gusta el libro?

Isabel lo había dejado al lado del balde. Era *María*, de Jorge Isaacs. Hacía varios días que se imaginaba en la hacienda El Paraíso, en el valle de Cauca, y con Efraín, como si ella también pudiese amarlo. A veces le daba por llorar sola, pero de eso no le dijo nada. Ni se le hubiese ocurrido.

—Sí —le contestó.

Y se quedaron callados.

—Si mañana volvés, voy a estar por acá. Vengo todas las tardes.

—No sé si voy a poder. —Y se acordó de su madre.

—No importa. Te traigo una caña igual.

—No, dejalo. De verdad.

—Tengo muchas. No sé por qué no querés.

—No quiero que te molestes.

—Vení mañana. Dale.

—No sé.

—¿Cómo te llamás?

—Isabel.

—Yo, Jorge. —Y le alargó la mano.

Aquella noche Isabel durmió con la ventana abierta y se quedó mirando las estrellas como si las viese por primera vez. El puntito anaranjado de un repelente en forma de espiral soltaba una voluta de humo desde el suelo. No pudo evitar soñar despierta con aquel muchacho, pero el coronel no podía imaginarlo. Ni siquiera entonces, más de quince años después.

—¿Te pican los mosquitos? —entró a preguntarle su padre.

—No hay.

—Sí que hay. Siempre hay.

—Hoy no.

—Bueno, mejor. Me voy. Hasta mañana.

Y la abrazó como si todavía fuese una niña.

—Te quiero —le dijo ella.

Después se alejó y, antes de salir, volvió a hablarle.

—Ojalá pudiera cambiarlo todo.

—No importa, papá.

—Sí que importa.

Tenía la cabeza derrumbada en la penumbra.

—Vos sos muy bueno.

Él sonrió.

—Algún día vas a tener que perdonarme muchas cosas.

—¿Cuáles?

—Cosas mías. Cosas de muy atrás… —Y titubeó su voz—. Mejor dormí, Isabel.

—¿Y mamá qué?

Pero él no le contestó. Los dos ya sabían.

Al día siguiente volvió a encontrarlo en el muelle. Las olas rompían entre los altos pilones y todavía podía recordar el acre olor del hormigón recalentado.

—¡Viniste!

La escollera estaba llena de palanganas y de pescadores. Jorge se apartó y le hizo lugar.

—Mirá. Te traje la caña. Agarrala. Está ahí.

—No iba a venir.

—Yo la traje por si acaso.

—Bueno, dale. Solo un rato —le dijo ella.

—Tomá, agarrala y no te preocupes más.

Ella se puso junto a él y mientras hablaban lo miraba de reojo llena de vergüenza.

Aquella tarde Jorge le dijo que se hospedaba en Hotel Provincial, aunque también lo llaman el Bristol. Estaba situado céntrico, con dos edificios idénticos, teatro, cine, casino y varios restaurantes. Tenía centenares de habitaciones y una inmensa piscina como Isabel no había visto en su vida.

—Si querés mañana te invito a la pileta.

—No, mejor no. Ni sé nadar.

—No hace falta. Hacés pie.

—No voy a poder.

—¿Querés que se lo pregunte a tu papá? Capaz que a ellos también les gusta venir.

—A mi mamá no le va a gustar. Lo sé.

—Como quieras.

—Bueno, no sé. Quizás algún día —le dijo ella.

—Dale. Ya me lo decís.

—¿Cuántos años tenés?

—Quince.

—¿Solo quince?

—Bueno, casi dieciséis.

—No lo aparentás. Yo te gano por bastante. ¿Cuántos me das? —Y ella levantó los hombros y dibujó un gesto dubitativo—. Tengo veinte.

—Sí, parecés de esa edad —le dijo ella.

—¿Tenés hermanos?

—No, no tengo.

—¡Ah! Bueno.

—¿Y vos?

—Yo sí. Dos hermanas.

—A mí me hubiera gustado tener una.

—Si querés te las presto. A mí siempre me hacen rabiar mucho.

Isabel se rio y después se giró hacia él. Jorge la vio hermosa. Le daba no sé qué que tuviera quince años. El flequillo le subía y le bajaba con el viento y la miró como si la pudiese querer.

Después Isabel volvió a observar el mar. Pero ella se dio cuenta.

—Tenés que venir a la pileta del hotel —le insistió.

—Mañana pregunto si me dejan.

—Podés venir con una amiga.

—Acá no tengo.

Y en Buenos Aires tampoco. Pero no se lo dijo.

Jorge le contó que era militar, que le gustaba la instrucción y que por eso iba a volver al Colegio Militar. Isabel le preguntó qué era eso y él se lo explicó, como habían hecho con él cuando era un niño y le dijeron que querían que fuera un oficial del Ejército, como su padre. A Isabel le costó entender por qué perdía el tiempo con ella y, sin que él se diera cuenta, se ruborizó en silencio.

—¿Y vos? ¿Vos por qué veraneas solo?

—Me gusta el mar y me gusta pescar. En el regimiento nunca estoy solo.

—¿Y tu familia?

—Mi familia está en el campo. Voy a ir con ellos después. ¿Vos dónde vivís?

—Yo, al oeste de Buenos Aires, en Ramos Mejía. ¿Y vos?

—Ahora estoy en Río Cuarto, pero siempre viví en el barrio de Caballito.

El fin de semana su madre le preguntó que por qué pasaba tantas horas en la playa e Isabel le dijo que había hecho amigos por el Hotel Provincial.

—No me gusta que andes tanto tiempo sola.

—No te tenés que preocupar.

—¡Toda la vida desviviéndome! —suspiró con decepción—. No valorás nada de lo que te digo. —E Isabel selló sus labios—. Los amigos que hagas acá no te van a servir de nada. ¿No te das cuenta?

Su madre impregnaba todo de amargura. Todo en ella era despecho, frustración y desaliento.

—Ya no es una niña —intervino su padre—. No te preocupes tanto, mujer.

—Tú siempre sobreprotegiéndola. Como si no me la hubiera criado yo sola.

Y él se calló también.

—En Buenos Aires ya no los volverás a ver —le dijo después—. Parece que no te dieras cuenta.

Aquel fin de semana caminaron los dos hasta la playa de Punta Mogotes, bien al sur, y Jorge la llevó a ver las lagunas que se formaban antes de llegar a la arena. Estaba lleno de juncos e Isabel acabó con las piernas hinchadas.

—Perdoname —le dijo él—. Fue una locura traerte por acá. Te picaron los tábanos.

—No importa —le contestó apretando los dientes.

Jorge la sujetó de la mano y la llevó hasta la orilla del mar. Isabel se refrescó y después se dejaron caer en la orilla.

—La culpa es mía —dijo él—. Fue una locura.

—No me duele.

—No es verdad.

—Más me duelen otras cosas, Jorge.

Y por primera vez se recostó sobre su hombro y se quedaron así un rato.

18

Barcelona, mayo de 2010

El paseo marítimo del Puerto Olímpico era lo más cerca de Poblenou que había llegado a estar. Hacía muchos años que no frecuentaba aquella zona, desde que sus hijos eran niños y Barcelona bullía con las Olimpiadas de 1992. Para Marisa fue como lanzarse a través de la autopista del tiempo y, nuevamente, sintió que su vida se deslizaba con rapidez por una pendiente cada vez más pronunciada. No le temía a la vejez, pero todo comenzaba a aludirle a ella. A veces parecía que las cosas habían acabado de suceder y los años eran meses, los meses semanas y, las semanas, fichas de un dominó que corrían cayéndose.

El GPS la guio hasta el Carrer del Perelló y estacionó el coche en un descampado pavimentado y rodeado de viviendas obreras de no más de ocho plantas. Poblenou era un enjambre de edificios y locales de negocios. Manuela le había dicho que reconocería su casa enseguida. Sobre la Rambla poblada de árboles que dividían la travesía en dos carriles, se asomaba una vivienda de dos plantas, con aspecto de haber sido mutilada por la mitad para que creciera una explanada llena de coches. Aquella casa era un eco del pasado, un pequeño trozo de posguerra donde la prosperidad había intentado hincar los dientes de sus edificios con balcones amplios y acristalados. Pero no habían podido. Aquella construcción de color ladrillo anaranjado había naufragado en el tiempo, como si aquella barriada todavía estuviese preñada de las fábricas de otro siglo.

Marisa se situó bajo un balcón repleto de macetas y tocó el timbre frente a una estrecha puerta de hierro. Una mujer de más de cincuenta años le abrió. Vestía un ancho vestido floreado y unas alpargatas negras de andar por casa. Tenía un aspecto mucho más descuidado que el de ella y los años para ambas no habían caído con la misma generosidad.

—¿Manuela? —le preguntó sonriendo.

—¡Oh! Sí. Usted debe ser la mujer con la que hablé ayer.

Miró a Marisa de arriba a abajo con sorpresa y ella lo percibió. Su ropa, su aspecto, todo evocaba a otra vida alejada de aquel barrio obrero.

—Ha sido muy amable en permitirme hablar con su padre, Manuela.

—¡Faltaba más! —exclamó, apartándose—. Pase, pase. Acompáñeme. Es un placer ayudarla. Ayer le hablé de usted.

Marisa la guio hasta un pequeño saloncito. Un mueble con aspecto de melamina color cerezo ocupaba gran parte de la pared y una televisión grande, pesada y negra era el centro de todos aquellos módulos. El anciano miraba el aparato desde la mecedora y Manuela se apresuró a bajarle el volumen.

—¡Es la señora de la que le hablé, padre!

Aquel ser enjuto y arrugado como una pasa tenía el aspecto de una pequeña momia. Al verlo, a Marisa, se le cayó el alma a los pies y pensó que no podría sacar nada de él. Sin embargo, su hija comenzó a parlotearle y el anciano se fue animando mientras asentía al observar a la invitada con interés.

—Quiere que le cuente cosas de antes, padre —le dijo, elevando su tono de voz—. ¿Me entiende?

—Pues claro —contestó el anciano parsimoniosamente.

—Para que no diga que no vienen a verlo, ¿ve?

—Pero tome asiento, señora, por favor —le pidió la mujer a Marisa —. ¿Qué quiere que le traiga?

—Nada, Manuela. Se lo agradezco. Casi acabo de comer. De verdad.

Ambas se sentaron en dos sillas acomodadas junto a una mesa rectangular y con un tapete blanco adornando el centro. Las apartaron y rodearon al anciano, como si fuese un interrogatorio.

—Ya ve, señorita —le dijo el anciano sin que Marisa llegase a preguntarle nada—. Un gusto conocerla. Cuando mi hija me habló, pensé que se trataba de alguien más mayor.

—¡Vaya! Se lo agradezco, pero no se confunda. Tengo mis años y dos hijos bien mayores ya.

—¡Ah, pues!

—Fíjese que yo también —los interrumpió Manuela—. Dos muchachos. El mayor ya me ha dado dos nietos. Viven en Tarragona y vienen algunos fines de semana cuando a mi hijo no le toca guardia. Él es conserje en un centro de…

—¡Calla, mujer! —la reprendió su padre—. Déjate de historias. ¿Qué le importa de tus hijos? ¿Qué le importa a nadie?

—¡No, por favor! —se disculpó Marisa incómoda—. Continúe, Manuela. Se lo ruego.

—Déjelo. Si tiene razón mi padre. Que no viene a cuento.

—¡Pues claro que no! —insistió él.

Marisa no tardó en comprender que su aspecto decrépito escondía a un hombre todavía de carácter.

—Ya podría hablarle más de esta casa que de sus hijos. Si fuera por ellos, esto ni existiría —continuó lento, pero enérgico a la vez—. ¿Acaso no se ha dado cuenta?

Ella lo miró sin comprender.

—Pero, padre, por favor —intervino la hija.

—¡Que te calles, Manuela! Siempre metiéndote donde no te llaman. Vete. Vete y déjanos.

Marisa se revolvió en su silla, irritada, pero respiró profundamente intentando no ponerse nerviosa.

—No, no se vaya —le dijo Marisa volviéndose hacia ella—. Se lo ruego. Yo solo quería…

—No la vendí, ¿sabe? —Y él continuó como si hablara solo—. Querían quitármela, pero no la vendí. ¡Antes muerto! ¿Me entiende? —Marisa asintió—. Todo esto era campo y cultivábamos hortalizas antes de la guerra. Donde ahora está el jardín, estaban las gallinas. Un poquito más abajo teníamos una cuadra con conejos, un caballo y una balsa de agua dulce. Me acuerdo de que esto estaba hermoso, ¿sabe? Pero vino la guerra y los bombardeos se cebaron con la zona. Pero la casa aguantó. La casa y nosotros. Pasamos una época de mucha hambre, ¡pero mucha!, y después todo empezó a cambiar. Poblenou era una zona industrial y al final del Carrer del Taulat estaba Can Girona, una fundición donde hacíamos raíles de tren. Si se fija, en algunas tapas de alcantarilla pone la fecha.

—Sí. Es increíble —le dijo, intentando ganarse al anciano—. Asombra verla. Es como si no hubiese pasado el tiempo.

—Pero pasó. ¡Y tanto que pasó! La planta de arriba la construimos después con mucho esfuerzo, en los años sesenta, cuando esto se llenó de gente de fuera que venía a buscar trabajo. Por entonces esto estaba muy abandonado y empezaron a hacer el metro. Teníamos los tranvías, eso sí: el 36, el 52, el 41, el 71… ¡Cómo no íbamos a tener si las playas estaban llenas de gente viviendo en barracas! ¿Oyó hablar del Somorrostro?

Y Marisa negó con la cabeza.

—Estaba todo lleno de barracas y pescadores, y un año vino un temporal y se lo llevó todo.

Una tos flemática y profunda detuvo al anciano.

—No se embale, padre. Beba agua, por favor. Ahora se la traigo.

Manuela se levantó y se fue hacia el pasillo, pero el viejo siguió.

—¡Es una histérica! Cree que me voy a morir por una tos. Me moriré, ¡pero por ella!

—Lo hace por su bien. No se enfade.

—¡Y una porra! Usted no la conoce.

El anciano volvió a toser y ella aprovechó para desviar la conversación.

—Me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Podría?

Y él asintió, mientras se iba recuperando. Marisa esperó en silencio, hasta que, al cabo de algo más de un minuto, lo observó ausente, con la mirada fija en el pasado, como si ella no estuviese allí.

—Aquí todo cambió en el 92 —le dijo de pronto—. Con las Olimpiadas comenzamos a vivir cara al mar. Urbanizaron, arreglaron las calles que iban a parar al agua y esto se convirtió en edificios hormigueros y abrieron la Rambla de Poblenou. Pero yo no quise. A mí no me compraron.

—Entiendo.

—Esta es mi casa y fue la de mis padres también. Aquí nacieron mis dos hijos y aquí murió mi mujer. Así que aquí continuaré hasta que me muera, ¿me entiende? ¡Y si usted viene a pedirme que la venda, ya puede irse por donde ha venido!

En ese momento Manuela regresó con un vaso de agua.

—No, de ninguna manera. No se preocupe. Yo no vengo a eso. ¡Claro que no!

—De aquí no me mueve ni Dios, señora.

—No se preocupe por eso —le dijo intentando calmarlo.

—Aquí está mi vida.

—Por eso vine a hablar con usted. Necesito saber de unas personas. Es difícil de explicar porque no sé a quién busco exactamente, pero tengo un par de nombres. Un par de nombres, usted y mucho lío.

—¿De quién quiere saber? Dígame.

—De Albert Girbés. ¿Le suena ese nombre?

El rostro del anciano cambió. Sus ojos vacíos y perdidos la buscaron a través de su ceguera y comenzó a mecerse elevando la barbilla, como si fuera el estandarte de su dignidad. Y no le contestó.

—¿Le suena ese nombre?

Él agitó su respiración y no dejó de mecerse, como si ya no estuviese allí.

—Padre, ¿no escucha lo que le pregunta la señora?

—Dile que se vaya.

Marisa abrió los ojos y dirigió su mirada hacia Manuela intentando comprender.

—Pero ¿qué dice, padre? ¿Conoce o no conoce a ese hombre?

—No quiero oír nunca más hablar de él, ni que ese nombre se vuelva a pronunciar en mi casa. Que se vaya.

Y ya no le dijo nada más.

19

Barcelona, 1947

Aquel día no iba a irme, pero Celia y yo cargamos las maletas hasta el coche como dos porteadores abarrotados de bultos. La señorita Sara bajó las escaleras abanicándose con un palmito de madera de sándalo y doña Esther le dijo que llevara alguna bolsa, que en la estación de Francia Celia no iba a poder con todo. Pero la hija de los Girbés me miró a mí y, moviendo el dedo, me ordenó que subiera a buscar la maleta marrón, mientras ella se sentaba en el taxi soplando sobre sus largas uñas pintadas de rojo. A mí nunca me dijeron de ir a Blanes y aquel verano en el que ya me había casado tampoco. Al fin y al cabo, Celia lo necesitaba más y yo me callé y me resigné a unas semanas de vacaciones sin sueldo. En julio el señor Girbés todavía tenía que ir al hospital de la Santa Cruz y San Pablo, pero después, en agosto, cuando no tuviese que prepararle la cena ni a él ni a su hijo, ya no pisaría el piso del Carrer de València hasta septiembre. Entonces el barrio del Ensanche se apagaría y las tiendas bajarían las persianas porque el vecindario se trasladaba a los poblados del Maresme. Mi tía Carmen me había contado cómo era el verano para ellos, que en la playa tenían casas de madera y toldos de cañizo, con las familias relajadas en butacas de lona y mimbre, con algunas mujeres vestidas y otras en bañador. Ellas ojeaban a los niños, que jugaban a la pelota entre salpicaduras, y los hombres leían a la sombra.

El señor Girbés las acompañó a Blanes y no volvería hasta el lunes y, cuando todos se fueron, yo volví a subir para dejarlo todo en orden. Era viernes y aquel día volvería pronto a casa. Recuerdo que lo último que hice fue regar unas gardenias. Albert no iría con ellos hasta agosto y yo sabía que, cuando volviese de la gestoría del Carrer d'Aragó, ya no me encontraría allí. Eran pocas las veces que yo me quedaba sola en el piso de los Girbés y aquel día —no sé si los detalles los fue deformando mi memoria—, entré en su habitación y me recreé acomodando sus zapatillas de cuadritos bajo la cama, sacudiendo la almohada de plumas y colgando en una percha su camisa blanca con rayas azules. Luego fui a su escritorio, repasé algunos papeles color crema con su caligrafía impecable y cerré los ojos inspirando el olor a agua de lavanda que lo impregnaba todo. No quise pensar. Mi corazón guerreaba en silencio, sin resignarse, como si mi vida ya hubiese sido hechizada aquel verano en las fiestas de Sant Roc, y nuevamente volví al salón y miré el reloj de pared. Aquel péndulo oscilaba en mi cabeza

con el tictac de una bomba que no sabía detener y aparté una silla de la mesa del comedor y me senté a esperar. ¿Esperar a qué?, te preguntarás. Simplemente a esperar. Existen pocos momentos como aquel recuerdo en mi vida. Era como si nada me importara, como si solo fuese aquel instante y nada más, y mi cabeza llena de ruido y de vacío. Le había dicho a la madre de Carlos que quizás volvería más pronto, pero cuando entré al baño y me miré al espejo sentí compasión por aquella muchacha de ojos canela y con ansias de ser feliz.

Abrí los grifos de níquel y observé el agua inundando el lavabo. Junté las manos y me refresqué la cara. Luego me sequé con una toalla azul celeste y, sentada sobre el inodoro, comencé a contar los puntitos de las baldosas que parecían mariquitas blancas desparramadas. No sé cuánto estuve así, solo recuerdo que dejé mi vida pendiendo de un hilo y, cuando oí la cerradura, corrí a la cocina como una idiota y me puse a limpiar el hule de la mesa con un trapo húmedo. Escuché los pasos de Albert avanzando por el pasillo lentamente y sentí toda mi vida temblando. Supe que estaba detrás de mí cuando se detuvo y me dijo que se alegraba de verme, pero esta vez su voz no era enorme, sino pequeñita y torpe, como nunca. Quizás él también había empezado a quererme y ya no era como el día en que me llevó al Savoy dos años atrás. Quizás de verdad quisiese arrastrarme muy lejos de Barcelona y, cuando me volví, quise creer todo aquello como cuando me abrazaba bailando. Llevaba el traje de rayas cruzadas, una camisa que parecía impoluta y una corbata de seda. Del bolsillo superior se asomaba un pañuelo en el que yo varias veces había planchado sus iniciales.

—¿Quiere que le prepare la cena?

—Se te hará muy tarde —me contestó con amabilidad.

—No me importa.

—¿Y qué dirá tu marido?

—Que tenía que trabajar.

—Hoy iba a comer lo que encontrara, María. —Y comenzó a avanzar hacia mí, hasta que me tomó de las manos—. No esperaba que estuvieras.

Su voz era blanda y yo lo miré por primera vez a los ojos, como nunca lo había hecho. Eran unos ojos azulados bajo unas cejas oscuras y espesas.

—Quiero quedarme. —Y luego agregué—: puedo prepararle algo.

Albert me acarició las manos y sentí cómo presionaba mis nudillos. Era como si afinara un instrumento.

—En casa te echarán de menos.

—Pero no me importa.

El mundo se había detenido y deseé que me besara como la última

vez, pero él soltó mis manos y me acarició las mejillas.

—No quiero hacerte daño. Eres buena, María.

Pero esta vez fui yo la que me acerqué a su boca y me entregué en sus brazos como si aquello fuera una película y esa muchacha no fuera yo, sino otra, la que olía su piel a colonia y dejaba que aquel sueño la elevara. Luego me sujetó de la mano y me condujo hacia su habitación. «Eres mi palomita», me susurró al oído, y yo volví a creerle, como si fuera de verdad, como si aquella tarde pudiese cambiar algo y yo ya no fuese a volver a Poblenou y allí no estuviese Carlos, cansado de soldar y con el calor todavía ardiendo en su rostro. Pero intenté no pensar en nada, ni siquiera en un mañana, y quise creer que la vida podía ser aquello, simplemente aquel instante de placer, con su rostro frente al mío y yo temblando de amor, sin querer recordar, sin querer ir más allá. De haberlo podido hacer, habría comprendido que nuestras vidas comenzaban a enlazarse sin que Carlos Villader pudiese hacer nada para evitarlo.

20

Buenos Aires, febrero de 1977

Le preparó un sándwich de salamín, un jugo de manzana y una tableta de chocolate Dolca. El coronel Azcona la había sentado en la mesa de la cocina, donde sus hijos desayunaban leche y tostadas con mermelada. De pronto, la imagen de sus dos pequeños dando pataditas en la silla lo distrajo, pero luego volvió a centrarse en ella. Nunca debería haberlo hecho. Nunca debería haberla llevado. Había sido un arrebato que no se iba a atrever a resolver. Se la había jugado, igual que si volviese a tener veinte años. Entonces matarla ya no sería rellenar una lista. Tendría que dar explicaciones. ¿A quién, coronel? A sí mismo, claro.

—Esta noche la vas a pasar acá, ¿me entendés?

—Como digas.

—Tenemos que hablar. —Y atusó su cabello hacia atrás, hasta dejar descansar su mano en la nuca. —Ella asintió—. Pero esta noche, no —concluyó él.

Isabel siguió masticando con los carrillos hinchados. Llevaba días hambrienta, bebiendo aquel caldo turbio y frío, pero salpicadito de unos cuantos fideos que se podían contar, y a veces algo de patata y restos de calabaza.

—Necesito pensar —agregó. —Lo observaba con temor, pero intentando recordar—. Para mí no es fácil. Ponete en mi lugar. —Hizo una pausa. Solo se miraban—. Me entendés, ¿no? Es difícil que te pongas en mis zapatos. Para ustedes es muy fácil. Dicen que les importa el país… —Y su gesto se torció—. ¡Les importa un carajo, Isabel!

Y dio un puñetazo sobre la mesa.

En el centro de detenciones le afectaba menos. Ahí cumplir era su obligación y no le quedaba otra. Era un deber histórico. Había que hacerlo con responsabilidad, como decía el jefe del Estado Mayor, porque tal como estaban las cosas los errores se acababan pagando con sangre. El enemigo quería golpear y no podían hacerle frente siendo blandos. Había que ser fuertes y afrontarlo con seriedad. No podían andarse con pelotudeces. E Isabel era una de esas pelotudeces.

—Pero vos no lo podés entender —insistía—, ¿qué vas a poder?
Y ella nada. Solo mirar. Y él… El coronel, a recordar.

Lo peor era que parecía ayer. ¡Qué desgraciado era el tiempo! Echando la mirada atrás, aquel verano le pareció una locura. Pero antes también, por supuesto. Si no, ¿por qué al final nunca la llevó a la piscina del hotel? Fue porque en el hotel lo conocían y le daba vergüenza que lo vieran con una pendeja, como si él no pudiera echarse una novia de verdad. Pero Isabel ni era novia, ni era nada. Solo le gustaba estar con ella porque era una piba hermosa, de esas que todavía no lo saben, porque, si hubiera sido de otra forma, a qué santo se habría fijado en él. No le hubiera dado ni una oportunidad, por más muchachita que fuera.

—¿Vos les decís a tus papás que venís conmigo?
—Sí.
Pero ella no les decía nada.
—Lo digo por vos. Por si se enojan.
—No se pueden enojar. No hago nada malo.
—No, claro. ¿Cómo ibas a estar haciendo algo malo?
—Por eso.

Él no se acordaba muy bien cuándo había sido la primera vez que se la llevó hacia las playas del sur, por Acantilados. Allá no había nadie y a Isabel le pareció bien. Aquello nunca lo había contado. Le daba vergüenza. Isabel no parecía de la edad que tenía y pasó aquello. Después Jorge no había tenido la necesidad de hablarlo y por eso se lo quedó para él. Pero en aquella época les había parecido bien a los dos. La primera vez que arrancó el Fiat Millcento para rodar unos kilómetros más al sur, sintió un dulce remordimiento, con la sospecha de que aquello estaba mal. Cada vez que iban lo pensaba, pero después se le fue pasando. Ella ya no parecía tan niña. Se podría haber escapado con él como con otro cualquiera. Entonces le habrían hecho cualquier cosa. Pero Jorge, no. Él la cuidaba. Y sonrió al recordarlo.

En aquel tiempo Jorge no hubiera permitido nada de todo aquello. En aquel tiempo Isabel era solo una muchachita. ¿Y en aquel momento? ¿En aquel momento qué era? Un problema. Su problema.

A Jorge le gustaba la playa de Acantilados porque no se parecía al paisaje de la pampa. Eran montañas hachadas frente al mar, grandes dólmenes naturales afelpados de pastos. Parecía que los hubieran arrastrado hasta allá y no tenían nada que ver con aquella sempiterna llanura de verde tierra negra. Aquellos precipicios tenían sus túneles y el mar ahí surgía como un regalo después de atravesarlos, y él la guio hasta la orilla.

—¿Te gusta?

—Es hermoso, Jorge.

—Vení, sentate.

Algunas veces se llevaba una radio portátil y la encendía para disimular. Él se ponía más nervioso que ella y no se decían nada. Solo miraban el mar y escuchaban el transistor. Jorge lo prefería así. Hablaba si hacía falta y callaba por gusto. Con los días no fue necesario ni sonreír demasiado, ni lanzar más anzuelos. Él se fue apagando, pero el vínculo crecía.

Isabel se tumbaba boca arriba y Jorge se la quedaba mirando. Al principio iba con el vestido, pero después empezó a quitárselo y se quedaba con el bañador blanco y amarillo, cubriéndole el vientre. Tenía las piernas largas y depiladas, y Jorge las recorría hasta desviar los ojos. Entonces se ponía a chupar el mate y a cebarlo con el agua del termo. A veces sonaba la música, a veces el viento, y ellos allá solos como nunca fue más feliz en su vida. Pero eso nadie lo sabía. Nadie. Y a veces pensaba que él tampoco. ¿Cómo iba a explicárselo?

La memoria era un veneno. Era fácil de beber… Pero después le iba a doler tener que atarla. Y cuando se resignara, todo sería más difícil, y el veneno haría su efecto e Isabel también sería un recuerdo doloroso que tragar.

Se acordaba hasta del nombre del bolero. Podría haberla llevado al estudio y mostrarle el disco de Raúl Shaw Moreno. Lo había comprado hacía trece años, antes de comprometerse con Susana, cuando todavía la andaba buscando sin saberlo. La tarde que sonó la primera vez no tenía ni idea de quién era, pero después se memorizó la letra y parecía como si todavía pudiese escucharla en su interior, retumbando en su alma, que parecía una campana.

—Subile el volumen —le dijo ella.

El mar era un vendaval sereno rompiendo las olas, y en Acantilados solo ellos. El mar, la arena, una pared de médanos y piedra a sus espaldas y un no sabía muy bien qué. Al menos él nunca lo supo.

—¿Qué pasa?

—Ese bolero lo conozco —dijo ella.

Y Jorge estiró la mano y alcanzó la radio para subirle el volumen. Sonaba fuerte, estridente y él se puso de pie con valor.

—Vení, dame la mano.

Ella lo observó como los cachorros al descubrir el mundo, con un acertijo en la mirada, y se levantó también. La sujetó de la cintura con una mano y, con la otra, estiró el brazo para guiar el movimiento. Nunca había aprendido a bailar. Quizás si hubiera sido como algunos de sus compañeros y se hubiese dejado arrestar por llegar tarde después de una fiesta en Barrio Norte, quizás entonces no hubiese hecho el patán aquella tarde, moviéndose como si girara sobre un eje rígido.

—Yo tampoco sé —le dijo Isabel.

Era la primera vez que le rozaba la espalda. La primera vez que sentía su piel encendiendo su cuerpo e intentó que no se le notase su torpeza cuando sus mejillas estuvieron muy juntas y él le dijo que en el regimiento de Río Cuarto no bailaba, que él era más de teclear una Olivetti, rellenar planillas e instrucción. Mucha instrucción. Se lo dijo en serio, pero le salió de broma, e Isabel soltó una carcajada y aquel bolero se le metió muy dentro: noche a noche soñando con ella, sintiendo su vida en la suya, cual sombra divina, cual eco distante que apenas podía escuchar, y aquel «cuando tú me quieras» que lo recordaba tal cual, como lo había tarareado tantas veces con los labios sellados.

—¡Isabel! —Y suspiró su nombre por primera vez en su oreja.

Y luego sucedió. Ella buscó su rostro todavía algo lampiño y él la besó con la impericia de quien lo intenta por primera vez. La música sonaba y repetía «cuando tú me quieras, / cuando tú me quieras, / cuando tú me digas que sí…».

Y era como si todo hubiese vuelto a ocurrir, como una tarde de verano en Barcelona, hacía treinta años atrás. Los momentos se evaporaban en la atmósfera nada más suceder y ya no pertenecían a nadie.

El coronel Azcona deseó que aquella noche se extinguiese para siempre y dejar de recordar.

—No te va a doler —le dijo él, cerrando las esposas que la ataban al cabezal de la cama.

Pero ella no quiso ni mirarlo.

—Lo siento, Isabel.

Y no le contestó.

21

Barcelona, mayo de 2010

Solo aquella noche, cuando continuó leyendo, supo que aquel día había estado hablando con Carlos Villader, el esposo de María y el padre de Manuela, y no tardó en convencerse de que, si quería comprender el mensaje de Yuri, debería leer más. De nada le serviría ir tanteando sombras. En aquel libro tenía que haber algo por descubrir y, cada hora que pasaba después de su muerte, parecía ir acercándose hacia un umbral todavía desconocido.

—No le haga caso —le había dicho Manuela—. Mi padre es un hombre de carácter.

—Ha sido muy amable. No tiene por qué disculparse.

—De esos años no habla mucho, ¿sabe? Ni de ella tampoco.

—¿De quién?

—De María, la que fue su mujer. Mi tía me dijo que estuvo casado con ella y que trabajaba para los Girbés. Por eso me suena ese nombre. El de Girbés. Pero después se los tragó la tierra a los dos.

—¿Qué quiere decir? ¿Desaparecieron?

—Pues no lo sé, ¿qué quiere que le diga? No sé mucho más. No hablaban de ella. Lo poco que sé me lo dijo mi tía, pero es casi nada: que estuvo casada con él, que trabajaba en la casa de los Girbés y que después murió. Pero no se fíe mucho de lo que le cuento porque recuerdo que, al morir mi madre, oí a mi padre decir: «Ojalá estuviera la otra en el cajón». Yo andaría por los veinte años y nunca pude olvidar aquello. La velamos aquí, en casa, y él soltó aquello con la cara desencajada de rabia. La gente iba y venía y creo que se desorientó y pensó que estaba solo, pero yo se lo escuché. No me atreví ni a preguntarle. Imagínese, usted lo acaba de ver. Mi padre siempre ha tenido muy malas pulgas. Sin embargo, a mí aquello me hizo pensar que había algunas cosas que él nunca iba a contarme, porque si esa tal María vivió, desde luego en nuestra familia fue como si la hubiesen enterrado en vida, ¿sabe?

—¿Y su tía? —le había preguntado Marisa—. ¿Vive también?

—Vive, vive. Claro que vive, pero está en una residencia. Si quiere puede ir hablar con ella, pero dudo que le saque mucho. Ya le digo que nunca les gustó hablar del tema.

—Se llama Nuria, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

Marisa había exhalado por la boca con resignación y acabó

contándole lo de aquel libro y lo de los nombres subrayados con lápiz, como el de Nuria, el de María o el de Girbés. Pero nada se atrevió a decirle sobre que Yuri no era su esposo, ni de cómo había llegado aquel libro a sus manos. Lo que se había animado a decirle fue que le buscaría un ejemplar y que se lo traería, y que su autor se llamaba Javier Arias. Pero de Yuri, nada de nada. A Yuri también debía enterrarlo, quizás como había hecho aquel anciano con su pasado, aunque ella necesitaba tiempo y comprender. Todo parecía un acertijo sin sentido y no iba a detenerse hasta poder descifrarlo.

Por eso iría a hablar con la tía de Manuela, con Nuria. Aquel era el siguiente paso. Ningún otro. De la lista de números que aparecían en *Nadie sabrá de mí*, ninguno de ellos parecía tener que ver con el Albert Girbés que buscaba. De hecho, antes de ir a entrevistarse con Carlos Villader, había decidido llamar a dos de aquellos teléfonos, pero ninguno pertenecía a alguien relacionado con un piso en el Carrer de València, y Marisa pronto había desistido del ridículo de intentar preguntar por alguien de quien no sabía nada. En ambas ocasiones, las voces del otro lado del auricular titubearon confusas, con una desconfianza que acababa en un veto para saber nada más.

Si quería saber, debía leer, y cuando se disponía a volver a hacerlo, sonó su teléfono móvil con un número oculto e inmediatamente sospechó que se trataba de la policía. Por un instante su corazón se detuvo y su estómago se revolvió entre retortijones. Antoni ya estaba en casa y Marisa salió al jardín para intentar hablar con tranquilidad. Y el miedo y la desazón volvieron, aún incluso escuchando aquella voz amable y cercana.

—No debe preocuparse, señora Boix —le dijo el inspector—. La autopsia ha determinado que fue un infarto, tal como imaginamos desde un principio. —Marisa estaba muda, sin atreverse a articular ni una palabra—. No debe preocuparse de nada más, ¿me entiende?

—Sí —casi exhaló.

—Por lo que a nosotros respecta, su presencia allí fue meramente circunstancial y así quería transmitírselo. —Estaba paralizada y, sin darse cuenta, asentía sin contestar—. ¿Me escucha, señora Boix?

—Sí, sí, claro. Se lo agradezco.

—No tiene que agradecerme nada. Las cámaras del hotel confirman su versión y la muerte natural del fallecido horas antes de que usted llegase no dejan lugar a dudas. No la molestaremos más.

Marisa respiró profundamente.

—¿Han conseguido dar con su familia? —fue capaz de hilvanar al fin.

—Sí. No se preocupe.

—¡Cuánto se lo agradezco, inspector!

—Solo era eso, señora Boix.

—No sé cómo darle las gracias.

—No hay nada que agradecer. Únicamente quería que lo supiera.

Al colgar el teléfono, volvió a notar que no podía contener las lágrimas y se alejó hacia los cipreses acabados de podar, casi asomándose a la calle. No quería que Antoni la viera y no sabía cómo haría para arrancarse del corazón a Yuri. Hacía años que lo habían comprendido los dos y por eso habían dejado de verse. Sin embargo, ahí estaba ella, como si hubiese enviudado también. Entonces sintió que la distancia era una anestesia. Era el saber que se está sin estar, una especie de silencio largo y continuo, pero controlado. Marisa se había acostumbrado a aquella lejanía y, de alguna manera, había comprendido que era mejor así. La distancia no era el olvido. Para ella no. Para ella era el silencio, el silencio del recuerdo, y no era la muerte. Aquello era otra cosa. La muerte era saber que ya nunca más podría verlo, ni preguntarle, ni decirle, ni verle… Era aceptar que todo había terminado, aunque hubiese sucedido tiempo atrás. La muerte era un vacío sin nombre que lo llenaba todo, y había que acostumbrarse a él.

Y le costaba.

Por eso aquella noche no pudo leer, ni apenas hacer nada. Tan solo decirle a Antoni que algo le había sentado mal.

Y no le mentía.

22

Barcelona, 1947

Recuerdo que aquel verano las chinches nos picaban por la noche sin compasión. Por el día las hostigábamos con horquillas, pinchándolas hasta matarlas, pero solo con la perseverancia de un insecticida que Carlos usaba en la fundición conseguimos extinguirlas. Y cuando se acabaron las chinches, les siguieron las cucarachas, que corrían despavoridas por las grietas de los azulejos de la cocina y por la leñera y el carbón. Carlos pensaba que yo me hacía la escurridiza por eso y por el calor y porque en aquella casa me sentía como una extraña, aunque Nuria fuese mi mejor amiga y Asunción, su madre, me quisiera bien. Pero no era eso. Durante aquel agosto mi vida se abrió a un abismo para el que no estaba preparada, y el abismo lo tenía dentro, muy dentro, y no sabía cómo sostenerme para no caer en él.

El piso del Carrer de València se convirtió en un inesperado oasis. En pocas semanas perdí la cabeza y Albert me arrastró hacia aquella sima a la que yo me dejé llevar. Todos en casa sabían que me habían dado vacaciones porque los Girbés estaban en Blanes, pero a Albert se le ocurrió que yo podía decir que su padre pasaba la semana en Barcelona y que yo iba a preparar la cena y a ocuparme de los quehaceres. Él pagó por aquella mentira y yo a final de mes puse mi paga sobre la mesa de la cocina. A la tía Carmen le parecía extraño que aquel verano el señor Girbés no estuviese en la playa y yo levantaba los hombros y suspiraba evitando mirarla, como una liebre que corre por el campo con el jadeo de un galgo en su oreja, segura de poder huir y temerosa de sentir los dientes de su sospecha.

Aquellas semanas pasaron igual que llegan los recuerdos, porque cuando queremos darnos cuenta nuestro mundo se ha evaporado y ya solo puedes reconocerlo en tu memoria. Albert encendía la gramola por las tardes y bailaba boleros conmigo, como si Barcelona no existiese. Nos amábamos en su habitación y sentíamos que el tiempo se consumía allí fuera, y le pedía perdón a mi madre, porque siempre la sentía muy cerca. Entonces yo creí que él me quería de verdad y que, cuando me susurraba palomita, se le arrancaba de dentro, como nunca me he sentido amada por nadie. Y cuando nos despedíamos, su mirada vibraba como la mía, con nostalgia, y a mí me parecía que nuestras vidas eran reales y que todo aquello tenía sentido. Durante esas tardes conocí a aquel Albert que tiempo atrás yo veía como un gigante, pero que entre mis brazos se derrumbaba pequeñito, sin la

altivez de su posición, ni el ansia por conquistar un capricho. «Eres hermosa, María, muy hermosa. No quiero perderte», me decía. Y yo acariciaba su frente y dejaba que mi mano peinara su pelo, como si no tuviera nada que perder y su vida fuera la mía.

—Creo que ahora te quiero de verdad —me dijo una tarde.

Mi corazón tembló. Carlos jamás podría haberme dicho algo así. Ni yo a él.

—Lo sé.

—Te llevaré conmigo. Nos iremos de aquí.

—¿Y tu familia?

Él calló. Yo también.

Entonces ya no era una niña. Era tan solo que había perdido la cabeza por amor y durante aquel agosto el mundo no existió más allá del Carrer de València. Los primeros días sentí remordimientos y me fui a la iglesia del Mar. Me acerqué al altar, me arrodillé con la mantilla de mi madre e intenté que Dios aliviase mi condena. Miré hacia el púlpito y una señora se santificó sobre el reclinatorio y se puso en pie, con un rosario de plata y el devocionario encuadernado en piel. Me miró de reojo, suspiró profundamente y me sonrió con beatitud. Luego se fue y yo volví a pensar en él, como siempre. Solo existía él. Solo mi oasis, aunque estuviese casada con Carlos y conociera la historia de Ernesto Robles, porque mi tía me había hablado de él muchas veces. Vivía en el Carrer del Taulat, en Poblenou, y se conocían de muchos años atrás. Me decía que él había pensado que podía vivir como le diese la gana, pero no, me insistía mi tía, la vida no era así. No lo era, y Ernesto había abandonado a su mujer para casarse con otra, y por lo civil, y después de la guerra todo lo que había sido de una manera fue de otra y los papeles de aquel matrimonio se quemaron en una hoguera del ayuntamiento y Ernesto había tenido que volver con ella, con su mujer de verdad, a la que mantenía a duras penas mientras la otra vendía castañas.

Mi tía quería mucho a Carlos. Él iba los domingos al campo y le traía amapolas, acacias o aliagas amarillas, y ella me decía que aquel muchacho valía mucho, que lo cuidara. Carlos procuraba que no nos faltase de nada y a finales de agosto consiguió dos días en la fundición y nos trajo de Vic unos embutidos que acabó revendiendo en las fiestas. En Barcelona, durante aquellos años, se comía de todo y la carne de los perros y los gatos acababa en longanizas que la gente como nosotros no se preguntaba de dónde venían. Pero cuando Carlos traía algo de estraperlo, en Poblenou sabían que era bueno y acababan sacándoselo de las manos. Mi tía lo adoraba y, si yo no me pasaba a verla, Carlos nunca se olvidaba de ella. Algunas veces le llevaba un transistor que tenía y pasaban unas horas con Radio Nacional de España. Sin embargo, a él había que conocerlo. Se dejaba la vida y

sabía cómo hacerse querer, pero cuando se torcía su carácter se volvía como una tempestad y gritaba furioso para imponer su ley. Él, antes de casarnos, no había sido así. Era serio, algo huraño, pero lo oía gritar poco. Pero en su casa era diferente y a veces estallaba por cualquier cosa con Nuria o con su madre, aunque después se le pasaba y les hablaba como si nada, y se desvivía. Conmigo se contenía. Nos veíamos poco y quería que me acomodara a él. Carlos nunca me dijo que me quería. No sabía hacerlo y pensaba que con tenerme ya era suficiente para que fuera feliz. Le era imposible sospechar que existía otro, el otro, aquel hombre que me había seducido siendo casi una niña.

En septiembre regresó doña Esther y el mundo echó a andar de nuevo. El último día que nos vimos, Albert me dijo que buscaría la forma de seguir encontrándonos a solas, que todavía necesitaba tiempo para pensar. Pero yo creo que se negaba a decirme la verdad, porque no entendía que yo entendía, que yo sabía que ni siquiera podíamos ir juntos a dar un paseo por las Ramblas. Y todo fue derrumbándose con rapidez. La vida era aquello. Mi vida era otra. La que me había tocado, la de sufrir y luchar por comer todos los días y salir adelante. Quizás ahora estés pensando que las cosas podrían haber sido de otra manera, que tú lo habrías hecho de otra forma. Pero no te engañes. Recuerdo como si fuera hoy que mi vida era eso —que no era poco— y que no podía ser nada más ni mejor. Mi madre tampoco habría querido que mi padre se fuese a la guerra, y él se había ido. Las cosas había que aceptarlas como venían, me decía ella, y a disfrutar lo bueno y a pasar lo malo. Y eso hacía yo, masticar mi dolor como los pobres lo hacían con las gachas de harina de algarroba o el revuelto de cardillos. Durante aquellos días no me arrepentí de nada y al recordar las tardes con Albert me siento feliz. Y fue por entonces que oí a doña Esther preguntar a Inmaculada por la boda, y a ella decirle que pronto, que cuando Albert se asentase en la gestoría, que lo tenían muy hablado. A él apenas lo veía y, cuando llegaba por las tardes me miraba con tristeza y ya no me decía palomita, ni me arrinconaba para darme un beso a hurtadillas. Sus ojos estaban licuados, como los de cordero entregado al sacrificio. Más de una vez escuché a su madre preguntarle por lo que le pasaba, si es que había discutido con Inmaculada o alguna cosa del trabajo, y él que no, que no y que no, pero con su cara de pena me lo decía todo, porque Albert ya no era el mismo, como si se empezara a dar cuenta, al igual que yo, de que todo era un imposible.

Y cuando vino a Poblenou yo no podía creerlo. La barriada estaba llena de guirnaldas por la fiesta mayor. Aquel sábado de septiembre organizaron una merienda y payasos para los niños, y por la noche vino el baile, las sardanas y concursos de varietés donde Nuria cantó

un pasodoble que recuerdo loaba la solera de los españoles y lo bien que se vivía en nuestra patria. Entre los vecinos levantaron un tablado y a los pies se arrimaban las parejas que buscaban las sombras para poder bailar bien pegados. A Carlos le gustaba poco la música y daba vueltas por ahí y yo me senté en una silla a mirar cómo se divertía la gente y cómo se me pasaba la vida. Fue entonces cuando lo descubrí. Me buscaba entre el vecindario y yo salté como si mi taburete hubiese sido catapultada. Él me vio y yo me di media vuelta y me escabullí por donde ya no había luces. Albert echó andar detrás de mí y, cuando las calles comenzaron a vaciarse, yo me detuve. Él venía a la zaga, como una sombra.

—No voy a poder vivir sin ti, palomita. —Y me abrazó.

Yo me quedé muy quieta, como si hubiese sido un gorrión entre sus manos.

—No me hagas daño. No puedo más, Albert.

—Dejaré a Inma y te llevaré conmigo.

—¿Adónde?

—Adonde sea.

—Tú no la dejarás, ni yo tampoco a Carlos.

—Sí lo haré.

Y nos envolvió el silencio.

—Nunca podré irme de aquí —suspiré yo.

—Buscaré la forma. Te lo prometo.

Luego me besó. Y cuando me separé de él vi a un hombre caminando hacia nosotros desde la esquina y los dos echamos a correr como dos niños. Y pensé que era el sereno y que aquel amor no era un sueño. Pero me equivocaba.

23

Buenos Aires, febrero de 1977

Isabel no podía entender por qué su madre la había amado con tanto dolor, ni por qué había atado su niñez con miedos. Pero en Mar del Plata no había sido así, y desde algún tiempo antes tampoco. Fue como si el temor hubiese comenzado a cambiar y aquella obsesión se hubiese ido derrumbando lentamente. De no haber sido así, nunca habría encontrado a Jorge, ni jamás hubiese existido Acantilados. Incluso, al mirar atrás, apenas podía encajar lo que había sucedido aquel verano. Era como si su madre la hubiera olvidado, como si su padre le hubiese dicho que dejara a la niña, que ya era una mujer y que echarse amigos le vendría bien, porque le hacía mucha falta. Isabel sabía que había tenido que ser él y que, cuando ella preguntaba dónde iba a estar, su padre decía que él ya sabía y la muchacha se marchaba calle abajo, camino de la playa, para reunirse con aquel soldado amable y reservado que le sacaba cinco años. Isabel cruzaba los dedos y esperaba que no pasara nada. Había temido confesar aquella relación como cuando era niña e hinchaba las pompas de jabón aguantando y soplando para que no le estallaran en la cara. Pero un día sucedió y las burbujas la empaparon.

Y aquello fue el primer cisma entre las dos.

No recordaba cuántas veces habían ido a Acantilados. Quizás cinco, quizás seis, pero una tarde fue la última y ninguno de los dos lo supo hasta después. Su madre la vio bajar del Fiat Millcento de Jorge y, solo con la sonrisa de su hija, comprendió que era feliz.

En ese momento terminó todo.

Cuando Isabel entró en la casona la vio discutiendo con su padre y, cuando la tuvo frente a ella, la obligó a contarle toda aquella traición. Su madre lloró y volvió a decirle que nunca sabría lo que había hecho por ella, que si intentaba protegerla era porque no tenía otro bien más grande en el mundo y que no podía permitir que se siguiese engañando, porque aquel muchacho solo quería sacar tajada de su juventud y ella no lo iba a permitir. Le daba igual que no lo entendiese, para eso era su madre.

Nada le habló Isabel de Acantilados. Nunca se hubiese atrevido. Luego no tuvo tiempo ni de reaccionar. Faltaban unos días para volver

a Buenos Aires, pero por la mañana su madre lo precipitó todo y cargaron el viejo Packard sedán recién comprado. Isabel recordaba que estuvo varias veces a punto de salir corriendo hacia el Hotel Provincial, pero con quince años no tuvo el valor y lo lamentó después. Lloró en el asiento de atrás hasta que su cuerpo estuvo blando y se echó vencida. Fue la primera vez que sintió que era su rehén y que podía amar y odiar a la vez.

Aquel recuerdo estuvo estancado en la charca de su memoria y, con los años, el rostro de Jorge se le fue desdibujado. Hasta que ella también decidió borrarlo.

—Levantate —le dijo.

Isabel abrió los ojos y lo vio de pie, soltando las esposas.

—Te dejé un cepillo de dientes en el baño. Te espero.

La persiana estaba subida y el sol iluminaba la soledad del campo.

De camino al salón observó la puerta hacia el exterior abierta, pero ella se detuvo y no fue capaz de atravesar el umbral. Se paseó por la casa como un espectro y no lo vio. Se detuvo ante una de las piezas y empujó la puerta. Sobre la cama había relojes, varios puñados de anillos y diferentes montoncitos de cadenitas, medallas y pulseras. De una caja sobresalían varias gafas de sol y algunos encendedores. A ella también le habían quitado todo. Lo de la medallita de Montserrat le dolía, pero era lo de menos. En el fondo no tenía ningún valor o, simplemente, no sabía el valor que tenía.

Merodeó como un gato y se le ocurrió lo de llamar. Pero no encontró ningún teléfono. En el escritorio había una clavija en la pared y un cable, pero lo habían quitado. «Sí, hola, perdoname, mamá. Sí, ya sé, pasó mucho tiempo, pero me van a matar». «¿Para qué llamás?». «Para que me digas. Necesito saber, porque ya no me queda tiempo». «¿Que no te queda tiempo?». «No, mamá. A la gente la matan y ya no vuelve, ¿no lo sabías?». «Yo ya te lo dije, acordate. Esas amistades no te van a servir para nada». Isabel sonrió con amargura. Era como si la escuchara de verdad.

Después regresó a la entrada y volvió a detenerse ante el marco de la

puerta. Parecía que la estaba poniendo a prueba. Se quedó a un centímetro de atravesarlo y se puso a mirar el camino flanqueado por los árboles. Más allá, al final, podía intuir la reja y un gran cercado.

—Estoy acá —oyó que le decía—. Vení.

Había una galería con una mesa y unas sillas de hierro alrededor. Cerca de la pared, en uno de los laterales de la casa, crecía un gomero. Estaba muy reverdecido y con las hojas grandes y gruesas.

—Te preparé un jugo de naranja. Ahí también tenés galletitas. — Isabel se quedó rígida, sin atreverse a dar un paso más—. Sentate — insistió—. Sentate y desayuná.

El aire comenzaba a entibiarse e Isabel intuyó un día caluroso. Pero en El Campito sería mucho peor y el aire irrespirable. Enfrente, el campo parecía seco, agostado por el sol, pero casi podía imaginar el trigo durante la primavera. Isabel se sentó, saboreó el jugo y concentró toda su vida en aquel placer. A cada tanto lo miraba e intentaba recordarlo. ¿Era él?

—¿Por qué joden tanto? —Y ella negó con la cabeza—. Te iban a matar, ¿sabés? —Y elevó el tono de voz—. Pero vos seguís negando.

—No sé por qué no me creés. Yo no los conozco.

—Sos dura, muy dura, y vas a tener que contarme.

—Te equivocás. Yo ya hablé, pero ustedes no me quieren creer.

—Sé que me estás mintiendo.

—Entonces, ¿por qué me trajiste?

Pero se arrepintió nada más decirlo. Le pareció una provocación.

—Porque no quería que te mataran allá, ¿entendés? No quería.

Isabel dejó el vaso sobre la superficie de mármol y se volvió a quedar callada.

—No vas a hablar, ¿verdad?

—No me escuchás. No querés escucharme.

—No juegues conmigo, Isabel.

Y ella giró la cabeza y miró hacia el camino.

—Llevan años igual, desangrando al país, poniéndolo todo patas arriba. La gente tiene miedo. El pueblo ya no puede más. ¿Es que no lo entienden? —Silencio—. ¿Qué creés que podíamos hacer? Decime. —Y ella igual.

En septiembre, habían matado al gerente del Banco Nación y a dos empresarios, José Castrogiovanni y Juan García Litle. Después lo

intentaron con el de Propulsora Siderúrgica, en La Plata, y no pudieron, pero les salió en el cine del Círculo Militar. Dejaron más de cincuenta heridos, entre familiares y oficiales. Solo en septiembre, y con ellos encima persiguiéndolos como perros. Y ellos, una y otra vez, adelante, a reventar todo lo que podían y en octubre se sacaron de encima a Ignacio Desosi, dirigente gremial peronista, y después a Roberto Moyano, otro empresario de mierda de los que sangraban al país y se negaban al cambio y la revolución.

—¡Decime por qué, Isabel! —insistió—. Decime que no los conocés y te vas.

—Ya te lo dije, Jorge, y no me querés creer.

Pero no se iba a ir. Los dos lo sabían.

¿Y en noviembre? A Carlos Souto. ¿Y en diciembre? Al coronel del Ejército Leonardo D'Amico y, después, una bomba en un cine de la subsecretaría de planeamiento del Ministerio de Defensa: catorce muertos y veinte heridos. Dos días antes de fin de año, le tocó al coronel Francisco Castellanos.

—Tenés que ayudarme, Isabel.

Y ella lo miraba con horror, como si tampoco lo entendiera a él.

Y el mes pasado había sido en la comisaría de Ciudadela: tres policías. Y unos días antes, a Pedro Lombadero, un gerente de relaciones laborales de una empresa.

—¿Quién va a ser el próximo? —le preguntó él.

Pero ella siguió callada.

—En cualquier parte, Isabel. —Y manoteó la mesa como si aplastara una mosca—. Capaz que te dejo hacer una llamada y yo también estoy listo.

24

Barcelona, mayo de 2010

Condujo hacia Castelldefels y después se adentró en una urbanización construida entre enormes pinos mediterráneos. Un edificio de ladrillos caravista se asentaba en la ladera de una montaña, rodeado de cómodos jardines entre césped y senderos. Marisa preguntó por la señora Ballet, tal como le había dicho Manuela, la hija de Carlos Villader. Entonces la condujeron a un amplio salón acristalado y ella se quedó boquiabierta ante la belleza que se divisaba desde aquellas paredes de cristal. Los tejados rojizos de los chalés se asomaban entre los pinares que acolchaban la montaña y, más allá, el azul de un mar añil. Una anciana estaba sentada en una silla de ruedas ante aquel panorama, adormecida y con la cabeza ladeada.

—Señora Ballet, señora Ballet —la llamó suavemente la auxiliar vestida con uniforme blanco—. Tiene una visita, señora Ballet.

La mujer entreabrió los ojos pesadamente. Su rostro estaba tan arrugado que, al abrirlos, a Marisa le pareció que su mirada se asemejaba a la de un reptil.

—¡Y usted diciendo que la tienen olvidada! Ya ve, aquí tiene una visita. Venga, espabílese, que esta señora pensará que se pasa aquí el día durmiendo.

La anciana parecía reaccionar en cámara lenta y observó a la mujer intentando reconocerla, pero Marisa intentó adelantarse a su desconcierto.

—Soy amiga de Manuela, su sobrina.

Nuria respiraba con lentitud y la escrutaba ausente.

—¿Escucha lo que le dicen, señora Ballet? —Y ella por primera vez asintió—. ¿Se encuentra bien para hablar? —insistió la auxiliar.

—Sí —contestó.

—Así me gusta, señora Ballet. ¡Así me gusta! Hace un día hermoso para hablar.

Nuria tenía una fina manta cubriendo sus piernas y la cuidadora se la recolocó.

—Ahora se compondrá, ya lo verá —le dijo a Marisa—. Dele conversación que, aunque no lo parezca, se acabará espabilando.

—Muchas gracias, señorita.

—Si me necesita, puede encontrarme por el pasillo de fuera. Yo estoy yendo y viniendo.

—Descuide. Estaremos bien.

Las dos mujeres se quedaron solas y, por un momento, Marisa dudó de que pudiese obtener alguna información de aquella viejecita. Sin embargo, nada más alejarse la auxiliar, Nuria Villader comenzó a mostrarse comunicativa.

—¿Cómo está Manuela? Hace mucho que no viene a verme.

—Está bien, señora Ballet. Le manda recuerdos.

—Si yo sé que ella me quiere, pero alguien tiene que cuidar de mi hermano, ¿me entiende? Ese cascarrabias está peor que yo, pero su hija lo cuida como a un niño.

—Conozco poco a su hermano, señora Ballet, pero su sobrina parece ser muy buena con él. Es verdad.

—Cuando uno se hace mayor todo se ve de otra manera. La vida se mira hacia atrás y muy rara vez hacia adelante. En el fondo, los hijos creen que al aparcarnos nos dan algún futuro. Pero no. Todos sabemos que este es el final y desde aquí lo vemos todo, pero hacia atrás, siempre hacia atrás. Mi Sergi cree que teniéndome aquí puede hacerme más feliz. Usted que ha sufrido tanto se lo merece, madre. Siempre me lo dice. Es el mejor lugar. El mejor. Y yo le digo que solo me merezco unos años menos. Aquí venimos a morir o a esperar la muerte.

Marisa se removió en su silla y acercó sus manos para acariciar las de Nuria.

—Señora Ballet, pues hoy yo vengo para que me ayude a mirar hacia atrás a mí también. Me gustaría que me hablara de cuando usted era joven.

—¡Válgame Dios! —exclamó con una sonrisa desdentada—. ¡Qué tiempos aquellos!

—Pues sí, señora Ballet. Su vida.

—¿Y por qué quiere saber?

Marisa carraspeó e intentó improvisar.

—Estoy haciendo un trabajo sobre la posguerra. Así como me ve, estoy estudiando en la universidad —le mintió.

—¡Si usted está muy joven!

Y en aquel momento recordó que Carlos Villader le había dicho lo mismo.

—Ya no tanto, señora Ballet. Tengo dos hijos hechos y derechos. Uno en Estados Unidos y la otra en Barcelona.

—Yo tengo tres, ¿sabe? Pero el único que se ocupa de mí es mi Sergi, el mayor. A él las cosas le han ido muy bien porque es un hombre muy limpio. —Y se detuvo un momento para forzar un mohín que intentaba emular una carcajada. Marisa sonrió, pero respetuosa y expectante—. Siempre nos burlábamos de él con eso. Mi Sergi tiene una fábrica de jabones y productos para baños. Mi marido, que en paz descanse, lo puso a trabajar desde muy pequeño y mi Sergi siempre

fue muy constante. Se merece todo lo que tiene. Ha trabajado muy duro, ¿me entiende? Y mis dos hijas se deberían lavar la boca cuando hablan de él. Mi Sergi es el único que se ocupa de mí y no se ha quedado con mi casa, como ellas dicen. ¡No! Él la vendió porque yo se lo pedí, para pagar esto y tener algún dinerito en el banco. Cuando me muera ya podrán hacerse con todo.

El ánimo de la anciana parecía haberse oscurecido de pronto.

—A los hijos a veces les cuesta comprender a los padres, señora Ballet. No se inquiete. Todo es cuestión de tiempo. El tiempo nos pone a cada uno en nuestro sitio. Y no en el que queremos, sino en el que nos toca.

—Yo ya no me inquieto por nada. Mi vida está terminada. Aquí me paso los días, esperando.

—¡No diga eso! Fíjese lo bien que me vendría que me hablara de cuando era una muchachita.

—¿Y qué quiere que le cuente de aquello?

—En realidad, me gustaría que me hablara de una persona. Bueno, más bien de dos.

—¿De quiénes?

Marisa se recostó en su silla y luego metió la mano en su bolso. De allí extrajo aquel libro de lomo blanco y portada de fotografía en blanco y negro.

—Estudiando la posguerra, cayó este libro en mis manos. ¿Le suena este nombre?

Y le acercó el libro para que lo pudiera leer.

—Es que apenas puedo ver, ¿sabe?

—Oh, sí. Disculpe. *Nadie sabrá de mí,* Javier Arias —le leyó.

—Javier Arias —repitió la viejecita lentamente.

—Exactamente. ¿Lo conoce? —La mujer hizo una mueca indescifrable. A Marisa le fue difícil interpretar los gestos en su rostro ajado—. ¿Lo conoce? —insistió.

—Pues no. Bueno, creo que no. Y si lo conozco, desde luego ya lo he olvidado.

—¿Y a María? ¿La recuerda?

Ella dudó un instante.

—¿De qué María me habla?

—Fue muy amiga de usted. Según este libro, claro, y trabajó para los Girbés. ¿La recuerda?

Los ojos de la anciana se cerraron y sus labios temblaron como si no encontrara las palabras.

—¡María!

—¿La recuerda?

—Ya se lo dije. Aquí venimos a mirar hacia atrás y, de tanto hacerlo, a veces siento que miro mi pasado pegada a un cristal. Fíjese,

como este —y señaló al inmenso ventanal que las rodeaba de naturaleza y cielo—. Y me da la sensación de ver las cosas tal y como eran, como ni siquiera en ese instante podía verlas.

25

Barcelona, 1947

Yo no lo culpé y, si lo hice en algún momento, ya lo olvidé. Lo que más me dolió fue que me diese esperanzas y que me hiciese soñar con otra vida. Recuerdo a aquella María con la cabeza llena de pájaros, como me decía mi tía Carmen, por eso durante algunas semanas estuve esperando que algo sucediese, como si fuese a caer del cielo. Pero Albert siguió con Inmaculada y yo comencé a alejarme de él y un día que me volvió a sujetar cuando estábamos solos le supliqué que me soltara, pero no de la cintura, sino de su vida, que ya no podía más, que Carlos se lo venía oliendo. Llevaba el estómago hecho un nudo y el abismo se me abría cada vez más. Yo ya no podía soportarlo, yo ya no podía ni respirar y aquella mirada horrible de Carlos la tenía clavada delante de mis ojos, como si la hubiera fotografiado y me la hubiese pegado en la frente. En mi memoria a veces Carlos se distorsiona, pero solo sé que las cosas entre nosotros cambiaron nada más casarnos, y no lo culpo, porque fue culpa mía. Pero aquel día fue la primera vez que le tuve miedo. Se había acabado la fiesta del barrio y aquella noche los cuatro nos sentamos a la mesa callados. Nuria y su madre miraban a Carlos y yo después entendí que sabían, y que probablemente sabían porque Nuria les había contado. Pero yo hacía mucho tiempo que ya no le confiaba nada a ella. Hacía mucho que ya no era lo que había sido, porque en el fondo creo que siempre me tuvo envidia y pensaba que sin Carlos me hubiera muerto de hambre, y que ni con lo que ganaba ni con la cartilla de racionamiento hubiera podido llenar el estómago de mi tía y el mío. Y aquella vez me lo dijo. «Eres una desagradecida, María, estás jugando con fuego». Y no sabía por qué me lo decía, porque jamás volví a hablarle de Albert, ni de lo que había sucedido aquel verano. Pero era como si lo supiera, como si ella también hubiese comprendido que algún día iba a pasar. Y aquella noche, cuando Carlos cerró la puerta de nuestra habitación, el cuadro del Sagrado Corazón tembló con el golpe. Yo ya imaginaba que algo pasaba, pero intenté disimular y me fui detrás del biombo para quitarme la ropa. Hice lo posible por concentrarme en las manchas de humedad de la pared. A veces, cuando estaba nerviosa, me fijaba en algo igual que el que se agarra a un salvavidas, y comencé a recorrer aquel territorio oscuro y reverdecido que trepaba hasta ganar el techo. Pero ni eso me salvó. Carlos le dio una patada al biombo y yo me quedé medio desnuda

delante de él. Recuerdo aquella mirada impúdica y de piedra. Mi vida se encogió, pero yo le di la espalda y manoteé el camisón que había caído al suelo. Pero cuando me sujetó del brazo se me volvió a caer.

—Hay dos tipos de mujeres —me dijo él—. Las decentes y las del Raval, ¿me entiendes? —Yo asentí con temor. Era un sol negro deslumbrándome los ojos—. ¿Qué te traes con tu señorito?

—Pero ¿qué dices, Carlos?

Entonces sucedió por primera vez. Fue tan inesperado como una enfermedad. De pronto descubres que está ahí y que puede cambiar tu vida o simplemente acabar con ella. Su mano se movió con la rapidez de un látigo y chascó en mi cara. Me fui al suelo y me di con la cabeza en la pared, pero a mí me volvió a dar tiempo para buscar el camisón y cubrirme otra vez. Y si hubiese podido taparme toda, lo hubiese hecho, y si hubiese podido desaparecer, también. Las lágrimas me resbalaron como si algo se hubiera roto por dentro.

—¿Crees que soy imbécil? —me gritó.

Su rostro sudaba odio. Estaba tan enrojecido que apenas podía reconocerlo.

—No sé de qué me hablas, Carlos.

Y volvió a levantarme el brazo furioso, pero yo me cubrí la cara y fue como si el golpe se esfumara.

—Te vieron todos, María, y yo también.

Tragué saliva y dejé que el miedo se atascara en mi garganta, estrangulándome.

—¿Y qué vieron? —me atreví a replicar.

—Que ese hombre te seguía, María. Eso.

—El señorito Albert estaba bebido. En cuanto lo vi intenté que no armara un número y le pedí que se volviera a Barcelona. Pero yo no hice nada. Nada.

—¿Y por qué vino?

—Porque él es así y no le importa que piensen mal de una. Los que ganaron la guerra es lo que tienen, que creen que todo les pertenece.

Sentí la acidez de la mentira quemando mi boca, pero el desprecio de Carlos comenzó a diluirse lentamente, del mismo modo que cesa una tormenta.

—¿Acaso te molestó?

—Yo no dejé que me molestase, y no lo hizo. Se fue tan rápido como vino. Y ya está.

Dio un paso hacia atrás y agitó turbado la cabeza.

—Ese hombre te viene buscando desde hace mucho, María, que yo lo sé, ¿sabes? Ese hombre quiere arruinarte la vida, pero yo no lo voy a permitir. —Y se dio un puñetazo en la palma de su mano izquierda abierta—. Ya no irás más.

Yo no me movía. Me había acomodado en mi dolor, pero le

contesté.

—Lo necesitamos. No puedo dejarlo.

—Ese hombre no puede jugar contigo.

—Él casi no está nunca y, aunque estuviera, para mí es como si no existiera, Carlos. No puedo dejarlo. Me tratan bien y nos hace falta. Olvídate de él.

Se sentó en la cama y dejó que su cabeza se hundiera entre sus manos. Estaba vencido y avergonzado, pero ni siquiera me ayudó a levantarme. Simplemente se apagó como un gran transistor. Su cabeza se asemejaba a aquellos circuitos que se escondían por dentro: válvulas con filamentos de un rojo incandescente que olían a quemado. Aquella noche nos fuimos a dormir en silencio, pero a mí me costó cerrar los ojos. Tenía miedo de nombrarlo en un sueño y me pesaba aquella mentira. Recuerdo muy bien aquellas horas. Parecía que me hubiese casado con otro hombre y que nunca lo hubiese conocido de verdad. Aquel gusanillo fue fermentando mi desvelo y aquella noche se fue gestando lo que acabó por suceder, sin yo pretenderlo. En aquel momento se trató solo de un leve cosquilleo de temor y rebeldía, pero con las semanas fue creciendo más y más, hasta que en mi vida se fue cuajando aquella idea, como si bajo mi pecho se espesara todo, hasta que ya no pude respirar. Y sucedió lo inesperado. Dios nos envía las cosas así, para que nos topemos con ellas de frente y sepamos que no estamos solos, aunque en aquel momento no lo entendiese. Pero para comprenderlo hay que tomar distancia y verlas de lejos para apreciarlas enteras. Y nada más pasar, tuve la sensación de que me estrellaba contra un muro. Andábamos por mediados de octubre de 1947 y hacía un par de días que no íbamos a ver a mi tía Carmen. Yo porque llegaba tarde y cansada y Carlos no sé yo muy bien por qué, solo sé que él ya no era el mismo, y Nuria y su madre tampoco, porque les costaba disimular cuando estaban conmigo. Pero aquel sábado me pasé a verla y, cuando llamé a la puerta, no me abrió. Golpeé la puerta varias veces y los vecinos me preguntaron que qué pasaba y yo que nada, que mi tía no abría, y ellos me dijeron que hacía unos días que no la veían. Me fui a casa de Carlos a buscar unas llaves y en mi cabeza el temor comenzó a dar tumbos de un lado a otro, como una bola negra rebotando en un tonel. Cuando entré grité: «Tía, tía», y me acordé de mi madre, de lo que ella la quería y todo lo que había hecho por mí durante aquellos años. La encontré en el baño, estaba tumbada boca abajo junto a la bañera de hierro que había colocado mi tío antes de irse a la guerra. Estaba llena hasta la mitad, rebosando ropa blanca y, al lado, un barreño de zinc con prendas de color. Por un momento casi la pude ver arrodillada, restregando la colada sobre la tabla de madera y con una pastilla de jabón que había desaparecido. Cuando la abracé estaba rígida y fría y, como no me

había pasado cuando era una niña, de pronto sentí que me había quedado desamparada en el mundo. Y recuerdo que fue la primera vez que se me ocurrió, mientras el dolor me dejaba sin respiración. Fue cuando por fin comencé a caer a mi abismo y con ganas de gritar sin temor a nada. Y aquella idea emergió de mi interior sin siquiera haberla meditado demasiado y supe que debía cambiar de vida y alejarme de allí. Y no tuve miedo.

26

Buenos Aires, febrero de 1977

Detrás había un jardín hermoso. Había un sendero de piedritas blancas, bordeado de macetas con glicinias violetas que conducían hacia una fuente redonda que a veces vertía agua desde la boca de dos peces. Más allá, se alzaba un bosquecillo de cedros, eucaliptos y araucarias y, antes de adentrarse en él, dos hamacas y un tobogán que Jorge mismo se había encargado de colocar. Y a la derecha, casi escondido, un galpón con las ventanas enrejadas también. Jorge le pidió que lo siguiera y ella caminó detrás de él muda. Iban hacia los árboles. Caminaba serio, muy serio. Y cuando llegaron a una tranquera que surgía a la izquierda, se detuvieron bajo un cedro. Alrededor solo había soledad y un campo dorado que parecía un mar.

—Quiero que me digas la verdad.

Ella tenía miedo. En el centro de detenciones había pensado muchas veces en que iba a morir, y en aquel momento también. El coronel estaba frente a ella. El polo blanco se ajustaba en sus brazos fibrosos y delgados, y llevaba la pistola en una cartuchera enganchada al cinturón. Isabel la miraba y pensaba. Pensaba y aceptaba. Aceptaba y ya estaba muerta.

—Ya te dije. Te juro que ya te dije.

—¿Dónde está tu marido? —Y ella volvió a negar con la cabeza—. Creés que esto es un juego, ¿verdad?

Isabel respiró nerviosa, temblando.

—¿Para qué me sacaste, Jorge? ¿Para qué? ¿Para decirme que sos vos el que me va a matar? —Y esta vez fue él quien calló—. Norberto se fue —le dijo llorando—. Sabía que lo buscaban. Ya te lo dije.

—¿Y vos te quedaste?

—Sí, me quedé.

—¿Y por qué nos dieron tu nombre?

—Se equivocaron. Fue solo porque estaba con él. Por eso.

—Nosotros no nos equivocamos, Isabel.

—Conmigo sí.

Algunos oficiales habían recibido formación en Fort Gulick, sede de la

Escuela de las Américas, bastión educativo del Pentágono en el Comando Sur, instalado en Panamá. Pero él no. Al coronel Azcona se lo habían explicado, y él se lo había explicado a otros. Los subversivos siempre actuaban igual. Estaban preparados para engañar y trampear, pero si se los apretaba lo soltaban todo. Era la única manera, aunque el pueblo no lo fuese a entender. Estaban haciendo patria. Estaban haciendo su patria.

—Se acabó. —El coronel sacó el revólver y en un par de pasos se abalanzó sobre ella. El brillo negro del arma la hipnotizó y apenas intentó moverse—. Te podría haber dejado ahí, pero me acordé de vos. Me acordé de muchas cosas, Isabel. —Ella sintió la dureza del cañón en su sien y cerró los ojos. La boca le temblaba—. La gente como ustedes no puede entender nada.

—Dispará bien, por favor. No me hagás sufrir.

El llanto solo era un gemido, como si el sufrimiento se descomprimiera.

—Nunca me olvidé de vos, ¿sabés? Fui a buscarte y pregunté. Pero te habías ido.

—No me fui —balbuceó—. Me llevaron.

—Daba vueltas con el coche por Ramos Mejía como un pelotudo, ¿sabés? Cuando me acuerdo me parece mentira que fuera yo.

—Yo no sabía…

—¡Y ahora qué más da! Todo aquello fue una boludés, pero yo nunca te hubiera lastimado, ¿me entendés?

Y ella asintió nerviosa.

—Ellos me llevaron —susurró.

—Ya lo sé.

—No me mates, Jorge —le suplicó—. No podés.

—No soy yo, Isabel —le dijo él con un temblor en la voz—. No soy yo. Sos vos.

Pero en aquel momento aflojó el brazo que tenía rodeando su cuello y la liberó. Después sostuvo la pistola apuntando a tierra y se la tiró a los pies.

—Tomá.

Isabel se quedó mirando el arma inmóvil y Jorge Azcona comenzó a caminar hacia atrás, de espaldas.

—Dale, agarrala —le insistió—. Agarrala y andate.

Y con un movimiento rápido, Isabel cazó el revólver, se lo acomodó entre las manos y le apuntó temblando.

—No vas a tener valor —le dijo él.

Pero Isabel mantuvo el pulso y lo miró con determinación. Y siguió apuntando.

—No sé si hay un Dios que pueda perdonar lo que estás haciendo, hijo de puta.

Y el coronel la observó vencido, como si desease morir de verdad.

—Te quería, ¿sabés, Isabel? —le dijo con determinación.

—¡Callate!

—Vos eras muy pendeja, pero yo me hubiese ido a la luna por vos.

—No te quiero oír, Jorge.

—Vos no me querés oír y yo quiero escucharte. De eso se trata, ¿entendés?

—Me cagaste la vida ahí adentro. Me la cagaron todos.

—Y vos, nada. Vos, nada, Isabel. Toda la culpa es nuestra. Toda la culpa es mía. Mejor que dispares bien. Fijate dónde.

El brazo de la muchacha se mantuvo extendido durante varios segundos. Lo miraba chispeando lágrimas y con su boca temblando nerviosa. Tenía el arma a la altura de la cabeza y la sostuvo así mientras él la miraba con sus brazos pegados al cuerpo, esperando el disparo. Hasta que ella cedió, sus brazos se doblaron y tiró el revólver al suelo.

—No puedo.

Y se arrodilló sobre una alfombra de hojitas cubriéndose el rostro con las manos.

27

Barcelona, mayo de 2010

—¿Y dice que ese libro habla de María? —le preguntó Nuria. Marisa miró el ejemplar entre sus manos y luego a la anciana—. ¿Y por qué?

—Todavía no lo sé muy bien. ¿Usted se acuerda de ella?

La mujer meditó quedamente durante un momento y luego sonrió dolorosamente.

—Fuimos muy amigas. ¡Mi amiga de la infancia! Nunca tuve otra amiga igual. Pero desapareció.

—¿Qué le sucedió, señora Ballet?

—Nunca me gustó hablar de aquello, ¿sabe? Mi hermano hasta me prohibió nombrarla delante de él. Después fue muriendo sola, como si no hubiese existido. Pero yo nunca la olvidé. Nunca. Pasara lo que pasara entre ella y él.

—Su sobrina me dijo algo de eso.

—¡Un libro sobre María! ¡Válgame Dios! ¡Sobre María! ¿Y qué dice ese libro de ella?

—Si le digo la verdad, señora Ballet, apenas tuve tiempo de leerlo. Pero, de momento, no pude encontrar nada que apunte a dónde está. Quiero decir, qué fue de ella.

—Pues cuando lo acabe, venga a verme. Yo tampoco sé qué le sucedió.

—En realidad, estoy tan interesada en María como en Girbés, Albert Girbés. ¿Qué sabe de él? Me gustaría poder contactarlo.

—¿Y cree que yo sé dónde puede encontrarlo?

El rostro de la anciana le pareció sorprendido.

—¿Usted no lo ha vuelto a ver desde aquellos años?

La anciana movió la cabeza y se quedó observando el mar en la lejanía. Estuvo un tiempo así, ausente, divisando a través del cristal de su pasado. Marisa no le dijo nada. Solo esperó.

—María no desapareció porque sí, ¿sabe? Fue por ese hombre. Ella era muy joven y aquel muchacho le llenó la cabeza de sueños y mentiras, incluso después de que se casara con mi hermano. Pero la muy boba no se daba cuenta de que él solo quería metérsela en la cama. Al fin y al cabo, ella era una muerta de hambre y, cuando enfermó su tía, si no llega a ser por mi hermano hubiera pasado hasta necesidad. Pero ella que no y que no, y le cogió la perra con ese hombre que solo Dios sabe qué habrá hecho de ella.

—Me habla de Girbés, ¿verdad?

—Pues claro, mujer. ¿De quién si no?

—¿Acaso se fue con él?

—Nunca hablé de esto con nadie. Bueno, con mi madre sí, pero nada más. Hablamos entonces, pero después ya no. Pero con mi hermano, ¡nunca! Figúrese lo que fue para él. Vale que se casó con la Rita y tuvo a la Manuela y al Juan, pero él nunca se olvidó de ella. Jamás me dijo nada, pero yo se lo notaba siempre, porque después nunca lo vi feliz. ¡Y no se crea que no adoraba a su mujer! No, no. De ninguna manera. Su Rita era sagrada, pero desde que desapareció la María, pues eso, Carlos fue otro, un amargado. Era como si no hubiese podido superar ese desprecio, ¿sabe?

—Y usted cree que se fue con él, ¿no es así?

—Ya le digo que no hablé de esto con nadie. Ni mis hijos lo saben. La María es como un fantasma, y a veces parece como si no hubiera existido. Pero ahora veo las cosas diferentes. Ahora ya me da igual hablar que callar. Cualquier día me voy y ya está. ¿Qué me va importar todo aquello? La María tendría sus razones, no se lo niego. Mi hermano cuando se ponía, ¡se ponía!, pero lo que le hizo no tiene nombre. Y más en aquella época que la gente hablaba y hablaba.

—¿A qué se refiere?

—Cosas, da igual.

—Entiendo, señora Ballet. —A Marisa le costaba traspasar aquella telaraña, aquel enredo de vidas que no le decían nada. Ni siquiera ella entendía lo que quería saber, pero aun así siguió insistiendo—. Pero usted qué piensa, ¿se fue con Girbés o no?

—¿La María? —casi fue una exclamación—. No lo dude. Ese hombre se la llevó y después la hizo desaparecer. ¡Dios sabe qué habrá sido de ella! La habrá mantenido un tiempo y después se la habrá sacado de encima. Eso está claro. Si no supimos nada más de ella fue porque sabía que no podía volver. No después de todo lo que pasó. Incluso, piense lo que le digo, más de una vez llegué a pensar que murió, porque fue como si se la hubiese tragado la tierra.

—¿Y de Albert Girbés no sabe nada?

—Nada.

—Entiendo, señora Ballet.

La anciana hablaba con lentitud, pero sus palabras parecían emerger de muy adentro, como si arrancara matojos de vida y saliesen hasta la raíz. Marisa no percibió odio, pero aquella confesión estaba preñada de despecho. Quizás había esperado demasiados años para desahogarse.

—Al principio, cuando la María desapareció —continuó después de una larga pausa—, mi hermano Carlos se fue a la casa de los Girbés y les montó una de cuidado, y yo me enteré por él. Es más, creo que llegaron hasta las manos. Pero él se hizo como si no supiera nada y lo

amenazó con llamar a la policía. Girbés le dijo que, si tenía alguna prueba de algo, que lo denunciara y, si no, que se largara de allá, del piso del Carrer de València, donde había trabajado la María y mi hermano había ido a montar la bronca. Carlos estaba furioso y recuerdo que durante aquellos meses no perdió la esperanza de que ella apareciera, pero fue como si se la hubiera tragado la tierra. Si le digo la verdad, yo no sé si mi hermano lo volvió a ver, pero yo nunca más. Ni hice nada para encontrarlo tampoco, ¿sabe? Ya le dije que decidimos pasar página, como si hubiesen muerto. A decir verdad, no teníamos pruebas de nada y sí un dolor enorme, sobre todo mi madre. Ella se llevó una gran decepción, especialmente por la niña. Bueno, y yo también, claro. La queríamos todos.

—¿De qué niña habla, señora Ballet?

La anciana llenó sus pequeños pulmones inspirando aire por la boca.

—De su hija. De la hija de María y ese donjuán. Ella creía que éramos estúpidas, pero había que sumar dos más dos para saber que la había dejado preñada.

Marisa pestañeó como si su mente entrara en cortocircuito. El velo oscuro que obstruía su cabeza parecía comenzar a deslumbrar. Pero no podía ver. Todavía no.

—Era una niña hermosa, ¿sabe? —continuó Nuria—. Esa criaturita no tenía la culpa de nada y solo Dios sabe qué habrá sido de ella.

Marisa ya solo pestañeaba y, en aquel momento, fue ella la que oteó el mar a través de las montañas. Su pasado la estaba buscando y Yuri había venido a decírselo.

—Ojalá pudiera leerme ese libro, ¿sabe? —le comentó la anciana —. Solo Dios sabe quién puede ir escribiendo de aquellas cosas.

28

Barcelona, 1947

Aquel día ya me encontraba mal, pero pensaba que era por lo de mi tía. Me costaba creer que la hubiera encontrado un día después de su muerte, y pensé que hubiera podido hacer algo más por ella. Pero el doctor Girbés me dijo que no, que aquello había sido un síncope y que por eso se había caído redonda. Cuando la encontré tenía la boca abierta y negra, y en el cajón le até la cabeza con un pañuelo azul marengo para que la mantuviese cerrada. Todo el barrio se pasó por su casa y le iban dejando dedicatorias en una mesita que yo puse junto a uno de los cuatro velones que rodeaban el féretro. Me pasé días releyendo aquellos papelitos llenos de recuerdos que se iban con ella. Asunción, la madre de Carlos, me ayudó a coser el vestido oscuro que mi tía había usado durante un par de años después de la muerte de mi tío y de mi madre. Entonces yo también lo llevé mucho tiempo, solo cuando no estaba en el piso del Carrer de València, donde me vestía con un uniforme azul y blanco. Y lo prefería. Cuando me miraba al espejo vestida de negro era como observar una fotografía de mi vida y tardé pocos meses en desprenderme de él, hasta que comenzó a redondeárseme el vientre. A fin de cuentas, yo ya había hecho todo lo que podía por mi tía Carmen y el barrio la acompañó al cementerio rezando responsos. Lo único que lamentaba era no haber estado ahí, junto a aquella bañera, para ayudarla a morir, pero a su lado, como ella había estado conmigo cuando mi madre se fue. Era aquello lo que me tenía mal y me acuerdo muy bien de aquella tarde. A veces el pasado erupciona entre olores en mi cabeza y, como si nunca hubieran dejado de suceder, me asomo a él con la absurda determinación de intentar cambiarlo. Aquel día llevábamos horas planchando. Creo que entre limpiar, coser, la colada y planchar, aquello era lo que menos me gustaba. Celia me había estado hablando del Tibidabo. El domingo había ido en tranvía con una amiga que se había echado en el edificio de al lado. Parecía una niña contando cómo se veía el mar azulado y, del otro lado, la montaña. Desde ahí, Barcelona le pareció un atasco de azoteas picoteadas por campanarios que se asomaban como antenas. Merendaron chocolate recién hecho con bizcochos y azucarillo. Se gastaron en el café Tibidabo los céntimos que no tenían, pero solo de escucharla entendí que les había valido la pena. De hecho, la vida era eso, solo eso: pequeños momentos para recordar y

contar, más allá de nuestra pequeña y gris existencia que se nos escapaba entre la miseria. Y hoy todavía después de tanto tiempo lo recuerdo como si Celia me lo hubiera estado contando ahora mismo, mientras íbamos y veníamos a la cocina para calentar la plancha de hierro fundido. A mí no me gustaba. Nunca me había gustado, pero Celia parecía disfrutar con la tabla doble, repasando las mangas de las camisas y de los pantalones. Y es que ella era habilidosa para eso, incluso para el almidonado y el encañonado. Era difícil encontrar el punto exacto, pero ella conseguía que los cuellos y los puños no tuviesen la rigidez de una tabla, y encañonaba en la esquina de una mesa con unas tenacillas que servían para rizar, pero para rizar sin quemar, que era lo más difícil, y a Celia le salía que ni bordado. Y me acuerdo de aquel momento como si fuera hoy, porque fue la primera vez que Argentina me cayó ahí delante, entre la ropa doblada, como si pudiera verla por primera vez.

Celia me había hablado muchas veces de viajar a Sudamérica y de que la enfermedad de su madre la ataba a la pobreza. Apenas sabía si la mujer acabaría volviendo a Cáceres o al cementerio de Plasencia, y por eso no hacía planes, pero me había repetido mil veces lo de su tío, y que ella embarcaría en cuanto pudiese, porque no podía abandonar a su madre. Celia creía que en Argentina acabaría teniendo alguna oportunidad. El hermano de su madre también se había ido solo poco antes de que estallara la guerra y se había instalado en unas tierras a trescientos kilómetros de Buenos Aires, en Rosario. Y cuando se enteró de que habían encarcelado a su hermano en Salamanca, el tío de Celia les ofreció una carta de llamada para que pudieran entrar al país en cuanto lo soltasen. Pero después vino la enfermedad de la madre y la pobre venga a darle vueltas y venga a repetirlo, y yo como si oyera llover, como si no fuera conmigo, hasta que aquel día, en el cuarto de la plancha, Celia me miró y me preguntó que qué me pasaba, que me encontraba mal, que ya no era la misma que ella había conocido cuando llegó a casa de los Girbés. Yo le dije que era por lo de mi tía, que con ella se me había ido una parte de mi vida, pero Celia no solo era muy buena, sino que tenía un buen olfato para las cosas.

—A ti te pasa algo más, María —insistió.

—Que no te preocupes, mujer. ¿Qué me va a pasar si no?

—No sé… Se te ha ido la luz.

—Se me ha ido mi tía. Es eso. De verdad.

—No es eso.

—¿Y qué si no? —le pregunté yo.

—Dímelo tú. Yo tengo ojos, pero dímelo tú.

De pronto me detuve y dejé de doblar. Me quedé paralizada y la miré espantada. Pero ella se me acercó y me acarició las manos.

—Que no te preocupes, María, que yo soy una tumba.

—Una tumba de qué —le pregunté.

Y ella me miró muy profundamente.

—De nada —me dijo—. Déjalo, María. Olvídalo.

—No puedo. Ahora, dímelo.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Lo que sabes.

—Yo sé bien poco, María. Solo sé que te veo mal y no sé si es por el señor Albert, el hijo, digo.

Agrandé los ojos como si se me desorbitaran.

—¿Qué sabes? —le pregunté, bajando la voz y moviendo la cabeza alrededor como un faro.

—¡Qué voy a saber, María! Pues nada. No sé nada. Solo que te veo mal y que lo veo a él que en cuanto puede te busca, que es difícil no fijarse, mi niña, y que ya no puedes más, que lo veo en tus ojos.

Y yo negué con la cabeza y le dije que no, que no era lo que pensaba, pero ya te dije que en aquellos días ya no me encontraba bien y, de pronto, me derrumbé y me puse a llorar como una chiquilla. Entonces le conté lo de Carlos y lo de la fiesta de Poblenou, pero no pude decirle nada de agosto, ni de lo que lo quería, ni de todo lo que había sucedido en la habitación de al lado. No, aquello no podía confesárselo. Ni a ella, ni a nadie. Era como si hubiese perdido la cabeza, ¿me entiendes? Nadie lo hubiese entendido, pero aquella tarde lloré porque ya sabía que mi vida junto a Carlos Villader sería un infierno, porque un hombre que quería a una mujer no podía tratarla como él me había tratado. Y fue cuando se le ocurrió y me dijo lo de viajar a Argentina y lo de la carta de llamada, que su tío seguro se la preparaba si ella se lo pedía, porque Celia no podía embarcar hacia Buenos Aires, ella todavía no, pero yo sí.

—Tú sí, María.

Y yo sentí que aquel abismo lo llenaba todo y en mi corazón tembló aquella locura.

—Nadie lo sabrá. Ni él tampoco. Ninguno de los dos —insistió Celia.

—¿Acaso crees que podría irme sin mi marido? ¿Es que crees que he perdido el juicio?

—¿Y por qué no? —me preguntó susurrando.

—Porque no está bien, porque nadie entendería.

—Aquello es otro mundo, niña. ¡Otro mundo! Y tu mayor problema será reunir el dinero. Pero en eso no te puedo ayudar yo. En eso, no.

—¡Carlos me mataría!

—Él nunca lo sabrá. Solo tú y yo.

—Me da miedo solo de pensarlo.

—Pues hay que ser echada para delante, María. A veces parecemos tontas y, al final, te quedas ahí, como mi madre, muriéndose sola.

Yo me la quedé mirando como si hubiera abierto una ventana y me hubiera pedido que saltara.

—Es una locura, Celia.

—Probemos. Ya después decides.

Nos abrazamos como si selláramos un pacto y doña Esther entró y nos preguntó qué nos pasaba, que era hora de que fuésemos acabando y que dejáramos la cháchara. Yo le dije que me perdonara, que era culpa mía, que lo de mi tía me tenía mal y que ya casi habíamos terminado, que no se preocupara. Y aquel día, cuando me fui para Poblenou, sentí que mi tristeza era más ligera. Entonces ya intentaba pensar menos en Albert y le había dicho mil veces que me dejara, que se alejara de mí y se casara con la señorita Inmaculada. Yo no podía vivir queriéndolo a escondidas y aquello no podría cambiar, porque a él se le calentaba la boca de intenciones, pero luego no pasaba nada, y para mí sería la peor parte. Pero, aun así, yo no podía dejar de soñar y, aquella noche, mientras Carlos roncaba como el ronroneo de un león, me quedé mirando la lámpara de hierro forjado del mismo modo que se observa un péndulo, y me dio por pensar que si Albert se enteraba, quizás, quién sabía, existiese alguna oportunidad para nosotros. Fue igual que cuando de niña ansiaba en la penumbra la llegada de los Reyes Magos e, iluminada por una esperanza nueva, fantaseé con que podría llevarme con él a Argentina, donde nuestro pasado se borraría y el tiempo lo cicatrizaría todo. Mis ojos se fijaron en las sombras como si estuviesen llenas de luz, hasta que volví a sentir las arcadas. Llevaba cuatro días así. Me venían sin más y yo corría hacia la letrina con la boca hinchada. Aquella noche también. Apenas tuve tiempo de llegar y doblarme en la letrina para vaciarlo todo, y pensé que, en el fondo, era aquella vida la que me estaba sentando mal, que nunca me debería haber casado, aunque siempre creí que no tuve elección. Y en ese instante, la puerta del cuartito se abrió y Asunción me preguntó si estaba bien, apoyando su mano sobre mi espalda.

—No es nada —le dije.

—Lo sé.

—Desde lo de mi tía ando con todo revuelto.

—Son muchas cosas, hija. ¡Muchas!

Y suspiró para luego vaciarse como un globo. Yo me incorporé y me limpié la boca con un trocito de papel.

—María… —me dijo mirándome a los ojos.

—Ya estoy mejor.

—Que no es eso, hija.

—¿Que no es qué? —le pregunté desorientada.

—¿Es que no lo entiendes?

—No lo sé —le contesté temerosa—. Creo que no.

—¡María! ¡María! —exclamó—. Hay que ver qué tonta que eres. ¿Es que no lo ves?

—No estoy enferma, Asunción. De verdad.

—Si ya lo sé. No es eso, mujer. Es un niño, un niño. Que estás preñada, María, que es eso. Estoy segura.

29

Buenos Aires, febrero de 1977

Isabel no sabía nada de aquella mujer que había temblado entre los brazos de Albert, la que un día acarició su vientre con los ojos cerrados intentando imaginar qué sería de aquel ser que llevaba dentro. Entonces María no podría imaginar a aquella muchacha secuestrada por el mismo hombre que años atrás la habría amado bailando en una playa del sur, el mismo que la sentó delante de él una mañana de verano y la vio a ella, a Isabel, como era entonces: una carita que parecía una promesa, sus pómulos como manzanas blancas y sus ojos canela. Jorge Azcona hubiese mordido sus labios resecos hasta humedecerlos con su recuerdo, pero ya nunca podría evitarle aquel hematoma en la mejilla derecha.

Nada de aquello podría haber imaginado María. Ni Isabel tampoco.

El coronel encendió el ventilador Yelmo y lo orientó para que la refrescara. El cabello le ondeaba desordenado y a veces le llevaba algunos mechones castaños a la cara. No quería imaginar lo que le habían hecho. Jorge procuraba evitar esas cosas. A él le costaba despellejar el sufrimiento, aunque fuese merecido. Pero era su deber. Era el mandato agónico de una Argentina desangrándose y hubiera deseado mil veces rehuir de él. Sin embargo, no podía. Para eso había tenido aquel expediente modélico, para no amedrentarse, para afrontar con valor el destino y matar si tocaba matar. Pero él no. A él no le gustaba. Jorge solo supervisaba lo inevitable. Y el martilleo en su estómago no paraba.

—¿Querés?

Jorge estiró la mano y le acercó un paquete de Marlboro.

—No fumo.

—Hacés bien.

Sostuvo la cajetilla azul y blanca de la ranchera y frotó un fósforo sobre el rectángulo del papel de lija. Encendió el cigarrillo, se lo llevó a la boca y después soltó el humo hacia arriba.

—Me voy a tener que ir, Isabel.

Ella calló y él dio una calada profunda. Después exhaló el humo, sereno.

—Hacé como quieras —se atrevió a contestarle.

—Necesito que te quedes acá, ¿me entendés? —Ella asintió—. Necesito pensar.

—¿En qué?

—En cómo ayudarte.

—Vos soltame y ya está. Yo me voy a olvidar de todo, te lo juro.

Jorge sonrió.

—No jures tanto. Vos estás muerta, ¿me entendés? —E Isabel calló —. Te traje para intentar ayudarte.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

—Necesito pensar. Y que vos te portés bien.

Susana estaría en el barrio de Caballito. La noche anterior la había llamado antes de que Isabel se despertara. Le había dicho que tenía que quedarse. Ella sabía que muchas operaciones se cerraban por la noche, ya había pasado otras veces. Su padre era almirante de la Armada y le había advertido que Jorge servía a la patria. Todos servían a la patria de una u otra manera, y Susana no preguntaba. Cuidaba de los dos nenes y Jorge aspiraba al rango de general. Era cuestión de tiempo, pero primero había que trabajar, a cualquier hora. Y a Susana no le importaba.

—Te tengo que volver a esposar a la cama, pero te voy a dejar agua y un balde por si necesitás.

Y ella recordó El Campito, cuando tenía que limpiar lo que ensuciaba.

—¿Vas a tardar?

—No sé. Pero no tenés que hacer tonterías. Es por tu bien. ¿Me vas a hacer caso?

Y ella asintió con la cabeza.

—Tenés que estar tranquila. Te voy a dejar una radio.

Y en ese instante se acordó de aquellas tardes en la playa.

Vivían cerca del parque Rivadavia. Era una casa moderna, con ladrillo a la vista, alargados ventanales al centro y una parte de la fachada en madera. A veces le venían a hacer fotos. La vivienda era una sucesión de ambientes amplios y despejados, jardín de invierno y uno al fondo con un arce de tonos anaranjados y rojizos, un par de magnolias y un macetero con flores que parecía una fuente. Desde el ventanal del comedor se divisaba aquel oasis dominado por una piscina, a la que se accedía por un caminito de piedras. Susana estaría allí con los nenes,

esperando a que Jorge llegara en cualquier momento. Él tenía una vida. Una buena vida. Pero no la que él había imaginado, esa que nada tenía que ver con aquella guerra.

—Vení, acostate. Por favor —insistió—. Dame la mano. Te voy a sujetar con las esposas, como anoche. —Ella se sentó sobre la cama y le extendió la muñeca izquierda—. Yo te quería, ¿sabés? —Y ella no le contestó al instante. Ya se lo había dicho y casi no le importaba—. Yo no elegí que pasara esto —continuó acabando de sujetarla—. Ojalá no tuviera que lastimarte.

—¿Y por qué me hacés esto? —le preguntó después.

—Porque me tengo que ir.

Se lo quedó mirando. Su cara estaba muy cerca de la suya.

—Te lo suplico.

Su voz tenía un nudo de emoción. Parecía como la de entonces. Pero se tuvo que aguantar.

—Dejame ir, por favor —insistió.

—Vos no podés volver. Vos ya no estás.

—Nadie va a saberlo.

—Nosotros lo sabemos todo, y no vas a estar callada. ¿Creés que es tan fácil?

—¡Me voy a callar! ¡Te lo juro! —Y él negó con la cabeza—. ¡Cómo podés hacerme esto! —Y sus ojos se humedecieron.

—Mejor tranquilizate. No lo compliques más.

Jorge la miraba y soñaba, como si todavía tuviese veinte años. Al principio la había buscado, pero después la había soñado. La vida siguió y vino Susana. Pero ella no era como Isabel. Ella no era hermosa. Sabía arreglarse, pero no era lo mismo. Su madre se la había presentado en una fiesta que habían organizado en Mercedes, y ya no estaba seguro de si había venido a su vida o se la habían traído. Solo estaba convencido de que con Susana también tenía un deber. Primero la patria y después Susana y la familia. De eso iba lo suyo.

El coronel se asomó por la ventana y vio el Ford Falcon verde estacionado a la puerta. Después volvió a la habitación.

—¿Estás bien? —Pero ella no contestó. Se había acostado boca arriba, con el ventilador encendido —. Lo tenés cerca por si lo querés apagar, pero con la ventana cerrada es mejor así. —Ella cerró los ojos —. Tranquilizate. Haceme caso.

Aquel terreno era de su padre, pero a Susana no le gustaba. A ella le molestaba la polvareda del campo y prefería la playa. Sin embargo, todos los meses venían a pasar un par de días al menos. Jorge le había prometido que irían a Mar del Plata antes de que se terminara el verano, aunque fuera un fin de semana. Pero a él se le complicaba todo y sabía que Susana lo iba a entender.

Cerró la casa y caminó hasta el coche. Al verlo, el chófer salió del Falcon y le abrió la puerta de atrás.

—Llevame volando a mi casa, Carlos.

—¿Qué hizo con ella, coronel?

—Ya la enterré.

—Si hubiera sabido, lo habría ayudado anoche.

—No me hizo falta. ¿Por qué preguntás?

—Por eso. Porque se habrá ensuciado todo.

—Me las arreglé.

—Debería haberla dejado con los otros, coronel.

—No te metas, Carlos, y cerrá la boca.

—Sí, mi coronel.

—No quiero que se lo digas a nadie.

—No, mi coronel.

—No podemos enterrarlos a todos y por eso los tiramos al río. Pero a ella sí podía. Por eso lo hice.

—¿La conocía?

—Sí. Por eso me la traje.

—No se preocupe, coronel. Ni una palabra.

—Bueno. Andá al coche y esperame ahí. Me vas a llevar a Buenos Aires.

—Sí, mi coronel.

—Andá. Voy a cerrarlo todo.

El chófer salió y Jorge cerró la puerta.

Le diría que tenía que ir a Córdoba, que era una emergencia, y Susana lo entendería. Quizás su hermana podría ir a pasar unos días con ella, mientras Jorge solucionaba su asunto. Improvisar no era bueno. Siempre se lo decía a sus cadetes. Un militar debía seguir las reglas y ejecutarlas. «Improvisar no da seguridad. Improvisar no salva vidas, ¿de acuerdo, cadetes?». «Sí, señor», respondían al unísono. Pero él no. Él a improvisar. Era una estupidez tras otra. Y lo hacía por ella.

30

Barcelona, mayo de 2010

Se despidió de Nuria Villader cuando comenzaron a preparar las mesas para la comida y le prometió volver a visitarla. Aquel puzle que Yuri había extendido delante de su vida comenzaba a absorberla hora tras hora y un presentimiento inefable la traspasó.

Condujo inquieta desde la residencia de la tercera edad en Castelldefels hacia Barcelona. Entró en la autopista y aceleró su Volkswagen Golf a fondo, como si el asfalto fuese su vida. El difuso recuerdo de sus padres volvió a embargarla después de mucho tiempo y tuvo la sensación de que todo acababa de suceder, de que la existencia era un instante lento, de años. La vida avanzaba a la velocidad de aquel carril y, cuando quisiese darse cuenta, llegaría el peaje, lo comprendiese o no, y todo se habría acabado. Su cabeza era un torbellino de recuerdos y aquella tarde se sintió azuzada por un impulso que no quería detener.

Marisa se adentró en Barcelona y buscó el Carrer de València. No estaba convencida de lo que estaba haciendo, pero estacionó el coche en un *parking* cercano a Rambla Catalunya. En alguna de aquellas porterías debería haber vivido la familia Girbés y aquello lo había subrayado ella misma en el libro. Observó la alargada calle con sus frondosos plátanos de sombra oxigenando la ciudad y, a ambos lados, las elegantes murallas de edificios. Eran fachadas que evocaban un barrio con más de un siglo de antigüedad y le otorgaban un aspecto ilustre. Los bajos estaban salpicados de negocios y en la acera había varias motos aparcadas. Marisa comenzó a inspeccionar los portales desde la esquina con Passeig de Gràcia. Sus ojos repasaron los timbres buscando el nombre de los Girbés hasta que, cerca de la siguiente esquina, lo encontró. Apretó el botón que iluminaba las identificaciones para estar segura y lo leyó con claridad: Marc Bassol y Sara Girbés. El calor de la emoción creció hasta su pecho, pero se reprimió para tocar el timbre.

Su reloj marcaba las dos y media y pensó que no era momento de llamar. Caminó hacia el restaurante que había en aquella misma acera. Se sentó junto a la cristalera que daba a la calle y comió mientras fabulaba cómo presentarse ante aquellos desconocidos. Entre sus conjeturas, supuso que Sara sería la hermana de Albert y se negaba rotundamente a contarle la verdad a propósito de Yuri, Carlos Villader o de su hermana. Debía tramar algo más convincente y dejó

que su cabeza supurara alguna historia razonable para que le abriesen la puerta. Y mientras bebía un poleo, volvió a abrir el libro e intentó seguir leyendo, pero esta vez ya no encontró la paz suficiente para continuar.

Más tarde, cuando su reloj marcó las cuatro, Marisa caminó hacia aquella portería que María habría traspasado tantas veces. Sintió un nudo en la garganta y presionó el timbre. Tan solo unos días antes había recibido la inesperada llamada de Yuri y, desde entonces, toda su vida parecía haber entrado en un caos inexplicable.

Una voz de mujer respondió por el telefonillo.

—¿Quién es?

—Estoy buscando al señor Girbés.

—¿Se refiere al señor Albert?

—Sí, por supuesto.

—¡Oh! El señor Girbés no vive aquí.

—¿Podría hablar con su hermana, por favor?

—¿De parte de quién, señora?

Marisa hizo una pausa y después lo soltó como si lo hubiera memorizado.

—Soy la hija de un amigo del señor Girbés. Mi padre ha muerto y estoy intentando localizarlo para decírselo.

En ese momento, la puerta se abrió y Marisa subió por las escaleras hasta el primer piso. En su cabeza se proyectaron los recuerdos de María, subiendo y bajando con el corazón en un puño y soñando con el amor de aquel hombre.

Una mujer de rasgos latinoamericanos abrió la puerta de par en par y la invitó a entrar con una sonrisa. Marisa atravesó el recibidor y se adentró en un comedor decorado con exceso. Los muebles eran clásicos y brillaban lacados. Frente a los cortinajes que ocultaban el balcón, una mujer permanecía sentada sobre unos sillones color beis que resaltaban con el contraste de una alfombra persa.

Al ver a la invitada, se puso de pie con agilidad y dejó el libro que tenía entre las manos. Su aspecto era saludable, enhiesto y lleno de confianza.

—Retírate, Marcela —le ordenó a la empleada.

La mujer asintió y desapareció con un amén que realizó con su cabeza.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Hace unas semanas mi padre falleció y me pidió que me pusiera en contacto con su hermano. Al parecer, se conocían desde pequeños y hace unos pocos años restablecieron el vínculo perdido hacía mucho tiempo.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—Dudó un instante.

—Antoni Puig —le dijo intentando disimular su titubeo.

—¿Antoni Puig?

—Sí, señora. Me gustaría poder decirle personalmente todo lo que mi padre lo apreciaba. Además, él mismo me pidió que le entregara un libro.

—Por favor, siéntese, señora…

—Boix —le completó Marisa.

—Desde luego, yo no conocía a su padre.

—Ni yo a su hermano. —Y continuó con la mentira—. De todo esto me enteré poco antes de que él muriera. Él mismo me pidió que contactara con él.

—Él no vive aquí. Mi hermano tiene un apartamento en el Carrer d'Aragó. Podrá encontrarlo allí.

—Es usted muy amable.

—Estoy segura de que le recibirá con mucho gusto. Desde que se jubiló y dejó la gestoría se encuentra muy solo.

—¿Su esposa falleció?

—Hace mucho tiempo y muy joven. Con cuarenta y cinco años un cáncer acabó con ella en un mes. Para mi hermano fue traumático, el más pequeño de sus hijos todavía tenía diez años. Los otros dos ya podían entenderlo todo un poco mejor, pero fue muy duro y él tuvo que sacarlos adelante solo.

—¡Vaya! —murmuró Marisa.

—Descuide usted. Son cosas que pasan. Ahora todo aquello es un recuerdo, pero le aseguro que mi hermano sufrió mucho. Más bien, creo que siempre se sintió culpable. Nunca pudimos entender por qué.

—Los sentimientos, señora Girbés, no suelen regirse por la razón, sino más bien a veces son muy rebeldes.

—Está usted en lo cierto.

Sara Girbés se puso de pie y salió del comedor. Unos minutos después regresó con un papel.

—Aquí tiene su dirección y su número de teléfono. Le diré que usted lo está buscando.

—Nuevamente, muchísimas gracias.

—Ha sido un placer —le contestó, alargándole la mano.

Y antes de salir, Marisa echó un vistazo a toda aquella estancia. Fue como volver a donde nunca había estado y casi pudo entrever las sombras de Albert deambulando por allí, o la señora Esther organizando a las criadas. Y sintió nostalgia de aquel mundo perdido hacía mucho tiempo, como si ella fuese María y aquella vida se le hubiese escurrido entre los dedos.

31

Barcelona, 1947

Carlos supo del embarazo porque se lo dije al día siguiente de enterarme. Asunción pensó que su hijo se iba a alegrar y esperó a que se lo contara yo, pero me imaginé lo que sucedería. A Carlos le costaba mostrar sus sentimientos y, cuando se enteró, apenas enarcó las cejas. Yo estaba de pie, con las manos recogidas sobre mi regazo, frente a la cama. Se quedó un rato callado, leyendo uno de aquellos tebeos de *El Guerrero del Antifaz* que se alquilaban en el quiosco por una perra chica. A Carlos le gustaban los tebeos, una novela que se titulaba *El Coyote* y algunas del Oeste que comenzaban a ponerse de moda. Y la verdad era que yo prefería que se pusiese a leer y se olvidara de mí. En esos momentos yo no existía y ya hacía días que no quería existir para él. Pero aquella vez me dolió que ni me contestara. Yo ya no podía reconocerlo, como si aquel hombre que me había llevado al altar en Sant Martí de Provençals hubiese sido engullido por un ser desdeñoso y apático que parecía despreciarme. Nunca podré saber si Carlos llegó a saber todo lo de Albert, pero sí recuerdo que actuaba como si lo supiese, y aquello me hacía dudar y temer a la vez. Yo me quedé en silencio, sentada sobre un cobertor rojo. Estaba estampado de finas rayas negras que se alejaban como caminos solitarios y yo los miraba intentando adentrarme en ellos sin perderme. Sobre la mesita de noche había una postal de José Antonio Primo de Rivera y yo la sujeté entre las manos para observarla. A veces me resultan estúpidos algunos detalles que recuerdo, pero la pequeña inscripción de debajo de su fotografía la releí tantas veces aquella noche que al final acabé por recordarla con el tiempo. «Nuestro puesto está al aire libre bajo la noche clara, arma al brazo y en lo alto las estrellas…». Yo siempre pensaba en mi madre, y entonces también en mi tía Carmen, y me preguntaba si doña Pilar, la hermana de José Antonio, también pensaría en él como parecía hacerlo el Generalísimo y gran parte de su abnegado pueblo, incluido Carlos. En mi caso, mi madre había sido arrancada del mundo y el tal José Antonio parecía haber ansiado volar más allá de las estrellas desde mucho antes de la guerra. A mí nunca me gustaron las armas y recuerdo que no encontré ninguna dignidad en aquel cuerpo extraído de una fosa común en Alicante, tan solo la que el Servicio de Propaganda había montado en El Escorial, atravesando los campos de España que aquel revolucionario había preñado con su doctrina y con

su sangre. «Arma al brazo y en lo alto las estrellas», y yo allí, releyendo aquella frase necia, contigo en mi vientre y un vacío que me parecía infinito. Recuerdo que Carlos pareció querer tensar aquel momento hasta que el silencio lo llenó todo y, por fin, soltó el tebeo, se puso de pie y buscó el orinal donde comenzó a vaciar la vejiga mientras me daba la espalda.

—¿De cuánto estás? —me preguntó.

—De poco —titubeé—. No lo sé.

—Una boca más, María —me dijo—. Una boca más.

—Lo sé.

—Además, cuando lo tengas, tendrás que dejar a los Girbés. —Y yo asentí—. Ya va siendo hora. —Y suspiró con hartazgo.

Después se acostó, apagó la luz y me dejó con mis pensamientos, como todas las noches, sin mi madre, sin mi padre, sin mi tía y, por no tener, en aquel momento sentí que ni patria tenía, no como José Antonio Primo de Rivera. En mi mente volvieron a revolotear los mismos miedos y una y otra vez a darle vueltas a aquella vida que había comenzado a aborrecer desde mucho antes de vivirla. Pero recuerdo que la idea de abandonar a Carlos comenzó a engordar cuando apareciste tú, aunque solo fueras un destello diminuto y desconocido que fue perforando aquella oscuridad.

—Ojalá que sea un varón —oí que me dijo antes de dormirse—. Ya sois muchas hembras en esta casa.

En mi vida he rehuido de las personas que se abrazaban a su mala suerte. Más bien yo nunca creí en la mala suerte, sino en las decisiones que uno toma en la vida. No sé si yo tomé la decisión definitiva aquella noche, pero sí recuerdo que me juré luchar por escapar de mi destino. Entonces la carta de llamada del tío de Celia se convirtió en mi única esperanza y aquella quimera alentó mis días, como si no hubiese nada más, como si aquel desvarío fuese mi única alternativa para ser feliz.

En la casa de los Girbés no tardaron en enterarse de mi estado. Doña Esther pareció alegrarse de verdad y su marido se ofreció para lo que necesitase, pero cuando la señora me veía deambular por el pasillo entre mareos, me advertía que tenía que poner más ganas en lo que hacía. Lo pasé muy mal durante aquellos meses. Hay mujeres que se deslizan sobre su embarazo como sobre un tobogán, pero para mí fue como empujar mi vida, hasta quedarme sin aliento. Sabía que llegaría un día en que no pudiese más y que doña Esther me despediría amablemente, como había hecho con mi tía Carmen y todo aquel desvarío que tenía en la cabeza al final se me atascaría dentro, hasta dejarme sin aire. Pero yo había decidido no pensar, del mismo modo que había decidido olvidarme de Albert. Sin embargo, aquel muchacho volvía una y otra vez, sin poder comprender que yo era una

flor creciendo sobre una tierra yerma y sembrada de municiones olvidadas por la guerra. Yo solo necesitaba de su valor imposible y que se arriesgase a atravesarlo, me arrancase con cuidado y acabase trasplantándome en una tierra buena. Pero Albert no iba a hacerlo. Y me daba igual que me lo prometiera, porque sabía que no sucedería. A él acabé recordándolo débil y pusilánime, pero con traje de gallardo seductor en tiempos de algarabía. Aquel era él: un galán que cuando bajaba de su escenario era como un niño al que yo amé como a nadie en mi vida. Y el día que se enteró de que yo estaba encinta me volvió a buscar sin que nadie lo viera y esta vez no me rodeó con sus brazos, ni me susurró al oído nada. Solo me dijo que se había enterado y yo asentí sin palabras, mientras él me miraba con tristeza, como si no pudiese decirme nada más. Y es que siempre estábamos igual y ya nada era como apenas fue. Si no estaba trabajando, estaba con Inmaculada y, si estaba en casa, casi ni se animaba a dirigirse a mí, tan solo con la mirada, y aquellos silencios que me lo decían todo. «María, tú sabes que te quiero», me insistió aquel día, y a mí se me resbaló una lágrima que apenas dejé escapar. Después se me acercó y miró a su alrededor antes de alargar su mano con una papeleta. «¿Qué es?», le pregunté. «Un cupón de ciegos. Si te toca, te cambiará la vida». Y yo le di las gracias y me lo guardé en el bolsillo de mi delantal, justo antes de que su hermana Sara entrara en la cocina y Albert volviese a desaparecer.

Pero no te equivoques. Él también sufría, estoy convencida. Creo que lo conocía un poco. Aquella tarde, cuando volvía hacia Poblenou, corrió detrás de mí. De sobra sabía que atravesaba la ciudad sola. Desde que mi tía Carmen no estaba, mis pies se movían rápidos e intentaban buscar las calles mejor alumbradas, siempre que algún corte de luz no lo cambiara todo. Pero Albert no esperó a que me alejara y me alcanzó en la Plaça Catalunya. Gritó mi nombre, pero yo no lo escuché hasta que lo tuve detrás de mí. Entonces me giré y me lo topé muy cerca, como cuando ponía el tocadiscos y bailábamos tangos y boleros. En nada se parecían a las canciones de Conchita Piquer, Estrellita de Castro o Lola Flores, esas que Nuria y Asunción tarareaban por toda la casa con la radio encendida. No, las nuestras eran diferentes. Aquellos tangos que bailábamos eran los nuestros y aquella *Carita de ángel* de Bonet de San Pedro era nuestra también, muy nuestra.

—¿Qué haces? —le pregunté yo.

—Me voy a volver loco, María.

Su mirada era suplicante e intentó sujetarme de las manos, pero yo las retiré y comencé a andar por el Portal de l'Àngel.

—¡María! —insistió.

—¿Acaso crees que no tengo suficientes problemas? —le contesté

sin detenerme.

Mis pasos se aceleraron, pero él insistió.

—Necesito volver a verte —me pidió angustiado—. Tienes que darme una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —Y no me detuve—. ¿Es que acaso te estás escuchando?

—María, por favor…

Yo respiré hondo y dejé que el aire enfriara mi nariz. No sabía si reír o llorar.

—Pronto me iré, Albert. De una forma u otra, pero me iré.

Él me sujetó del brazo y me obligó a detenerme una vez más y estuvo un momento mirándome en silencio. Yo llevaba mi viejo abrigo de paño azul marino, el único que tenía.

—Nos iremos juntos.

Yo agrandé los ojos y sentí que mi vida temblaba. Yo ya sabía que era todo un imposible, pero necesitaba creerle. Solo tenía aquella nada a la que aferrarme. Apenas nada para poder respirar.

—Sabes que no lo harás.

—Por ti haría lo que fuera, María. ¡Lo que fuera!

—En cuanto nazca el niño me iré a Argentina. —Y me arrepentí nada más decirlo.

Esta vez fueron sus cejas las que se arquearon hacia arriba, con pasmo.

—¿Argentina?

—No debería haberte dicho nada.

Él negó con la cabeza.

—Dímelo, por favor —casi me suplicó.

Cerré los ojos, volví a respirar y le hablé.

—Apenas estoy convencida de conseguirlo, pero Celia me ayudará. Tiene familia y me ha pedido una carta de llamada para poder trabajar.

—¡No puedes hacer eso!

—Lo haré. Claro que lo haré.

Estaba nervioso y se llevó su mano derecha a la coronilla y comenzó a atusar sus cabellos.

—¿Y con qué pagarás el viaje?

Era lo que más me preocupaba, casi lo único. Solo la venta de la casa de mi tía podía ayudarme, pero aquella idea se hilvanaba en mi cabeza como un remiendo que en cualquier momento cedería. Ni Carlos, ni su familia podían llegar a sospechar nada de aquello y aquel camino estaba abocado al fracaso. Estaba casi convencida. No obstante, también había pensado en él, en Albert. Quería creer que cuando llegara el momento podría prestarme el dinero, solo lo suficiente para viajar como fuese. Luego con el tiempo se lo

devolvería. Pero no quise decírselo entonces. No todavía. No quería estrangular aquel sueño antes de que comenzara a germinar.

—No lo sé.

—Yo te ayudaré —me dijo él—. Te ayudaré y me iré contigo.

El vértigo de aquel absurdo entibiaba mi pecho tan solo con escucharlo y volvimos a andar entre el gentío que atravesaba la calle. La luz era mustia y los transeúntes tenían el mismo aspecto agotado que yo. Nuestras vidas eran dibujos, pero dibujos sin color.

—No lo harás, Albert —repliqué al fin.

Mi corazón palpitaba desbocado. Sabía que aquello era un espejismo, pero no podía evitar imaginarlo. Nada más hermoso hubiese ansiado en la vida y en aquel momento.

—Sí lo haré. Seré capaz de todo por ti.

—Ojalá pudieses. Y ojalá no te fueses a casar con la señorita Inmaculada. Pero yo tengo que luchar por mí, Albert. Por mí y por él. —Y me presioné el vientre.

—¿Y si ese niño es mío? ¿Es que no lo has pensado?

Pero había cosas que era mejor no pensarlas. Había cosas que debían quedarse como estaban. Así, sin más, sin tocarlas. Al fin y al cabo, nada podía hacer al respecto. Solo esperar y dejar que todo sucediera.

—Ese niño solo será mío, Albert, que eso bien lo sé yo, y si quieres ayudarlo, tendrás que ayudarme a mí. No hay nada más que puedas hacer.

Él volvió a detenerme y yo dejé de caminar, vencida, agotada de patalear en la vida y en aquel amor que se me había escapado desde antes de nacer.

—¿Es que acaso tú no me quieres?

—¡Y eso qué importa, Albert! ¿Es que acaso no lo entiendes? ¿Qué importa si tu sirvienta te quiere o no? ¿Qué importa?

—A mí me importa.

Callé, elevé mi cabeza y naufragué en sus ojos azules como una niña.

—Solo sirve para hacerme sufrir. Solo para eso.

Y él volvió a intentar abrazarme y yo lo detuve una vez más. Luego corrí hacia la Plaça Nova, pero no como aquel día. Los guardias merodeaban por la ciudad con su uniforme marrón, su banda de cuero, su placa metálica y un sombrero gris con la bandera nacional. Con cualquier exceso hubiésemos acabado en el calabozo y, tan solo de pensarlo, mis pies comenzaron a volar sobre la acera.

—Espera, María. No puedes dejarme así.

—Tengo que llegar a casa y no puedo hacerlo contigo —le dije sin mirar atrás—. Vete, por favor.

—Escúchame. Créeme, me iré contigo. Buscaré la forma.

Mi vida temblaba y me hubiese ido con él hasta el fin del mundo.

Pero mentía. Sé que mentía.

—Solo te pido que me ayudes a pagar el viaje —se me escapó al final—. Eso será demasiado para mí.

—Lo haré. Te doy mi palabra.

Y esta vez fui yo la que me detuve.

—No juegues conmigo, Albert. No me hagas más daño, te lo suplico.

Ya estábamos en la Plaça Nova y Albert me tomó de la mano y me arrastró como si sujetara un globo del hilo. Había querido evitarlo, pero comenzaba a sentir que me elevaba, con aquella esperanza hinchándose dentro de verdad. En ese instante, la oscuridad del estrecho Carrer dels Comptes nos envolvió como nunca había llegado a suceder durante aquella noche de Sant Roc, cuando Albert bailó conmigo por primera vez.

—Necesito que volvamos a estar juntos —me suspiró al oído. Sus brazos me habían rodeado con ansiedad y sentí sus manos amasando mi cuerpo mientras me besaba—. No quiero perderte, María.

La negrura de aquel rincón nos absorbía.

—Déjame ir. Te lo suplico.

—Te seguiré a donde vayas, María. Solo necesito tiempo.

Y yo me creí aquella mentira. Y creo que él también la creía. Quiero creer que era así.

32

Buenos Aires, febrero de 1977

A veces él también acababa creyéndose las cosas. A veces era la única manera de poder vivir y el coronel Jorge Azcona quería anestesiarse por dentro. Él estaba en aquello por necesidad. El dedo del destino lo había señalado, y casi le había sacado un ojo. La gente podía llegar a pensar que lo había elegido, pero él no había elegido nada. Eran las circunstancias las que lo habían elegido y él no se había escondido. Él nunca lo había hecho y menos entonces. La guerrilla quería cargarse aquel Estado burgués y él estaba del otro lado. En el lado de los buenos, claro, y así se lo contaría a sus hijos.

Al principio, seis años antes, los subversivos se habían levantado contra la dictadura de Lanusse, como si el regreso de Perón fuese el único camino posible para volver a aquella prosperidad que los padres de Isabel habían conocido al llegar al país. Pero cuando Perón volvió en 1973, renegó de la violencia que él mismo había alentado y, un año después, lo enterraron con Argentina encendida. Porque los guerrilleros continuaron erre que erre. Esos hijos de puta luchaban por ellos y por el sueño de un Perón que habían idealizado y, con él en la tumba, su esposa se hizo cargo de la nación. Y aquello fue el principio del fin.

¿Acaso alguna vez pensaron que María Estela Martínez de Perón podría llegar a ser una Evita? Jorge no estaba seguro de eso. Solo sabía que Isabelita, esa inepta de voz chillona, nada más tuvo en su haber que el haber sido la viuda de Perón. Solo por eso fue la presidenta y se aferró al poder como si se tratase de un juego o de un capricho. Aquella pelotuda lo liquidó todo y en el primer trimestre de 1975 perdieron un treinta y cinco por ciento del poder adquisitivo todos los argentinos. Para José López Rega, su ministro de Bienestar Social, la solución pasaba por una vuelta a aquellas antiguas políticas liberales: situar a la Argentina en el mercado internacional para que pudiese comerciar libremente con el exterior, endeudarse con el Fondo Monetario Internacional, reducir el crédito a las pymes, favorecer a las empresas extranjeras y beneficiar al campo. Era el plan perfecto para fulminar a las industrias nacionales y dejaba fuera a las grandes masas de población empobrecida que no tardarían en rebelarse. Y esa era la verdad, contaran lo que contaran.

A él también lo había dejado tieso el «Rodrigazo», cuando en junio de 1975 el nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, anunció

una devaluación de entre el cien y el ciento sesenta por cien, y en el caso de la gasolina hasta un doscientos por cien. Argentina se incendió y el estado de bienestar comenzó a derrumbarse a puñetazos. ¡Y claro! Para los guerrilleros aquello fue como echar kerosene al fuego y la lucha por la patria socialista se agudizó aún más. Entonces los gremios peronistas se enfrentaron por primera vez a la heredera del general, pero ni el aumento de los sueldos mitigó la deriva.

¿De dónde había salido María Estela Martínez de Perón si no? ¿De dónde? Esos pibes como el marido de Isabel habían mamado toda aquella basura. En las fábricas se infiltraba el veneno a través de los sindicatos y soñaban con hacer carne picada a aquellos que oprimían al país y a los trabajadores. El discurso estaba bien cargado de argumentos, y sus armas, de balas. Los atentados seguían y la sangre y el plomo salpicaban la calle de un caos inimaginable y, mientras tanto, el Ejército apretaba los puños con rabia. Sin más, aguantando.

Era cierto que al principio dejaron a la Triple A —Alianza Anticomunista Argentina— campar a sus anchas para que jodieran ilegalmente a los zurdos. Esos grupos de izquierda estaban bien definidos: la guerrilla guevarista del ERP por un lado y los Montoneros, los de Norberto Neira, por otro. Y esos eran los peores. El coronel Jorge Azcona lo sabía perfectamente. Esos pendejos eran obreros y estudiantes resentidos con Perón, con la vida y con la madre que los parió. Por eso habían dejado trabajar a la Triple A, la de López Rega, el ministro de la presidenta Isabelita. Era un secreto a voces: los comunistas les daban palo y ellos los devolvían. Pero no fue suficiente. ¿Qué más hubieran querido? El país estaba patas arriba. Argentina era un insomnio de bombas, atentados y asesinatos, y que no vinieran ahora a contarle otra película, que aquello no era vida. La guerrilla había decidido no parar hasta no establecer un gobierno revolucionario, obrero y popular, y Argentina era un circo de huelgas y de cadáveres.

¿Es que acaso a alguien le costaba entender por qué habían tenido que ser ellos? ¿Es que alguien podía juzgarlo a él? ¿Es que tal vez había tenido elección? ¿Quién iba a sacrificarse si no? ¿Quién iba a hacer lo que ellos estaban haciendo por el país? ¡Como si a él le gustara matarlos! ¡Como si a él le gustara haber tenido que hacerlo! Pero no había podido hacer otra cosa, Isabel, y si no que le preguntara a la gente en cuanto pudiera, aunque eso todavía estuviese por ver. Todos estaban hartos. La sangre empañaba la realidad y la mayoría se callaba cuando sospechaban que estaban luchando contra esos salvajes.

A él no le gustaba aquello. ¡Claro que no! Pero había tenido que ser así. Y aguantaron hasta lo insoportable, pero al final la Junta Militar de las tres Fuerzas Armadas había tenido que hacerlo. Y dieron el

golpe y se deshicieron de aquella inútil de María Estela Martínez de Perón, que jugaba a ser Evita.

¡Que la historia los juzgara!

Habían sido ellos. Sí. Los villanos y los héroes. Así eran las cosas. Y cuando Jorge Rafael Videla asumió, casi un año atrás, los centros de detención ya estaban preparados. Los guerrilleros habían jugado sucio, pero ya entonces les iba a tocar a ellos.

Las Fuerzas Armadas, bajo el comando superior del presidente de la nación, se encargaron de ejecutar las operaciones de seguridad necesarias para aniquilar a los elementos subversivos del país, y la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia, la Secretaría de Informaciones del Estado, la Policía Federal, el Servicio Penitenciario Nacional y todo el país, quedaron bajo el poder del Consejo de Defensa.

Y él, el coronel Jorge Azcona, podía dejar vivir a Isabel, pero ellos no. Ellos no lo harían. La patria se jugaba demasiado.

Pero él también. Él, mucho, porque en el fondo sabía que ellos se estaban mandando una cagada de proporciones históricas. Cagadas como Isabel, que querían y eran queridas, por ejemplo, por él, que había comenzado a ahogarse en su propia mierda.

33

Barcelona, mayo de 2010

Nadie sabrá de mí. Y lo repitió varias veces con el libro entre sus manos. Su vida se estremecía y aquella noche le dijo a Antoni que tardaría en subir, que quería leer tranquila un poco más. Lo retuvo en su mente y lo susurró en su boca, como un mantra que no debía ser olvidado. *Nadie sabrá de mí*, con todo dándole vueltas, y con las piezas de un puzle por encajar.

—¿Estás bien?

—¡Claro que sí! No te preocupes.

—Estás rara.

—Es este libro. Me está gustando mucho, pero mucho, y no dejo de pensar y pensar.

—¿En qué?

—Cosas mías, Antoni. Prometo contarte, pero ahora quiero leer.

—Como quieras.

Él le dio un beso en la frente y desapareció subiendo las escaleras. Marisa lo vio alejarse y caminó hacia la cocina. Se sirvió un vaso de agua y encendió el ordenador. El rostro de Javier Arias volvió a aparecer en la pantalla. Aquel autor argentino no solo había escrito aquel libro, sino también algunos otros sobre la última dictadura argentina y la represión. *De sangre* había sido su primera novela y narraba el encuentro de una abuela con su nieto desaparecido después del gobierno represivo de Jorge Rafael Videla.

—¡Yuri! —volvió a suspirar.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y, de pronto, sus ojos se abrieron como si se levantara un telón. Sus dedos teclearon nerviosamente *Nadie sabrá de mí* y el nombre del autor. Una larga lista de entradas se sucedió en la pantalla de nuevo, pero esta vez Marisa decidió acotar la búsqueda y eligió la opción de «Últimas veinticuatro horas» en Google. Sus ojos se clavaron en los títulos de la misma forma en que un felino localiza su objetivo. Un bofetón de asombro la sacudió como si recibiera un *electroshock*: Javier Arias en Barcelona. Mañana en El Corte Inglés Portal de l'Ángel.

Su corazón era un tambor y tuvo que leerlo varias veces para estar segura.

—Yuri —volvió a repetir.

Las piezas se iban uniendo y Marisa pensó que él lo estaba organizado para que ella lo pudiera entender.

34

Barcelona, 1948

El invierno de 1948 lo pasé con las manos hinchadas. Mis dedos parecían higos alargados y me picaban por la noche. La gente quemaba lo que podía en los braseros y, cada tanto, nos enterábamos de que alguna familia había muerto asfixiada por las emanaciones del carbón. Yo salía de Poblenou antes del primer sol del día, enfundada con tres camisetas y los dos jerséis que tenía bajo mi abrigo de azul marino. Sabía de mucha gente que se forraba la piel con papeles de periódico y de niños que iban con las piernecillas al aire y con abrigos cortos, como si una bufanda tejida en casa pudiese cubrir todo el cuerpo. Pero en el barrio del Ensanche era diferente y las niñas usaban polainas y los niños, medias hasta la rodilla, justo donde les empezaba el pantalón. Asunción, la madre de Carlos, me decía que cuando naciera el niño no iba a pasar ni una pizca de frío y se puso a tejerte patucos y abriguitos que te viniesen para el próximo invierno. Nuria y su madre sufrían mucho el frío y Carlos decía que no era para tanto y a veces las obligaba a apagar el brasero para no acabar asfixiados. Por eso Asunción forraba las ventanas con burletes de fieltro, para evitar que el aire entrara por las rendijas. Recuerdo alguna tarde de domingo rellenando aquellas viejas telas como morcillas. Les metíamos el miraguano de las almohadas y a estas las completábamos con lana. Con Nuria ya nada volvió a ser lo mismo desde que entendí que le había contado todo a su hermano. Quiero decir, lo de Albert y todo lo que comenzó en la noche se Sant Roc del año 1944. Pero en el fondo nos queríamos. Habían sido muchos años desde niñas y, aunque ya no le confiaba nada, su compañía me gustaba, y a ella la mía también. Por eso sabía que, si conseguía marcharme, en aquella casa de la calle del Passeig del Triomf de Poblenou quedaría mucho vacío sin mí, y quizás en otros inviernos echarían al brasero astillas de aquellos recuerdos en los que estaba yo, aquella muchacha malagradecida e ingrata, la que le habría arruinado la vida a su hijo y a su hermano. Y durante aquel invierno, con tanto frío que hizo, yo no dejaba de pensar que podía ser el último y en mi cabeza daba vueltas la vida. Y todo aquello del viaje a Argentina comenzó a bambolearse y pensé que, cuando naciera el niño, todo podía cambiar, aunque no quisiera a Carlos. A fin de cuentas, ¿qué importaba aquello? Amar a alguien y estar junto a él era algo que no siempre se acomodaba bien en la pobreza. Daba igual que Albert todavía no hubiese formalizado su

matrimonio con Inmaculada y que, cuando la muchacha visitaba el piso del Carrer de València, Albert se mostrase distante con ella, como si intentara escenificar su desapego delante de mí. Daba igual, porque yo sabía que al final iba a pasar. Doña Esther se lo repetía varias veces a la muchacha, que para cuándo la boda, que Albert ya estaba colocado y ella no tenía que trabajar, que una madre de familia no podía andar por ahí, que si había estudiado Filosofía y Letras no era para ejercer en un instituto, sino para que sus niños la admiraran y en las reuniones fuese de las que sabía estar, que se trataba de eso y no de ponerse la casa por montera y echar a perder a su familia. E Inmaculada no discutía. Aquella muchacha era de las que no discutía y parecía modosita y buena, y a mí a veces hasta me daba pena, como si no hubiese tenido suficiente con sentir pena de mí misma, y ella ante doña Esther a callar y a asentir, y a decirle que tenía que hablar con Albert, porque aquello del matrimonio no parecía apurarlo demasiado, como decía ella. Y tanto va el cántaro a la fuente que, a finales del invierno, cuando yo ya estaba de casi siete meses, un día la cosa se dio y doña Esther y su hija Sara comenzaron a darle vueltas a lo de la boda en el próximo otoño, que Inmaculada no quería esperar más, y así me enteré de que Albert se iba a casar.

A veces, el final de las cosas se presiente y podemos ir despidiéndonos antes de tiempo. En ocasiones, me ha dado por pensar si con la muerte sucederá lo mismo, si tendré tiempo de solucionar mis asuntos y advertir lo que yo sentía con tanta certeza durante aquel 1948 en Barcelona, con mi vientre demasiado hinchado y mi vida quebrándose de cansancio. El doctor Girbés solía preguntarme cómo estaba, y yo que bien, que bastante bien, mientras iba y volvía de Poblenou, como uno de aquellos pencos que arrastraban pesados carros por Barcelona, esquivando coches y tranvías con la lengua afuera. Pero durante aquel marzo de 1948 mis fuerzas estaban a punto de extinguirse y, cuando toqué abril, apenas podía con mi vida y doña Esther me dijo que no fuera más, que cuando naciese el niño volviese, pero que ya no fuera más y, antes de que saliera por última vez de allí, me dio cien pesetas de más, aparte de mi sueldo, y yo me eché a llorar de camino a casa, ya por el Passeig de Gràcia, porque sabía que doña Esther tomaría a otra muchacha y yo ya no regresaría. Y solo Dios sabía lo que sería de mí entonces, porque Celia no me decía nada y lo de Argentina se había convertido en una ilusión que me había servido para tirar unos meses, para creer que una podía luchar por su destino. Pero yo a Celia no le podía pedir más. Ni ella sabía cómo salir adelante.

El último día me acompañó a Poblenou. Yo no quería, pero doña Esther me vio tan mal que le preguntó a Celia si podía hacer parte del camino conmigo. Entonces llegó Albert de la gestoría y, cuando se

enteró, dijo que me llevaba él, que iba a conseguir un coche, pero doña Esther insistió en que fuera Celia también y Albert elevó los hombros y suspiró irritado. Y fue igual que cuando a mi tía Carmen le diagnosticaron la artrosis y se la llevaron en taxi para nunca más volver. Yo iba sentada detrás con Celia y observaba las caras de Albert mientras nos adentrábamos en aquellas calles arrugadas por la pobreza. Había basura por las aceras, fachadas desconchadas y sucias, y las pocas farolas que funcionaban no alumbraban. Ahora, con el paso de los años, lo que más recuerdo de aquel Poblenou era la oscuridad y los gestos de Albert, que parecía recorrer un vía crucis en silencio. Celia me hablaba y me apretaba el brazo como si no quisiera soltarme, y me decía que todo iría bien, que ya vería como todo se me acabaría encajando sin que yo me diese cuenta y que, en cuanto naciese el niño, vendría a verme. Y cuando llegamos al Passeig del Triomf, Albert quiso bajar del coche, pero yo le insistí que no, que por favor no bajase y, al decirlo, supe que había sido demasiado firme, tanto que Celia se quedó callada e incómoda, como si no entendiese cómo podía hablarle así al señorito, al señor Albert, quien bajó la cabeza, asintió y me dijo que estaba bien, que como yo quisiese.

Cuando Carlos se enteró de que ya no iría más me dijo que era mejor así, que estaba seguro de que me podía conseguir algo en la fundición, en Can Girona, que no me preocupara, que para comer tendrían, que para eso estaba él, y Nuria, que también trabajaba, la pobre, desde los once años. Pero las cosas iban a cambiar, según él. Tarde o temprano iban a cambiar, porque el sacrificio que estaban haciendo no podía caer en saco roto. Aquello no solo se lo escuchaba a Carlos, sino también a mosén Pere en Sant Martí de Provençals. Era como si elevara una oración que yo ya me sabía de memoria, mientras la familia Villader asentía conforme, aceptando las inclemencias de la vida como un mal menor. Todos éramos bien sabedores del hambre, el frío, las restricciones eléctricas, la falta de medicamentos… Sin embargo, teníamos lo principal, teníamos la paz y algo de lo que carecían otros pueblos: a nuestro caudillo, el enviado por la providencia para salvar España. ¿Quién administraba nuestra casa común para que el socorro les llegara a los más desfavorecidos? ¿Quién había procurado salvar del hambre a su pueblo? Tanto nuestro generalísimo Francisco Franco como la mayoría de españoles de bien, debíamos saber que eran tiempos de apretarse el cinturón. ¿Quién podía dudarlo? Pero en la historia de España habíamos salido de situaciones peores y, durante aquellos años, era momento de unirse como una piña en torno a quien nos guiaba, sobrellevando las privaciones con resignación, porque después de la noche vendría el día y, como decía san Juan de la Cruz, amanecería Dios y medraríamos.

Y recuerdo que durante aquella primavera de 1948, cuando te asomaste al mundo, apenas tuve alternativas para esperar algo más de mi futuro. Me encontraba tan cansada que me tumbé sobre la cama a esperar que vinieses, ya sin nada mejor que hacer y convencida de que no volvería a ver a Albert. En ese instante todavía no podía saberlo —me lo había imaginado así, no sé muy bien por qué—, y llegaste tú y no quien yo pensaba. No sé por qué las cosas que imaginamos desaparecen cuando se estrellan con la realidad y, desde ese momento, ya no puedes recordarlas. Así me sucedió con aquel niño que debía nacer, porque nunca nació él, sino tú, una pequeña hermosa que venía a poner mi mundo aún más patas arriba.

35

Buenos Aires, febrero de 1977

Sentía que su vida jamás había encajado. Llevaba más de cinco años sin verla. Después de la muerte de su padre había dejado su casa. Con él había enterrado una parte de su historia y la otra había quedado flotando a la deriva. Con él se habían ido muchas preguntas, pero permanecieron algunas respuestas.

Acostada boca arriba en aquella habitación, su recuerdo llegó como siempre: entre chispazos de imágenes. De su padre había conservado algunas fotos, muy pocas, y una de ellas era de Shirley Temple, la que guardaba en su mesita de luz. Sin embargo, Isabel no tenía ninguna de la bicicleta roja con la marca dorada en el cuadro, ni de la calesita con caballos de madera policromada, ni de cuando él se sentaba por la noche y le leía los cuentos que casi se había aprendido de memoria. Gracias a él había sobrevivido a su niñez, como si su madre no hubiese llegado a comprender que la había traído al mundo para hacerla feliz.

Recuerdos. Demasiados recuerdos. Y ya llevaba cinco años sin verla.

—Necesito decírtelo.

Su padre miraba de reojo una foto en blanco y negro junto al velador. Isabel estaba en la puerta del colegio con un guardapolvo blanco, almidonado, de cinturón ancho y bolsillo con botones. Tenía las manos recogidas delante y el rostro lleno de soledad.

—No tendría que haberlo permitido —le dijo él—. No debería.

Su padre ya estaba enfermo y había comenzado agonizar. Isabel iba y venía. No quería que se fuese sin que ella se diese cuenta.

—¿El qué?

—Hay cosas que nunca te dije.

Y comenzó a toser como si dejara la vida a trocitos. Lo iba a matar un cáncer de pulmón.

Tiempo atrás, un año después de aquel verano en Mar del Plata, él ya

había intentado hablarle de aquello. Estaban los tres solos. Era un 31 de diciembre. Melón con jamón, empanadas, sándwiches de miga, sidra, pan dulce y el cielo del patio acribillado por los fuegos artificiales. Su madre la miraba y le decía que se había hecho una mujer y él, con unos cuantos tragos de más, levantó una copa hacia ella y le dijo que era verdad, que ya no era una niña y que por eso ya podía saber. Isabel recordaba que fue como un huracán y que su madre lo empujó sobre la silla diciéndole que se callara, que era un borracho y que, al caerse, acabó arrastrando un sifón que se estrelló contra las baldosas. El estallido fue una explosión de astillas de vidrio que alcanzaron sus piernas y zanjaron no sabía muy bien qué para Isabel.

Aquella noche acabaron en el hospital. Su padre se tragó su confesión y ella se juró escapar de allí en cuanto pudiese.

Ella recordaba que había hervido hojas de eucalipto y que el aroma flotaba por toda la habitación. Después, cuando pasó el tiempo, todavía podía olerlo, como si también se hubiese impregnado en su vida.

—No te esfuerces.

Y él seguía tosiendo.

—Dejame. Quiero decírtelo.

—Como quieras.

La flema lo ahogaba.

Por eso había acabado casándose con Norberto. Quería irse de casa y alejarse del almacén de ultramarinos de su madre. Iba a la escuela y después se pasaba la tarde entre latas de conserva, galletitas y fiambres. Siempre con ella, y al final ya ni se soportaban. Parecía haberla decepcionado, resignada a que su hija se hubiese ido yendo poco a poco, hasta que acabó con el título de maestra y empezó en la escuela número 23, en el barrio de Ramos Mejía.

Tenía veinte años y a veces pensaba que conoció a Norberto como podría haber conocido a cualquier otro. Iba con botas puntiagudas, de tacón ancho y alto, pantalones ajustados, chaqueta sin solapa y una camisa de flores geométricas. Una noche se le acercó en la discoteca Pinar de Rocha y le dijo que estaba soñando despierto. Isabel se lo quedó mirando encandilada. Llevaba el pelo largo hasta las orejas, mirada de modelo y gesto ganador. Ella no tardó en sucumbir. No tenía experiencia en el amor y se aferró a él como si aquel hubiese sido su destino. Años después, su padre lo acomodó en la Mercedes Benz y, con veinticuatro años, se casó con Norberto. Al principio

vivieron en un departamentito de Ramos Mejía, hasta que encontraron aquella casita de Hurlingham y la compraron. Isabel sabía que él se había ido contagiando de los Montoneros cuando entró en la fábrica y que por eso él no quería tener hijos por entonces, porque había que estar dispuestos para la lucha. Isabel pensó que con la llegada de Perón desde el exilio al final se acabaría todo. Pero todo empeoró. Entonces el lenguaje de Norberto se fue infectando y, cuando Argentina comenzó desangrarse entre huelgas y devaluaciones, Isabel también llegó a creer que su marido tenía razón, y que la lucha revolucionaria no era un derecho, sino una obligación.

—Abrí el cajón de la mesita —le había dicho su padre.

Y ella sujetó el tirador que parecía un botón enorme y tiró de él.

—El sobre, Isabel.

Ella inspeccionó el hueco lleno de calzoncillos y calcetines y, debajo de toda la ropa, lo vio.

—Acá está.

Lo sujetó con su mano derecha y sintió el peso de algo que oscilaba en él.

—Abrilo.

Y cayó una medallita entre sus manos y un papel bien doblado y amarillento.

Y se puso a leer.

¡Claro que ella sabía que Norberto se reunía con ellos! Solían hacerlo en Morón, y hasta una vez habían estado en Hurlingham. Ellos levantaban el puño y recordaban los tiempos del General. Isabel también había crecido acunada con el fanatismo peronista. Su padre le había contado que, nada más llegar al país, encontraron a una Argentina próspera y obrera. Durante aquella *belle époque* el cinturón urbano de Buenos Aires se había poblado de provincianos en búsqueda de la prosperidad. Entonces Perón decretó un aguinaldo y vacaciones anuales con goce de sueldo para todos, le dio el voto a la mujer y procuró que los argentinos pudiesen acceder a la bonanza con la que los desheredados jamás habían soñado. Por eso el General y Evita se convirtieron en los santos de un pueblo fanático. Norberto decía que solo una gran causa tenía fanáticos y que por eso los peronistas serían leales hasta el final, costara lo que costara, cayese quien cayese. Y llegó el golpe militar y la Junta presidida por Jorge Rafael Videla, y ya Norberto no le decía adónde iba, y había noches que no dormía con ella. Isabel sabía que escondía granadas de mano en el galpón y una ametralladora envuelta en una bolsa de arpillera. Ahí comprendió que

la militancia no era un juego y comenzó a discutir con él. Rondaba los veintinueve años y había comenzado a sospechar que su marido amaba más la utopía de la lucha que a ella misma. Por eso en los últimos meses había dejado de confiar, hasta que se la llevaron y la realidad la aplastó como si se le desplomara el cielo.

Hacía muchos años que había errado el camino. Solo se había dedicado a seguir la senda que la alejara de su madre. Pero con los ojos vendados.

—Yo siempre te quise más que a mi vida, Isabel.

Tosía y se ahogaba. Pero insistía en hablar.

—¿De quién es?

Y la medallita con la Virgen de Montserrat se columpió ante sus ojos.

—Es tuya.

—¿Mía?

—Sí.

—¿Y la carta?

—Es de ella.

—¿De mamá?

—Sí —Y asintió con un espasmo de tos. Su voz se ahogó e Isabel le acercó un vaso de agua.

—Dejalo, papá.

—Ya no puedo dejarlo, Isabel. Ya no.

Y ella recordaba que no paraba de toser.

La memoria era como un rompecabezas, pero aun entonces no había podido encajar todas las piezas. Su madre no había querido y ella había desistido. Y no le daba tanto miedo morir, sino hacerlo sin poder reconocer lo que había sucedido.

36

Barcelona, mayo de 2010

Antoni le dijo que la acompañaba, que las siete y media era muy tarde, porque la presentación duraría una hora, como poco, y no quería que Marisa volviese de Barcelona a Cardedeu haciéndose de noche.

Ella estaba nerviosa, pero él todavía no podía comprenderlo.

En El Corte Inglés del Portal de l'Ángel, vieron la ilustración de *Nadie sabrá de mí* anunciando la presencia de Javier Arias. Buscaron el ascensor y subieron a la sexta planta, donde estaba situado el ámbito cultural. El pequeño auditorio rebosaba y en la mesa sobre la tarima pudo reconocer al autor, algo más mayor de lo que aparentaba en sus fotografías. Estaba acompañado de su editor español y de un periodista, y Marisa y su esposo buscaron un par de huecos en la última fila.

Cuando comenzó el acto, el presentador comentó el éxito que había cosechado aquel libro en Argentina, así como el especial valor que tenía para su autor poder presentarlo en Barcelona, donde se desarrollaba gran parte de la vida de su protagonista, María. Mencionó la gira que estaban haciendo por España y un pequeño resumen de la obra de aquel autor tan desconocido para el público europeo. Luego, el editor elogió la obra como una mirada cotidiana de la posguerra, donde el pasado parecía fluir a borbotones, con un manantial de vida que conquistaba al lector. A su vez, ponderó el acierto de haber escogido una protagonista débil, pero fuerte a la vez, como la mayoría de mujeres de aquella época. Y cuando llegó el turno de Javier Arias, Marisa ansió escuchar algo que le diese sentido a todo, aquella pieza arcana y misteriosa que estaba buscando desde que había comenzado a comprender. ¿Dónde estaba aquella María? Ella ya sabía que no era un personaje de ficción, sino alguien real que, más de sesenta años antes, había vivido en el Passeig del Triomf de Poblenou. Sin embargo, Arias no dijo nada sobre ella, o al menos nada que ya no supiera.

Y al acabar la presentación, se levantaron algunas manos y Marisa tuvo la tentación de ponerse de pie y rogarle que le contase de dónde había sacado aquella historia. Pero se contuvo y esperó a que una larga hilera de firmas se fuese consumiendo lentamente, y se quedó la última.

—Para Nuria, el primero. Para Manuela, el segundo. —Y Marisa

deslizó dos libros sobre la mesa.

El autor le sonrió y luego los firmó con una pluma que llevaba su nombre en el capuchón.

—Muchas gracias —le dijo devolviéndoselo.

—¿Tiene un momento? —le preguntó Marisa.

—Dígame, señora.

—Creo que tengo algo que puede interesarle.

El gesto del autor esbozó una mueca de extrañeza.

—Es sobre María. Sé que es alguien real.

Y él sonrió.

—Muchas mujeres acaban identificándose con María, ¿sabe?

—No es eso. Esa María existió, pero no hay nadie que pueda darme algún dato de qué fue de ella. Incluso, yo podría acompañarlo hasta donde ella vivió.

El editor se acercó, se disculpó con Marisa, y le recordó a Javier Arias que lo estaban esperando para una entrevista.

—¿Qué le parece si hablamos en otro momento? —le dijo mientras escribía en un papel.

—Cuando usted quiera.

—Aquí tiene mi hotel. Estaré en Barcelona hasta el lunes. Llámeme mañana y charlaremos más tranquilos.

—Lo haré. Esté seguro de ello.

—Tengo mucho interés en lo que me está contando, pero ya ve que ahora parece imposible. —Y miró hacia el editor rodeado de un grupo de periodistas.

—Desde luego. No se preocupe. Lo entiendo.

—¿Y por qué está tan segura? —le preguntó, ya levantándose de la mesa—. Digo, de que existió.

Marisa meditó un momento, lo miró y se mordió el labio inferior.

—He hablado con los que la conocieron. Por eso lo sé.

El escritor no pudo disimular su sorpresa.

—¡Qué interesante, señora!

—Ojalá pueda contarme de dónde obtuvo su historia. Sería muy importante para mí.

—La verdad es que la encontré en una asociación de inmigrantes españoles en Argentina. Solo puedo decirle eso. Ni siquiera estaba seguro de que fuese verdadera. —El corazón de Marisa latió sin fuerzas y él se percató de su desaliento—. Pero venga a verme. Quizás pueda sorprenderme. La espero.

—Descuide —le dijo ella—. Ya le he dicho que lo haré. —Su voz era un hilo raído por un vendaval.

37

Barcelona, 1948

Vino una comadrona y al final te resbalaste hacia el mundo como una pastilla de jabón. Asunción dijo que llegaste con el impulso de un tobogán. Después lloraste durante un largo rato, hasta que conseguiste prenderte a mi pezón hinchado como una uva negra. Tras varias horas, estaba exhausta y, de tanto dolor que sentí, ni recuerdo haber celebrado que eras una niña. Cuando Carlos vino a verme, Nuria te puso en sus brazos y él agrandó los ojos con miedo, pero la hermana le dijo que no pasaba nada, que no te ibas a romper. Se te quedó mirando con torpeza, sin saber mostrar que era feliz, hasta que después sonrió. A mí ni siquiera me preguntó cómo estaba. Solo dio por supuesto que bien y se interesó por el nombre que íbamos a ponerte. Yo le dije que no sabía, que el que quisiera, pero que no me importaba que fuese María, como mi madre y como yo. Y él dijo que no, que mejor Asunción, como la suya, que se lo merecía, y yo que sí, que claro, que su madre se lo merecía más que ninguna, hasta que Asunción se enteró y me dijo que te pusiera María, que eso era lo lógico, que mi madre ya no estaba y también se lo merecía, y que cuando viniese otra niña ya se llamaría como ella.

Andreu, el Cojo, me trajo una cunita de madera pintada de azul cielo y Carlos quitó el biombo que teníamos y la apretó en la habitación. Andreu me dijo que era de cuando él era pequeño, aunque la había vuelto a pintar para traérmela. Y se notaba. Claro que se notaba. Con aquellos lacitos blancos y esos angelitos azules que le había colocado Nuria, parecía nueva del todo. Ella ya sabía que Andreu la iba a traer, porque por aquel tiempo él había comenzado a rondarla. Los dos estaban igual de desesperados: Nuria porque era algo fea y Andreu porque tenía la cara picada y era cojo. Era como si hubiesen estado predestinados para encontrarse y yo me alegré de que Nuria comenzase a tener una ilusión, porque se la veía contenta. Andreu también había dejado lo del estraperlo y trabajaba en Can Ricart, en el textil, y se había mantenido bien alejado de los jaleos de las huelgas que habían dejado a más de uno con los huesos rotos o encarcelados. Él tenía ganas de formar una familia, porque ya se acercaba a los treinta. El día que me trajo la cunita me dijo que solo me la prestaba, que estaba seguro de que algún día la iba a necesitar, y yo me alegré por él y por Nuria, porque me lo imaginaba. Pero ninguno de los dos me decía nada. Solo te miraban como si fueses un

sueño, porque eras muy bonita.

Entonces empezaron a venir las vecinas y yo las recibía en el patio, sentada en una mecedora junto a unas gardenias plantadas en macetas de latón. Asunción tenía una mesita de piedra y sobre ella colocó el hule a cuadros de la cocina, un platito con bizcochos troceaditos y algo de limonada que solo alcanzó para algunas. Las mujeres te traían lo que podían, de lo que encontraban por casa, porque todos andábamos racionando y midiendo lo que teníamos para comer. Todo era tan mísero que me cuesta recordarlo. Algunas venían con una almohadita, otras con algo de harina, arroz o alguna prenda de cuando sus niños eran pequeños, y todas a mirarte y a cogerte en brazos, porque eras una bendita y ponías tu carita de paz y tu hociquito de pajarito que gorjeaba cuando te dormías. Las vecinas te miraban y me decían que te me parecías más a mí, y tú sin abrir los ojos. Pero cuando lo hacías, eran enormes como dos dédalos. Y al principio no pasó nada. Todo era una fiesta y la casa se llenó de algarabía para ver a la niña. Sin embargo, cuando llevabas ya casi dos semanas en el mundo y te fuimos a bautizar a Sant Martí de Provençals, mosén Pere bromeó con que esa niña parecía un cielo, pero porque había salido a la madre. Y aquel día, cuando volvimos, Carlos no dejó que nadie volviese a entrar en casa y dijo que ya estaba bien de tanta procesión, que la niña acabaría mareada de tantos brazos. Aquel día lo festejamos con un pollo relleno de castañas y una guarnición de patatas. Hacía tiempo que no comíamos tan bien. Andreu vino a comer con nosotros también, pero ni él pudo arrancarle una palabra a Carlos. Masticó aquel manjar de la misma forma que tragaría las piedras y, nada más acabar, dijo que se iba a dar una vuelta y no volvió hasta la noche con el cuello de la camisa bien abierto y el rostro hinchado de beber. Recuerdo aquel momento y todavía se me eriza la piel, porque yo ya lo sabía, desde el primer día en que naciste, pero pensé que era cosa mía.

—No soy estúpido, María.

Ya era tarde y se acercó tambaleándose hasta tu cuna. Yo encendí de un manotazo la luz de la mesilla y me lo quedé mirando doblado sobre ti.

—Déjala, Carlos —le dije—. Acabarás despertándola.

Pero él tenía la cabeza enterrada en la cunita, olisqueando en aquel hoyo que eras tú.

—Al principio no me lo creía —casi balbuceaba—, pero ahora todos se dan cuenta, y se ríen de mí a escondidas.

—Pero ¿qué dices?

Yo ya me había incorporado y me había puesto junto a él, pero Carlos estampó su mano contra mi pecho y caí de espaldas sobre la cama. Después te destapó, te sujetó y te elevó extendiendo los brazos,

como si fueras un muñeco con el que quería rozar el techo. Todavía recuerdo mi boca seca y una súplica nerviosa. Tu cabecita no se sostenía y se inclinó hacia adelante igual que un juguete roto. Entonces empezaste a llorar y él te sacudió gritando que no eras suya, que no eras suya, e intenté acudir para recuperarte, pero él continuó igual, decidido a estrellarte contra el suelo desde aquella altura. Tu carita se puso roja, ahogándote, y un berrido como jamás había oído estalló en la habitación. Parecías presentir tu holocausto, mientras yo volvía a luchar por cogerte y él te sacudía gritando por qué, por qué, y yo implorando que te dejara, que se equivocaba, que esa niña era su hija, su sangre y que te estaba haciendo daño, porque te estaba viendo abrir la boquita desdentada mientras tu cabecita se desencajaba, y yo ya le grité que no lo hiciera, por lo que más quisiera, pero que no lo hiciera, y Asunción entró en la habitación cuando Carlos torció la boca hacia abajo, doblada de rabia, y miraba la pared tal cual un estibador se preparaba para arrojar su fardo.

—¡Deja esa niña! —le gritó su madre—. ¡Por Dios santo! ¿Acaso te has vuelto loco?

Su odio se tambaleó. Miró a Asunción y yo te arranqué de sus garras como un felino mordisquea a sus crías para apartarlas del peligro. Tenía la cara encerada de lágrimas y te abracé contra mi pecho mientras llorabas entre hipidos.

—¿Has perdido el juicio? —le gritó su madre.

—Es hija de otro, madre.

—¡Estás borracho! —Y se le acercó para intimidarlo como si todavía fuese un muchachito—. ¿Quién lo dice?

Él dio un paso hacia atrás, cayó sentado sobre la cama y se llevó las manos a la cabeza para estirarse los pelos igual que si fuese a arrancárselos. Yo me salí al pasillo y escuché a Asunción recriminándole y a Carlos echándose a llorar y mascullando que no se parecía a él, porque yo era una puta, una arrabalera. Una puta, con todas las letras, que igual que lo escuché yo, lo hizo Nuria también, quien me preguntó qué había pasado y me miró con una misericordia que nunca olvidaré. Mientras tanto, Carlos seguía escupiendo memeces y su madre que no y que no, que la pequeña María tenía su boca y su nariz, que ella bien lo sabía, que ella lo había parido, que bien sabía reconocer a una nieta y que había montado aquel cirio que no tenía perdón de Dios.

Aquella noche Carlos durmió su borrachera solo. A mí me dio por pensar que se había arrastrado por uno de aquellos prostíbulos del Raval, entre cincuentonas, enfermas y celulíticas, aquellas que él podía pagar durante esos años, las que disimulaban sus colgajos en la oscuridad de pensiones infames donde apenas tenían espacio para hacerlo sentados en una silla. Parecía venir del infierno y Asunción me

dijo que no entrara, que lo dejara, que ella se iba a dormir con Nuria y yo podía acostarme contigo en su cama todavía tibia.

Tardaste mucho tiempo en dejar de llorar y, durante la noche, vi temblar tu cabecita entre sueños incomprensibles. Yo no pude cerrar los ojos. No recuerdo haber pasado más terror que durante aquella madrugada, convencida de que Carlos derribaría la puerta y nos mataría a las dos a golpes. Mi cabeza daba vueltas y más vueltas, convencida de que aquello no podía continuar, porque, aun llegando a sobrevivir a aquella noche, aquel día, aquel mes, tarde o temprano la verdad acabaría aplastándote, porque tenías los ojos de tu padre, los ojos de Albert. Y no era porque ya los viese del color del mar, porque realmente durante aquellos días solo estaban claritos, sin que se distinguiese algo más, pero eran alargaditos como los suyos, con la frente amplia, como la de Albert, y bien blanquita, sin ese tizne de piel con el que había nacido Carlos. Y un miedo atroz me heló debajo de las sábanas. Durante aquellos años no bastaba con querer, sino con poder. Y mi tiempo jugaba en contra, muy en contra, porque él ya sabía lo que yo sentía desde aquella noche de tres años atrás cuando nos vio bailando juntos por primera vez.

38

Buenos Aires, febrero de 1977

Isabel no podía acordarse de aquello, pero en el poso de su memoria se había sedimentado aquella oscuridad y, a veces, al cerrar los ojos, podía recordar un miedo al que jamás supo ponerle nombre.

Un amasijo de pensamientos la aturdió durante aquellas horas echada boca arriba. Con los ojos clavados en el crucifijo, oyó el motor de un auto y se sentó sobre la cama a esperar. Pero se dio cuenta de que tenía la vejiga llena y volvió a la posición horizontal con rapidez. En El Campito ya se había orinado un par de veces, pero no por esperar, sino por las descargas que le metían sobre su piel.

—No pude venir más rápido —le dijo él cuando entró en la habitación. Jorge Azcona le abrió las esposas e Isabel se incorporó nuevamente—. Tenía que solucionar algunas cosas.

—No tenés que explicarme nada.

Ella se irguió cansada y sintió el ardor de la orina en su ingle. Juntó las piernas y se dobló levemente hacia adelante.

—Andá al baño —le dijo observándola—. Te voy a sacar de acá.

Isabel no sabía lo que sentía. Pero ya no era el filo del miedo.

—Necesito que me creas —le dijo después.

—¿Que te crea qué?

—Que quiero ayudarte.

—Entonces me vas a tener que dejar ir.

—Ya te dije que no puedo.

Ella estaba de pie. El vestido de lunares amarillos le quedaba algo corto, porque Susana era más alta.

—Sos muy linda —le costaba decirlo y ella percibió su timidez—. Creo que entonces nunca te lo dije. —Isabel ya no lo miraba con odio, pero no le contestó—. Ojalá te hubiera encontrado de otra manera, ¿sabés?

—Ahora ya no importa. Todo es como es.

El coronel llenó de aire sus pulmones y su camisa blanca se hinchó como una vela.

—Sí que importa. —Y dio una vuelta entera y se dirigió hacia la

entrada—. Dale, vámonos.

—¿Adónde?

—Eso tampoco importa.

—¿No me vas a atar?

—No —le respondió con contundencia.

El coronel apoyó su mano en el picaporte y se volvió para observarla. Continuaba inmóvil, pero desafiándolo con la mirada.

—Los muertos no pueden escapar, Isabel. Al menos, si quieren seguir viviendo.

Jorge la sentó junto él, en el asiento de acompañante de un Chevrolet Nova azul metalizado. El sol se desplomaba rojizo sobre el horizonte y el campo parecía aquietarse bajo un velo anaranjado. El coche rugió por el camino arbolado dejando una espesa nube terrosa. Atravesó la entrada de la estancia, voló hacia San Antonio de Areco y, antes de atravesar el pueblito, se desvió para dejarlo atrás. Y fue como si el tiempo también rugiera y, por un momento, su vida fluyó vertiginosamente silenciosa, volando sobre los años. Cerró los ojos y el viejo Fiat Millcento bordeaba la playa de Mar del Plata, con la brisa golpeando en su cara y atronándole en las orejas. Entonces eran felices. Los dos. Luego, Isabel los abrió y observó otro océano. Este era verde y moteado por el ganado. El viento libre exhalaba sobre los sembrados, despeinando la tierra.

La noche fue engulléndolo todo y, cuando se acercaron a los suburbios de Buenos Aires, las calles se volvieron cotidianas y opacas. Barriadas de veredas anchas, casas con zaguanes y amplios portones. La llanura verde penetraba en la ciudad y los tentáculos de la pampa eran parras, higueras y paraísos. El asfalto se había asentado sobre una tierra vegetal, un colchón de tierra buena aplastada por la ciudad. La humedad hinchaba el suelo y el asfalto saltaba como si las calles se desconcharan, y por las mañanas era peor, porque parecían enjuagadas.

—Te busqué, Isabel —le dijo de pronto—. Vos no lo sabés, pero yo te busqué. —Ella callaba. El coche vibraba, y sus vidas también—. No quiero que me perdones, ¿entendés? —Pero no le respondía—. Solo quiero que me entiendas. Nada más. Yo nunca quise nada de esto, aunque a vos te sea más fácil pensar de otra manera. —Era como una súplica y a Isabel le pareció ridículo—. Solo necesito que me entiendas

y que te pongas en mi lugar. —Después cerró su puño y dio golpecitos sobre el volante, intentando descargar su rabia muda—. Ahora siento como si no hubiera pasado el tiempo, ¿sabés? —casi lo susurró. Más silencio—. Pasaron demasiadas cosas… Para los dos.

E Isabel callaba.

El coche se acomodó sobre la avenida Rivadavia y los carteles luminosos fueron guiándolos hacia el centro de la ciudad. Los edificios se elevaban y en las calles se multiplicaban las vidrieras que iban bajando las persianas. Jorge sorteaba el tráfico manso con el motor del Chevrolet roncando con rabia. Isabel a veces volvía la cabeza y observaba su mirada fija y su mandíbula apretada.

Y por primera vez estuvo segura de que él también sufría.

En ocasiones ella también iba al mar. Se detenía y lo miraba, sin más. Iba a eso. Era el desarraigo temporal de las cosas, la suspensión del fluir del tiempo. Solo contemplar, solo estar, solo ser… Entonces le era fácil reconocer que le faltaba algo y que su vida nunca había encajado. Y ella pensaba que era una cuestión de suerte.

—Ya no me vas a volver a llevar ahí, ¿verdad? —le dijo al fin.

—¿Adónde?

—Al infierno. Prefiero que me mates vos.

Esta vez fue él quien se quedó en silencio un momento.

—De haberme visto obligado, ya lo hubiera hecho. ¿No te das cuenta?

Y ella en el fondo también lo sabía.

39

Barcelona, mayo de 2010

Albert Girbés vivía a pocas calles de su hermana, en el 329 del Carrer d'Aragó, y Marisa estacionó el coche en la esquina del Carrer de Girona. Echó a andar nerviosa y en los cristales opacos del hotel Europark se detuvo para mirarse como si lo hiciera en un espejo. Se vio extrañamente joven y con su mano derecha agitó informalmente su cabello todavía oscuro, pero teñido.

¿Se parecería a ella?, se preguntó.

A pocos metros encontró la portería y buscó el nombre de Albert Girbés entre los timbres. Su corazón era una colmena de sentimientos olvidados y decidió regalarse unos minutos para tranquilizarse. Dio un par de rodeos por la acera, respiró hondamente y después llamó. El telefonillo emitió una voz endeble y Marisa le dijo que había hablado con ella aquella misma mañana e inmediatamente la portería se abrió.

Subió por el ascensor hasta la quinta planta y un anciano de rostro enjuto y mirada alegre estaba junto a su puerta, y Marisa tuvo la impresión de que la esperaba desde hacía tiempo. Vestía una camisa almidonada impecable y unos anticuados pantalones de pinzas que le quedaban anchos. Los pocos cabellos que asomaban a su calvicie habían sido peinados con esmero y olía a loción de colonia.

—¿Señora Boix? —preguntó él, alargándole la mano.

—Así es —le respondió al saludo.

—Adelante, por favor.

—Muchas gracias.

Marisa lo siguió. Sin duda superaba los ochenta y cinco años, pero se movía con una seguridad y una rapidez que le sorprendieron.

—Siéntese aquí. Se lo ruego.

Con su mano la orientó hacia un sillón rinconera acomodado frente a dos grandes ventanales abiertos hacia un balcón. Desde allí la vista de la avenida impresionaba y Barcelona parecía una ciudad sin horizontes.

—Ha sido muy amable al recibirme, señor Girbés.

—El gusto es mío, señora. Y no se equivoque, le aseguro que lo que me ha comentado por teléfono fue más que suficiente para captar mi atención.

—De hecho, cuando anteayer fui a ver su hermana, tuve que mentirle porque no sabía cómo hacer creíble mi visita. Pero desde que acabé la lectura del libro del que le hablé, supe que para hablar con

usted no necesitaría más que la verdad.

—Entonces, ¿era usted quien me estaba buscando después de la muerte de ese supuesto amigo?

—Así es, señor Girbés. Le ruego que me disculpe. No sabía cómo afrontar esta oportunidad. Fue una torpeza.

—No se disculpe, ni se preocupe. La entiendo. Yo tampoco podría haber abordado a una persona extraña con la historia que usted me ha contado.

Y en ese momento, Marisa introdujo la mano en su bolso y extrajo el libro.

—Aquí lo tiene.

El anciano se colocó las gafas que colgaban de su cuello y comenzó a hojear el libro con interés. Todavía tenía aquellos ojos azules que María había amado.

—¿Y dice que aquí leyó todas esas cosas sobre mí?

—Así es, señor Girbés.

—¡Dios mío! No tengo palabras para explicarle lo que esto significa para mí. Creo que ella nunca pudo perdonarme, ¿sabe? Éramos tan jóvenes. Hoy las cosas son de otra manera, pero antes…

—Lo sé.

—*Nadie sabrá de mí* —exclamó él en voz alta—. ¡Cuántos recuerdos!

Marisa lo observó conmovida. El anciano no pudo contener las lágrimas. Sus ojos repasaban una y otra vez aquellas páginas y parecía haberse zambullido en él viajando a través del tiempo.

—¿Dónde está ella?

—¿María?

—Sí.

—No lo sé, señor Girbés. Ni siquiera sé si vive. Esperaba que usted pudiera ayudarme.

Pero él negó con la cabeza.

—Hace muchos años… —Y sonrió con ternura—. Toda una vida, ¿sabe?

—Lo sé.

El anciano se echó hacia atrás y se recostó sobre el sillón. A ella le pareció vencido. Daba la sensación de que el pasado se le venía encima.

—He pensado en María durante toda mi vida. Ahora ya soy un vejestorio y esta historia ya no le tiene por qué importar a nadie, ni siquiera a mi pobre esposa que lleva muerta una eternidad. Por eso no me avergüenza decirle que yo amé a esa mujer y que he pensado en ella más de lo que usted se imagina. Y le juro que quise volver a verla. Lo intenté, créame. Pero creo que ella nunca pudo perdonarme, fíjese, y desapareció. Después nunca me escribió. Y no hay dolor más grande

que tema llevarme a la tumba.

—No debe castigarse así, señor Girbés. No creo que deba vivir con ese temor. El amor es sufrido y no guarda rencor. El amor todo lo soporta, todo lo espera y todo lo perdona. Yo creo que María lo quiso aun después de que se hubiese separado de usted. Estoy segura.

—Yo no, señora. Yo no estoy tan seguro.

—El amor obra milagros, señor Girbés. Se lo digo yo.

—Pero con nosotros, no. —Y lo repitió—: Con nosotros no hubo milagros, y lo he lamentado muchas veces. —El anciano se recompuso y sacó un pañuelo de su bolsillo para secarse las lágrimas—. ¿Y dice que el autor del libro conoció su historia en Argentina?

—Así es. De otra manera, sería imposible que conociera todo lo que sabe de ambos. Cuando lo lea lo entenderá.

—Me gustaría hablar con él de todas formas.

—Hoy tengo que ir a verle. Si quiere puede acompañarme.

El anciano se atusó los pocos pelos que le quedaban en la cabeza y se quedó unos segundos meditando.

—Sí usted me lo permite, para mí será un placer.

—Desde luego, señor Girbés. Imagino que el autor estará interesado en conocerle también a usted. Probablemente reconstruyó esta historia con un testimonio que no imaginó tan próximo a la realidad. Solo él puede acercarnos algo más a ella.

—¿Tiene un ejemplar para mí?

—De momento, puedo dejarle este. Es el mío.

Ella se lo volvió a pasar y el rostro de aquel anciano se iluminó de una esperanza lejana.

—¿Está segura de que soy yo, señora? —le preguntó sin levantar la mirada de la portada en blanco y negro.

—¿Cómo habría llegado a usted si no?

—Que utilice nuestros nombres no es suficiente —le dijo desanimándose—. Quizás esta historia fue inventada por alguien que nos conoció, ¿me entiende?

—Es verdad. Eso sería posible. Sin embargo, quien subrayó su nombre en este libro supo que muchos años antes usted le había escrito a María. Él sabía que usted se llamaba Albert y que un día le escribió a ella. Y todo parece encajar.

El anciano la miraba desconcertado. Las palabras de Marisa eran un galimatías. Entonces Marisa introdujo nuevamente la mano en su bolso y extrajo un sobre blanco.

—Es suya. Es una carta.

—¿Mía?

Albert sintió el tacto de un añejo papel amarilleado entre sus manos y luego lo extendió intentando no romperlo.

—Lea. Quizás lo recuerde…

Sus ojos se vidriaron y Marisa estuvo segura de que le dolía recordar.

40

Barcelona, 1948

Nadie nunca supo nada de lo que te estoy contando ahora. Enterré aquella vida como si no hubiese existido, hasta convertir los rescoldos de mi juventud en un tizón. Pero siempre la tuve atascada y, a veces, cuando me llevo las manos a la garganta, la siento aquí, como si no me dejase respirar y quisiese gritar, porque en el fondo todavía soy la misma y Barcelona va y vuelve, y sigo allí, en el Passeig del Triomf, en la casa de Carlos Villader, con mi vida vacía, sin nada, mirándote en aquella cunita que nos había traído Andreu, el Cojo. Recuerdo que aquella mañana Carlos ya no estaba. Se había ido a la fundición, igual que yo también me levantaba para ir hasta el barrio del Ensanche, primero con mi tía y después sola. Entonces ya sabía que no iría más, porque Celia también había venido a verme. Me había traído unos patucos blancos tejidos por ella y me había dicho que doña Esther no me podía esperar, que la mandaba para decirme que iba a necesitar otra muchacha, que pasaría demasiado tiempo hasta que la niña se destetase y que yo ya no podía volver allí, al piso de los Girbés, y que lo sentía mucho, muchísimo, pero que ya estaba buscando una interna. Celia no sabía cómo darme la noticia, pero yo le dije que no se preocupase, que ya me lo había imaginado y ella me acarició la mano, mientras yo hacía lo mismo con tu carita y te sostenía con mi brazo izquierdo. Sabía de sobra que aquello iba a pasar y que Carlos tendría que volver a conseguir comida para venderla de estraperlo, porque no nos alcanzaría, porque sin mi sueldo pasaríamos hambre, y yo soñando con pajaritos, pensando que en Argentina hubiese alguna posibilidad para mí, y no fuese solo una utopía, intentando evitar ahogarme a manotazos, sin saber nadar. Pero tenía que hacerlo. Muchas veces he oído decir que esto o aquello es imposible, pero la desesperación es algo que explota por dentro hasta que uno siente que no tiene nada que perder. Y después de aquella noche yo creí que me volvería loca y arranqué de lo más profundo el valor que no tenía, por más que Asunción me dijese que su hijo se iba a tranquilizar, que ya lo vería, mientras ella también te miraba con una mueca de reproche que me lo decía todo.

Recuerdo que no estaba bien y que todavía me dolía al caminar, pero el miedo subía y subía hasta sentir que me rozaba la nariz. Te agarré en brazos y le dije a Asunción que me iba a la casa de mi tía Carmen y que volvería para comer de lo poco que teníamos, quizás un

caldo, patatas y algo de pan. «No hagas tonterías, María, a Carlos se le va a pasar». Me lo soltó como si hubiese pensado que me iba a encerrar en aquella casa que teníamos para vender, pero yo sabía que aquello no tenía sentido. Él hubiese venido a buscarme del mismo modo que un huracán arrasaría Poblenou y, además, no tendría nada para llevarme a la boca. Yo le insistí que no se preocupara, que volvía para comer y te abracé contra mi pecho, como si no me fuese a separar de ti nunca más en mi vida. Pero esta vez no tenía fuerzas para andar y me subí a un tranvía. Un muchacho se levantó para dejarme el asiento y el gentío me aplastó con sus miradas. Me sentía pequeñita, a la deriva, abandonada a un destino desconocido. El olor a sudor entró por mis fosas nasales como el hedor de la basura y noté que me faltaba el aire, que respirar por la boca no era suficiente para no marearme. Entonces me acordé de que ya no tenía más monedas para volver, pero que sería mejor así, aunque no llegase para comer, aunque mi vida se acabara aquel día… En mi cabeza las ideas eran un puñado de canicas zarandeándose en una de esas cajitas que llevaban los niños.

Me bajé en la Plaça Tetuán y caminé hacia el Carrer d'Aragó. Los coches y los camiones traqueteaban ruidosos, entre el vaho de un gas negro que se quedaba como una estela. Recuerdo que, aunque solo fuese por un instante, intenté imaginar qué sucedería si me lanzaba debajo de un tranvía, pero mi mente espantó aquel pensamiento abrazándote con más fuerza. Pensé que, si hubiese tenido que hacerlo, habría subido a la terraza del edificio de los Girbés para arrojarme al vacío sin mirar, pero preferí olvidarme de aquella maldad y caminé con mis piernas arrastrando a mi cabeza. No sabía muy bien qué iba a decirle, ni cómo iba a hacerlo, solo notaba que me faltaba el aire y temblaba por dentro. Ya conocía dónde trabajaba porque después del último verano había estado allí una vez. Entonces todavía pensaba demasiado en él y creía que aquel imposible tenía alguna posibilidad. Sin embargo, en aquella ocasión no me detuve frente a la gestoría desesperada, sino que pasé de largo para continuar con las cosas de la señora Esther. Aquella vez no era como aquel día en que fui a buscarlo y me clavé en el suelo mirando a través de los cristales. Era una fachada de piedra gris, con un ventanal enorme. Permanecí allí, de pie, entre los dos pequeños balcones que se asomaban a un par de metros sobre mi cabeza, justo encima del gran cartel de Gestoría Bassols. Mis ojos repasaron los escritorios del interior y solo vieron a un hombre calvo con corbata y en mangas de camisa. Yo me mantuve entera, firme, como si no pudiese esperar nada más y sin atreverme a entrar. Hasta que comenzaste a removerte entre mis brazos y a llorar de hambre, y supe que no podría darte de mamar allí, ni en la calle, tan solo suplicar en algún local que me permitiesen recogerme o

entrar en un café sin monedas en los bolsillos. Empecé a danzar, a acunarte mientras mi mirada traspasaba una y otra vez el ventanal, pero tu quejido fue en aumento, como si recordaras a Carlos zarandeándote en sus brazos, y me desesperé. El llanto emergió de muy hondo y cuando llegó a mi boca ya no pude contenerlo, tan solo apagarlo, abrazada a ti, y nuevamente mis pies comenzaron a moverse sin pensar, «*Angelet, angelet*, no llores, por favor, ayúdame, yo tengo la culpa de todo, yo, mi amor». E intenté calmarte, y una y otra vez y, cuando estaba a punto de volver la esquina oí su voz, la de Albert, y me giré vencida, sin más aliento y esperanza que el de la desesperación.

—¡María! —avanzaba entre el paso y el trote—. Espera, por favor.

Exhalé con fuerza y nuevamente arranqué a llorar. Estaba guapísimo, con un traje color café, corbata beis y chaqueta con botones cruzados. Se detuvo delante de mí y me miró con una compasión que nunca olvidaré.

—¿Adónde vas?

—La niña necesita comer —le dije.

Por un momento titubeó y miró alrededor como si buscara alguna respuesta. Tú seguías llorando.

—Ven. Vamos, no te quedes ahí.

Lo seguí hacia la gestoría. Me hizo entrar y me acomodó en un cuartito con cuatro sillones granate y una pequeña mesita de madera con extremos puntiagudos. En un escritorio de allí afuera estaba aquel señor que yo había visto y Albert le dijo que me conocía, que trabajaba en su casa e iba a amamantar al niño. «Al niño», dijo él. Nunca lo olvidaré tampoco. Después esperó fuera y, cuando te saciaste, te volviste a quedar dormida y salí a buscarle. El hombre calvo me miró de arriba abajo y luego sonrió. Yo llevaba mi mejor vestido. Lo había hecho yo misma. Era rosa, ajustado a mi cintura, con dos puños blancos en las mangas y un cuello de Peter Pan del mismo color. Albert sujetó el sombrero y me pidió que saliese con él. Caminamos hasta el café Terminus, en la confluencia del Carrer d'Aragó con el Passeig de Gràcia. Apenas nos dijimos nada por el camino, solo que él quería ir a verme, pero que no podía, claro, porque yo no lo dejaba, pero que había pensado en mí cada día desde que me fui, y que me echaba de menos, y que esperaba que volviese pronto, como si doña Esther no me hubiese mandado decir que ya no podía volver. Y cuando nos sentamos en la mesa más apartada que encontró, pidió un café y para mí un café con leche con tostadas y miel, y luego me dijo que el niño era hermoso, como yo, y yo le dije que era una niña, que se llamaba María, como yo.

—Necesito que me ayudes. —Creo que mi voz surgió tan angustiada que Albert estiró su brazo para acariciar mi mano derecha.

Pero inmediatamente se arrepintió y la apartó.

—Te dije que lo haría, María.

—Lo sé. Pero es demasiado lo que tengo que pedirte.

—Pide lo que quieras.

—Tú sabes lo que quiero. Mi vida es un infierno.

—¿Qué ha sucedido?

Mis ojos se enturbiaron, pero respiré profundamente. Te miré, lo miré a él y se lo dije.

—Es tu hija, Albert. Cualquiera que la vea y te conozca sabrá que es tu hija. Tiene la forma de tus ojos y tu expresión impresa como si llevara un sello. Anoche creí que Carlos iba a matarla. No sabes cómo se puso, pero ya le dije que no, que se equivocaba… Lo intenté todo. Pero tarde o temprano la pagará conmigo, o con ella.

Él estaba pálido. El camarero nos sirvió y los dos esperamos en silencio. Tú te removías acunada en mi brazo y tu padre te miraba como si se reconociese en ti. El café Terminus tenía cuatro mesas ocupadas cerca de la ventana y nosotros estábamos arrinconados, olvidados de todos y alejados de las ventanas.

—María, yo no sé qué decirte… Yo, yo…

—No tienes nada que decir. Solo te pido que me ayudes antes de que sea demasiado tarde.

—Pero ¿cómo?

—No tengo nada, Albert, ¿no lo entiendes?

—Me tienes a mí. Yo te ayudaré.

No era el momento, pero no pude evitarlo, y una mueca ridícula estalló en mi cara.

—¿A ti? —Pero esta vez él calló y bajó la cabeza—. Solo puedes hacerlo de una manera —acabé diciéndole—, y es embarcándome a Argentina.

Albert agrandó los ojos y se mostró desconcertado.

—Te lo devolveré cuando pueda. Allá las cosas son diferentes. Ahorraré.

—No es eso, María. Tú lo sabes. Yo quiero verte, yo quiero…

—Pero ¿qué estás diciendo, Albert? Ya está bien. ¡Por Dios! ¡No entiendes que estoy preocupada por la vida de esta niña!

—¡Él no se atreverá!

—¿Y cómo lo sabes? No es su hija.

—Nunca estará seguro.

Te miré y te acuné con los dos brazos. Sentí que el pecho me ardía y que me quedaba sin aliento.

—Si no me ayudas, no sé lo que haré —suspiré sin fuerzas—. Soy capaz de todo, Albert. ¡De todo!

De repente el llanto me superó y no pude decirle más.

—¡Tranquilízate, María! Por favor.

Bajé mi cabeza y me quedé mirando la taza humeante. Las lágrimas se derramaban lentas, como si fuesen de aceite.

—Estoy sola —le dije con angustia atascada en mi garganta—. Y no sé qué será de mí.

—¿Y qué harás tú en Argentina? ¡Tú sola!

—El tío de Celia me ayudará. Cualquiera me ayudará. Aquí apenas tenemos para comer, Albert. Tú no lo entiendes. No puedes entenderlo.

—Claro que lo entiendo.

—Pues, ayúdame. Te devolveré el dinero, te doy mi palabra. Cuando pueda, lo haré.

—Quizás. —Y volvió a titubear—. Quizás si yo pudiera ir contigo, quizás…

—Pero no lo harás, Albert. Hace tiempo que has tomado esa decisión y no te juzgo por ello. Pero basta ya. Basta, te lo ruego. —Y él calló—. Solo tú puedes ayudarme. Solo tú.

—Yo te quiero.

—Entonces me ayudarás.

Volvió a enmudecer.

—Sí, lo haré —dijo al fin.

Luego, sorpresivamente, me pidió sostenerte en brazos. Yo me levanté y te acomodé en sus manos con el mismo cuidado con el que hubiese depositado una pieza de cristal. Su cara se iluminó de ternura e, igual que un niño, sonrió y después me miró con sus ojos emocionados.

—No te preocupes, María. De verdad. Te ayudaré.

Aún después de tantos años, jamás podré olvidar aquel instante. Algunos recuerdos sostuvieron mi vida y aquel fue uno de ellos. Lo he atesorado invisible, sin que nadie pudiese registrar ese cajón de mi memoria. Hay tantas cosas que nadie sabe. Hay tantas cosas que nadie entiende. Solo yo. Tú y yo, y ese recuerdo.

Nada de lo que nos dijimos después tuvo importancia. Solo lo volví a ver una vez más en mi vida, antes de partir. Pero creo que ninguno de los dos lo sabía en aquel instante. Él me dijo que no iba a poder soportarlo y que lo perdonase, y me lo repitió mil veces. Me acarició la mejilla y me confesó que sabía que me había arruinado la vida, y yo me puse a llorar otra vez, pero en aquel momento de otra manera. Después quiso pagarme un taxi, pero yo le dije que no, y me dio veinte céntimos para el tranvía.

41

Buenos Aires, febrero de 1977

Estacionó enfrente del Luna Park y caminaron en dirección hacia el obelisco por la calle Corrientes. Atravesaron la avenida Alem, luego Florida y la avenida se fue sembrando de luces que pululaban bajo la sombra de inmensos edificios. Las carteleras de los cines y los teatros deslumbraban a viandantes que se movían por aquel gran hormiguero. En otras circunstancias, Isabel se hubiera detenido en cualquier escaparate. Quizás habría mirado zapatos, algún vestido, cinturones, bolsos, un perfume, simplemente como hacía antes, cuando todavía vivía, pero le siguió el paso callada, a su lado, desfilando entre la gente. Habían andado muchas calles de silencio. Ella no se atrevía a preguntar. Él no se atrevía a admitir.

—¿Por qué te parás?

Isabel se detuvo frente a un teatro. Cuatro inmensos círculos iluminados cubrían la acera a lo largo de veinte metros y, sobre ellos, un gran cartel: «Ópera». Los dos se quedaron observando las entradas acristaladas y los carteles del cantante Palito Ortega.

—*La sonrisa de mamá* —dijo ella—. Me gusta Palito Ortega por esa película.

—Pero hoy no tienen función.

Isabel dirigió la mirada hacia su cintura, donde estaba oculto el revólver bajo la chaqueta marrón tostado.

—No. Si es por decir —replicó con un deje de resignación—. Solo me acordé.

Jorge tenía el pelo engominado, bien peinado. Era delgado, como cuando lo conoció y el bigote ocultaba un rostro que podía ser el de un niño.

—¿A vos qué te gustaría?

En la boca de la muchacha se dibujó una mueca absurda y el coronel se sintió muy estúpido. Bajó la mirada al suelo y se quedó observando las baldosas blancas.

—Digo, ¿tenés hambre?

—Sí —le contestó rápido.

—Bueno, dale.

Isabel pensó que era el momento de correr. No iba a dispararle

entre la gente. Solo iría tras ella y ahí se acabaría todo.

Desanduvieron unos pasos por la misma vereda. Un hombre cerraba un puesto de flores ambulante y Jorge se quedó mirando una palangana de latón con tallos cortados, orquídeas y restos de lirios. Después se volvió hacia Isabel, intentando decirle algo, pero, cuando iba a hacerlo, se corrigió y continuó hasta la pizzería que estaba a unos pasos. En un cartel de Coca-Cola se leía Las Cuartetas y Jorge empujó una de las dos puertas de madera. Ella lo siguió detrás.

—¿Pedimos una grande?

Y ella solo se atrevió a asentir.

Él leía en la carta las variedades de pizzas e Isabel lo observaba. Estaban sentados pegados a la pared, en una pequeña mesa para dos. Era un local alargado, con la barra apenas a cuatro metros de ellos.

—¿Qué pizza querés? Dale, elegí.

—La que vos quieras —le contestó cohibida.

—No. Quiero que elijas vos.

Jorge no se había quitado la chaqueta porque no querría mostrar el revólver. En El Campito lo exhibían todo el día y los vigilantes jugaban a ponérselo en la cabeza. A esa hora todo sería oscuridad en el galpón. Regusto a sangre y golpes.

Isabel volvió a ojear la carta.

—La de jamón y morrones —le dijo ella.

—A mí es la que más me gusta también.

Levantó la mano, llamó al mozo y un muchacho joven les tomó nota. Tenía la tez oscura, de rasgos indígenas, e Isabel pensó que Norberto luchaba por aquella gente. Él se lo decía siempre y ella se había llegado a preguntar si a ellos les importaba algo de esos ideales.

—Quiero que me cuentes —le pidió él.

Isabel lo miró e intentó adentrarse en aquellos ojos negros. En ellos había determinación y sufrimiento.

—Ya te lo dije todo.

—No. De eso, no. Quiero que me hables de vos.

—¿De mí?

—Sí.

—¿Y qué querés que te cuente?

—¿Qué hiciste desde que nos vimos la última vez?

Ella sonrió con ironía. Le pareció ingenuo resumir su vida en un momento.

—¡Hace tanto de aquello!

—Sí, ya sé. Pero acá estamos, ¿no?

El mozo volvió con una Seven Up, un vaso con hielo, una cerveza Quilmes y un pequeño platito con maníes que dejó en el centro de la mesa. Jorge se llevó un par a la boca nada más dejarlo.

—Dale, por favor. Comé vos también. Ya no estás ahí dentro.

—¿Y dónde estoy?

—Estás conmigo, y ya está.

La última palabra sonó enérgica, con un medido estruendo. Para Isabel fue igual que dar un disparo al aire y solo se atrevió a asentir.

—Ahora contame. ¿Dónde conociste a Norberto?

E Isabel le contó. Jorge Azcona escuchaba y le preguntaba, y ella le iba desgranando su vida. Era una película desangelada, sin alma, como si no hablase de ella. Le habló de la muerte de su padre, de que hacía años que no veía a su madre, de su trabajo de maestra en el Sagrado Corazón de Jesús en Hurlingham y, entre tanto, vino la pizza. El mozo la puso en el medio, con la mozzarella derritiéndose humeante entre los pimientos morrones y sobre la masa consistente y esponjosa. Estaba cortada y él sujetó un trozo con la mano y se lo llevó al plato arrastrando los tentáculos del queso.

—Tomá. —Y Jorge le sirvió a ella también.

—Gracias.

—Un gusto. —Y la miró, mostrándole una sonrisa—. ¿Y qué pasó con tu mamá?

—La verdad es que no me gusta hablar de mi mamá.

—Como quieras.

Los dos callaron y se pusieron a comer. La gente iba entrando al local y ocupaban las mesas.

—¡Está riquísima! —exclamó él.

—Sí.

—Después te voy a llevar a acá cerca. —Hablaba como si todavía fuese un muchacho—. Hay una heladería que se llama El Vesubio. Es impresionante.

—Sí, lo que vos digas.

Silencio.

—Isabel…

—Decime.

—Vos tenías que saber, ¿me entendés? Norberto Neira estaba fichado, más que fichado. Vos entendés que tenías que saber, ¿no?

Ella lo miró con temor y, resignada, dejó que la cabeza se desplomara lentamente hacia abajo, y asintiendo.

—¿Y vos?

—¿Yo qué?

—Si vos…

—Yo nunca nada. —Y lo afirmó sin dudarlo, drástica—. Ya te lo juré mil veces.

Y lo miró a los ojos nuevamente, soportando su mirada. El coronel alargó la mano sobre el mantel blanco, como si una serpiente reptara hacia el otro lado de la mesa buscando la mano de Isabel y la cubrió con timidez, hasta acariciarla. Ella se quedó paralizada, como si le hubiese inoculado un veneno. No la quitó.

—No sé cómo ayudarte, Isabel. —Su cuerpo tembló y le costó acabar de tragar el trozo que tenía en la boca—. A mí tampoco me gusta esto, ¿sabés? —Había gravedad en su voz—. ¿Cómo va a gustarme? Nunca podrías entenderme. Nosotros no buscamos esto. Nosotros…

Y de pronto se interrumpió.

El semblante del coronel mutó. Fue la primera vez que Isabel lo vio atemorizado. Un hombre de mediana edad se situó junto a la mesa, acompañado de una mujer con gesto displicente que asintió como si saludara y siguió de largo hasta sentarse lejana.

—¡Azcona! ¡Qué casualidad!

Y en ese momento echó un vistazo a Isabel.

Jorge se puso de pie y le estrechó la mano, incómodo.

—Una gran casualidad, general.

Él volvió a mirarla.

—Esta es Isabel. Una buena amiga. —Y titubeó al hablar—. Nos encontramos ayer después de muchos años. Por esas casualidades de la vida.

El hombre alargó la mano e Isabel le devolvió el saludo empalidecida.

—La vida tiene muchas casualidades, ¿no?

Jorge tragó saliva y se repasó, nervioso, la barbilla.

—Nosotros nos dejamos a la familia y vamos a ver una película acá en Lavalle. Vamos a cenar rapidito y al cine.

—Me alegro, general. Hay que disfrutar también.

—¡Ni que lo digas! Ya estoy harto.

—¡Cómo no entenderlo!

—¿Cómo van las cosas por allá? —le preguntó, bajando el tono de voz, como si buscara toda la confidencialidad que podía aportar una pizzería.

—Sin novedades. Seguimos limpiando.

—¡Así me gusta, Azcona! —Y le dio una palmadita en el hombro—. Hay que limpiar el campo. ¡Hay que limpiar!

—Descuide.

Y volvió a mirar a Isabel.

—No lo molesto más, Azcona. Un abrazo a Susana.

—De su parte —le contestó incómodo.

—Hasta pronto, señorita. —Y esta vez solo hizo un gesto con la cabeza—. Y cuídese, por favor. —Isabel abrió mucho los ojos y no

supo qué decir—. Digo, por el golpe. —Y se señaló la mejilla.

Ella asintió como un autómata y, absorta, se repasó el moretón.

—Un accidente doméstico, general.

—Sí, claro —le contestó sonriendo con un deje de ruindad—. Quedate tranquilo, Azcona.

—Gracias.

Un silencio embarazoso sobrevino entre los dos.

—Dale —le dijo Jorge al fin—. Acabemos de cenar y vámonos rápido a la heladería.

—Como vos digas.

E Isabel se quedó pensando que ella también podía encontrarse con alguien y no sabría qué decir. Ni desaparecida, ni viva, ni muerta. Y no podría hablar, porque todo sería peor. Y ella no quería empeorar.

42

Barcelona, mayo de 2010

—¿Se acuerda de esta carta?

—Sí.

Con los años todo se podía ver mejor, con la distancia del dolor y el desarraigo.

—Léame en voz alta, señor Girbés.

Su rostro era un cirio arrugado y húmedo, pero iluminado por la emoción.

El anciano la miró y asintió con la cabeza. La carta le temblaba entre las manos. Estaba manchada por los lamparones del tiempo, pero él ya podía reconocer aquella caligrafía impecablemente alargada que alguna vez había tenido.

—Mi querida María, qué importa ya que te diga que te quiero…

43

Barcelona, 1948

Celia vino a verme un domingo y me trajo una carta de Albert. Habían pasado casi dos semanas desde que nos habíamos visto. Carlos no estaba. Más bien había dejado de estar desde que había vuelto borracho aquella noche. Ni me miraba y, cuando pasaba junto a la cunita, te curioseaba con distancia, como si no supiese qué hacer contigo. A mí no me pesaba tanto el silencio como quedarme dormida y que no pudiera protegerte. Pero me acostumbré. Y lo hice porque me desvelaba, porque a cada tanto abría los ojos para oírte respirar entre los ronquidos de Carlos, con el miedo envolviéndome en una mortaja. A veces me cuesta creer que soportara aquellos días. El aire era espeso y el temor se había hinchado tanto que apenas podía respirar. Recuerdo que pensaba mucho en Evita. Desde que había ido a España el año anterior, creo que todas las muchachas pensábamos en la esposa de Perón, pero yo durante aquellos días me aferré a ella, igual que si me postrara ante una santa. La esposa de Perón también había crecido en la pobreza y, con el empeño que nace de la necesidad, había conseguido llegar a ser actriz de seriales radiofónicos, y de folletín, tal como escuché en boca de mucha gente años después. Con desprecio me lo decían, porque no habían sentido la ingratitud de la pobreza. Han pasado muchos años y conocí a quienes la odiaron demasiado, pero nosotros entonces la adorábamos, porque había llegado a España como la esposa de un presidente argentino, el único que había decidido ayudarnos en la adversidad, y tras ella vinieron buques llenos de trigo, carne y maíz. Todos la veíamos hermosa, con aquel glamur que brillaba en las revistas y que hasta Franco se le inclinaba con fervor, mientras ella elevaba las manos entusiasmada y la muchedumbre la aclamaba por donde pasaba. Evita Duarte se había recorrido toda España y hasta en Sevilla le había caído una lluvia de flores. Gritaba que venía por los pobres, por los pobres como era yo, aquellos que queríamos ser como ella, y no porque se paseara por Galicia en el yate *Azor* junto al Generalísimo, sino porque Argentina era una tierra de oportunidades y una obrera podía llegar a tener un armario con cuatrocientos vestidos de alta costura, cien abrigos de pieles y joyas que ninguna de nosotras podría conocer en la vida.

Y aquel domingo, cuando vino a visitarme Celia, acabé pensando

mucho en ella, en Evita, como hacía mucho tiempo que no me pasaba. Llegó después de comer y me trajo un vestidito envuelto en papel de regalo color rojo. De parte de doña Esther, me dijo y, disimulando, me dio un sobre del señorito, según ella, y camino del patio enterré aquel tesoro bajo el colchón de tu cunita. Aquel día no pude ofrecerle nada. No teníamos ni para nosotras. Nuria y su madre vinieron a sentarse como si tal cosa, y yo le comenté a Celia que, en cuanto pudiese dejarte, buscaría una casa en Barcelona, y ella me explicó que tampoco lo tenía claro, que las últimas noticias del hospital de Plasencia no habían sido buenas y que, quizás, pronto tendría que irse a enterrar a su madre. No nos lo dijo con tristeza, sino más bien resignada, porque Celia era una mujer fuerte, que me reafirmó decidida que se pensaba ir para Argentina en cuanto sucediese aquello. Fue entonces cuando Asunción le dijo que no entendía lo que decía, que una mujer necesitaba de un hombre desde toda la vida de Dios y que irse así, sin más, era una locura, que en Argentina podía acabar de cualquier cosa, que se lo pensara bien y, dirigiéndose a mí también, aseguró que si Carlos no pudiese trabajar y ya no tuvieran nada más para llevarse a la boca, ella preferiría volverse a su pueblo, Orce, perdido en algún lugar entre Almería y Granada. Yo la escuchaba en silencio, mientras Celia capeaba aquel temporal ignorando su cháchara y Nuria te hacía carantoñas mientras te acunaba en brazos. Entonces se me encogió el corazón al verla así y me dije que era mejor no pensar, que era mejor no hacer como había hecho la mujer de Lot, el de la Biblia, que según mosén Pere se había convertido en una estatua de sal por mirar hacia atrás, mientras Asunción seguía con lo del campo, olvidándose del hambre que pasarían allí, porque, además de las malas cosechas, se le sumara que el aparcero solo podía sembrar lo que imponía el Servicio Nacional de Cereales, que compraba el trigo a precios ruinosos. La verdad era que en el campo acababan viviendo de una carga de leña por aquí, lo que produjera un pequeño huertito por allá y las liebres a las que diesen alcance los galgos. Por lo demás, ningún futuro. Y quizás para Asunción, en aquel momento, podía ser suficiente, pero yo no quería aquello para ti, y ni siquiera para mí, y no recuerdo cuánto tiempo se quedó Celia aquella tarde, pero al irse, ya en la puerta, me abrazó y me susurró bajito y a la oreja que tuviera paciencia, que su tío, el de Argentina, acabaría enviándole aquella carta de reclamo para trabajar en Rosario.

—Eres un sol —le repliqué—. Pero no te preocupes más. Tú no puedes hacer más.

—Confías demasiado en ese hombre, María.

Pero yo la mandé callar con el índice atravesando mis labios y le pedí que jamás se le ocurriese nombrarlo en la casa de los Villader.

Después, cuando se fue, me fui corriendo a la habitación y rescaté el sobre que había debajo de la cunita. Era de tamaño mediano, grueso, con la letra pulcra y alargada, igual que la que había visto en su escritorio algunas veces. Sentí que me faltaba el aire y mi boca se secó de golpe. Apoyé mi espalda sobre la puerta cerrada y lo sostuve con temor entre mis dedos. Carlos podía regresar en cualquier momento o Nuria venir a buscarme contigo en brazos. Mi mente chispeó con rapidez y decidí meterme el sobre debajo de la ropa, ajustado en la cintura de la falda y correr al lavabo, donde solo teníamos una letrina. Estaba tan nerviosa que cuando Asunción me vio atravesar la cocina me preguntó qué me pasaba. Nuria trajinaba con la leñera y su madre te sostenía encantada, y yo le respondí que nada, que me preocupaba lo del trabajo y que ya no volvería más a casa de los Girbés, que no había nada más, que ¿qué iba a ser si no? Después les dije que necesitaba ir al servicio. Salí al patio y busqué el cuarto de la letrina y me encerré allí. Me quedé de pie y en mis dedos tembló aquel sobre y, al abrirlo, se asomó el sello de la naviera Ybarra.

¡Ybarra!, volví a leer.

Quizás no puedas comprenderlo, pero todavía hoy, después de tantos años, aún puedo sentir mi pecho retumbando con fuerza y mi cabeza encendida de temores al leerlo. Luego me agaché, dejé en el suelo el sobre y fui desplegando los papeles: un pasaje en el vapor *Cabo San Agustín*, una autorización de Carlos Villader para que pudiese embarcar sin mi esposo, una carta de llamada de la familia Jiménez Azúa para trabajar en Buenos Aires en una finca agropecuaria y otra de puño y letra de Albert. Mis ojos repasaron las palabras aceleradamente, asombrada por su diligencia, casi sin comprender cómo había podido orquestar mi partida como un mago. Y de la misma manera que lo hubiese hecho con un tesoro, introduje nuevamente todos los papeles dentro del sobre y solo me quedé con su carta, donde me explicaba que la partida del vapor *Cabo San Agustín* para la próxima semana lo había acelerado todo y, con respecto al reclamo argentino y a la autorización de Carlos, solo eran falsificaciones que había hecho en la gestoría y que estaba seguro de que no me causarían ningún problema. El dinero era para que me alojara en el Hotel Condal la víspera de la partida, donde no me pondrían ningún problema para hospedarme, porque Albert también se había ocupado de eso. Allí él se reuniría conmigo. Solo eso decía, como si se fuera a venir también, y aquel abismo que se había iniciado cuando lo conocí se me volvió a abrir dentro y temblé de miedo y emoción a la vez.

Mi vida se transformó a partir de aquel instante. Salí del servicio confusa porque mi futuro parecía engullirme con una avalancha inesperada. Guardé de nuevo el sobre bajo el colchón y mi mirada se

transformó, observando las cosas de otra manera. Nuria había dejado a la niña en la cunita y Asunción y ella se habían sentado a jugar a las cartas sobre el mantel de hule que habían entrado de la mesa del patio. La radio sonaba sobre unos cajones de madera y una voz tonadillera inundaba la cocina mientras comenzaba a atardecer. Nuria me preguntó si quería jugar, que así sería más divertido, pero yo le dije que no, pero me las quedé mirando, intentando fotografiar aquel momento, con una nostalgia que todavía no podía comprender. Y Asunción insistió y comentó que parecía un pasmarote, y yo ahí, contemplándolas y sabiendo que no las iba a volver a ver más, que la semana siguiente cambiaría mi vida y aquellas mujeres acabarían odiándome. Entonces volví a pensar en Evita, como lo había hecho muchas otras veces, e imaginé a aquella hija ilegítima escapando de su pueblo para correr tras un sueño con apenas quince años. Y estuve así, de un lugar a otro, dando vueltas por el patio como si lo hiciese por mi vida, con mi madre y mi padre en la cabeza, y con mi tía Carmen, la pobre, que se hubiese vuelto a morir de imaginárselo. Hasta que se hizo de noche y Carlos vino con Andreu todo contento, porque iban a conseguir vino de estraperlo y tenían que viajar a Manresa con un amigo que tenía un camión, y pensaban hacerlo el fin de semana siguiente. Andreu se lo contaba a Nuria como si les hubiese tocado la lotería, pero Carlos me miraba a mí, con el gesto torcido, con sus ojos afilados de un rencor que no se le acababa, porque él lo de la niña lo tenía atascado muy dentro, muy dentro, y yo sabía que aquello no acabaría bien, nada bien y, si hubiese podido escapar aquella noche, lo hubiese hecho, de verdad, y me fui para la habitación como un rayo, porque no me atrevía a dejarte sola con él en casa, dijera Asunción lo que dijera, y en aquel momento comencé a darle vueltas en cómo escaparía de allí con lo poquito que tenía y sin que nadie se diese cuenta de que iba a desaparecer.

44

Buenos Aires, febrero de 1977

«Buenos días, sol. / Buenos días, luz. / Todo es paz. /Y Él está aquí. / Mírate, mírate, /ahí está».

¿Y cuándo lo supo? ¿Cuando su padre se lo dijo antes de morir? No. Isabel lo había sabido desde antes, casi a punto de cumplir los dieciocho. Entonces casi estuvo segura, pero se lo calló. No sabía si había sido por inocencia o por miedo, solo que lo recordaba muy bien. Había sucedido en uno de los campamentos de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Jorge ya era solo un recuerdo y ella se había ido desamarrando de su madre con rabia, mientras su padre le repetía que ella estaba enferma, que siempre había estado enferma. Pero a Isabel ya no le importaba. Solo pensaba en irse y en olvidar. Porque quizás debía olvidar para recordar.

«Buenos días, sol. / Buenos días, luz. / Todo es paz. /Y Él está aquí. / Mírate, mírate, /ahí está».

Los recuerdos de Córdoba, a unos quinientos kilómetros de Buenos Aires, eran un álbum de fotografías difusas. Solo aquel momento y un puñado de imágenes más entre las tiendas de campaña. Eran grandes lonas verdes, situadas cerca de un arroyo cercado de eucaliptos y, dentro de cada una, cuatro catres, mochilas, libros y linternas. Cada mañana las tiendas debían estar arregladas, con las camas hechas, el suelo barrido y la ropa doblada. Solo entonces se reunían para izar la bandera y cantaban el himno con fervor, como si ellos también le debiesen algo a la patria, esa patria de Jorge, por la que unos habrían de vivir mientras otros fueran a morir. Y recordaba el comedor al aire libre y con un techo de chapa que tamborileaba fuerte cuando caía un aguacero. Las mesas atravesaban la estancia unas al lado de las otras, alargadas como surcos, y ella todavía se acordaba de aquel desayuno con mate cocido y pan con manteca y miel. Luego venía la limpieza del campamento por grupos y, media hora después, todos reunidos por equipos, con los libritos en la mano, bajo los eucaliptos y, a veces,

rodeando al padre Mauro que les hablaba de la vida y de ese Dios que tarareaban en el himno apenas moviendo los labios.

«Buenos días, sol. / Buenos días, luz. / Todo es paz. /Y Él está aquí. / Mírate, mírate, /ahí está».

Y fue una mañana de aquellas. Isabel ya no podía ponerle nombre. Tan solo que el padre Mauro había estado con ellos, y ella, sola, muy sola, como había estado siempre, escuchando a aquel hombre bonachón que siempre acababa con la guitarra y con aquel himno y con aquel sol alumbrando, todo en paz y todos a mirar, a mirar. E Isabel recordaba cómo se descompuso y cómo después corrió a los baños, porque en Sierra de la Ventana montaban una ciudad de tiendas de campaña, pero allí tenían una estructura de servicios, con sus duchas y sus retretes, como si no estuviesen abandonados de la civilización. E Isabel solo se acordaba de aquella mañana, de aquel momento, y ella corriendo con su estómago flojo y el himno como un padrenuestro entre sus labios. Hay recuerdos estúpidos y aquel era uno de ellos, con su mirada clavada en un espejo del otro lado de las duchas y su boca tarareando aquella canción: «Buenos días, sol. / Buenos días, luz. / Todo es paz. /Y Él está aquí. /Mírate, mírate, /ahí está».

Isabel tenía casi dieciocho años y aquel día fue como si se mirase por primera vez, y casi pudo verlo. Mírate, mírate, ahí está, y se lo repetía una y otra vez. Mírate, mírate, y ella cara a aquel espejo, pero sin estar, porque no se reconocía, ya no podía, y abrió los ojos para distinguir sus facciones y lo fue entendiendo sin entender, mirándose, como si su sol amaneciese nuevo. No sería capaz de decir cuánto había estado así, con su rostro reflejado en la pared, solo que con el tiempo llegó a pensar que fue como una revelación. En su cabeza se desmoronaron los recuerdos y, sin poder sostenerse en pie, dudó. Luego abrió una de las puertecillas y se sentó sobre un inodoro a llorar y, apretando los ojos, sintió el mundo temblando dentro de ella, como una vez su madre sosteniendo su futuro con un sobre entre sus manos y escondida en un retrete.

Pero aquello nunca lo pudo ver. Ni siquiera imaginar.

45

Barcelona, mayo de 2010

Y ella se quedó allí sentada, con su vida hipnotizada. Su voz le llegaba lejana, con el eco del amor y del dolor resonando como en una gramola olvidada. ¡Habían sido tantos años de vacío! ¡Tantos años! Y ella siempre había estado allí dentro, en ese huequecito por el que se asomaba cuando era una niña. Entonces miraba sin comprender y pegaba el ojo como a través de una mirilla diminuta, y todo era confuso y triste, pero ella siempre allí, queda y silenciosa, en ese espacio en el que una pieza no encajaba, y ella mirando sin ver, hasta que aquella abertura comenzó a resquebrajarse y el vacío fue enorme.

—*Nadie sabrá de mí…* —susurraron sus labios.

Y allí sentada, frente a su padre, dispuesta a explicarle cómo había crecido, con todo ese vacío que había acabado por llenarlo todo, como se lo había contado a Yuri.

Luego abrió nuevamente aquel libro y repasó con los dedos la dedicatoria que él le había hecho.

Estaba allí por él y gracias a él.

«Mi querida Isabel, para que completes tu historia, la de tus padres y tus abuelos. Yuri».

46

Barcelona, junio de 1948

La suerte fue que aquel domingo Carlos y Andreu se fueron a Manresa para cargar cajas de vino. A veces es difícil explicar por qué suceden las cosas, cómo se van acomodando sin que una se dé cuenta, como si pasaran por algo y hubiese alguien que las ayudase a pasar. Supe que iban a ir el domingo y no el sábado, porque me lo contó Nuria. Carlos no me decía nada y parecía disfrutar de verme tan pequeñita cada vez que se me acercaba a mi lado. Su madre había intentado razonar con él, yo los había escuchado, pero él erre que erre con que lo dejase, que ya se le iba a pasar y que la culpa era mía, toda mía. Pero a mí ya no me importaba. Yo solo quería que no te sucediese nada y con los días me fui acostumbrando a aquel miedo, con una costra de valor que se parecía mucho a los dedos endurecidos de un guitarrista. En el fondo, parecía no creerme que él se atreviese a hacerte daño. Asunción te tejía ropitas mientras tarareaba nanas y Nuria, cuando volvía de la papelería, buscaba cualquier oportunidad para cogerte en brazos. Yo estaba segura de que ella se había arrepentido mil veces de aquello. Quiero decir, de lo de hablarle a Carlos de Albert. Ya te dije que nunca llegamos a tratar de eso, pero yo sabía que tenía que haber sido Nuria, aunque ya no me importara. Solo quería llevarme los buenos recuerdos, como cuando íbamos a la playa de la Barceloneta o, tiempo antes, cuando jugábamos al avión, a las tabas o las piedras en la calle. Entonces ni la guerra nos robaba divertirnos y Nuria arrasaba los guijarros con la mano limpiando el suelo de una pasada. Yo casi nunca podía con los cinco, pero ella los recogía sin mirar y yo me moría de rabia y le pedía que nos pasáramos a las tabas, que ahí me defendía mejor, como Carmen, otra niña que acabó muriendo de tuberculosis. Pero para las tabas hacía falta haber comido muchas piernas de cordero y nosotros probábamos tan poco la carne que, si no hubiese sido porque Nuria las conseguía en una carnicería donde limpiaba su madre, solo hubiésemos jugado a las piedras y a pintar girasoles y crisantemos en la pared de un descampado, que también nos gustaba. Por eso hubiera querido poder decirle que la quería, que si me iba no era por ella, que iba a escribirle y quizás algún día nos podríamos volver a encontrar. Pero no. Una palabra y mi vida se habría terminado, y solo de pensarlo me quedaba tiesa. Ella acabaría odiándome, como si no hubiésemos crecido juntas y, quizás, hasta se olvidaría de mí, de ti y de cualquier cosa que le recordase todo lo que

fui. Si no lo hacía Nuria, acabaría haciéndolo su hermano, y ella tendría que desterrarme también y lavar mi recuerdo.

Pero primero tenía que irme y, desde el día en que Celia me trajo aquel sobre, fui tramando cómo lo haría y resolviendo el modo de cargar mi pequeña vida conmigo. Aquella semana le dije a Asunción que iba a ir a casa de los Girbés, que no le dijese nada a Carlos, que quería pedirle a doña Esther una carta de recomendación para cuando empezara a buscar trabajo, pero que nada más. Y ella se lo creyó. Aquel día te dejé por primera vez con Asunción, que te balbuceaba cosas que no entendías mientras te acunaba en la cocina. Solo estábamos nosotras y yo aproveché para llenar dos bolsas con mis cosas y llevármelas a la casa de mi tía Carmen, donde Carlos iba a llevar las cajas de vino cuando regresara de Manresa, pero yo lo escondí todo en un armario y me dejé unas cuantas cositas para aparentar en nuestra habitación. Me temblaban las manos. Me temblaba la vida. Ya no podía ni volver atrás, yo ya no podía morir en vida y solo de pensar que Carlos podía descubrirme se me estrangulaba todo el valor. Mi tía Carmen siempre decía que el miedo paralizaba, que cuando había que afrontar las cosas era mejor no pensar en lo malo, porque el miedo era un imán para las desgracias, y aquel día corrí de la casa de mi tía Carmen al barrio del Ensanche sin pensar. Asunción me había dado los céntimos para el tranvía, para que volviese más rápido y le pudiese dar de mamar a la niña, y yo me sentí de nuevo miserable y mezquina, como nunca me había sentido.

Cuando llegué a casa de los Girbés, doña Esther estaba a punto de salir y me recibió en la puerta. Estaba bastante incómoda y me preguntó si me había gustado el abriguito que me había enviado para la niña, y yo que sí, y ella empezó a decirme que había tenido que traer a otra muchacha, pero sin mirarme a los ojos, y que me escribiría una referencia, para ir a otro trabajo, lo que quisiese, y yo que se lo agradecía, que no se preocupara, que lo entendía, pero que necesitaba pedirle un favor a Celia, que solo sería un minuto. Doña Esther sonrió relajada porque creo que pensó que iba a suplicarle y me dijo que Celia estaba en la cocina, con la chica nueva, pero que no me moviese de allí, que ella misma la iba a llamar. Después vinieron las dos juntas y la madre de Albert se alejó para dejarnos solas un momento. Celia no podía entender mi visita, pero me acerqué a ella y le susurré con voz de confesionario que el domingo me iba y que necesitaba su ayuda, la última vez, y que me perdonase, y ella asintiendo pasmada contestó que sí, pero que todavía no sabía nada de su tío de Rosario, y yo que no importaba, que lo único que le pedía era que viniese a las doce del mediodía el domingo, a lo de mi tía Carmen, y que no llamase, que yo estaría pendiente, por si había alguien más por allí, que nunca podría estar segura de nada hasta que no me alejase de

Poblenou. Celia era tan buena que no me puso problemas de nada. Solo me abrazó y me preguntó si estaba segura, y yo volví a asegurarle que sí, y me fui, pidiéndole que me despidiera de la señora Esther, que yo no quería molestarla más. Y cuando llegué a casa, después de haber corrido durante dos horas para ir y volver a tiempo, tú ni habías llorado un poquito y Asunción me dijo que eras una bendita, que Carlos acabaría adorándote, que los hombres eran muy suyos para algunas cosas, pero que ya vería cómo acabaríamos teniendo más, que la vida era muy larga y nosotros muy jóvenes.

Y cuando llegó el domingo yo tenía el estómago hecho un nudo. Aquella última noche en Poblenou soñé recuerdos de antes de la guerra, cuando iba a la escuela y mi padre y mi madre todavía estaban vivos. Por la mañana, temprano, me despertó la bocina del camión que se llevó a Carlos a Manresa y nosotras nos preparamos para ir a Sant Martí de Provençals. Había amanecido un sol limpio, con un cielo mediterráneo que invitaba a pasear por entre las casas y los huertos de más allá, por Sant Andreu. Pero cuando faltaba una hora para que nos fuésemos, yo le dije a Asunción que me quedaba, que se me había hinchado un dolor en el vientre que solo me daba ganas de estar sentada, y ella me dijo que también se quedaba. Sentí que mi corazón respiraba rápido, nervioso, temblando, y le pedí a Asunción que no lo hiciera, que era una tontería quedarse conmigo y dejar a Nuria sola, que yo estaría bien y que tal como estaba la vida no era cuestión de ir saltándose las misas. Yo estaba sentada sobre mi cama con la cara desencajada, pero no de dolor, sino de miedo. Asunción se acercó y con sus dedos elevó mi mentón lentamente.

—Sé que no lo estás pasando bien —afirmó ella. Yo entrecerré los ojos y forcé una sonrisa complaciente—. A mí no me engañas, María.

Tragué saliva, respiré hondo y esperé para contestar.

—Estoy bien, de verdad. A veces me pasa.

—Si yo sé que no es eso. —Un, dos, tres, cuatro, cinco, y nuevamente el aire entró por mi boca—. Yo sé que él te está haciendo sufrir. Pero se le pasará, ya lo verás. —Y yo asentí—. Túmbate en la cama. Hoy nos quedaremos.

Fue como si hubiese sabido que aquel navío partiría sin mí y que tendría que vivir junto a Carlos Villader para siempre.

—No, Asunción. —Y creo que hasta fui enérgica—. Quiero quedarme sola, con la niña. Váyase, así está bien. Hágalo por mí.

—No te veo bien, niña. No voy a hacerlo.

—Si no lo hace, me arrastraré con usted y con Nuria.

—Pero ¿por qué?

—Porque no tiene sentido que se quede.

—¡Eres muy terca, María!

—Hágame caso, Asunción. Se lo ruego, no le dé más vueltas. No

vale la pena, y rece por mí.

Nuria se acercó y tiró del brazo de su madre.

—Vámonos. Estará bien —le aseguró.

—¿Estás segura? —me preguntó.

—Como nunca, Asunción. Váyase, de verdad.

Su decisión se tambaleó como una moneda que oscila sobre el asfalto hasta caer del lado esperado. Realmente no sé qué habría sido de mí si se hubiese quedado, solo sé que cuando se fue sentí que una opresión liberaba mi pecho y, nada más se alejaron calle abajo, te puse unos pañales secos, recogí lo que me quedaba apretado en una bolsa y, antes de que la vida me volviese la espalda, salí al Passeig del Triomf sin mirar atrás. Celia estaría en casa de mi tía en una hora, pero yo ya no podía esperar más, ni sufrir más, ni desear nada más que aquello pasase y, sin saber muy bien lo que hacía, sin pensar demasiado en aquel destierro, me alejé con un bebé y la maleta cuadrada y puntiaguda con la que salí de casa de mis padres, bajando la cabeza para que nadie me preguntase nada y para que todos rumoreasen tiempo después, cuando yo fuese una desvergonzada, una muchacha infiel y caprichosa, quien todavía no entendía que los recuerdos son sombras que te acompañan para siempre.

47

Buenos Aires, febrero de 1977

—No te puedo llevar otra vez a mi casa. No quiero.

—¿Por qué?

—Ese tipo que viste en la pizzería, ese tipo no es un cualquiera. Come día sí y otro también con el Estado Mayor, ¿me entendés? —Ella no dijo nada—. ¡No tendría que haberte sacado de allá! —exclamó contrariado—. Fue una estupidez.

—Entonces ahora estaría muerta.

—No. De ahí, no. Digo de San Antonio de Areco. —Y apretó los puños—. ¡Parece mentira que sea tan pelotudo!

—La culpa es mía. Yo te insistí…

—Pero no para esto. No debería haberte traído. No debería haber hecho nada. ¿A quién se le ocurre?

—¿Y por qué lo hiciste?

Y entonces fue él quien calló y respiró hondamente.

—Si le da por preguntar, va a acabar sabiendo que te saqué del centro de detenciones. Si le da por preguntar, los muchachos le van a decir cómo te tacharon de la lista. Si le da por preguntar, le voy a tener que decir dónde te enterré, ¿entendés?

—Yo no te pedí nada, Jorge.

Él la miró como nunca. Sus ojos eran dos pozos de desesperación. Como los de ella.

—¿Vos creés que para mí es fácil? —Esos ojos eran una sima. Esos ojos eran un abismo y, en el fondo, ella se ahondó en su debilidad. —¡Qué más hubiera querido que dejarte ahí y que te jodieran! Dejarte y olvidarme, ¿sabés? Pero no podía. Sabía que no me lo iba a perdonar. ¡Después de tanto buscarte!

Su rostro estaba desencajado.

—Todo es una estupidez. Una enorme estupidez.

Y, de pronto, la agarró del brazo y la zarandeó.

—¿Es que no te das cuenta?

—Sí, Jorge —le contestó con temor—. ¿Cómo no me voy a dar cuenta?

—De qué. ¿De qué te das cuenta?

—De que lo hacés por mí.

Él la soltó y movió la cabeza de lado a lado, varias veces, como si fuera a enloquecer.

Habían desandado la noche en dirección al Río de la Plata, pero sin llegar al Luna Park, donde estaba el coche. Se desviaron hacia la calle Sarmiento y entraron en un hotel con el mismo nombre. Jorge la registró como su esposa y, cuando el recepcionista le pidió su documento, el coronel les mostró su credencial militar. No hizo falta más. Subieron al segundo piso, a la habitación número doce. Tenía televisión, aire acondicionado y un baño revestido de mármol blanco y con una ducha gorda y ancha que parecía una farola. El servicio incluía desayuno con café con leche, té, mate cocido, refrescos de naranja y sándwiches de jamón y queso.

—Ahora todo depende de vos. —Ella lo miró sin comprender—. Sí. Ya no podés volver, y vas a tener que creerme. Vas a tener que creerme o estás muerta. ¿Me entendés?

—Sí, Jorge.

—Si te escapás, se acabó. Fin de la historia. Si me hacés caso… —Y dudó—. No sé. Necesito pensar.

Él estaba frente a ella, como aquella tarde en Acantilados cuando sonaba el bolero de Raúl Shaw Moreno, pero no había música. Todo sonaba dentro, muy dentro, y en silencio. Con miedo.

—¿Y cómo vas a hacer?

—No sé, de verdad.

La ventana estaba abierta y las cortinas a cada uno de los lados. Podían ver el edificio de enfrente y, desde allí, también podrían verlos a ellos. Jorge se había quitado la chaqueta y había dejado la pistola sobre la mesita de luz, como si fuese un teléfono. Ella lo miraba de pie, frente a él, e iba comprendiendo. Jorge acarició sus brazos largos y desnudos y, sin que ella se resistiera, la abrazó.

—Tenés que perdonarme, Isabel.

Y él sintió cómo ella callaba y asentía a la vez.

En aquel momento fue como si pudiese recordar lo que no podía ser recordado y llegó a sentir el abrazo de sus padres en un pequeño hotel de Barcelona veintinueve años atrás. Nostalgia de un ayer que les perteneció a otros. Nostalgia de un pasado anidado en su memoria. El tiempo era un espejismo. Como si fuese real. Las horas, los días, las semanas, los años… El tiempo giraba sobre sí mismo: el fluir de las vidas y el tiempo allí, siempre avanzando sin avanzar.

—¡No me abandones, Jorge!

—No, Isabel. Esta noche, no. Susana no me espera. Hay muchas noches que no me espera.

—¡Ayudame!

Y siguieron abrazados.

Se tumbaron sobre la cama boca arriba. Solo un par de noches atrás había estado igual sobre un colchón de El Campito. Pero entonces era diferente. Entonces no podía oler aquel aroma a colonia y *aftershave*, ni el calor de un hombre, ni sentir la embriaguez de aquella noche en Buenos Aires. Parecía que el ayer era hoy y que el hoy, quizás, sería mañana: el recuerdo suspendido en un impase ya sin fin.

Ansiaba compadecer y ser compadecida y, sin darse cuenta, su mano se unió con la suya.

—¿Cómo podés, Jorge?

—No sé. —Y su voz era como la de un niño—. Es mi obligación. Algún día me vas a entender.

—¿Y mañana todo va a seguir igual?

—Para vos, no. Pero para mí, sí.

—¿Y cuánto vas a poder aguantarlo?

—Eso no importa. Nosotros no tenemos elección. Yo ya no la tengo.

—Jorge —le susurró ella.

—¿Qué?

—Gracias. —En la penumbra no lo podía ver, pero ella lloraba—. Quiero vivir.

—No deberías haberte enredado con ellos.

—Yo ya te dije…

—Ya sé. No me digas más.

Y volvieron a callar durante un tiempo. Luego ella se giró y dejó que sus palabras se acercaran a su oreja.

—Quiero que me mates vos antes que ellos, Jorge.

El coronel tenía la mirada fija en la nada. En el techo y en la nada.

—Pero no voy a poder —le contestó—. No voy a poder. Vos ya lo sabés.

Aquella noche durmieron juntos y él ni la rozó. Ella quiso pedirle varias veces que la volviera a abrazar, pero no pudo. No sabía si se lo podría perdonar. Todavía no. El amor tenía aristas dolorosas y apenas podía sostenerlo entre sus manos. Pero el recuerdo no lastimaba. El

recuerdo de Mar del Plata era cálido y esponjoso como una noche de febrero en Buenos Aires.

48

Barcelona, mayo de 2010

Isabel se lo dijo a mediados del 2001, cuando se vieron por última vez durante el viaje a Andorra. Yuri la llevó a un pequeño parador en Sant Julià de Lòria, rodeado de montañas nacaradas de luz. El hotelito parecía levitar sobre la tierra, robusto, con sus muros de mampostería y su tejado de pizarra nevado. Tenían una chimenea en la habitación e Isabel oteaba los pinares blancos abrazada a él. El mundo parecía desvanecerse allí afuera y ansió naufragar sobre aquella inmensidad. Yuri la observaba e Isabel callaba con su tazón de chocolate entre las manos. Sus ojos traspasaban el ventanal y se deslizaban por su vida recordándolo todo: lo que podría haber sido y lo que ya nunca sería. Entonces pensó en su familia y el filo de aquel amor le dolió como nunca.

No podía dejar de amarlo, pero sabía que su vida sucumbiría con él… Y cerró los ojos.

Recordaba y olvidaba. Y él también.

Aquella última noche volvieron a estar juntos, como veinticuatro años atrás en la soledad del Hotel Sarmiento. Fuera, las montañas eran oscuridad y fue como si sus hijos se hubiesen desvanecido por unas horas.

Solo ella y él. Solo ella y Yuri, e intentó olvidar… Hasta que regresase a Barcelona.

Luego se recostaron en la cama, se tomaron de la mano y en la televisión volvieron a poner *Doctor Zhivago* y, cuando más allá de medianoche la película terminó, Isabel lloró una despedida que se había prolongado desde aquel verano en la playa de Mar del Plata.

—¿Por qué llorás?

—Porque quiero que seas Yuri para siempre, Jorge.

Él miró hacia el ventanal y solo pudo intuir el reflejo de los dos, pero como si ya fuese un espejismo.

—Yo seré Yuri y vos, Lara, como Julie Christie —le dijo abrazándola. Y sentía que se le resbalaba sin moverse de su lado.

—No. Yo seré otra también. Yo seré María e Isabel a la vez.

—¡Marisa! —pronunció él en voz alta.

—Sí. Yuri y Marisa. Para siempre, pase lo que pase. Siempre nos recordaremos así.

Los dos callaron.

Jorge no lloraba, pero era porque no le habían enseñado.

—¿Te volveré a ver? —le preguntó él.

Isabel ya no contestó. Ella sí sabía llorar. Jorge, no. No podía. Solo deseaba quedarse allí para siempre, anclado a ella, y no convertirse en un recuerdo, como Omar Sharif.

49

Barcelona, junio de 1948

Un par de vecinas me preguntaron adónde me iba tan cargada, con mi bebé, mi maleta y Celia reventada de bultos que yo tenía en lo de mi tía Carmen, y yo apenas sin mirar, sin detenerme y diciéndoles que marchaba para Barcelona, y ellas a murmurar y a mí sin importarme, porque ni siquiera lo había hecho al dejar la casa de mi tía, con todos aquellos recuerdos y mi pequeña vida abierta en canal. Callejeamos hasta el Carrer del Taulat y subimos al tranvía que nos condujo hasta el puerto. Aquel camino lo había hecho muchas veces con Nuria, pero entonces ya era para no volver y en un vagón que chispeaba sobre el asfalto como si lo lastimara. Cuando descendimos, dejamos atrás el monumento a Colón señalando mi destino y, con más afán que fuerzas en mis piernas, remontamos las Ramblas hasta la Plaça Boqueria, desde donde se extendía una calle estrecha que conducía al Hotel Condal. Al llegar allí, Celia y yo empujamos la puerta y nos encontramos con un pequeño recibidor forrado de papel rojizo y floreado. Los muebles eran de un blanco roto, con formas curvas y onduladas y algunos detalles en dorado. Una gran lámpara de pergamino parecía bendecir a aquel rincón donde un empleado uniformado nos miró con desconcierto y nos preguntó qué queríamos. Yo lo contemplé entristecida y de mis labios cayeron unas pocas palabras asustadas y mi nombre. Bajó su cabeza, buscó en un libro y volvió a mirarme asintiendo. Albert Girbés, me dijo él, y esta vez asentí yo. Llamó a un muchacho que estaba por allí cerca y le pidió que cargara mis cosas hasta el primer piso. Yo le pedí que no se molestase, que yo lo haría, pero con la habilidad de un ave rapaz sujetó las bolsas y la maleta y comenzó a subir las escaleras. Celia y yo lo seguimos y al abrir la puerta encontré una habitación empapelada de verde, con una cama doble acolchada en azul cielo y con unas orquídeas blancas y violetas sobre la mesita de noche. Me adentré en aquel ambiente encogida y me asomé al pequeño servicio con un espejo sobre el lavabo, ovalado, con marco de bronce y una bañera de cuatro patas que parecía a juego. Aquel muchachito de apenas quince o dieciséis años se nos quedó esperando con los bultos en el suelo y Celia buscó en su cartera algún céntimo y lo dejó caer sobre su mano. Él lo miró con desprecio y luego se fue. Cerré la puerta y me senté sobre la cama vencida, con el temor inaudito que causa lo nuevo, pero con el terror consciente de quien acomete una locura, y recuerdo que

en aquel momento comprendí que ya no habría vuelta atrás y que en poco tiempo Nuria y Asunción comenzarían a buscarnos hasta la desesperación, porque ni siquiera les había dejado una mísera nota, nada, porque en el fondo siempre temí que algo pudiera torcerse y entonces ya no poder volver ni con una mentira. Pero recuerdo que cuando llegué a consumar mi fuga, me arrepentí de no haberlo hecho, intentando ponerme en la piel de las dos, porque no se merecían aquello, un domingo de sol y paz, con Carlos volviendo con el camión repleto de cajas de vino de Manresa y ellas, vete a saber, enloquecidas preguntando por mí y por esa pequeñita que eras tú, esa a la que no volvieron a ver nunca más.

—No les dejé ni un rastro, Celia. Se estarán volviendo locas.

—Es inútil darle vueltas. Les escribirás.

—Estaré muerta para ellas. Muerta, más que muerta. —Apoyé mi cabeza entre mis manos y por un momento dudé de todo—. Carlos irá a buscarme a casa de los Girbés —le dije a Celia—. Estoy segura.

—Nadie sabrá de ti allí, María. Te lo juro.

Me acuerdo del limbo de aquellas horas y que tú eras una bendita. Esa carita redondita, esos ojitos grandes y siempre cerrados, esa serenidad que me inundaba de amor y que le daba sentido a mi desesperación. Me quedé mirándote e intenté olvidarme de todo. Solo quería que el tiempo corriese y yo sobre él. Celia bajó a comprar dos bocadillos de jamón y yo no me moví de la habitación en todo el día, ni en toda la tarde, ni en toda la noche. Ni un pasito que pinchase aquella vida mía que estaba a punto de elevarse a un más allá que todavía no podía entender. Y cuando se hizo tarde, ya casi al atardecer, unos golpecitos sonaron en la puerta y, sin que yo preguntase nada, me dijo que era él, Albert. Celia y yo estábamos tumbadas sobre la cama, contigo en el medio, dormidita como siempre, y nosotras hablando de nuestras penas, de nada y de todo, y de cuando nos viésemos de nuevo en Argentina, desatando suavemente nuestros lazos, porque ambas sabíamos que ella tendría que irse y yo quedarme y, al día siguiente, ella quedarse y yo irme. Fue Celia quien se levantó a abrir la puerta y Albert entró con una sonrisa triste, como si se alegrara de que lo hubiese conseguido, pero ya habiendo aceptado que no me tendría más. Fue entonces cuando me despedí de Celia y le di las gracias por todo. Me abracé a mi amiga y me eché a llorar como si un dique se me hubiese derrumbado por dentro. Pensé en mi madre, en mi tía, en Nuria, en Asunción y en toda aquella pequeña vida a la que pertenecía que, aunque insignificante y pobre, era la única que había tenido. Ella también lloró, aceptando que la distancia era una especie de olvido, y yo le dije que no se preocupara, que ya había hecho demasiado, que yo ya solo estaba en las manos de Dios, y que no volviese, por lo que más quisiera, que no

volviese, no fuera a ser que alguien siguiese y mi vida se acabase allí mismo.

—Ahora estoy sola —le dije a él cuando Celia se fue—. Completamente sola.

—Yo no te dejaré, María —comentó él.

Pero Albert ya me había dejado. Lo había hecho antes de que yo bailara con él en las fiestas de Sant Roc con apenas quince años, y todo lo que estaba sucediendo entonces parecía ser más por culpa que por amor, aunque siempre lo dudase. Tuve toda una vida para dudarlo, y aún hoy continúo haciéndolo. Mi vida fue un recuerdo: un largo e inolvidable recuerdo. ¡He vuelto al Hotel Condal tantas veces! Me he mantenido allí, de pie, como un espectro que ni yo ni Albert podíamos ver, observándolos —observándome— como si el tiempo se hubiese detenido en aquella habitación a finales de junio de 1948. Todavía puedo ver la ventana abierta y el fresco de la tarde meciendo las cortinas de un blanco roto y a Albert sentado en una silla contigo en brazos, mirándote mientras dormías y sin atreverse a decir nada, porque aquella tarde hablamos poco, no solo porque era mejor ya no decirnos nada, sino porque no había mucho que decirse. Yo lo quería, ya no sé de qué manera, pero me hubiese ido al fin del mundo junto a él. Pero Albert, no. Albert no podía, y te juro que no le culpo por ello, porque si de algo puedo culparlo es de haberme enamorado, de haberme enlazado a su vida sin que yo fuese a apearme de la mía, y él lo sabía, por eso aquella tarde me volvió a repetir que lo perdonase, que él no quería que me fuese, porque no quería a Inmaculada como me quería a mí, pero que él no podía ir a ninguna parte, por más que me deseara como no había deseado a ninguna otra mujer en el mundo. Entonces te acomodó en la cama y te rodeó con las almohadas, como te había colocado yo, y me pidió que bailáramos por última vez y yo me levanté y me quedé allí, frente a Albert, entregada a su última voluntad. Él me abrazó y yo me dejé abrazar. Luego me tarareó *Carita de ángel* al oído, sin la gramola, y yo en sus brazos me sentí en un oasis otra vez y, cuando percibí que su voz se apagaba en mi cuello, un escalofrío se alargó por todo mi cuerpo. Luego su boca buscó la mía, y yo no la oculté. Me entregué como en el primer beso, pero esta vez sería la última, y los dos lo sabíamos, por eso cuando se separó de mí apartó la mirada y se asomó a la calle, porque no quería que lo viese llorar. Y cuando Barcelona se oscureció le pedí que se fuese, que no quería que nadie anduviese toda la noche buscándolo, que era lo mejor para los dos —para los tres—, y él asintió y me dijo que mañana regresaría a las nueve con un taxi y que me acompañaría al puerto, pero antes fue a comprarme otro bocadillo, esta vez de calamares, y recuerdo que cuando se fue tuve miedo de no volverlo a ver.

Aquella noche dormí abrazada a ti y no pude evitar pensar en Poblenou nuevamente. La casa de Asunción sería un hervidero de rabia y confusión y algún vecino ya les habría dicho que me habían visto cargada de bultos. Quizás la Guardia Civil habría merodeado por el barrio, pero estaba segura de que Carlos habría llevado aquel asunto de puertas hacia adentro y se habría presentado en lo de los Girbés armando alguna bulla contra Albert. Casi podía imaginar la expresión de asombro de la señora Esther, como si no pudiese aceptar aquellas habladurías de su hijo, el que se iba a casar con la pobre Inmaculada, quien jamás se debería enterar de toda aquella morralla. Luego le preguntarían a Celia, y ella a poner aquella cara de incrédula, y a negar y a preocuparse y a llorar si hacía falta, que por mí habría hecho lo que no está escrito. Pero Carlos no sacaría nada. Nada, y me lo repetía en voz alta. Nada, nada, nada, ¡por Dios! Y quise imaginar que los Girbés lo despedirían de allí con las manos vacías, y que no se encontraría con Albert, que negaría aquellas tonterías como si no fuesen con él, porque aquel hombrecillo estaría desesperado y escupiendo disparates sin fundamento, como quizás mi cabeza, donde los miedos parecían fuegos artificiales estallando sin control. Entonces Argentina todavía era un horizonte lejano y, hoy que lo recuerdo, una locura que solo pudo alentar la desesperación. Era difícil imaginar qué sería de mí allí sola, pero durante aquella noche no me preocupó nada de aquello, sino el poder escapar de mi vida, aquella vida anclada a la de Carlos Villader, con quien me había casado para sobrevivir. Y recuerdo que cuando la calle se aquietó y la noche fue espesa, sentí que todo se calmaba dentro de mí, como si el sueño meciera mi miedo y todo fuese a salir bien. Hasta que oí las Carreras por el pasillo y aquellas zancadas de gigante retumbando en la habitación del Hotel Condal. Luego comenzaron a golpear la puerta y a pronunciar mi nombre y, atravesada por el filo del terror, reconocí la desbocada voz de Carlos. La angustia emergió hasta mi garganta como un vómito y apreté los ojos con fuerza para espantar aquel momento, pero luego los golpes continuaron, uno y otro, y otro, explosiones contra una puerta que fue crujiendo vencida, y aquel débil alcázar cedió y Carlos atravesó el umbral resoplando odio, con los puños cerrados y gritándome que me iba a matar.

Fue en aquel momento cuando me incorporé en la cama, como un ahogado emerge con la boca abierta para hincharse de aire. Estaba sudada, con mi pecho agitándose nervioso, pero con la mirada fija en la puerta cerrada. Luego repasé la habitación tranquilizándome y te vi dormir serena, porque tú nunca supiste de aquellos miedos, y entonces me puse de pie y avancé hacia la ventana para sentir la brisa de la madrugada sobre mi cara. Y ya no pude dormir más.

50

Buenos Aires, febrero de 1977

Cuando Isabel se despertó, lo vio mirando por la ventana hacia la calle Sarmiento. Estaba apoyado sobre el alféizar, como si la vida le pesara. El murmullo de una mañana de domingo llegaba apagado, indolente. Ella lo llamó por su nombre y el coronel Azcona se volvió hacia ella con sus ojos desvelados. Él le dijo que tenía que irse, que esta vez iba a tener que hacerle caso de verdad. Después le pidió que bajara a desayunar, pero que no hablara con nadie. Solo tenía que esperarlo, sin más. No sabía lo que podía tardar.

Isabel asintió y le dijo que no se preocupara.

—Si vuelvo y no estás, ya no voy a poder ayudarte.

Y ella volvió a asentir. Luego Jorge se puso la chaqueta y se ajustó el revólver al cinturón.

—Tomá. —Y le puso unos billetes sobre la cama—. Para que te compres algo para almorzar.

—¿Cuánto vas a tardar?

—Ya te dije que no sé.

—Está bien.

Después desapareció y ella no dejó de sentirse prisionera.

Pasó todo el día sola viendo la televisión. Solo bajó al bufé a desayunar y más tarde para comprar un par de sándwiches y una gaseosa. A veces ella también miraba por la ventana y pensaba que él la estaba vigilando. Poner un pie en la calle para Isabel era como volver a El Campito, y ya no podría resistirlo más. No después de todo aquello. Entonces se mantuvo quieta, muy quieta, y pensó en Norberto.

Jorge volvió a eso de las ocho de la tarde.

—Vamos —le dijo él.

—¿Adónde?

—A tu casa.

Subieron al coche y atravesaron la ciudad silenciosos. Jorge sintonizó Radio Rivadavia y dejó que el tango afinara su tristeza. A veces Isabel lo miraba intentando recordar lo que había olvidado, pero después se asomaba por la ventanilla y dejaba que el viento enredara su pelo limpio. Buenos Aires se fue apagando lentamente y, sin darse

cuenta, el Chevrolet comenzó a rodar por calles lejanas.

—¿Por dónde es? —le preguntó él.

Y ella lo guio por la avenida Gobernador Vergara todo recto, entre árboles y campos, a través de una noche oscura.

—Es esa casita. La de piedra Mar del Plata —le dijo ella.

El coronel era la primera vez que la veía. Él no había estado aquella noche.

La casa estaba revuelta. El mueble del comedor parecía destripado y varios objetos se desperdigaban por el suelo y los sillones. Parecían los restos de un naufragio.

—Preparate una valija. Agarrá todo lo que puedas. Vas a viajar.

Isabel puso una valija sobre la cama y fue recogiendo algunas prendas esparcidas por todo alrededor.

—Me faltan los documentos —le dijo ella—. Se los llevaron.

—Ya lo sé. No te preocupes.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Lejos. Muy lejos.

Ella deambuló por la casa errante, rastreando recuerdos, intentando despedirse de su vida y en medio del pasillo encontró un sobre arrugado y color sepia, y recordó el día que se lo había dado su padre. Después se lo guardó en el bolsillo y, por un momento, pensó en ella. Tantos años sin verla y su madre sin buscarla, como si Isabel no hubiera existido. En ese instante el pasado le pareció un sinsentido.

—¿Cuándo voy a volver?

—No sé.

Ella se arrodilló en el suelo y recogió unos libros.

—¿Y Norberto?

—Norberto qué —dijo él. Pero lo pensó mejor y se calló—. ¿Querés saber si lo voy a ayudar también? —Pero ella ni pestañeó—. ¿Vos creés que estoy loco?

—Te entiendo.

—No, Isabel. Vos no entendés. Me juego mucho con todo esto. ¡Mucho! Tu marido no sé dónde está y es mejor que no lo sepa, ¿sabés? Por vos me la voy a jugar, pero por él no muevo ni un dedo.

—Está bien.

—Ahora hay que irse. ¿Lo tenés todo?

Y ella asintió.

—Bueno, entonces vámonos. No quiero que nos vean.

—¿Adónde me llevás?

Pero él no le contestó.

51

Barcelona, junio de 1948

Quizás estés pensando que llegué a despedirme de Albert como Glenn Edward McDuffie, aquel marinero estadounidense fotografiado en blanco y negro y doblado sobre la boca de una enfermera que se alegraba del alborozo del fin de la Segunda Guerra Mundial. Fue una foto que he visto muchas veces, con aquel gorro de marino haciendo juego con el blanco del uniforme de ella, y que pasó a la posteridad después de ser portada de la revista *Life*. Quizás te suceda como a mí que, al recordar aquella mañana en el puerto de Barcelona, llegues a desear aquel beso apasionado entre los dos, creyéndolo necesario para tus padres, porque era el más digno colofón para nuestro imposible. Pero en esta vida, hija mía, probablemente ya habrás aprendido que no todo es lo que parece, o al menos lo que debiera ser. Hace algún tiempo supe el nombre de aquel muchacho de apenas dieciocho años, quien salía del metro de Times Square camino a Brooklyn y encontró por casualidad a aquella desconocida a la que ya no vería nunca más. No me decepcioné más que mi última mañana en Barcelona, cuando aquel hombre calvo a quien había conocido en la Gestoría Bassols me recogió en el Hotel Condal con un taxi y me condujo hasta la dársena donde fondeaba el *Cabo San Agustín* con sus dos enormes chimeneas y el logotipo de Ybarra pintado de blanco sobre ellas. En el coche, me tendió un sobre con cien pesetas y una carta, y yo ya supe que era de él, de Albert, quien, con su letra prolija y alargada como el cuello de un cisne, me decía que me quería y muchas otras palabras que aquella mañana estaban vacías. Al final, me pedía que le escribiera a la gestoría, siempre a la gestoría, y que lo perdonara.

Después aquel hombre me pasó un pañuelo del bolsillo y yo me sequé las lágrimas mientras te abrazaba.

—No te dejaré hasta que embarques. No te preocupes —me dijo.

El muelle era un enredo de cajas, bultos y baúles y el gentío hormigueaba por alrededor. Esperamos a que se abriera el embarque por una rampa de madera que parecía la lengua de un reptil y ni él ni yo nos dijimos nada. Permanecí sentada sobre mi maleta cuadrada y rodeada de mis fardos, hasta que la multitud se fue ordenando en una hilera y nosotros en ella. Mi estómago era una colmena y no me atreví ni a mirar alrededor. Me sudaban las manos y tú comenzaste a revolverte nerviosa bajo el pesado aliento del sol del mediodía. Creo que la gente me observaba y que el terror era una sombra que tenía

dentro y, cuando estuve delante de aquel oficial vestido de azul y con impecables botones dorados, extendí la mano como una niña hambrienta lo hace con una escudilla para implorar comida en un campo de refugiados. Su rostro era impenetrable bajo aquella visera azul y ojeó con interés el pasaje, mis documentos y los certificados de reclamo de la inexistente familia Jiménez Azúa. Mientras tanto, todo se detenía, todo se callaba, se apagaba y se olvidaba… Casi sin aliento, casi sin más que mi presencia trémula, a punto de derrumbarse contigo en brazos y con aquel gestor —imagino que el señor Bassols— a apenas dos metros detrás de mí, un mero testigo de mi suerte o mi condena. Fue entonces cuando aquel oficial me preguntó por mi marido, por Carlos Villader, y yo me amarré a la vida con fuerza y le dije que en Argentina, que dónde iba a estar si no, que por eso viajaba, para reunirme con él, y aquel oficial volvió a revisar el documento y me advirtió que era muy peligroso viajar así, sola, tan jovencita y con aquella criaturita, pero me lo dijo devolviéndomelo todo y con una mirada torcida y analizando los bultos que me rodeaban como satélites. Yo le contesté que tenía razón, toda la razón, pero que mis padres habían muerto y mi marido se había ido para hacer las Américas, como quien dice, que mirara la carta, que estaba con el señor Jiménez Azúa, y que qué podía hacer yo, porque ni se me hubiese ocurrido viajar tan sola. Recuerdo aquel instante eterno, sospechando lo peor y anhelando lo inalcanzable. Por un momento sentí que mi insensatez iba a morir allí, y yo con ella, dispuesta a suplicar, dispuesta a todo, pero entonces en aquel instante aquel marinero agitó la mano para que se acercara un porteador, un muchacho de mi edad que cargó mis bultos y comenzó a subir la rampa como si fuese un pulpo. «Sígalo, señorita», me dijo el oficial, y yo me volví y saludé con la mano a aquel desconocido, al señor Bassols, y solo entonces reparé en los llantos y en aquella multitud desesperada como yo, y una bocanada de pena me volvió a ahogar, mientras aquel hombre me despachaba como un trámite y yo me desgarraba sola de mi mundo, el que me había engendrado y me había hecho crecer, aquel donde quedaban mis padres y mi tía. Y yo aquel día más sola que la una, abandonándome a un vacío desconocido.

Un par de horas después, el barco comenzó a separarse del muelle y mi vida tembló con el estruendo de la sirena. Todavía se me eriza la piel al recordarlo y puedo sentir el corcho de la emoción conteniendo el llanto. Aquel zumbido ronco era un aliento inmenso que se me colaba por el alma. La muchedumbre lloraba sobre las barandillas, agitando los brazos, agitando pañuelos, agitando sombreros, agitando y llorando. Nunca lo podré olvidar. Y yo observando la dársena alejarse con un hormiguero de gente, pero nadie para mí, yo sola, pensando que alguna vez había creído que Albert podría venir

conmigo, incapaz de imaginar completamente aquella soledad tan difícil de explicar, hija. Pero aquel día comencé a nacer y en aquel momento me juré olvidar, porque ya no podía mirar hacia atrás. Solo hacia adelante, hacia Buenos Aires, y te apreté con fuerzas contra mi pecho y el corcho aguantó, porque apreté mi vida para no llorar, y esta es la primera vez que lo cuento, la primera vez que me permito llorar como no lo hice en aquel momento, pero he recordado aquella vida todos los días, he sentido aquella tristeza a diario, y nunca nadie lo supo, nunca nadie supo nada de aquello, y ahora al decírtelo es como si me aliviara, como si todo volviese a suceder y yo pudiese regresar allí, a la Plaça Nova, en una noche de agosto, riéndome como si zarandeara cascabeles, con los farolillos de colores brillando sobre mi cabeza y los niños con la cucaña, y el jaleo de la gente viviendo, como si la guerra fuese ya una sombra, como lo fue mi pasado en Barcelona durante toda mi vida, pero siempre pensando en ella, y en Nuria, y en Celia, y en Albert, que me encandiló en una noche de Sant Roc mientras sonaba la música, carita de ángel, carita de ángel…

52

Buenos Aires

Solo con los años Isabel Domènec comenzaría a intuir la armonía de la imperfección que existe en todas las cosas, mucho antes de que ella pudiera saber que todo había sido escrito para que alguna vez lo entendiera. ¿Casualidad? Hacía tiempo que había dejado de creer que formaban parte de un absurdo, un sainete de vidas fortuitas que habían caído sobre la faz de la tierra como un aerolito perdido en el universo. No, Isabel ya no creía en que todo hubiese sido improvisado y, cuando veintinueve años después regresó a Barcelona sin conocer su pasado, fue porque su padre le entregó aquella carta y la guio hacia aquel mundo enterrado por María una mañana calurosa de 1948.

Pero todo había sido gracias a él, a Yuri. Él le salvó la vida y la mantuvo en el Hotel Sarmiento casi una semana después de haberla sacado de Campo de Mayo y, cuando consiguió arreglarlo todo, la condujo al aeropuerto internacional de Ezeiza y la sacó del país. Podría haber sido a cualquier otro lugar, pero Isabel le dijo que a Barcelona.

—Dame una dirección y te escribo —le pidió ella.

Y él le anotó la del campo, la de San Antonio de Areco.

Y aquella vez lo abrazó y se despidió como si lo quisiera.

—Tenés que desaparecer hasta que yo te diga, ¿me entendés? —Y ella asintió—. Perdoname, Isabel.

Fue lo último que Yuri le dijo y ella se dio media vuelta y empezó a subir por las escaleras mecánicas que la llevaban hacia el embarque.

Solo cuando comenzó a trabajar en la inmobiliaria de Barcelona, le envió la primera carta. Había pasado casi un año. No le escribió a Jorge. Entonces ya le escribía a Yuri, aunque Isabel todavía no lo entendía. Y fue como si el centro de detenciones no hubiese existido. Al coronel Azcona lo borró de su memoria y solo pensó en él, en Yuri, y en la playa de Acantilados cuando eran unos muchachos. Y le dijo que estaba bien.

Él le contestó muchos meses después y le dijo que ya no estaba en Campo de Mayo, ni siquiera instruyendo en el Colegio Militar, y que lo habían enviado lejos, muy lejos, a Bahía Blanca, porque él ya no estaba con ellos, y no estar con ellos era como no estar con la patria. Pero, aun así, tiempo después le envió un telegrama. Norberto Neira, muerto, decía, y con los años Isabel comprendió que Yuri le había hecho un regalo, porque muchas madres de desaparecidos esperarían

a sus hijos toda una vida.

Fue en aquel momento cuando apareció Antoni y la rescató de su delirio. Isabel necesitaba olvidar y empezar de nuevo, y ella quiso quererlo. Durante aquel tiempo la nostalgia la había envuelto en su burbuja y se reunía en Plaça Catalunya con argentinos exiliados que despotricaban contra la dictadura y juraban volver para continuar una guerra perdida. Isabel también soñaba con el regreso y aquello era lo único que tenía en común con ellos. Aquello, la nostalgia y el anhelo de cosas tan insignificantes como un buen asado criollo, la yerba mate, el sabor de unos alfajores Havanna o un buen dulce de leche con tostadas por la mañana. Isabel magnificó los recuerdos y lloraba por las noches recordando a su padre. Entonces fue cuando decidió escribir a su madre por primera vez y le dijo que estaba viva y que cuando terminara todo aquello iría a verla. Ella nunca le contestó.

El matrimonio con Antoni Boix fue el comienzo del fin de su desarraigo y en 1983, con su hijo Xavier de apenas un año, viajó a la Argentina con su esposo por primera vez. El gobierno democrático de Raúl Alfonsín había jurado que no habría impunidad para los autores de crímenes de Terrorismo de Estado, pero para aquel entonces Yuri ya había renegado de todo lo que había sido y su vida militar expiró entre el silencio y el fracaso. Nunca hablaron de ello. Más bien nunca volvieron a hablar de aquellos años. Isabel supo que compró miles de hectáreas y comenzó a dedicarse al trigo, a la soja y a la exportación, y que le iba bien. Su vida anterior fue como si no hubiese sucedido, sin que nadie se acordase de él, ni él de toda aquella iniquidad.

Todo aquello acabó sabiéndolo después y por carta, porque durante aquel viaje no se llegaron a ver. Todavía no había cicatrizado del todo el recuerdo. A él no lo buscó, pero a su madre sí. Regresar a su casa de Ramos Mejía fue un golpe de tristeza. Ya no estaba su padre. Una mezcla de rabia y compasión licuó su corazón. La encontró envejecida y demenciada, e Isabel estuvo convencida de que nunca había estado bien y de que su infancia había sido un cautiverio que solo cuando encajó la verdad pudo comprender. La mujer ni se sorprendió, ni se alegró de que estuviese viva. Algo se había roto entre las dos hacía muchos años. Isabel le sugirió que en un geriátrico estaría mejor y que no debía vivir sola, pero ella le respondió que no, que tenía vecinas que la querían más que lo que ella la había querido durante toda su vida. Isabel asintió callada, como cuando era una niña, y le preguntó si quería viajar a verla a Barcelona, porque después de tantos años todavía sentía el chantaje del afecto amarrando su vida. Pero volvió a decirle que no, que de su casa solo la sacarían muerta. Y así fue. Poco después del nacimiento de Estela, un año más tarde, la encontraron muerta por un escape de gas.

Entonces Argentina se le fue desvaneciendo, como si nunca le

hubiese pertenecido. Su acento porteño se fue desvirtuando y Antoni Boix la condujo a una vida cómodamente serena. Pero las cartas de Yuri continuaron llegando a su apartado de correos. Un goteo constante, esporádico y lejano que lo mantuvo en su memoria.

Isabel siempre supo que debería haber zanjado todo aquello desde el principio. No tenía una explicación racional de por qué le contestaba. Pero lo hacía. A veces sentía que algo de ella se había quedado con Yuri y con la distancia fue emergiendo la candidez de aquel primer amor. Jamás le habló de él a su marido. Jamás le habló a nadie de Yuri. Antoni supo todo lo que aparentemente debía saber: que había sido secuestrada y había sido liberada. Nada podía decirle de sus cartas con su captor. Ni se le ocurrió. Nadie podría entenderlo y mucho menos él. Pero se siguieron escribiendo y durante aquellos años comenzó a conocer a Yuri y estuvo convencida de que, si su madre no lo hubiese separado de él aquel día en Mar del Plata, los dos hubiesen acabado juntos, y él jamás hubiese sido quien acabó siendo, ni ella habría acabado siendo secuestrada. Así quiso creerlo, como si de aquella manera pudiese alterar su pasado e indultarlo de su culpa, y por eso le escribía.

Y fuese verdad o fuese mentira, el espejismo de aquel amor que nunca pudo llegar a ser infectó su corazón, y una tarde de abril de 1990 se lo encontró frente a ella, a metros de su casa y con sus hijos en los columpios. Allí comenzó aquella locura. Nadie podría haber imaginado que Isabel lo arriesgara todo por él. Pero lo hizo. Sus sentimientos se hicieron un nudo y, cuando se reunía con Yuri en el Hotel Condal, sentía punzadas de culpa y pasión a la vez. Era la estupidez del amor o el rugido de la vida vibrando bajo sus pies. Todo parecía suceder por algo y aquello también llegó a comprenderlo después, cuando leyó el libro y reconoció el mismo hotel donde se habían amado sus padres por última vez. Por eso estaba convencida de que nada sucedía por casualidad y que, si Yuri viajaba desde Buenos Aires cada cierto tiempo para encontrarse con ella en el Hotel Condal, era porque el destino de Isabel era tan inevitable como necesario.

Y fue en aquella habitación número cuatro donde ella le habló de su niñez, de su madre, de su padre y de aquel vacío que nunca había comprendido. Y una vez le leyó aquella carta que su padre le entregó en su agonía. Yuri la abrazó como si comprendiera lo que no podría haber sospechado aquel verano en Mar del Plata y, el día en que el destino condujo aquella pequeña novela hasta sus manos, estuvo convencida de que él subrayó Albert Girbés, como firmaba aquella carta de la que le habló Isabel, la que él le entregó a su madre y la que recibió de quien creyó su padre. Y supo que aquel nombre sería la llave de un secreto que había enredado la vida de todos.

53

Barcelona, junio de 1948

¿Y qué sucedió después? Pues mi otra vida, la que me encontré de golpe, esa que me enterró en la bodega del *Cabo San Agustín* durante dieciséis días. Cuando descendí las escaleras de metal por primera vez, fue con la cabeza alborotada, persiguiendo al joven porteador que me ayudó con todas mis pertenencias. El vientre de aquel vapor olía tibio y agrio a la vez y acabé acomodándome en una litera baja, junto a treinta más. Unas pequeñas lamparillas blancas iluminaban aquella oscuridad preñada de maletas, donde las mujeres se apretaban con sus hijos, algunos demasiado mayores para no dejar de mirar cuando nos cambiábamos, por eso muchas veces los obligaban a irse fuera y los chiquillos trepaban hasta cubierta para corretear como culebras en libertad. Yo me guardaba el dinero que me había dado Albert en un bolsillito de tela que me sujetaba en las bragas con un imperdible y de lo demás no me quedaba más que fiarme, porque todos íbamos igual de pobres, con nuestro equipaje revuelto de ropa vieja y recuerdos, pero con la ilusión de lo que nos contaban de Argentina y de lo que habíamos escuchado de Evita. La muchacha de la litera de arriba me hablaba de la esposa de Perón una y otra vez, como si le hubiera hecho una promesa y así fue como empecé a amigarme con ella. Con las demás también, al fin y al cabo, teníamos muchas horas para hablar, pero sobre todo con ella, con Ana, que te hacía un caso hasta allá, como si hubiese sido Nuria o Asunción y, la primera vez que te cogió en brazos, yo volví a acordarme de ellas y tuve mucha pena de lo que debían estar pasando por mí, porque las dos te querían y eso yo jamás llegué a dudarlo, por eso la culpa me daba golpes en el alma, como si hubiese tenido un péndulo dentro. Pero yo no le hablé a Ana de ellas, ni de Carlos, ni de Albert. Me acostumbré a callar y a escucharla, eso sí, que le encantaba hablarme de su isla y de su vida y de todo, porque para Ana llegar a embarcar había sido mucho, y mucho más que un sueño, más bien mucho sacrificio, porque había visto morir a su hijito hasta que se quedó sin fuerzas para llorar, y ella también. Pero a Ana no se le notaba todo aquello. No era como a mí, que llevaba la amargura arrugando mi cara. Ana me hablaba de todo aquello casi sonriendo, sintiendo que ya había pasado, igual que un puerto que se pudiese dejar atrás. Ella al menos no estaba sola, porque viajaba con su marido, Pepe. Pepe no sé qué, porque cuando nos separamos ya nunca estuve segura de su apellido. Solo recordé

habérselo escuchado una vez, cuando me mostró el documento del niño, y fue entonces cuando supe que había acabado muriendo en Barcelona y no en La Mola, en Formentera, de donde venían ellos, una isla de apenas veinte kilómetros de largo y unos siete de ancho y con apenas tres mil habitantes. Toda su familia se había dedicado al campo y el padre de él había conseguido marcharse a la Argentina antes de la guerra, y era quien los había hecho llamar entonces, y el que les había pagado el viaje y el que los había alejado del hambre y la miseria que teníamos todos, aunque unos más y otros menos. Ana me había contado que la capital, San Francisco, era poco más que un caserío. La Mola estaba en la parte alta de una meseta situada a unos cien metros sobre el nivel del mar. Era plana y áspera y guardaban el agua de la lluvia en los aljibes. Vivían del trigo, la uva, las aceitunas y los higos, y alguna vez comían carne, pero de cerdo, y apenas pescaban. Ana decía que, aun así, a veces habían llegado a pasar hambre, que solo comían de lo que les daba la tierra y de mirar aquel mar de un azul blanquecino.

Mi vida fue más fácil junto a ellos y Ana te paseaba por cubierta mientras yo sudaba mareada sobre mi colchón. En cuanto nos acercamos al Ecuador, el aire en la bodega pesó pegajoso y el calor dilató el acero. Pero aquel ambiente irrespirable era todo lo que tenía cuando apenas podía sostenerme en pie y soportaba los vómitos con una bolsa entre las manos. De no haber sido por ella, hubiera sido por cualquier otra, porque pronto me di cuenta de que no podía sola, sobre todo cuando los mareos me obligaban a cerrar los ojos.

—Tienes que salir a tomar el aire —me decía Ana—. Aquí vas a acabar enferma.

Pero yo era incapaz. No era que no quería. No podía. Pero cerraba los ojos tranquila porque tú estabas con ella, y porque te portabas como una bendita, como si no supieses llorar. Ana me decía aquello muy seguido y yo que sí, que claro que podías, y jamás le conté de cuando Carlos te agarró aquella noche como un demonio, ni de cómo temblabas después. Se me encogía el corazón de recordarlo y volvía a cerrar los ojos para que desapareciera y pensaba que en el Cabo San Antonio ya estaba a salvo, aunque malviviera mareada, pero al menos sin sentirme sola, porque Ana me ayudaba en todo y me hablaba de ti y de su niñito, como si ya hubieseis sido hermanos, pero aquel angelito desde el cielo. Y no fue hasta Río de Janeiro que me comencé a encontrar mejor, con el verdor de aquellas orillas blancas resucitándome. Aún después de tanto tiempo, todavía puedo sentir mis ojos inundados de toda aquella belleza de bahías y montañas de piedra y esmeralda sobre un mar azulado y, allá, en la cima del Cerro del Corcovado, aquel Cristo Redentor con sus brazos extendidos como un faro lejano. Quizás tú ni siquiera puedas comprenderlo, quizás

incluso tus ojos hayan visto mucho más que los míos, pero para mí era la primera vez que salía de Barcelona y comprendía que el mundo era inmenso y cercano a la vez, porque la distancia ya no importara una vez que la habíamos recorrido. Y a partir de entonces, el candado que me ataba por dentro hizo un clic y yo sentí que el nuevo mundo lo cambiaba todo y que no temía nada, ni siquiera estando sola. Y fue por aquellos días cuando les dije que nadie me esperaba en Buenos Aires y Ana abrió los ojos como se dilatan las pupilas de un gato. Ya no me atreví a decirle más, porque no sabía si lo podría entender, como no lo hubiese entendido Asunción, ni mi tía Carmen, ni mucho menos doña Esther. Pero Ana me dijo que no me preocupara, que yo me iría con ellos, que ya no estaba sola, que me iban a ayudar, y yo que no, que no podía ser una carga y que ya me habían hablado del Hotel de Inmigrantes donde me tendrían unos días y después ya se vería. Pero ella venga insistir y a contarme que su suegro les había conseguido la carta de llamada para trabajar en unos viñedos de Mendoza, a mil kilómetros de Buenos Aires, aunque en la última carta les dijera que se iba para la capital, porque allí la vida sería mejor y porque había conseguido ahorrar para abrir un almacén en el oeste de la ciudad —lo que para mí era una tienda de ultramarinos— y que trabajo habría, y mucho, y sacrificio también, aunque eso se lo callara. Y yo me hice un lío con todo aquello y dejé que los días pasaran, que cuando llegara a puerto ya tomaría una decisión, aunque me muriese de ganas de ir con ellos y Ana te abrazara como si nunca fuese a separarse de ti y a veces llegaba a parecer que hubieses sido suya desde siempre. Y recuerdo que fue ya cerca de Buenos Aires cuando la fui viendo más triste. Ana tenía un rostro bronceado, iluminado de una belleza campesina que remarcaba un par de hoyuelos en las mejillas al sonreír. A primera vista podía parecer el rostro afable y sumiso de una niña, pero con los días comprendí que detrás de aquella expresión habitaba un ser con fuerza y determinación y, cuando el Cabo San Antonio surcó el manchado mar del Río de la Plata, Ana volvió a repetirme que la acompañaría, que las dos nos iríamos juntas y que después yo ya podría hacer lo que más me conviniese. Y hasta recuerdo el momento en el que lo hablamos, el atardecer del último día. El agua estaba clara, luminosa y suavemente violeta, y un marinero nos dijo que al amanecer el río se volvía rosado y de una inmovilidad monstruosa. Fue por eso que aquella mañana me levanté temprano, para verlo yo también, que en mi vida había visto tan pocas cosas que ya no me quería perder ninguna. Y apenas rayó la primera luz, sentí mi existencia vibrar como si apenas tuviera diez años, y que todo había transcurrido lento y rápido a la vez, y que la belleza podía ser sublime aun después de todo.

—No pienso dejarte sola, ¿me entiendes? —me dijo Ana aquella

fría mañana de julio de 1948.

Los días se habían ido acortando y el invierno del sur me recordó al de Barcelona. Solo el terroso Río de la Plata lo hacía diferente y esa bruma baja que parecía envolver una ciudad fantasmal, donde sus altos edificios parecían emerger entre algodones. Y yo envuelta en mi viejo abrigo azul desgastado, el único que tenía, asentí y le dije que sí, y que si después no podía ser, yo ya vería, a fin de cuentas, mi vida se había convertido en un tablero de ajedrez con las piezas por colocar y, para colocarlas, había que comenzar a jugar, bien una partida, bien otra, pero había que empezar, donde fuera, con quien fuera, que para eso había emprendido aquella locura que la había arrastrado hasta allá. Fue la primera vez que me preguntó por tu padre y yo le dije que era mejor que lo olvidara, porque yo había atravesado el mundo para hacerlo y cuando regresé a mi litera me senté a leer la carta que me había enviado Albert, aunque ya casi me la sabía de memoria, y me resistía a dejarlo atrás para siempre. Y recuerdo que la leí porque después la metí en el sobre con una medallita de la Virgen de Montserrat, la que me regaló mi madre de niña, y que luego la acomodé en la bolsa con tu ropita, antes de que desayunáramos leche caliente y un pan reblandecido, hasta que la bodega se convirtió en un revoltijo de bultos y maletas y el gentío comenzó descender al puerto. Entonces Ana me dijo que ellos iban a bajar primero y que luego Pepe volvería a ayudarme con mis trastos, que no me preocupara, que me esperara, que no pasarían la aduana hasta que todos nos reuniésemos abajo. Quizás allí podría ayudarme algún marinero, que Pepe se encargaría de eso, que lo importante era estar seguros de que su suegro había recibido la carta y estaba allí y, si no, a buscarlo, que para eso les había dado una dirección, pero que yo aguardase allí. Recuerdo que Ana me dio un beso y me dijo que todo saldría bien, que ya estábamos en Argentina y cuando estaba a punto de abandonar nuestro inmenso camarote rebosando literas, me pidió que te dejara con ella, que para bajar sería lo más cómodo, porque después no me alcanzarían las manos, porque yo iba sola, aunque su marido viniese a ayudarme, que apenas entendía cómo había podido con todo yo al subir y, aunque no te lo creas, no titubeé, porque tú te encajaste en los brazos de Ana como si hubiesen sido los míos, y cuando le pasé la bolsa con tus cositas te di mi último beso en la frente y ellos me dejaron allí, esperando quince minutos, media hora, una hora…

Hasta que comencé a desesperarme como un pájaro enjaulado y fui la última de aquella bodega, y con la ayuda de un marino me cargué toda mi vida para reencontrarme contigo.

Pero ya no estabas. Ni ellos tampoco.

54

Buenos Aires, julio de 1948

Vivir o morir. Tictac, tictac, tictac… Y la vida sigue. Nada se detiene. Vivir o morir. Simplemente se trata de eso. Aceptar o no hacerlo, poder o no, querer o no. Y tú allí, frente a ti misma y preguntándote por qué, sintiéndote culpable, pensando que podría haber alguna explicación. Pero solo se trata de eso: aceptar o no. Hace poco vi por la televisión las imágenes del derrumbe de una casa en Oklahoma. Me llamó la atención que allí nada se mantenía en pie después del tornado. Solo había un hombre que observaba su hogar con los hombros caídos y su cara desencajada, probablemente aturdido por la necia pregunta de por qué, por qué a mí. Pero él y yo sabíamos que simplemente había sucedido. Nada podía hacer al respecto. Ni yo tampoco. Tan solo ver la luz entre los escombros. Siempre hay luz, pero hay que tomar distancia y saber esperar. Quizás pienses que es una estupidez, que nos perdimos nuestra vida juntas, pero hay algo oculto detrás de todas las cosas. Mi marido lo llamaba resignación, pero a mí siempre me gustó verlo de otra manera.

Te busqué dando manotazos entre las sombras. En mi larga existencia he pasado momentos difíciles, pero aquella mañana de julio de 1948 mi vida fue devastada y solo vi oscuridad. Una cavernosa oscuridad que se abría bajo mis pies. De aquellas horas solo recuerdo eso y que alguien me condujo hacia el Hotel de Inmigrantes. Estaba frente al puerto. Era un edificio mastodóntico, de grandes ventanales acristalados y espacios amplios. Estuve tres días tumbada y delirando entre un mar de catres, bultos y maletas. Recuerdo aquellas camas de hierro color crudo como si fuesen las de un hospital. Cuando abrí los ojos me habían desaparecido las cien pesetas que me había dado Albert y tenía todos mis bultos revueltos. Recuerdo que me senté sobre la cama a llorar y una mujer granadina que se llamaba Antonia me dijo que fuese fuerte, que si quería sobrevivir tenía que ser de acero. Con ella conseguí bajar aquellas escaleras de mármol de Carrara y atravesar los pasillos revestidos de mosaicos blancos. Paseé enclenque por las instalaciones durante horas, rezando para que todo fuese un malentendido y todavía estuvieras por allí, cerca de aquel hotel de necesitados. Sin embargo, viendo correr a los niños por las avenidas del jardín, tuve un fogonazo de lucidez y supe que ya nunca te vería crecer, ni sabría de ti, ni nada de nada y, la quinta noche en Buenos Aires, me subí a una silla, abrí la ventana y miré el vacío

deseando que los tres pisos bastasen para no sufrir más. Miré el asfalto con decisión y estuve decidida a hacerlo, pero Antonia, aquella mujer granadina, tiró de mí y me devolvió al suelo con un bofetón.

—¿Para esto has atravesado el mundo, muchacha? —Yo ya no tenía fuerzas ni para llorar—. Olvida a esa niña —me gritó—. Olvídala. Solo olvidando vivirás.

—Ya no quiero vivir.

—Siempre hay algo por lo que vivir.

Estaba sola. Muy sola.

—Solo por ella.

—Pues entonces piensa que volverás a verla.

Abrí los ojos como si respirara por ellos. Lo que aquel día me dijo Antonia no solo me salvó la vida, sino que me ayudó a comenzar a ver las cosas de otra manera. Solo era cuestión de focalizar lo que quería, costara lo que costase y tirar hacia adelante. Simplemente tan sencillo y disciplinado, pero aderezado por la esperanza. Tiempo después ya nunca volví a verla, pero jamás me alcanzarán los años para agradecerle a aquella desconocida el temblor que produjeron en mí aquellas palabras. A veces todo cambia en un instante, y no lo comprendes hasta después. No fue algo brusco, inmediato o drástico, pero me puse en pie sobre mis ruinas, como el de la foto de Oklahoma y recuerdo que decidí vivir con todas las energías que tenía mi juventud. Me juré vivir para encontrarte. Mi existencia se había vaciado en unas horas, pero aquel día comencé a comprender que debía llenarla de algo. Y la llené de ti. Era una esperanza débil que apenas entibiaba mi ser, pero fue suficiente para levantarme. Algo parecido me sucedió cuando murió mi madre y comprendí que no volvería. Necesité tiempo, primero para vaciarme y luego llenarme. Y cuando sucedió con mi tía Carmen, yo ya conocía mi interior y nunca perdí el equilibrio. Pero nadie se prepara para perder un hijo. El veneno del dolor amenazó mi corazón y solo fue un hilillo de fe el que siguió bombeándole esperanza durante aquellos primeros días, y ya no fui la misma. Cuando salí de aquel edificio fue como si me hubieran amputado algo, pero a partir de aquel momento me fui poniendo en pie, cada vez más decidida y, aunque te cueste creerlo, fue por ti. Todo lo que hacía era por ti, porque pensaba que algún día iba a suceder y yo debía tenerlo todo preparado.

En una oficina llena de cajas con fichas me escribieron una dirección y me hicieron un mapa con lápiz. Siempre me preguntaban por mi marido y yo les decía que había muerto. En el fondo no les mentía. Lo que ellos no imaginaban era que lo había matado yo. A él y a todos.

—Acá necesitan planchadoras —me dijeron—. Es fácil llegar.

Me acuerdo aquel día de invierno que me enviaron al sanatorio

Otamendi. Me envolví en mi viejo abrigo con los bolsillos rotos y deambulé muy pequeñita a través de calles anchas como nunca imaginé. Entre edificios como gigantes, florecía una ciudad llena de escaparates, ajetreo y vehículos que brillaban nuevos. Aquel día cayó un aguacero. Era una de esas tormentas furiosas que descargaban sobre Buenos Aires. Las calles se convertían en ríos correntosos y el agua lavaba la ciudad. Pero yo corrí por las avenidas igual y, cuando me detuve frente a un edificio de ventanas robustas y alargadas en la calle Azcuénaga, el agua me goteaba por todas partes, como si hubiese emergido del río. Necesitaba un trabajo, un techo donde dormir y algo de dinero para poder comer. En el Hotel de Inmigrantes ya me habían dicho que debía irme y aquella desesperación era otra soga que se ajustaba alrededor de mi cuello. Y cuando me vio el encargado del sanatorio, sentí aquella cuerda tironeando de mí, porque él me dijo que ya no necesitaban a nadie y yo me lo quedé mirando sin mirar, con los ojos idos y llenos de resignación. El agua se me escurría por la piel como un sudor helado.

—De verdad que lo siento, muchacha —me dijo—. Ayer contratamos a una mujer.

—Necesito el trabajo, señor —le supliqué—. Le juro que no se arrepentirá de mí.

—Ya está cubierto. Ojalá pudiera ayudarte.

Entonces me arrodillé. No recuerdo si fue por desesperación o para humillarme, pero caí clavada sobre el mármol del suelo y le dije que no tenía nada y que aquella nada era inmensa, que solo necesitaba una oportunidad y que me dejaría la vida planchando. El encargado me miró conmovido, con mi vida pequeñita y chorreando agua en un charco, y creo que me vio con la misericordia con la que nos ha de mirar nuestro creador y fue así como comencé a trabajar en el sanatorio: de rodillas. Aquel hombre, un malagueño que había llegado veinte años atrás, me recomendó que nunca más volviera a hacer algo así, que los inmigrantes debíamos tener dignidad, y yo le contesté que, a aquellas alturas, mi única dignidad era poder comer y salir adelante. Pero nada le dije de ti, ni que solo respiraba para poder encontrarte.

Conseguí que en el Hotel de Inmigrantes me diesen techo hasta que me pagaron mi primera semana. Fue poco, pero mucho más de lo que ganaba en Barcelona. Luego conseguí una habitación de paredes de madera y techo de chapa en el barrio de La Boca. Era un conventillo de colores vivos y estridentes, con un patio rodeado de cuartuchos y colmado de ropa extendida por todas partes. Mi vida no era fácil, pero estaba de pie. Trabajaba todo el día, de la mañana a la noche, incluidos los sábados, y me sentía muy sola, pero muy, muy sola. Los hombres me miraban con pretensiones, las mujeres desconfiaban de mí y yo solo a trabajar y trabajar, y los domingos a merodear por la

ciudad errante, para que mi hilillo de fe siguiese bombeando al corazón mientras soñaba con un milagro.

Trabajaba, olvidaba y recordaba. Y muchas veces a Celia, porque solíamos hacer aquella faena juntas. A ella le escribí una vez. Solo a ella. Me acuerdo que el papel estaba manchado de los borrones de tinta que había hecho llorando. Un año después me contestó y me dijo que su madre había muerto y que ella había conocido a un muchacho que tenía un empleo en Montpellier. De Albert me dijo que se había casado con la señorita Inmaculada y que, nada más irme, tuvo una muy gorda con Carlos, pero que ya no supieron más de él, ni de nadie de Poblenou, y yo tampoco acabé sabiendo, porque nunca tuve el valor para escribirles y, cuando lo tuve, ya había pasado mi vida y la de ellos, y me imaginé que a mí ya me habrían enterrado y que yo ya estaba bien muerta, y sin ti, como muchas veces pensé que me merecí por haberles hecho lo que les hice. No supe nada más de Barcelona, ni de Celia tampoco. Ella no me respondió nunca más y yo me la imaginé en Francia, con un futuro mejor y alguien que la mereciese. En la distancia una se figura muchas cosas y se acuerda de todavía muchas más. A tu padre, a Albert, lo recordé siempre y aún cuando cierro los ojos me parece verlo frente a mí, de traje, sonriéndome ganador y con sus ojos de un azul transparente. Pero después su rostro se me fue desfigurando lentamente, porque solo lo pude fotografiar en mi memoria. A él no le escribí tampoco y mucho menos cuando supe que ya se había casado. Entre los dos había habido demasiadas cosas de por medio, pero cuando pusimos un océano también, me fue más fácil resignarme. A los dos os llevé muy dentro de mí, escondidos muy hondo, en el rincón donde estaba mi otra vida, la que solo mi nieto Santi fue capaz de obligarme a escribir, porque ni mi marido la supo. Aquella vida, mi otra vida, se quedó para mí y, cuando me ponía a recordar, mi Juan me preguntaba qué me pasaba y yo que nada, que cosas de una y, aunque nos lo hablábamos todo, nunca fui capaz de contarle aquello: lo de Carlos, lo de Albert y lo tuyo.

55

Barcelona, mayo de 2010

Tranquilícese, señor Girbés —le dijo Isabel—. Se lo ruego.

Albert permanecía sentado en su sillón con aquella carta todavía temblando entre sus dedos. Luego la apoyó sobre la mesita y formó un par de cuencos con sus manos donde cobijó su rostro, suspirando entre hipidos. Isabel lo observaba, intentando traspasar el tiempo en búsqueda de aquel hombre del que se había enamorado su madre en una España que ya habían olvidado.

—Hoy todo es diferente —suspiró procurando aspirar el aire por la boca—. Muy diferente.

—Lo sé —le dijo ella.

Pero el anciano estaba absorto. Acababa de asomarse al pasado a través de una oquedad inesperada, como si pudiese zambullirse en un espejo que reflejaba otra vida. Los recuerdos estallaban en su cabeza y las astillas de la culpa desfiguraban su expresión.

—Revisé el correo durante años, ¿sabe? En la gestoría tomaba la precaución de hacerlo yo mismo diariamente, incluso cuando mis hijos fueron mayores. Pero nunca supe nada de ella. Ni siquiera conservé un papel, una carta, una fotografía… A María me la guardé dentro y solo mi madre supo de su existencia. Nadie más. Se reían de mí cuando preguntaba por las cartas y yo, como si nada, sobre tras sobre, uno detrás del otro, igual que si no hubiese pasado tanto tiempo desde que se había ido. Y no se crea que no era así, porque fue tal cual. Pero al final ya se me hizo una costumbre y hará unos treinta años mi hija me dijo: «¡Es como si todavía esperaras cartas de mamá!». Mi mujer ya había muerto siendo yo todavía muy joven, ¿me entiende?, y mi hija pensaba que era por ella, por su madre, porque su enfermedad había marcado mi vida. Pero no. No era por mi querida Inma, a quien amé sinceramente. Era por María. Por ella.

El anciano se detuvo y con una bocanada de aire llenó sus pulmones. Parecía un corredor exhausto en la meta de su vida.

—Déjeme que le traiga un vaso de agua —le dijo Isabel. Y sin esperar una respuesta, se dio media vuelta y se adentró por el pasillo del apartamento hasta encontrar la cocina. Abrió el mueble que estaba encima del fregadero, eligió un vaso de cristal y lo llenó de agua del grifo.

—Beba, señor Girbés.

Él vació lentamente el líquido por su garganta, como si lo

saboreara y después lo dejó sobre la mesa, junto a la carta.

—Hasta fui a Argentina, ¿sabe?

—¿A buscar a María?

—Usted ya me entiende. —Su tono se había vuelto cercano, confidencial—. ¿Cómo iba a encontrarla? Pero usted sabe cómo nos hacemos ilusiones, proyectamos cosas y soñamos. Hay gente que juega a la lotería y, solo de hacerlo, piensan que lo puede conseguir. Yo soñaba con volver a verla. Era una estupidez, pero lo tenía aquí dentro. —Y se señaló el pecho—. Ella para mí era como una lotería e intenté jugar.

—Es verdad. A veces no somos lo que somos, sino lo que queremos creer.

—Cuando me fui a Argentina tenía cincuenta y cinco años y mis hijos pusieron el grito en el cielo porque viajé solo. ¿A Argentina? ¿A qué? ¿Con quién? Pero ellos nunca iban a poder entenderme. Ni yo tampoco. Cuesta recordar cómo imaginábamos las cosas antes de que sucedieran, pero nada más aterrizar en Buenos Aires supe que encontrar a María sería tan difícil como descubrir una botella perdida en el mar.

—Yo crecí allí —le dijo ella.

Y él apenas asintió ensimismado y embebido del tiempo.

—Fui mucho más feliz cuando me acordaba de María que cuando estuve completamente seguro de que ya no volvería a verla, porque cuando regresé de Argentina aquel verano perdí toda esperanza y la sentí como a Inmaculada, tan lejos como inalcanzable.

Isabel apartó una lágrima de su mejilla borrándola con un dedo, y Albert Girbés se la quedó mirando como si lo hiciese por primera vez. A ella le temblaba la emoción en la comisura de sus labios.

—¿Quién le dio esa carta a usted? —le preguntó él. Y a ella le pareció que Albert había caído en la cuenta en ese instante.

—Es una larga historia, señor Girbés —le contestó Isabel.

Y en aquel momento debería habérselo contado, como había hecho años atrás con Yuri. Ella había repasado varias veces lo que Jorge subrayó al final del capítulo en el que desaparecía la niña, en el que desaparecía ella. Era tal como Isabel se lo había contado años después de beber aquel veneno que le había ofrecido su padre en su lecho de muerte.

Pero el anciano no necesitó saber más para comenzar a atar cabos y, en ese instante, fue como si reparara por primera vez en quien tenía enfrente. Ella lo miró y traspasó sus ojos azules. Ya eran algo más pequeños y sus cejas pobladas, entonces blancas.

—¿Recuerda a aquella niña? —le preguntó Isabel.

—Se llamaba María —le contestó sin desviar la mirada.

—Ella también desapareció.

—Solo tenía unos meses —dijo él—. María decía que se parecía a mí.

Y, por un momento, fue como si pudiese volver a verlas, a las dos.

—Pero esa niña no puede recordar todo aquello.

—No, no podría. Solo era una cría, un angelito. Yo me acuerdo —agregó él—. Dormía y soñaba y confiaba en que sus padres fuesen a estar juntos para siempre. Pero yo la alejé de mí mucho antes de que se fuera del todo.

—Fue hace mucho, señor Girbés. Ahora ya no importa.

—Sí que importa.

Él la observaba y ella sentía que el tiempo era un instante.

—A mi niña siempre la imaginé como a María, con el cuerpo esbelto y con ese rostro que tanto amaba. Y pensé que cuando la viese sucedería algo aquí dentro. —Y volvió a señalarse el pecho sin desviar la mirada.

—A veces nos equivocamos —le dijo ella.

—Pero no cuando llevamos toda una vida esperando.

Y los ojos del anciano brillaron.

—¿Y a quién ve ahora, señor Girbés?

—¿Quién le dio esa carta? —le preguntó, poniéndose de pie.

—Alguien que me quiso de verdad.

Esquivó la mesita y se quedó de pie frente a ella. Luego estiró la mano e intentó reconocerla acariciando sus mejillas. Tenía la mirada iluminada, como si observara a través del tiempo nuevamente.

—No lo entiendo —dijo él.

—Yo tampoco.

—¿Y ella?

—Probablemente intentando encontrarme, papá. —Y al decirlo rompió a llorar.

Él la abrazó, como si se sujetara a una boya en medio del mar.

56

Buenos Aires, 1948

A mi Juan lo conocí un año después en el Rincón Andaluz, en la calle Lima al 700. Empecé a ir los domingos cuando ya vivía en una pensión del barrio de Flores. Allí aprendí que el desarraigo no se terminaba con la barriga llena, ni con la prosperidad de los años de Perón. Festejaban los cumpleaños, las bodas o se reunían sin más, solo para recordar y sentirse allá, pero estando acá. Era una pequeña patria encorsetada en un local adornado con nostalgia. Recordaban olvidando u olvidaban recordando, según se vea, porque la mayoría sabía que ya no iban a volver, como yo. Y ahí conocí a mi Juan, cuando yo era un alma en pena y me paseaba por las estaciones de Once y de Constitución buscándote. A veces me imaginaba que ellos irían y vendrían, como lo hacía yo, y que entre el gentío de Buenos Aires un día llegaría a verla a ella, a Ana, destellando ante mis ojos como un cisne de nácar en el chocolate del Río de la Plata. Pasaba las mañanas de domingo observando a la gente entre las churrasquerías de la zona, merodeando por los hoteles de patios grandes donde mateaban los que viajaban desde el interior. En aquella época veías a los gauchos de bombacha, rastra y botas altas sin maletas, entre canastas y paquetes. Y un día Juan me vio por la estación de Once, dando vueltas como si estuviera perdida, y me preguntó que a quién buscaba y yo le mentí, como durante toda la vida en eso, y le dije que me gustaba pasear, que nada más, y ahí él empezó a pasear conmigo por primera vez.

Yo entonces ya sabía que Juan era buena gente. Ya te puedes imaginar que mi vida no estaba para bailes por aquel tiempo, pero el señor Vélez, el encargado del mantenimiento del sanatorio Otamendi, me dijo que, si quería conservar mi empleo, iba a tener que verme por el Rincón Andaluz. El señor Vélez me fue apreciando con los meses, e imagino que veía esa carita mía lavada de tristeza. Él no sabía todo lo que había pasado, ni que no era verdad que mi esposo hubiese muerto, ni que te habían arrancado de mí por confiada, tonta e inconsciente, tal como Asunción se lo había dicho a Celia, y a mí, que acabé escuchando aquel sermón que le había soltado sobre una travesía sola. Y durante muchos años me sentí tan culpable que me dio vergüenza desnudar aquella verdad ante los demás. Por eso, lo único que el señor Vélez podía saber de mí era que trabajaba mucho y sufría aún más, y que nunca nadie se había arrodillado delante de él

mendigándole una oportunidad como yo lo había hecho. Creo que era por eso que me hablaba como un padre y por eso me empujó al Rincón Andaluz, donde aquel malagueño tenía mucha mano. Pero a mí ya no me gustaban las fiestas y recuerdo que las aguantaba como si cayera un chaparrón, porque sentía que la felicidad ofendía tu memoria y que ya no me la merecía en la vida. Y ya no sé si fue en un cumpleaños o en un baile sin más, pero hubo un día en que Juan se me quedó mirando tieso como un pingüino, con su traje negro y su camisa impecable, el que le recuerdo de aquellos años, cabeceando para todos lados cuando yo me daba cuenta de que estaba ahí, con las manos en los bolsillos y comiéndose las uñas, porque ni siquiera se atrevía a atreverse. A mí enseguida me vino a la cabeza el día en que Albert me sacó a bailar en la Plaça Nova, aunque los dos no se parecían en nada, y quizás por eso tardé tanto tiempo en empezar a quererlo. Aquel día fue la primera vez que caí en la cuenta de que existía y, solo un mes después, se lanzó a dirigirme la palabra. Sucedió en una lotería que organizaron un sábado por la noche, y aquella vez solo llegamos a hablar de números.

Y el día que me lo encontré por la estación de Once me había estado siguiendo, aunque de aquello me enteré mucho después, cuando ya nos hicimos novios. Entonces fui sabiendo que Juan era hijo de gallegos, que tenía veinticinco años y vivía en Devoto, el barrio donde no podían vivir los de Belgrano, según él, porque en Belgrano había otro ambiente, con calles sombreadas y construcciones pomposas, extranjeros paseando al perro y chicos en bicicleta con el uniforme del colegio inglés. A Juan le volvían locos los tangos de Carlos Gardel e imitaba su peinado engominado y, aunque trabajara en una carpintería, los fines de semana yo siempre lo veía de punta en blanco y con los zapatos bien lustrados. Había emigrado con sus padres cuando era niño y tenía el acento porteño con un deje español. Fui queriéndolo poco a poco, hasta que me di cuenta de que, para darle una oportunidad a él, debía dármela a mí primero.

Ahora, echando la mirada hacia atrás, recuerdo que me acompañaba por Buenos Aires muchas veces callado, como si supiese que lo que yo buscaba no se podía pronunciar, porque lo tenía bien guardado bajo mi piel. Él nunca me lo preguntó y yo tampoco nunca se lo conté tampoco. Solo puedo decirte que conocí la ciudad durante aquellos años de obsesión. Al fin y al cabo, no podía encontrarte de ninguna otra manera. No era estupidez ni desesperación: era el instinto del amor, todo lo que necesitaba para irme despidiendo de ti lenta, muy lentamente. Y recuerdo ir andando por la avenida Sáenz alejándome de la ciudad y llegar hasta el puente Alsina, para encontrarme con la avenida Coronel Roca nada más girar a la derecha y, después de varias calles, toparme con aquellas casitas del arrabal

del barrio Nueva Pompeya y donde la inmensa pampa sorprende de golpe. Aquella era una tierra virgen, sin sembrados, sin huellas, con pastos y espadañas asomando de campos, lagunas y horizonte. Buenos Aires era una espesura de edificios y cemento extendiéndose sobre una tierra verde y húmeda y, en Flores, donde yo vivía entonces, más allá de los árboles del cementerio, podía divisar ranchos, casas de adobe y algunas pulperías. Hacia allá iba creciendo el extrarradio, metro a metro, y era fácil encontrar aplanadoras rodeadas de un enjambre de obreros pico en mano, entre adoquines y betún, expandiendo la mancha de cemento sobre el campo. En aquel tiempo las casitas convivían con las huertitas y los potreros donde jugaban al fútbol. No hubo lugar donde no pensara en ti. No hubo paseo donde no me quedara mirando a los niños, ni vida que me alcanzase para calmar mi ceguera.

—Tengo una idea —me dijo Juan un domingo paseando por Plaza de Mayo—. Vení.

Atravesamos la zona bancaria, desde Reconquista hasta San Martín, y caminamos largo rato por la señorial y tranquila avenida Santa Fe. Por aquel entonces Palermo era un oasis apartado de la ciudad y los porteños paseaban sobre el césped, entre acacias de flores amarillas y ombúes como los que se salpicaban por toda la ciudad. Se llegaba hasta aquel pulmón verde después de una caminata desde Plaza Italia, pero nosotros lo dejamos atrás y nos sentamos frente al río, en la Costanera Norte. Desde allí el perfil de Buenos Aires era poderoso y podía divisar el esplendor de los edificios, entre ellos el Kavanagh, el Safico, el Comega, y erguida con orgullo, la Torre de los Ingleses. La ciudad era una maraña de construcciones de diferentes alturas y, al darnos la vuelta, teníamos la anchura de aquel río mar de barro.

—No sé lo que trajiste de allá —y con su índice señaló la mancha oscura del agua hacia el norte—, pero es hora de que lo dejes atrás. ¿Me entendés, María? —Yo bajé la cabeza y pensé en ti. Y también en mi madre, en mi tía, en Nuria, en tu padre, en Barcelona…—. Sea lo que sea, ya es hora de que lo sueltes, porque no lo podés cambiar. Mi abuelo decía: vivir o morir, Juan. Solo así se le planta cara a la vida. —Tu recuerdo era un aguijón que me hacía tanto daño que a veces sentía que se me había quedado algo infectado por dentro—. No sé por qué sufrís tanto, pero es hora de que dejes caer ese peso que llevás dentro. Que lo dejes caer y se vaya al fondo del río.

—Lo sé —le susurré.

El viento arreciaba con fuerza y las olas parecían pañuelos blancos sobre un mar oscuro. Recuerdo aquel día como si fuera hoy, como toda esa vida que te fui contando, y casi puedo sentir lo mismo, porque quise creer que estarías bien y que Ana se habría encariñado contigo, como si tú fueses aquel niñito que se le había quedado

muerto en Barcelona. Y quizás te parezca una candidez, incluso una cobarde que no quería tirar de rabia para encontrarte, pero no tenía más para poder seguir adelante. Ya no podía, mi vida. Te lo juro por mi madre, que no podía. Ya no más mentirme y engañarme, como si me estuvieses esperando en cualquier esquina. Y me lo creí. Quise creérmelo, necesitaba hacerlo, porque aquella culpa me pesaba demasiado y ya no podía más con ella.

Me casé con Juan en 1951, como si nunca lo hubiese hecho en Sant Martí de Provençals casi cuatro años atrás. Sentí que Carlos no había existido y que Barcelona había sido sepultada en mí, tan honda y profunda que nadie supo de ella hasta hoy, que te escribo. No sé si aquella vida murió o la acabé matando, solo sé que todo lo que quedó de ella fue a parar a un sepulcro al que solo acudía yo cuando me quedaba sola con mis pensamientos, recordando y mirando para adentro. Y siempre pensando en ti, aunque fuesen llegando mis otros hijos, aunque mi otra vida fuese creciendo y yo con ella, porque fui feliz, muy feliz.

Mi Juan era un hombre bueno y trabajador. En Argentina no se pasaba hambre, pero se trabajaba mucho. Él pasó de carpintero a tornero y de tornero a zapatero. Yo al principio continué planchando en el sanatorio Otamendi, pero cuando nació tu hermana Nuria lo tuve que dejar y, al tiempo, a Juan se le ocurrió montar una tiendita donde vendía quesos, fiambres y aceitunas, y las cosas nos fueron yendo mejor, mucho mejor. Y Juan un día me preguntó si tenía fuerzas para volver a empezar y si me atrevía a seguirlo a La Rioja, cerca de Chile, donde tenía un primo que hacía aceitunas. Yo al principio pensé que se había vuelto loco y me acordé de los años en que Carlos viajaba para conseguir víveres para el estraperlo. Pero yo me fiaba tanto de él que podría haberme conducido hasta un despeñadero, y allá nos fuimos, a más de mil kilómetros de Buenos Aires, con nuestra vida a cuestas.

Nada más llegar alquiló una fábrica y el primer año elaboró cien toneladas de aceitunas y, al siguiente, empezamos con la producción a gran escala y mandábamos las barricas hacia Buenos Aires. Por aquellos años nació tu hermana Carmen, en 1956, y Juan compró más tierras y plantamos más olivos. Año tras año fue aumentando la producción y así empezamos con el aceite de oliva y a comerciarlo por toda Argentina y, con los años, a más de treinta países más, como una de las empresas más prósperas del país. Y al mirar atrás, cuando recuerdo aquella vida de penurias en la que crecí, siento compasión por aquella muchacha que fui y, cuando mis nietos a veces me pedían que les contara de cuando era una niña, a mí se me trababan las palabras, porque me dolía recordar todo aquello.

Y a ti, María: mi otra vida.

Pero hace unos meses, el hijo de tu hermana Celia, mi nieto Santi —tengo nueve, ¿sabes?, pero solo por él te estoy escribiendo—, me llevó por nuestras tierras de viñedos, las que mi marido compró veinte años atrás, cuando comprendió que podía seguir creciendo junto a los olivares, y así nació nuestra bodega. Son hectáreas surcadas por kilómetros de vides de un verde amarillento y con un horizonte de montañas. Y ya hace más de cinco años que él murió y mi Juan siempre me decía que Santi llevaba nuestro negocio en las venas y que ninguno de sus hijos amaba aquellas tierras como aquel muchacho. Paseábamos andando por un sendero que parecía conducirnos hacia la cordillera y nos sentamos a saborear una tarde primaveral bajo la sombra de un fresno.

—Parece que fueras una muchacha, abuela —me dijo él.

Yo me reí. Hacía algunos meses que pasaba de los ochenta y cuatro, pero continuaba ocupándome de la casa, del jardín y vagaba por nuestro valle verde hasta el bosque de algarrobos.

—Cuando lo era de verdad, construimos todo lo que ves. Ahora me dedico a contemplarlo.

—¿Y cómo fue? —me preguntó—. Quiero decir, nunca se te ocurrió escribir sobre cómo empezó todo. Incluso desde antes de que conocieras al abuelo, cuando vivías en Barcelona.

—De aquello hace tanto tiempo que a veces me cuesta acordarme, Santi —le mentí.

—¡La de historia que debe haber en tu vida, abuela!

—Como todas las vidas: esfuerzo, sacrificio y mucha ilusión.

—Deberías escribirlo. —Y me abrazó—. Desde que tengo memoria siempre te veo con un lápiz y un cuaderno.

—¡Va! ¡Tonterías! A veces me gusta anotarme algunas cositas que pienso. Nada más.

—¿Y por qué no escribís tu historia?

—¿A quién le iban a interesar las cosas de una vieja?

—A mí, por ejemplo. Llegará un día en que ya no estés y nadie la va a poder contar por vos.

Y me quedé pensando en eso, porque era verdad y porque sé que se me escapa la vida.

—Yo no sé escribir historias, Santi.

—Entonces, escribime una carta. A mí o a quien quieras. Me acuerdo que tuve una profesora que me decía que escribir una novela era como contarle algo a alguien que te escuchase, como si charlaras con él.

—¡Esa maestra tendría que venir a explicarme a mí! Aunque te parezca increíble, pocas cartas escribí en mi vida.

—¿Por qué no probás?

Y probé.

Aquello fue la génesis de esta carta, mi amor. Recuerdo que cuando llegué a casa regué los geranios, me preparé un té y me senté en la cocina con un cuaderno nuevo en la mano. De pronto, después de tantos años pensando en ti y sin que nadie se enterase, pensé que no podría morirme sin decírtelo, ni sin que Santi y los demás lo supiesen. ¿Cómo podía irme sin que mi familia conociese tu existencia? ¿Cómo podía abandonarte para siempre en aquel sepulcro donde te había enterrado? Y en ese momento cerré los ojos y volví a volar hacia adentro, como si sobrevolara la tierra del tiempo hasta llegar a una noche de agosto, en Barcelona, cuando conocí a tu padre y tenía muchos pájaros en mi cabeza. Entonces nunca sospeché que vendrías al mundo para pasar mi vida sin ti, ni que escribiría esta novela como un náufrago lanza su botella al mar, esperando que algún día la leas y sepas que eres tú, y que soy yo, aunque nunca te lo hubieses imaginado.

Diciembre de 2008

57

Barcelona, mayo de 2010

El hotel Barcelona Catedral estaba ubicado en el estrecho Carrer dels Capellans, a una decena de metros de la Plaça Nova y de la catedral. Isabel atravesó el *hall* junto a Albert Girbés, que avanzaba a apenas unos pasos detrás ella, pero bien erguido, intentando mantenerse con dignidad ante la vida. Llevaba un pañuelo en el bolsillo de su chaqueta a cuadros color gris y una mirada que se había vuelto inesperadamente impaciente.

Ella pidió en recepción que avisasen a Javier Arias, mientras él se sentó a esperar en los sillones.

—Déjeme verla otra vez, por favor —le rogó el anciano cuando la mujer se acomodaba a su lado.

Isabel le pasó aquella carta una vez más, la que había escrito más de sesenta años atrás y la que María había acabado leyendo en un taxi camino al puerto de Barcelona. Entonces recordó cuando se la entregó al señor Bassols. Siempre lo había recordado. Aquel hombre había guardado el secreto como si el asunto de aquella muchacha no hubiese pasado por la gestoría, y nunca volvieron a hablar de ello, tan solo el día de su boda con Inmaculada, cuando se le acercó, lo abrazó y le dijo: «Bien hecho, muchacho, bien hecho». Después, nunca más, ni Albert a él, tampoco.

—Me gustaría conservarla, Isabel.

—Es suya. Yo ya no la necesito.

Llevaba leyéndola desde que su padre se la había entregado moribundo y, cada vez que la sostenía entre las manos, se acababa acordando de él, de Pepe Domènec, quien la había querido como si Isabel llevara su propia sangre. Pero aquel papel amarillento firmado por Albert, tan solo Albert, a ella ya no le servía de nada y, con tristeza, pensó que aquella mañana en que su madre partió de Barcelona, a ella también le había servido de bien poco.

Isabel había pensado en su madre, en María, muchas veces, pero en silencio. Incluso cuando no sabía de su existencia, también la había presentido, pero sin descubrir sus ecos. Ella siempre quiso creer que su madre había removido cielo y tierra para encontrarla y le costó entender cómo sus padres adoptivos se habían atrevido a hacer lo que habían hecho. El día que su padre le confesó la verdad, su vida se desmoronó con tanto odio que, aunque tenía la muerte ya calcada en su piel, Isabel no pudo evitar clavar su rabia sobre su agonía y quiso

que muriese negándole su perdón, abandonado del amor filial que había procurado. Fue por eso que su muerte le dejó aquella profunda sima de soledad y tardó muchos años en aliviar esa culpa que sentía por haberlo despedido enferma de rencor.

Su padre había sido responsable de su vida robada. Era verdad. Pero Pepe Domènec supo de aquel secuestro poco antes de subir al coche que los sacaba del puerto. Ana le dijo que, si aquella niña no se iba con ella, se tiraría del puente que atravesaba el riachuelo, y se lo juró con una convicción tal que la creyó capaz de cualquier locura. Según Ana, aquella muchacha no engañaba a nadie: era una buscona soltera y bonita que acabaría abandonando a la cría en cualquier parte, sin padre, ni madre, ni nadie a quien le importase nada de ella. Y cargó tanta rabia contra María, que a sus ojos acabó siendo una mujerzuela y, en aquel momento, estuvo convencido de que su mujer estaba completamente decidida a emprender su plan con tal de acallar el dolor que sentía por la muerte de su hijo en Barcelona. Su padre ya sabía que Ana había estado cerca de perder el juicio entonces y, no era solo por la pérdida de aquel niño, sino porque siempre había tenido un carácter de temer. Isabel nunca estuvo segura de si su padre actuó con estupidez, amor o temor, solo entendió que fue un momento de ofuscación y debilidad, y su vida cambió para siempre. Fue un arrebato de ruindad, y aquello hirvió en su sangre mucho tiempo, hasta creer que jamás podría perdonarlo. Ana entró en un coche con la niña en brazos, con el mismo coraje y maldad que cuando degollaba algún cerdo en Formentera, e Isabel se preguntó muchas veces si su padre no podría haber hecho algo más por ella, y continuó acusándolo de tragar aquella locura con una complicidad inadmisible.

Sin embargo, nunca dudó de su amor y estuvo convencida de que aquel pecado se le había atascado en su alma con vergüenza. Por eso se lo acabó contando todo, e Isabel acabó perdonándolo. Pero con los años, cuando ya no pudo evitar echarlo de menos. Y en su recuerdo ya no hubo rencor, sino algo parecido a la resignación.

No obstante, con su madre fue diferente. Ana se hubiese llevado aquel secreto a la tumba. Incluso, cuando Isabel supo la verdad, ella nunca quiso contestarle a nada. Solo la miraba con desaire y, como muchas otras ocasiones en su vida, la llamó desagradecida.

Su madre, esa mujer ciega y envidiosa, como le gritó Isabel con su voz cargada de desesperación, la había amado con tanto egoísmo y temor como si aquella niña hubiese sido una propiedad. Fue por ello que dejó de llamarla María y le puso Isabel y fue por eso que, después, durante su infancia, la encerró entre miedos, siempre medrosa de que su madre legítima pudiese aparecer por el barrio para arrebatarle lo que su ambición había hecho suyo. Y, mientras tanto, su padre callaba, la protegía como podía y, con los años, fue descubriendo que

la mujer con la que había luchado por una vida mejor se había convertido en una paranoica. Aquello también lo acabó aceptando, bien porque la quería, bien porque la temía. Él sí. Pero Isabel, no. Por eso, cuando supo la verdad, a ella ya no pudo perdonarla.

Isabel movió la cabeza de un lado a otro intentando espantar aquellos recuerdos y Albert Girbés puso su mano sobre la suya.

—Todo fue culpa mía —le dijo, como si pudiera adivinar sus pensamientos.

—No creo que tenga culpa de lo que otros me hayan hecho sufrir en esta vida.

—Todo habría sido diferente si yo me hubiese casado con ella.

—Es muy fácil juzgar la vida cuando la recordamos. Debería saberlo.

Pero él no llegó a contestarle, porque Javier Arias apareció frente a ellos, y los dos se pusieron de pie.

—Gracias por recibirme —le dijo Isabel estrechándole la mano—. Quiero presentarle a alguien.

Y se lo quedó mirando, como si pudiera reconocerlo.

—Es Albert Girbés, señor Arias.

El hombre agrandó los ojos y frunció su entrecejo con sorpresa.

—¿Es usted el hijo del médico? —le preguntó, dándole la mano con efusividad—. ¿El que vivía en el Carrer de València?

—El mismo.

El semblante del escritor era un pasmo y les pidió a ambos que volviesen a sentarse.

—¡Vaya! —exclamó—. Jamás pensé que llegara a conocerlo. Estoy sorprendido, de verdad. Le agradezco mucho esto, señora. —Y en ese momento se giró hacia Isabel.

—Ya le dije que tenía algo que le podía interesar.

—Nunca imaginé que esto podría darse. Más bien lo creí una posibilidad remota.

—No es tan remoto utilizando mi nombre, ¿no cree? —le dijo el anciano.

—Es verdad.

Isabel y el escritor cruzaron las miradas y ella comprendió que él se refería a que no había esperado encontrarlo vivo, pero su padre parecía no haberlo entendido.

—¡Cuántas cosas para preguntarle, señor Girbés! —exclamó.

—No se equivoque. Soy yo quien necesita saber. Ya puede imaginar a qué hemos venido, ¿verdad?

Y él asintió.

—¿Cómo supo mi historia?

—Eso ya no importa. Créame.

—¡Claro que me importa! —exclamó él—. Nos importa a los dos.

Necesitamos saber dónde está ella.

El escritor se echó hacia atrás, se apoyó en el sillón y oscureció su rostro.

—¿Dónde está María? —insistió.

—Lo siento, señor Girbés.

Javier Arias entrecerró los ojos y luego juntó las manos. En su rostro se adivinaba el gesto de quien debe comunicar un infortunio.

—Se lo ruego. Llevo una vida esperando este momento.

—Creo que de poco sirve saber dónde están los muertos, señor Girbés. Lo siento.

El chaparrón de la verdad se desplomó sobre los dos. Fue como una lluvia helada que habían previsto, pero para la que no estaban preparados.

Isabel negó con su cabeza, como si no pudiera creerlo, pero el anciano permaneció mudo.

—¡Pero ella está viva! —le dijo Isabel—. Vive en Mendoza. Lo ha escrito usted.

—Lo siento, señora. Solo es una novela. Cuando un final no nos gusta, a veces podemos cambiarlo, como el de María. Su vida fue otra. Muy otra.

Isabel sintió que la rabia fluía por sus venas.

—¿Y qué fue de ella?

Y él le contó lo poco que había llegado a saber de aquella mujer que había atravesado el mundo para enterrar su pasado.

58

Barcelona, mayo de 2010

Ahora déjame que te cuente, Yuri, porque necesito hacerlo y porque fuiste tú quien me devolvió mi historia. La mía, la de mis padres y la de quienes no lo fueron. Déjame que te cuente, como lo hizo mi madre tantos años después de perder Barcelona y a esa niña fruto de un amor a destiempo. Y al decírtelo, me sucede como a ella, que siento que el tiempo es un instante, un gran instante lleno de vericuetos que solo llegas a unir después, cuando parece que nada tiene sentido. Quiero que sepas cómo recuperé mi pasado, Yuri, el que tú pusiste entre mis manos. Muchas veces he intentado mirar a través de ese cristal invisible tras el que habitas ahora, como cuando murió mi padre y me quedé tan sola, y no sé si desde allí me puedes ver. Quizás me hayas estado observando, pero no como lo hacemos nosotros, sino desde dentro, sintiendo el redoble de mi corazón caminando hacia la Plaça Nova junto a mi padre, como tantos años atrás, pero sin ella. Entonces la plaza no era una fiesta, ni sonaba la música de una verbena entre farolillos de colores. Yo solo lo podía imaginar todo aquello, caminando junto a él, como si pudiéramos desandar el tiempo y volver a ver a María, a mi madre, casi una niña, y junto a Nuria.

—Para ella fue aquí donde comenzó todo —le dije a mi padre. Todavía llevaba los ojos vidriosos y creo que también intentaba encontrarla a través de un cristalino que atravesaba el tiempo. Había escuchado al autor como quien mira a un sepulturero arrojando paladas de tierra sobre un féretro. Nunca hasta aquel momento estuvo seguro de que María había muerto, y su vida cayó tan a plomo que en aquel momento pensé que no tardaría en morir él tampoco.

Fue entonces cuando nos despedimos de Javier Arias. Atravesamos las puertas del hotel y yo giré hacia la izquierda por el estrecho Carrer dels Capellans. Albert me siguió caminando lento, esquivando las motos aparcadas en la acera y, cuando llegamos a la tienda de regalos de la esquina, se detuvo a observar la plaza. Tenía la mirada vacía, pero lo examinaba todo con nostalgia. Lo sujeté del brazo y lo conduje a la terraza de la cafetería que hacía esquina con el callejón dels Boters.

—La vejez está llena de crueldad —me dijo—. A veces duele recordar.

Nos quedamos mirando callados la explanada blanca. No sé qué pensaba él, pero yo me imaginaba el embaldosado lleno de gente que

ya no estaba y sentí el mundo girar bajo mis pies muy rápido, vibrando. Y me dio la sensación de que mi vida también se me escapaba, y lo percibí inevitable.

Tenía toda una vida para contar a mi padre, pero no lo hice. Solo estuve junto a él, casi en silencio, velándola a ella, velando su recuerdo. Ni siquiera nos dimos cuenta de que alguien se quedó de pie junto a nosotros y al volverme esperé encontrar al camarero, pero era una mujer. La vejez no había transformado su rostro en una pasa y todavía conservaba la suavidad de unas facciones que la habían hecho hermosa. Tenía el cabello largo y encanecido, pero recogido hacia atrás como si fuera una muchacha. El vestido era de un estampado alegre y le disimulaba su edad. Se me quedó mirando como si me conociera. En sus ojos había una desesperación muda y vi cómo le temblaban los labios.

—Buenas tardes —le dije.

Pero ella no pudo hablar.

Fue en ese instante cuando mi padre se volvió y la descubrió junto a él, y ella lo miró también.

—Albert —casi susurró.

Él la observó confuso y tardó en incorporarse. No atinaba a comprender, ni yo tampoco.

—Albert —repitió ella.

Y creo que ambos temblaban.

—¿Eres tú? —le preguntó él.

Yo fui la última en entender y lo hice cuando observé a Arias a solo unos metros atrás, allí de pie, como si él también intentara fotografiar aquel momento en su mente, como acabé haciéndolo yo.

—¡María! —exclamó mi padre.

Pero ella solo pudo asentir y apretar el llanto que aprisionaban sus mejillas.

—¡María! —repitió sin atreverse ni a rozarla.

No sé cómo explicarte lo que sentí al verla allí delante de mí. Fue como si la vida hubiese embarrancado en otro mundo, como si hubiésemos sido nosotros los que la habíamos invocado en silencio hasta materializarla frente a nuestra decepción.

Y ella, Yuri, ella era como la había imaginado y, nada más reconocerla, fue como si la hubiese conocido toda mi vida. Se volvió hacia mí, me sujetó las manos y me arrancó de mi estupefacción.

—¡Eres tú!

Yo también me puse de pie, sin atinar a abrir mis labios y creo que así le dije todo.

—No pude hacer nada, mi cielo —me dijo.

Ni llorar me salía, Yuri.

Me abrazó y yo sentí su cuerpo endeble todavía sujetándome

fuerte, como si aún pudiese correr tras de mí gritando mi nombre.

—Toda una vida, mi amor —me susurró al oído.

—Nadie sabrá de ti —le repliqué yo sin voz.

Y no necesitamos decirnos más.

59

Barcelona, mayo de 2010

Y, quizás, desde allí, Yuri, tú ya lo comprendiste antes que yo. Quizás tú nos vistes caminar hacia la plaza vacíos, mientras Arias subía a la habitación de su madre. Él era aquel tercer hijo que nunca mencionó en su obra, el que nació dos años después que su hermana Carmen y el único que no había querido dedicarse a los Viñedos Mendoza, porque así se llamaba la empresa que había levantado su padre. Ese muchacho, que era mi hermano, estudió periodismo en Buenos Aires y fue quien ocultó a su madre, pero porque fue la condición que ella le había puesto, e incluso, sentado ante su hermana y el hombre a quien María había amado siendo una muchacha, no dudó en cumplir su palabra, y calló, tal como se lo había jurado.

Tres años antes, Javier había leído lo que María había escrito y él también se llegó a conmover ante aquella vida acallada por ella misma. Con los contactos que él tenía, su hijo no tardó en interesar a un editor, aunque ella se negara. María nunca quiso desnudar su vida en público, sino purgar su pasado y drenar un recuerdo que se le había estancado en su interior. Sin embargo, su hijo le insistió y le dijo que lo firmaría él, que sería una novela suya y no la vida de mi madre, y fue así como el libro acabó publicándose y mencionó un imperio de aceitunas, cuando fueron los vinos los que afamaron a los Arias, porque no quiso dejar rastros y, mucho menos, desvelar la identidad de su autora. Solo aquellos nombres del pasado, sepultados en una Barcelona que ya no existía.

Y cuando el libro llegó a tus manos, Yuri, probablemente fue porque ya había cosechado el aplauso de los lectores argentinos, y solo esto permitió que fuese editado en España y que mi madre decidiese acompañar a su hijo tantos años después en una pequeña gira de presentaciones que incluía Barcelona. Fue ella la que quiso volver, la que necesitaba cerrar su pasado después de toda una vida, porque Javier no tuvo que insistirle demasiado.

Nunca había tenido el valor del regreso, Yuri, y jamás hubiese esperado volver a encontrarse conmigo.

Y ahora, sentada aquí, en esta terraza de la Plaça Nova, me siento feliz de que mi hermano haya corrido a buscarla, y de que mi madre siguiese su instinto y bajase hasta la plaza como entonces, como cuando comenzó a soñar una vida diferente.

Y siento que el tiempo se ha detenido, Yuri.

Antoni y Estela están a punto de llegar y acabo de hablar con Xavier, que comienza su día en Nueva York. Tengo una vida plena y muchos motivos para agradecerle a Dios tantas cosas, sobre todo este momento, el de poder ver a mis padres así, paseando por esta gran explanada que conduce hacia las escalinatas de la catedral. Es como si pudiera verlos en aquel tiempo, durante una noche de agosto de 1944, bailando aquella canción de Bonet de San Pedro. Los veo juntos, recorriendo con la mirada todo alrededor, como si intentasen reconstruir los años. Y me conmueve contemplar cómo Albert tiende la mano y María le responde enlazándole la suya, hablándose sus cosas, como si ya nada importase.

Caminan y sonríen; sonríen y recuerdan.

El trayecto de la vida tiene diferentes contornos y no se observa de la misma manera un principio que un final, tal como me contó Nuria. Y en este momento, siento que nuestras historias son amargas y dulces a la vez, como la vida. Cuando era una niña no podía comprender que el dolor también es vida, y que la vida también dolor; que, sin darnos cuenta, todo acaba teniendo un sentido, o así lo siento yo ahora, viendo a mis padres felices de haberse reencontrado en su vejez, como si toda una vida no hubiera pasado, cada uno en su mundo, y yo convencida de que existe un orden imperfecto para todas las cosas.